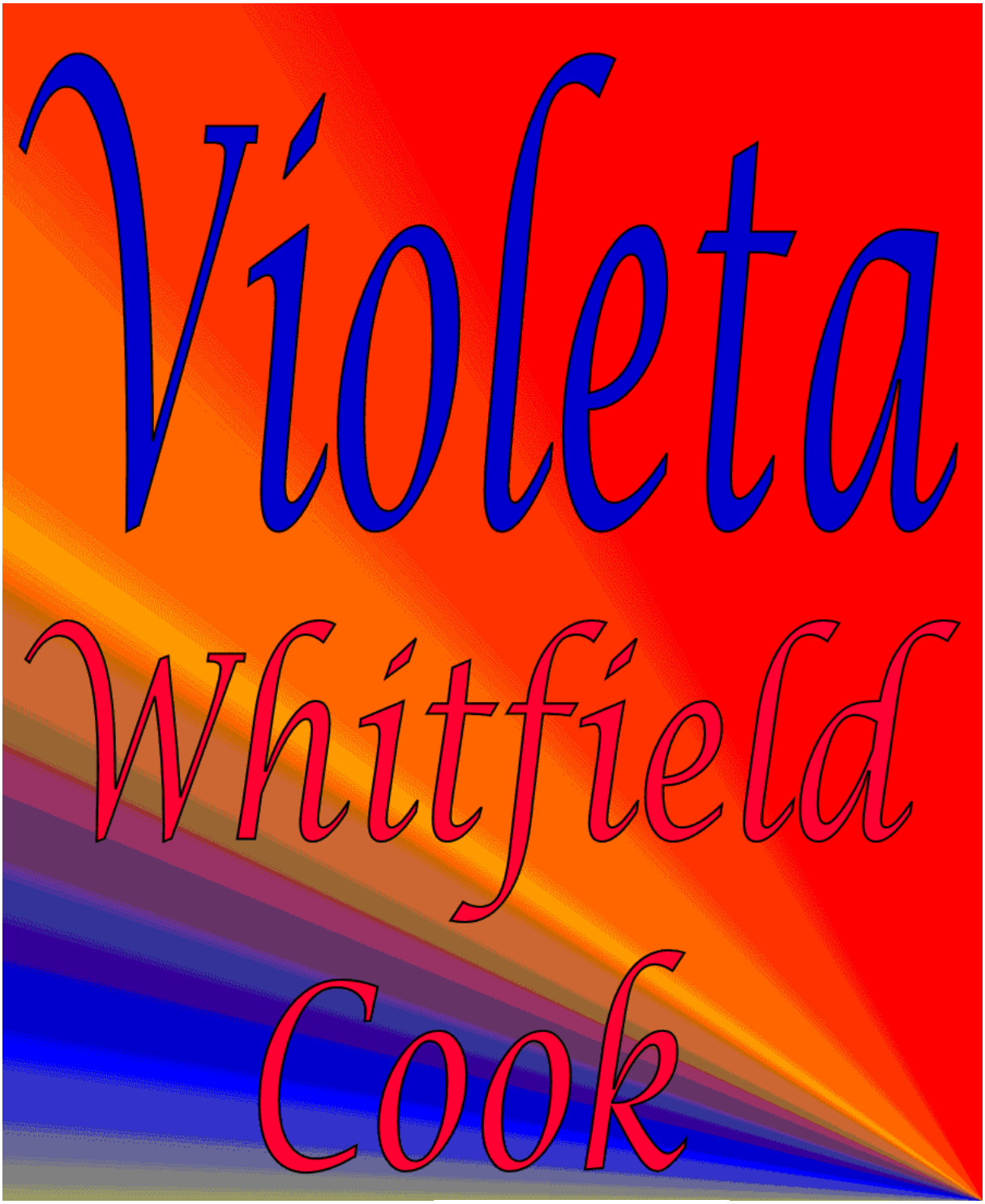
LIBROdot.com

Violeta
Whitfield Cook



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA VUELTA AL EDÉN

A nosotros, los niños, nos trastorna mucho
eso de cambiar de madres.
¡Es como para volverse locos!
Violeta Meadows Granden.

Empezó con toda inocencia. Violeta tenía las mejores intenciones del mundo. Siempre tuvo las mejores intenciones. Pero es muy grave que una niña de doce años esté dotada de buenas intenciones. Bastaba con darle a Violeta una situación complicada para que ella la complicase más en un abrir y cerrar de ojos. Y si no se le daba, la creaba.

Aquella tarde de invierno, ella y sus dos hermanos ocupaban un banco junto a una ventana del dormitorio situado en el piso alto de la granja. Violeta reía, mas de pronto dio vuelta el libro, poniéndolo abierto y de cara contra el estómago, apoyó la barbilla en las manos y los codos en las rodillas, y clavó en el espacio la mirada pensativa a través de sus grandes anteojos de carey.

Su tía Ester penetró en la habitación, sacudiendo una almohada

-¿Cuál debe ser la reacción de una niña-preguntó Violeta-cuando se entera de que su padre está por volver a casarse con su primera esposa?

-No te metas en eso-contestó la tía Ester-. Sigue leyendo Lorna Doone

-La vida de papá es mucho más emocionante que Lorna Doone-replicó Violeta, arrugando la nariz.

-La vida de tu padre es cosa suya.

-Y nuestra también -comentó Violeta con firmeza-. Lo que hace puede causarnos una impresión terrible. Estamos en la edad impresionable.

-Violeta, ¿de dónde sacas esas ideas?

-¡Cómo! Si te oí decirlo a ti.

-Oyes demasiado -dijo la tía Ester-. Los jarros pequeños...

-Tienen orejas grandes[1] -concluyó Sidney con desdén.

La tía Ester los contempló muy digna. "La pollada número uno está creciendo demasiado", se dijo altanera, y penetró en el cuarto contiguo donde la pollada número dos esperaba el cuento que habitualmente precedía al sueño. Para hacerse cargo de lo complicado que era esto, diremos que la pollada número uno estaba compuesta por Violeta y sus dos hermanos, Sidney y Bruce, los hijos de la segunda señora de Granden. La pollada número dos comprendía Evelyn, Arturo y Susie, que eran menores, e hijos de la tercera señora de Granden.

Violeta echó las trenzas por encima de los hombros frunciendo el ceño cínicamente.

[1] Latlepitchershave big ears,que hemos traducido literalmente,es una frase proverbial posible en ingelés porque significa a un mismo tiempo asa (de un jarro) y oreja (del cuerpo humano).

-En realidad-dijo a Sidney-, la tía Ester está más anticuada cada día. -Es reaccionaria absoluta -contestó Sidney.

Sidney era hermano mellizo de Violeta y apenas un poco menos solemne y un poco menos precoz que Violeta. Echaba el aliento en el frío cristal de la ventana y luego trazaba con el dedo dibujos surrealistas.

Bruce, que tenía sólo diez años, se hallaba acurrucado al otro extremo del asiento, con una ensaladera en la cabeza.

-Soy un chinito -dijo-. tú mi gluc chong chong...

-¡Cállate! -exclamó Violeta-. Estoy pensando.

-Me parece que eso no está bien -opinó Sidney.

-¿Qué cosa?

-Eso de que papá vuelva a casarse con su primera mujer.

-¿Porqué?

-Y... porque si quiere tomar una mujer anterior, a mí se me ocurre que primero tendría que revisar todo el elenco. Debería darles también una oportunidad a mamá y a la señora número tres. Por lo menos, que supieran lo que pasa.

-Entiendo lo que quieres decir-manifestó Violeta, meditativa.

-¡Ojalá se case con mamá! Sería divertido.

-¿Cómo es posible, si mamá ha vuelto a casarse?

-No le resultaría difícil zafarse de... eso...

Para la pollada número uno, el padrastro era siempre eso.

-Pues bien, yo no creo que ni mama ni la señora número tres sean indicadas para papá. La esposa número uno ha sido su dolor secreto desde que se divorció de ella, y puedo apostar a que es así.

Sidney la miró compasivamente.

-Las chicas son inmensamente sentimentales y tontas -dijo.

-No soy sentimental -replicó Violeta, indignada. Luego miró por la ventana, y en el crepúsculo invernal divisó a su padre y a la esposa número uno tirándose pelotitas de nieve, con muestras de alegría-. Tengo una gran intuición femenina-agregó presumida.

-De todos modos -comentó Sidney-, mamá debería estar aquí, para ver lo que se propone el padre de sus hijos:

-Tal vez sea como tú dices -convino Violeta-. De otro modo, es lo mismo que pagar impuestos sin tener representación en el Congreso. No era realmente como un contribuyente que no está representado en el Parlamento, pero había aprendido la frase en la escuela y le pareció pintiparada la ocasión para emplearla. Causó efecto. Sidney la miró con respeto. Y Bruce, en el acto mismo, intentó decirlo en chino.

-Supongo -manifestó Violeta, después de pensar un instante-que lo más lógico sería que mamá y la señora número tres tuvieran una oportunidad de reconquistar a papá. En especial, si está llamado a ser un pintor famoso.

-¿Qué razón tienes para creer semejante cosa? -inquirió Sidney con disgusto.

-¿No has visto el cuadro que hizo?

-Claro. Apesta -replicó Sidney.

-Es hermoso.

-Te digo que apesta.

-Apesta..., apesta..., fiesta..., cuesta..., resta..., testa... -repitió Bruce, jugando con el vocablo.

-¿Quieres marcharte'?-dijo Violeta, indignada.

-Soy un chinito.

-Bueno, pues yo opino que el cuadro de papá es hermoso. Y que papá es un genio.

Desde el cuarto contiguo llegaba el ronroneo causado por la tía Ester al leer a la pollada número dos el cuento del Conejito Pedro. Era lo que tía Ester llamaba la hora de los niños. La pollada número dos soportábala pacientemente, pues sabía que después de marcharse la tía Ester empezaba la hora de los pistoleros, en la cual Violeta entraba sin hacer ruido y les leía Daniel el Arrojado o El demonio de los bajos fondos, uno de esos capítulos que erizan los cabellos. Violeta no era partidaria de mimar a los niños.

-¿Sabes -dijo Violeta, que se hallaba en el ánimo que bien puede calificarse de estudio en tonos oscuros- que acaba de ocurrírseme una cosa? Nunca hemos visto juntas a las tres señoras Granden, ¿verdad? -Nunca.

-Sería divertido, ¿no?

-Se me ocurre que ninguna de ellas se prestaría -opinó Sidney.

-Sería bueno que lo hiciesen.

La tía Ester atravesó la habitación con un termómetro en la mano.

-¿Quién figura en la lista de enfermos? -preguntó Violeta.

-Me temo que esté enfermo Arturo. Hace días que estornuda, y ahora tiene fiebre. Y hasta puede ser el sarampión-. Dicho lo cual, la tía Ester cruzó presurosa.

-¡Oye! -exclamó Violeta, después de seguir con los ojillos muy cerrados la desaparición de la tía-. Esto es apocalíptico. El destino se enrosca en nuestras manos.

A veces Violeta hablaba como las novelas cursis del siglo pasado.

-¿Qué quieres decir? -interrogó Sidney.

-Tengo una idea interesante.

Afuera, en las primeras claridades lunares de la noche invernal de Massachusetts, Lily, que tal era el nombre de la esposa número uno, cayó sobre un montón de nieve, y allí se quedó riendo. Pete Granden se le aproximó y la levantó. Sacudiéndose la nieve uno al otro, rieron tontamente como niños. Luego Pete entrelazó en el suyo el brazo de Lily, apretándolo con fuerza, y emprendieron el camino hacia la casa.

Aquello era demasiado perfecto, pensó Pete. No cabía duda que los dioses estaban sonriéndole. Había renunciado a su negocio de lavadero, que siempre detestó, dedicándose a pintar cuadros. Es verdad que no tenía mucho dinero, pero por lo menos hacía lo que siempre deseó hacer. Y después de dos matrimonios aventureros y desastrosos había descubierto a Lily nuevamente, la encantadora e inteligente Lily, la mujer a quien amó primero... y siempre, como ahora, comprendía. Era como ser admitido de nuevo en el Paraíso Terrenal.

A Lily no le preocupaba que fuese pobre, no le preocupaba que fuese un artista que debía luchar. Se casaría con él otra vez, a pesar de todo. Aun a pesar de los niños. Por supuesto seis hijastros eran para ella casi un golpe, especialmente porque todos llegaron a la granja sin aviso previo. Pero Violeta había explicado que pasaban con sus madres la mayoría del tiempo, y con Pete, por lo general, sólo estaban en grupos de dos o tres.

Lily jamás olvidaría aquella conversación con Violeta.

-¿No le contó nada papá de las otras esposas? -habíale preguntado Violeta.

-No -repuso Lily, esforzándose por aparecer digna.

-Bien -dijo Violeta, sentándose frente a ella en la mesa en la que se desayunaban y balanceando las piernas-, poco después de divorciarse de usted, papá se casó con mi madre. Luego nacimos Sidney y yo. Somos mellizos. Después nació Bruce. Más tarde se renovaron papá y mamá, como dice Winchell[2]. Luego papá volvió a casarse, y nacieron Evelyn, Arturo y Susie.

[2] Reno es la ciudad que podríamos llamar clásica de los divorcios norteamericanos; dada la gran liberalidad de sus leves de divorcio (siete causales distintas se admiten y sólo seis semanas de residencia son requeridas), es muy visitada con este objeto. Walter Winchell es un

-Eso parece el Génesis -dijo Lily.

-Entonces aquel matrimonio se fue a pique -continuó Violeta-. Y ahora papá es soltero otra vez, salvo que todos nosotros vivimos con él en ocasiones. Por lo general, no todos juntos como ahora. La tía Ester nos cuida y lleva un registro cuidadoso de todo lo que debemos hacer cuando estamos con nuestras mamás y cuando estamos con papá. Y procura arreglar de modo que sólo estemos con papá dos cada vez, aunque hace poco perdió su libro de apuntes. Es por eso que ahora estamos los seis revoloteando en torno de papá al mismo tiempo.

-Me pareció que conté siete -dijo Lily.

-¡Ah, claro, sí! Está Donald también. Pero Donald es diferente. Viene a ser hijo del marido actual de mi mamá y de una esposa anterior. En realidad, no tiene parentesco con papá. Lo que pasa es que una vez lo enviaron por error con la pollada número uno; y automáticamente, ha vuelto a venir con ellos siempre. ¿Lo ha entendido todo bien?

Al hacer esta última pregunta, Violeta se echó las trenzas por encima de los hombros. Lily, cuya cabeza daba vueltas, contestó:

-Creo que sí.

Violeta la miraba con astucia.

-Papá no es feliz -dijo por último-. Yo creo que lo aflige un dolor secreto. Tal vez sea usted.

-Por lo visto, sabes terriblemente mucho acerca de la vida de tu padre -observó Lily con arrogancia.

-Oh, se lo he ido sacando poco a poco.

-Eres una niña precoz, ¿no es verdad?

-Ese -replicó Violeta con gravedad- es mi mayor encanto...

Sí, Violeta pareció un poco demasiado difícil de aguantar. Pero después de unos días, Lily le perdonó esto a Pete. Pete le dio las gracias por ser tan indulgente.

-Eres una preciosidad -dijo, besándole la nariz.

-Y tú también-respondió Lily-. Tú eres tan caritativo que te ha faltado poco para fundar un asilo de infantes.

Tal vez fue una buena idea, pensó Pete, que los niños estuvieran allí con ellos durante lo que debía ser una idílica semana de descanso en el campo. Lily se vería sujeta en el acto a las peores condiciones posibles. Con lo cual dicho está que ese mal era un bien.

En aquel momento, yendo hacia la casa, Pete contempló a Lily embelesado, admirando por enésima vez su cara larga y de modelado hermoso, su cabello negro, muy negro y sus ojos oscuros. Ella se quitó la gorra y sacudió el cabello sobre los hombros, sonriéndole con cariño.

Al entraren el living-room y encaminarse resueltamente hacia la estufa, Evelyn, que tenía siete años de edad, bajó corriendo la escalera, en pijama, y recorrió el cuarto a saltitos, canturreando gozosamente:

-¡Vamos a tener el sarampión! ¡Vamos a tener el sarampión! Lily y Pete arquearon las cejas.

-¿Qué estás diciendo, Evelyn? -preguntó Pete.

-Que vamos a tener sarampión -respondió Evelyn, cuyos ojos trasuntaban su contento.

-¿Quién lo ha dicho?

Evelyn se detuvo y lo miró, conteniendo el aliento.

-Lo ha dicho la tía Ester. Sí, ella ha sido. Asegura que a su juicio Donald y Arturo ya lo tienen, y los demás iremos contagiándonos poco a poco. Dichas estas palabras, empezó a dar saltos de nuevo, repitiendo:

---

charlista de radio, famoso por sus comentarios mordaces de asuntos íntimos o de escándalos sociales y que, retorciendo las palabras, se ha creado un léxico personal.

-¡Vamos a tener el sarampión!

-¡Cielo santo! -exclamó Pete, contemplando tristemente a Lily. Esto era, en realidad, peor que todo. Lily no pudo contener la risa. Se dejó caer en el sofá y siguió riendo y riendo.

-¿Verdad que es divertido?-preguntó Pete.

-Enormemente divertido-dijo Lily-. Puede decirse que, como enamorado, proyectas tu noviazgo contra el fondo más delicioso imaginable. La tía Ester descendió para llamar por teléfono al doctor Dodd que vivía en la aldea.

-¿No es extraño cómo ocurren las cosas? -comentó.

-No, no lo es -replicó Pete.

-Y nosotros nos llenamos de manchas y nos quedamos en cama y nos dan tostadas con leche -dijo Evelyn.

-Vuélvete a la cama, querida-aconsejó Ester. Y en el acto al teléfono: ¿El doctor Dodd? Habla la señorita Granden. Desearía que viese a dos de los chicos. Parece sarampión. Gracias.

Pete se sentó y apoyó la cabeza en las manos -¡Esto es demasiado!

-Oye, Pete -le dijo rápidamente Ester-. Las cosas no pueden suceder siempre como nosotros deseamos.

-A mí nunca me sucede nada como yo lo deseo Lily lo miró, con los ojillos entreabiertos. -Eso te ocurre por ser padre de seis hijos.

-¡Eso es! Machácalo...

La tía Ester estaba subiendo, para llevar a Evelyn al piso alto, y al hacerlo canturreaba con voz aguda y temblorosa: "Hay que buscar el lado bueno de las cosas..."

-Podríamos pasar aquí ratos tan románticos... si estuviéramos solos -dijo Pete, contemplando abatido a Lily-. Así pensé que sería, todo paz y luz de luna.

-En vez de niños y sarampión -agregó Lily con ternura.

-Nunca perdonaré a Ester.

-No tiene la culpa de que los chicos se enfermen.

-Sí, pero, en primer lugar, no debió traerlos aquí.

-Mi ostentoso amigo -dijo Lily, sentándose en el brazo de su sillón y acariciándole el cabello-, eres un soñador y los seres tan prolíficos como tú tienen la obligación de ser materialistas.

-Tú eres comprensiva -repuso él, palmeándole el brazo-. Lo eres realmente, Lily. Y es muy agradable que no te enojes.

Lily se apoyó en él con coquetería. Adivinaba que sería comprensiva, y esto le causaba satisfacción. Ahora podía aceptarlas cosas como vinieran; los años que vivió separada de Pete le habían enseñado mucho. Adivinó también que terminaría acumulando más cordura de la que Pete tenía. Recordó su genio de otros tiempos y las riñas que sostuvo con Pete... Y ahora, ¡cuán filosófica podía ser! Se sintió enajenada de orgullo. Tuvo la sensación de su nobleza,

-Adivino... -dijo Pete.

-¿Qué?

-Lo que piensas..., si es que piensas algo.

-Me preguntaba-dijo Lily lentamente, mientras contemplaba el fuego como entre sueños- si sería posible que algo me incomodase, que llegase a indignarme.

-¡Oh!

-Me creo capaz de mantener la calma frente a cualquier cosa. Por supuesto, ignoraba que la prueba llegaría.

A su debido tiempo arribó el doctor Dodd, haciendo su irrupción en la casa como si fuera una tormenta de viento y nieve. Era un hombre corpulento, de cabeza gacha y bolsillos grandes. Cuando bajó, después de haber examinado a los niños, confirmó que se trataba realmente de sarampión. Lo tenían Donald y Arturo, y Sidney podía contagiarse fácilmente.

-¡Lindos bribonzuelos! -dijo.

-A nosotros nos gustan -espetó Pete, que había advertido el tono de sorpresa, y en seguida se situó a la defensiva.

-Claro -prosiguió el médico-, forman un conjunto muy atrayente, si se toma en cuenta todo lo que han pasado.

-¿Qué es lo que han pasado? -preguntó Pete, que ya empezaba a sentirse molesto. El doctor inició la marcha para irse.

-La mayor de las niñas, la que se llama Violeta, me ha estado contando. Es inteligente, muy inteligente. ¡Demonios, todo lo que ha sufrido esa pobre refugiada!

-¿Refugiada? -preguntó Pete, extrañado.

-Y convengo, señor Granden, en que habla mucho de su condescendencia el haberlos aceptado a los siete juntos. Bueno, hasta mañana. Adiós. Y el doctor Dodd salió. Lily y Pete no se habían repuesto del asombro, cuando de pronto vieron bajar a Violeta.

-¿Por qué le dijiste que eres una refugiada? -inquirió Pete autoritariamente.

-Me pareció que se tomaría más interés -contestó Violeta, llevándose a la boca dos trozos de goma de mascar a un mismo tiempo-. Supongo que hasta los médicos se sienten atraídos cuando hay un poco de fascinación exótica.

-¿Qué diría tu madre a esto? -preguntó Lily.

-Mi madre-respondió Violeta con toda lentitud, describiendo grandes círculos con sus mandíbulas al mascar- diría "Alguna razón psicológica debe de haber para que esta chica haga eso".

Lily miró a Pete, quien asintió con la cabeza. No había duda que Violeta conocía a la madre.

-Y a todo esto -prosiguió Violeta- de ésa es de quien quiero hablar. -De esa señora quieres hablar -la corrigió Pete.

-Sí, ella es la persona de quien deseo que hablemos -expresó Violeta, que no era muy amiga de reconocer sus errores.

-Bien... ¿Qué?

-Debe ser mandada a buscar en el acto.

-¿Quién?

-Mamá.

-¡No seas tonta!

Violeta enderezó la espalda.

-No soy tonta. Se convino claramente que si alguno de nosotros, de los chicos, enfermaba mientras estábamos contigo la madre respectiva sería llamada en seguida.

-Dijimos "gravemente enfermo", según creo. Y un poco de sarampión no me parece que tenga ninguna gravedad.

-El sarampión puede ser muy, pero muy peligroso -insistió Violeta. -Bueno, pero esta vez no lo es. Dice el doctor que se trata de un caso sencillo. Y ahora, vete, Violeta.

-¿Pretendes quedarte tranquilo y negarnos el cuidado de una madre cuando estamos enfermos? -preguntó la niña, cuyo rostro reflejó la expresión que corresponde a una reina de tragedia.

-No te pongas dramática.

Violeta se arregló en forma de asumir un aire patético, aun con toda la goma que tenía en la boca, y poniendo una cara que parecía muy próxima al llanto, se dirigió a Lily y dijo:

-Es horriblemente malo.

Lily empezaba a sentirse afectada.

-No te dejes llevar por ella -le dijo Pote-, porque es una gran actriz. Y ahora, Violeta, dejémonos de tonterías. No vamos a llamar a la madre de nadie. Sabes perfectamente que tu mamá no serviría más que de estorbo.

-¿Ha oído usted lo que acaba de decir de mi madre? -preguntó Violeta, volviéndose indignada hacia Lily y echándose las trenzas a la espalda-. Dígame ahora si no resulta una carga esto de ser hija de padres divorciados. Dicho lo cual, giró sobre sus talones y subió rápidamente.

-Es una criatura extraña-comentó Lily, después que Violeta desapareció-. ¿O la palabra extraña resulta demasiado suave?

-¡Es indescriptible e imprevisible! -exclamó Pote-. ¿Qué le harías a una hija que deja plantadas las girls scouts diciendo que son demasiado ingenuas, demasiado campestres y demasiado burguesas?

-No es posible-expresó Lily, riendo.

-Te lo juro. Era la primera señalera de semáforo de su compañía, hasta que un día la sorprendieron transmitiéndoles versitos cómicos a una compañía vecina.

-¿Sale a ti o a la madre?-preguntó Lily riendo, al tiempo que se echaba en el sofá junto al fuego.

-Me temo que tiene el porte altanero y el talante de la madre, sin ninguno de mis encantos -dijo Pote, que estaba sentado junto a Lily y alargaba las piernas con gozo en dirección al fuego.

-Cuéntame de la madre.

-¿De Carlota? Bueno... Carlota tiene inteligencia. Por encima de todo, es inteligente

-Ya entiendo.

-Su cara es como la de una ardilla y lleva el cabello recogido en trenzas. Le gusta usarlo largo, que le cuelgue. Creo que alguien le dijo en cierta ocasión que era parecida a la difunta reina de Rumania.

-Eso es siempre fatal.

-Posee aplomo, paciencia y gran cantidad de sentido común. Vive en un plano muy elevado -y al decir esto, miró a Lily cerrando los ojos-, demasiado elevado para mí.

-¿Y la esposa número tres? -preguntó Lily-. Conviene más que te saques del pecho todas las confesiones de una vez.

-Crystal es menuda, intensa y deliciosamente vaga -dijo Pote, riendo con cierta ternura-. A veces resulta enormemente divertida. ¡Ja, ja, ja! -¡Ja, ja, ja! -repitió Lily-. ¿De veras es así?

-Sí. Juntos nos divertimos mucho -dijo Pote con aire soñador.

-¿Y ahora, te diviertes?

La frialdad con que Lily pronunció estas palabras hizo que Pote la contemplase fijamente.

-Crystal escribe libros para niños y es todo lo altanera que una mujer puede ser.

-A mí, personalmente, nunca me agradaron las mujeres altaneras -comentó Lily con una sonrisa forzada y un destello verdoso en sus ojos.

-Quizás te agradase; aunque tiene un temperamento perverso.

-Yo también; de modo que lo mejor será que no nos conozcamos. Pote la tomó de la mano y rió.

-No te preocupes, querida -le dijo-. No tendrás que conocerla nunca. Crystal y yo nos separamos a raíz de una pelea de ésas que hacen época.

-Está bien, de tus otras esposas ya es bastante-dijo Lily resueltamente. -Bueno, querida; tú lo pediste.

-Sí; pero yo misma te ruego que no sigas.

Pote le dirigió una sonrisa franca y le acarició el cuello.

-Lily, todos estos años, desde que tú me dejaste, han sido como una pesadilla para mí. Y ahora me despierto, y estás a mi lado de nuevo. ¡Esto es el cielo, vida mía!

-No quiero que sigan las pesadillas -le dijo Lily, poniéndole la cabeza en el hombro.

-No más pesadillas -exhaló él con un suspiro

Luego hablaron del futuro. Tomarían un departamentito en Boston, uno de esos pequeños departamentos de locura que hay en Beacon Hill. Lily seguiría enseñando música un tiempo, porque en realidad le gustaba. Y Pete se dedicaría a pintar sin descanso, procurando reunir las telas necesarias para realizar una exposición. Todo muy placentero. De ahora en adelante, sus vidas serían siempre placenteras.

-Un poco de tranquilidad no me vendrá mal -murmuró Pete, recalcando algo la intención de sus palabras.

Bajó Ester en ese momento, con una especie de planilla en la cual figuraba el sitio en que cada uno tenía que dormir.

-He tenido que cambiar a todos de lugar -dijo-. Donald y Arturo estarán solos en el cuarto de la pollada número dos. Ese será el cuarto del sarampión. Violeta y yo compartiremos el de Lily, que tiene una cama de dos plazas. Lily ocupará el de Violeta, y Bruce el mío. Sidney tomará tu dormitorio, querido Pete; y tú podrás instalarte en la guardilla.

-Sí, un poco de tranquilidad no me vendrá mal -repitió Pete.

Al mediodía siguiente llegó Crystal, justo en el momento era que estaban comiendo. La comida era muy pacífica; tan pacífica podríamos decir como el subterráneo en las horas de mucho tránsito. Era la comida en que todos se habían reunido; es decir, todos los que no tenían sarampión. Se juntaron dos mesas al lado de la estufa. Estas mesas eran de alturas diferentes, y la parte en que se unían fue bautizada con el nombre de La Gran Cordillera. La tía Ester había asignado a cada meseta una tribu distinta. La meseta superior estaba ocupada por el clan de los Masquen Despacio, y la inferior por el de los Beban La Leche. Los Masquen Despacio se pasaban toda la comida amenazando ferozmente a los Beban La Leche. Todos hablaban a un tiempo, inclusive Pete. Y la tía Ester cloqueaba, como gallina madre que venía a ser. Lily disfrutaba en grande. "Son chicos hermosos y muy simpáticos", pensaba; "y puedo realmente llegar a quererlos... tal vez. En especial, ya que no tendré que verlos mucho." En aquel instante pensaba que hasta a Violeta podría tomarle cariño algún día, a Violeta que estaba muy quietecita en su silla, con un bollo de pan en una mano y la novela Lorna Doone en la otra.

De pronto oyeron que un automóvil llegaba a la casa. Evelyn corrió a la ventana y apretó la nariz contra el vidrio.

-¡Es Fish! -exclamó-. Fish, el viejo que va a la estación a esperar a los que llegan en tren.

Luego los demás escucharon sus gritos de sorpresa, mientras agregaba:

-¡Y mamá! ¡Ha traído a mamá!

Babel en pleno. La pollada número dos se lanzó entera a la puerta. Pete se levantó tan violentamente que hizo caer la silla. Lily miró alarmada. La tía Ester se mostró complacida, ya que no había tenido más remedio, con el tiempo, que creer que la llegada de cualquier persona a cualquier lugar era un motivo de placer. La vida era muy simple para Ester,

En medio de una bienvenida tan bulliciosa como la que puede tributarse a un héroe conquistador, entró una mujer chata, vestida con sencillas ropas de lana, dejó caer en cualquier sitio su valija de mano y abrazó a Evelyn y Susie. Sí, era altanera.

-¡Crystal! -exclamó Pete, tambaleándose un poco.

-Pete, ¿cuáles son los enfermos? ¿Por qué no me diste más explicaciones en el telegrama?

La recién llegada miró las caras alegres de Susie y Evelyn.

-¡Pobrecitas mías! ¡Mis pobres criaturas! -dijo con emoción, al tiempo que se arrodillaba.

-¿Qué demonios significa esto? -inquirió Pete, con la cara enrojecida y todas las muestras indicativas de que en realidad estaba indignado. Ester se acercó a Crystal y la besó en la mejilla.

-¡Pero, Crystal! -dijo con alegría-. ¡Qué espléndido! ¡Que hermosa sorpresa! No te inquietes ahora. Arturo está en cama, pero no es cosa de ninguna importancia.

-Contéstame, Crystal -dijo Pete, hablando entre los dientes muy apretados-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Bueno -le contestó Crystal, que también empezaba a ponerse enojada-, era natural que viniese en seguida, apenas recibí tu telegrama. ¡Me he preocupado lo que no puedes imaginar!

-Yo no te mandé ningún telegrama.

Los pequeños ojos de Crystal parpadearon con ira.

-Pete, si crees que vas a divertirte a mi costa, estás muy equivocado. Fue ése el momento en que advirtió la presencia de Lily, a la cual no

sabía cómo mirar y tampoco hasta qué punto podía hablar delante de una extraña. Peto siguió su mirada.

-¡Oh, Crystal -exclamó de pronto-. Te presento a Lily Forrest. Crystal estuvo a punto de quedar sin resuello. Su estado no era como para encuentros con las otras ex esposas de su ex marido.

-Es la esposa número uno, ¿sabes?-le aclaró Violeta, que creyó mejor poner las cosas en su sitio de una vez.

-¿Has enviado esto o no? -preguntó en ese momento Crystal, alargándole a Peto un telegrama, que éste leyó: Ven a granja inmediatamente stop sarampión con complicaciones.

- PETE.

-¡Yo no he sido! -rugió Peto, mirando furioso en torno suyo, y agregando con una voz cavernosa que hizo temblar la casa-: ¿Quién fue? Violeta puso en la mesa Lorna Doone colocando el marcador entre las hojas con todo cuidado, y empujó hacia atrás su silla.

-Yo me tomé esa libertad -dijo con toda calma.

-¡Tú le has hecho llegar a Crystal esa mentira deliberada! -No es mentira. El sarampión está en la casa.

-Pero no hay tales complicaciones. Ni siquiera los niños es tan verdaderamente enfermos.

-Yo no dije que las complicaciones tuvieran nada que ver con el sarampión.

-¡Violeta! ¿De qué estás hablando? -exclamó Crystal, a quien siempre le había parecido Violeta una hijastra muy perniciosa.

-Bueno, papá está por casarse otra vez con la esposa número uno, y si eso no es complicación para nosotros, me gustaría que me lo hicieran entender. Y para tus hijos también, Crystal. Por eso me pareció que debías estar aquí.

Peto se sintió casi apoplético y crispó los puños. Con todo buen tino, Violeta se apartó de él. Volviéndose cortésmente hacia Crystal, le preguntó:

-¿Tuviste un viaje agradable?

Crystal la contempló fijamente. Evelyn y Susie seguían dando saltos de alegría y aferrándose a ella.

-¿Cuánto tiempo vas a quedarte, mamá? -preguntó Evelyn.

-Yo hice un muñeco de nieve -dijo Susie.

-Miren -terció Bruce, que alargaba los brazos, en una postura muy singular-. Soy una langosta.

Para reforzar sus palabras, emitió un sonido extraño, que podría tomarse por el de las langostas, si las langostas hicieran ruido.

-Subiré a ver a Arturo en seguida -dijo Crystal con aire digno.

-Apenas si está enfermo-comentó Peto rápidamente-. De modo que no hará falta que te quedes. Es decir, claro que nos gustaría tenerte con nosotros... un poco de tiempo. Pero... el hecho es que no hay necesidad alguna de que pases aquí la noche... si... si es que tienes algo

que hacer. -Es una de las invitaciones más cordiales que he recibido -replicó prontamente Crystal.

-Ester puede cuidar a Arturo... y hay un tren que sale dentro de una hora, si deseas tomarlo.

-Quédate, Crystal -aconsejó Violeta.

Peto la chistó. Ester se interpuso alegremente.

-Claro que Crystal va a quedarse -dijo- No hay razón que aconseje lo contrario. Yo los cambiaré a todos de nuevo y le haré un sitio, sea como sea. -Bueno, muy bien, me quedaré -asintió Crystal, iniciando la marcha hacia arriba, seguida por Evelyn y Susie. Antes de salir, dirigió a Lily una larga mirada escrutadora. Lily la contestó fijamente a su vez; pero es lo cierto que empezó a sentir algo raro.

-Soy una langosta -dijo Bruce.

-Violeta -ordenó Peto con energía-, vete a tu cuarto. Y te quedas allí el resto del día. No tendrás cena.

-No la quería tampoco -contestó la niña con calma-. He comido enormemente. Soy un icono previsor; mis candiles están llenos de aceite. Y, de todos modos, esa clase de castigo es de lo más anticuado que existe.

-¡Haz lo que te he mandado! -exclamó Peto, mesándose los cabellos.

-Muy bien -dijo Violeta, al tiempo que se ponía en camino hacia la escalera-. Vamos, Bruce. Jugaremos un rato al ajedrez.

-Te vas sola -exclamó Peto.

-¿No quieres que siga explicando por qué he deseado que viniese la esposa número tres?

-No nos interesa saberlo.

-Me condenas sin oírme -dijo Violeta con toda calma, mirando a su padre y empezando a subir.

Peto recorrió el cuarto en todos sentidos, con pasos nerviosos, mientras los demás chicos se ponían los abrigos y gorras apresuradamente y se marchaban corriendo a la nieve.

-Bueno, no puede negarse que esto es encantador-observó.

-Lily -Pote lanzó un ligero gruñido-. ¿Qué puedo hacer yo?

-Es demasiado tarde. El daño fue hecho doce años atrás, cuando engendraste a esta extraordinaria chiquilla.

Lily cruzó los brazos en actitud enérgica. Pote seguía recorriendo el cuarto.

-Cada vez se parece más a su madre -murmuró.

-¿También Carlota provoca esta clase de situaciones?

-No sé, pero siempre tuvo ideas muy particulares.

-¡Debe de ser una verdadera delicia! Todo lo que necesitamos ahora es que llegue ella.

Lily se puso también a dar largos pasos por la habitación. Ambos lo hacían en sentido contrario. Bajó Ester.

-Lily -dijo-, ¿tendrías inconveniente en cambiar tus cosas?

-Con todo placer-musitó Lily, que de pronto experimentó la sensación de estarse indignando; pero se contuvo, pues tenía que evitar la cólera a todo trance. Con los labios fruncidos, se encaminó hacia la escalera, seguida por la mirada de Pote, que había advertido el tono de su voz.

Sonó el teléfono y Pete lo atendió de mala gana. Ester se alarmó cuando vio que de pronto su rostro tomaba una delicada coloración verde.

-Pero.., pero... -tartamudeó por el transmisor, seguidas estas dos palabras por un prolongado silencio-. Sí..., sí.... mandaré alguna persona. Colgó y miró a Ester con muestras de desesperación, al tiempo que se pasaba por la cara una mano nerviosa.

-Es Carlota. Está en la estación con el marido. También ella recibió un telegrama.

-¡Que el Señor nos proteja! -exclamó Ester. Era la muestra mayor de exasperación que Pote había escuchado en largo tiempo.

-No puedo vivir en paz -dijo Pote-. Me manejan a su antojo esos chicos. Pero no estoy dispuesto a soportarlo. No, ¿me oyes? ¡No!

-Bueno, Pote, no te pongas nervioso. Ya nos arreglaremos. Les haremos un sitio, de cualquier manera.

-Sitio! ¿Crees que me preocupo por el sitio? Estoy aquí, en la situación más enredada en que un hombre se ha visto jamás, y en lo único que se te ocurre pensar es en el sitio...

-Bueno, bueno, Pote.

-¿Qué efecto supones que le causará esto a Lily? ¿Crees que estará de acuerdo en casarse con un hombre en cuya vida se entrometen sus ex esposas a cada momento?

Ester seguía con toda tranquilidad su propio tren de ideas.

-Será muy bonito ver a Carlota de nuevo. Ya hace muchos años que no la veo. ¿Seguirá haciendo todavía aquella deliciosa "chili" con carnes. Pote dejó escapar un gruñido.

Cuando Clarence, el peón de todos los oficios, llegó con Carlota y su marido, Henry Watrous, Pote se hallaba sumido en la mayor de las melancolías. Se había echado boca abajo en el sofá y estaba entregado a los más deprimentes pensamientos acerca del futuro. Se levantó con cachaza al oír la voz de Carlota, pues sabía de sobra que no era una voz que pudiera pasarse por alto. Su sonido hacía pensar en un profesor de elocución en la cueva de los mastodontes. Fue emitida en un tono profundo y resonante, con lujo de perfección en las consonantes y vocales.

-Bien, Pote, ¿cómo estás?

Pote la saludó sin entusiasmo. Pensó que con aquella gruesa capa negra y el sombrerito minúsculo plantado en la real cabeza, tenía un cierto aire de Theda Bara. Lo que no podía imaginar era a quién se parecía Henry. Este, erudito en cuestiones de griego, era un hombre pequeño, de carita bonachona y una mancha justo en lo alto de la cabeza, por el sitio donde en un tiempo debió de haber cabello. Llevaba gruesos guantes de dedos unidos y un pesado gabán de lana. Se quitó el abrigo rápidamente al saludar a Pete y se dirigió a la estufa, poniéndose de espaldas para calentarse las pantorrillas. -¿No habrás tomado mucho frío, querido? -le preguntó Carlota.

-No, no -dijo Henry afablemente-. De seguro que no. De seguro que no.

Clarence atravesó la habitación cargado con dos grandes valijas y diciendo al pasar:

-Ya ha reunido a todas las mujeres. Es casi como pasó en Roma cuando estaba por caer el Imperio.

Carlota se dirigió a uno de sus bultos, extrajo una radio portátil y se acomodó junto al fuego, siguiendo el ejemplo del marido.

-¿Qué es eso del sarampión con complicaciones? -preguntó-. Cuando llegó tu telegrama, Henry y yo tuvimos que alterar todos nuestros planes para venir corriendo.

-Donald y Arturo tienen sarampión, pero no hay tales complicaciones. Por lo menos, no las había, hasta que Violeta se entremetió. Fue ella quien mandó el telegrama. Esa criatura está empezando a dar demasiado trabajo.

-Tonterías -dijo Carlota-. Lo que pasa es que tiene mente muy activa. ¿A que ha estado pensando mucho últimamente?

-Por supuesto que sí.

-De modo que mi pequeño Ulises tiene sarampión...

El que acababa de hablar era Henry y se refería a Donald.

-Bueno -dijo al cabo de un instante-. Después de la audición del profesor Tuffy, tendré que subir a verlo. ¡Oh, queridísima, son las tres y cuarto!...

Carlota sintonizó su radio portátil.

-¿No les molestará que escuchemos la disertación del profesor Tuffy? Es interesante. La vida agrícola de los fenicios.

-¡Ah, es muy interesante! -repitió Henry como un eco.

La radio atronó el cuarto: "...un placer en presentarles al profesor Jeard Tuffy... Amigos y amantes de asuntos fenicios, esta tarde seremos transportados en una travesía mágica..."

La cena no fue un éxito.

El ambiente era más o menos igual de agradable que el de una nevera. Las mujeres dirigíanse de cuando en cuando rápidas miraditas de condescendencia. La conversación, torpe y triste, versó sobre temas tan fascinantes como la cantidad de nieve caída, si vendría pronto la primavera y las ventajas del viaje en tren sobre el viaje en avión. Resultaba peligroso hablar del pasado, y no menos peligroso tratar el futuro. Estaban atrapados en un presente embarazoso. Por supuesto, la tía Ester dio cuenta de pequeñas diabluras de los niños, pero nadie le prestó verdadera atención. Y Henry, entusiasmado con su profesor Tuffy, hizo un análisis de los antiguos fenicios, al cual nadie prestó oídos, ni siquiera Carlota.

Habría sido una ayuda tener más niños en la mesa. Por lo menos, las pausas terribles hubieran resultado menos patentes. Pero no estaban más que Bruce y Sidney, y no fue mucha la ayuda que prestó Bruce, el cual cantaba sin descanso: "Atravesando el centeno". Y Sidney motivó un choque violento con su descaro al hablar.

-Leímos tu nuevo libro -le dijo a Crystal.

-¿Les gustó? -preguntó Crystal, que era la más interesada en entablar una conversación.

-Apesta -sentenció Sidney.

Después de esto, Crystal abandonó la mesa y subió a su cuarto, aunque pocos minutos más tarde volvió a bajar, porque su cuarto estaba muy frío.

-¿No crees que has sido un mal educado, querido? -dijo Carlota, en un tono que no era del todo severo.

-Bueno -expresó Sidney, en defensa de su técnica-, su libro está destinado a niños de doce años y tiene un personaje que se llama El tiíto Compota de Manzanas. Contéstame, si puedes.

El pobre Pete sufría realmente. Eso de tener a Lily, Carlota y Crystal reunidas entorno de su mesa a un mismo tiempo era igual que hacerse echar en cara de una vez todos los errores de su vida. Al verlas juntas perdía la confianza en sí mismo. Muchas cosas raras había hecho. Miró a Lily, muy erecta y aislada. Nunca debió permitir que lo dejase. Esa fue su primera equivocación. Carlota fue la segunda. Jamás debió suponer que la admiración sentida por su gran intelecto fuese una pasión. Con el fin de mantenerla en el plano en que ella parecía haber nacido, llegó a dedicarse al negocio de lavado. Otro error. Y el número cuatro, casarse con Crystal, cuya nerviosidad tomó al principio por vitalidad encantadora.

Lanzó un suspiro profundo y volvió a mirar a Lily, Le sonrió débilmente. Pero ella se negó a devolverle la sonrisa.

Lily decíase a sí misma: "Debes mantenerte calma, mantenerte calma. La situación es violenta, pero no tienes que perder el tino". Hubo un momento en que tuvo que crispar los puños por debajo de la mesa. Luego, precisamente cuando se estaba felicitando por su estabilidad emocional, apareció Violeta.

-Violeta, ¿por qué no estás en tu cuarto? -preguntó Pete.

-Le dije que podía bajara hablarnos-aclaró Carlota-. Quiere explicarnos algo. Después de todo, Pete, ¿de qué vale castigarla cuando sabemos perfectamente lo que pasa? Psicológicamente, es tonto.

-Trataré de ser breve y directa intervino Violeta-. Papá, como todos ya sabemos, está por volver a casarse con la esposa número uno.

-Bueno, Violeta, ya es bastante -la interrumpió Pete.

-No interrumpas a la niña -dijo Carlota-. Sigue, querida.

-Y ya que, por lo visto, tiene deseos de volver sobre sus pasos -prosiguió la chica-, Sidney y yo hemos pensado que lo más lógico sería dar a todas sus esposas anteriores una oportunidad igual.

-¡Eso es monstruoso! -protestó Crystal mirando a Carlota-. Ya ven lo que se saca de las escuelas progresivas.

-Personalmente, yo soy partidaria de la esposa número uno, de todas maneras...

-¿Por qué, querida? -preguntó Ester.

-Bueno, en primer lugar, se aman...

-¡Esta es una conversación de lo más impertinente! -exclamó Lily, poniéndose de pie indignada.

-...en segundo lugar -prosiguió Violeta-, porque Crystal fastidia a papá a causa de ser nerviosa como una ardilla. Y, en tercer lugar, mamá lo fastidia porque es demasiado inteligente para él.

Todos hablaron a un mismo tiempo, y no pudo entenderse ni una sola palabra. Violeta se llevó las manos a los oídos con muestra de disgusto.

-Yo voto por ti, mamá -gritó Sidney.

-Y además -continuó Violeta, cuando vio que podía ser escuchada de nuevo-, me pareció decente que papá las viese a todas juntas antes de volver a casarse. Para que esta vez estuviese bien seguro. Después de todo, nosotros sabemos lo veleta que es papá.

-¡Oigan, oigan esto! -exclamó Lily.

-Y -siguió Violeta con firmeza- para nosotros, los niños, es muy duro eso de estar cambiando de madre... Es como para volverse locos.

Pete estaba rojo. Trató de mantener la dignidad.

-No estoy dispuesto a escuchar más tiempo a esa criatura -dijo, dirigiéndose a Carlota-. Entiéndete tú con ella.

-Vamos, Pete, tú sabes que la chica no puede contenerse -manifestó Carlota, arrastrando las palabras-. Su coeficiente de inteligencia es muy alto. Además, no deja de tener su parte de razón.

Pete dejó la mesa y se encerró en el estudio, golpeando la puerta al entrar. Lily lo siguió, dando otro golpe igual. Se esforzaba por mantenerse calma. Permaneció un instante con los brazos cruzados y dijo entre dientes:

-¡Esto es una dicha celestial!

-Querida, no puedo decirte cuán afligido estoy. -Es un poco tarde para sentir aflicción.

-¿Y qué puedo hacer?

-¿Por qué te dejas dominar por ellas de ese modo? ¿Por qué no te impones de una vez?

-¡Ja, ja! -exclamó Pete, contemplándola ásperamente, al tiempo que se servía un vaso de whisky.

-Sí, eso es. Ahora emborráchate. Será de gran ayuda.

-Quiero tomar una copa para serenarme los nervios. Los tengo destrozados.

-Sí..., ¿y cómo crees que están los míos? Vengo aquí en busca de una vacación serena y reparadora junto al hombre a quien creo que amo, y me encuentro metida en una cosa rara que tanto parece un harén como una incubadora.

-¡A quien crees que amas! -repitió Pete, en el colmo de su abatimiento.

-Sí, porque ahora que veo qué clase de hombre de familia eres tú, ya no estoy tan segura.

-Todos cometemos errores.

-Sí, pero tú los cometes con copias carbónicas. Lily rió histéricamente y se arrojó en una silla.

-Voy a retorcerla el cuello a esa chica -anunció Pete, después de un trago largo.

-Mira -dijo Lily, después de dominarse con esfuerzo-, hay una cosa que se puede hacer.

-¿Cuál?

-Irnos. Tú y yo debemos marcharnos. Y no volver hasta que tus beneficiarios anteriores se hayan ido.

-Eso no es posible -murmuró Pete.

-Claro que es posible. Tenemos todas las excusas del mundo. No hay lugar y con toda nobleza les cedemos nuestras camas.

Pete consideró la proposición un momento, pero luego se denotó más reacio.

-No lo haré -dijo.

-Pete, no tendrás más remedio-insistió Lily, dando un golpe en el suelo con el pie-. Yo no voy a permanecer aquí en estas condiciones.

-Yo no puedo irme -expresó Pete-. No puedo permitir que me echen de mi propia casa. Acabas de decir que debo imponerme. Además, hay que sentar un precedente. ¿No piensas lo que sería esto si cada vez que ocurriera lo mismo nos fuésemos huyendo? ¿Qué sería de nuestro matrimonio?

- ¿Quieres decir que estas cosas ocurren a menudo?

-No..., no...

-¡Ah, bueno! Si es así, más vale desistir ahora mismo.

No, escucha, Lily...

-¡Bonito matrimonio sería el nuestro si en cualquier instante estuviésemos expuestos a esta clase de alborotos!

-Lo que quise decir es que debemos mantenernos firmes y soportarlo todo incólumes... como el Peñón de Gibraltar.

Bebió otro trago rápido, para demostrar la firmeza que se proponía tener. Lily lo contempló fijamente, con los ojos un poco cerrados. -Pete Granden, he llegado a creer que esto te divierte. Se me ocurre que esta situación embarazosa te resulta tan entretenida como a Violeta. -No seas ridícula.

-Te refocilas viendo cómo las esposas pasamos malos ratos.

-Te equivocas de medio a medio, Lily.

-¿Y entonces por qué no te vas ahora mismo? -preguntó Lily acercándosele con largos pasos.

-Ya te he dicho que no es lo que corresponde hacer.

-¡Estás comportándote como un tonto!

-De situaciones como ésta tengo mucha más experiencia que tú...

-¡Eso no lo dudo!

-...y tratar de huir nunca conduce a nada bueno.

Pete hizo lo que consideraba un gesto definitivo y autoritario. Lily lo miró cara a cara.

-Ya entiendo -dijo-. Todo es perfectamente claro. Vas a seguir el consejo de Violeta, ¿no es verdad? Piensas aprovechar esta ocasión para ver si no te convendría más casarte con una de las otras.

-No seas absurda, Lily.

-¡Admítelo! -gritó Lily, que ya no podía contenerse más.

-Bueno -manifestó Pete, con aire muy digno-. Si vas a comportarte así con frecuencia, tal vez será mejor que me case con Crystal o Carlota.

-Si es así, hazlo, sin pensar más.

A los ojos de Lily afluyeron lágrimas.

-Por lo menos, son las madres de mis hijos -dijo Pete pomposamente.

-No es necesario que me insultes -manifestó Lily, encaminándose a la puerta-. Yo me voy ahora mismo.

-No hay tren hasta mañana -le aclaró Pete con calma. Luego se echó a reír, irónicamente, según él supuso. Escuchó su propia risa. Sí, no había duda; era burlona.

-¿De qué te ríes? -preguntó ella.

-Me acordé repentinamente de algo que dijiste esta mañana: "mantendré la calma frente a cualquier cosa...", ¿lo recuerdas?

Lily abrió la puerta, pasó como una tromba por el living-room, y subió la escalera. Pete la siguió con la mirada.

Entonces advirtió que Carlota y Crystal estaban mirándolo. Indudablemente habían escuchado la pelea y las dos a un mismo tiempo se denotaron orgullosas y triunfantes.

Una vez en su cuarto, Lily se echó en la cama y lloró. Aquello era demasiado odioso. Había estado tonta. Y probablemente había perdido a Pete para siempre, precisamente cuando tan contenta se sentía de haberlo encontrado otra vez.

Lloró un buen rato, hasta que de pronto, en un momento tranquilo, de agotamiento, comprendió que así no iba a ningún lugar. Recordó horrorizada la forma en que Carlota y Crystal la habían mirado cuando subiera. Por supuesto, estarían encantadas ahora. Probablemente se frotaban las manos, jubilosas. No querían a Pete, pero era natural que tampoco quisiesen que se casara con ella. No lo querían, volvió a reflexionar, y esto le sugirió una idea...

Sintió que el espíritu femenino de lucha se agrandaba en su interior. ¡Pensar que se le había ocurrido huir! Debía permanecer y hacerles frente. No se dejaría condenar en rebeldía por aquellas dos arpías. Sería ridículo, sería antifemenino. Podría Pete permitir que aquella familia absurda lo dominase, pero a ella no.

Bien formulada esa determinación, se acostó. Necesitaba descansar, en previsión de la batalla.

A la mañana siguiente, se puso su más elegante vestido de sport de lana, y se dirigió alegremente a la mesa del desayuno. Llegaba un poco tarde. En lo alto de la escalera se detuvo. Pudo oír que hablaban Carlota y Crystal. Al parecer estaban solas.

-Son esas escuelas progresivas -dijo Crystal-. A mí me parecen peligrosas.

-¿Tú permitirías que tus hijos fuesen educados como montañeses de tierra adentro? -preguntó Carlota con aquella voz calma y resonante. -Bueno, es que yo no quiero que aprendan demasiado pronto. Es antinatural. Espero que ninguno de mis hijos llegue a ser tan precoz como Violeta y Sidney.

-¡Oh, qué gran idea! -comentó Lily.

Carlota miró de pronto su reloj pulsera. Se levantó y recogió la radio portátil.

-Si me perdonan, quiero escuchar a la doctora Amelia McClure. Va a tratar del tema "¿Qué piensan las mujeres?".

-La dejaremos que averigüe la respuesta, ¿verdad? -preguntó Lily. -Eso es lo que deseo -contestó Carlota y se metió en el estudio.

-Me alegra que se haya ido -dijo Crystal, encendiendo nerviosa un cigarrillo.

-No seamos felinas, señorita Barnes -le dijo Lily.

-Sólo quise decir que deseo hablar con usted a solas.

-¡Qué bonito!

-Señorita Forrest... -empezó Crystal con toda solemnidad.

-Señora Granden-la corrigió Lily con dulzura-. Yo he abandonado mi nombre de soltera.

Crystal se sonrojó un poco, pero siguió.

-Estoy pensando si usted sabe lo que hace al casarse con Pete.

-Debí saberlo. Ya me casé antes con él.

-Pero ha cambiado desde que usted lo conoció. Ha cambiado mucho.

-Usted no lo conocía en mi tiempo.

-¿Tenía ese mismo carácter terrible? -preguntó Crystal con tristeza.

-¿Tiene mal carácter? -inquirió a su vez Lily con toda inocencia.

-Espantoso. Me duele decirlo, pero creo que es mi obligación honesta advertírselo. Vivir con él es un infierno.

-¡Oh! ¿No me engaña? -dijo Lily, suave como un corderito.

-Dudo que haya una satisfacción mayor que verse libre de él.

-¡Oh! Si Pete supiera que usted dice eso moriría de pena-comentó Lily, conteniendo el aliento-. ¡Tiene de usted una opinión tan elevada! Dice que algunos de los años más felices de su vida fueron los que pasó a su lado.

-¿De veras? -inquirió Crystal, realmente asombrada.

-Sí. Me contó que usted era casi una santa.

-¿En serio?

-Me confesó que el sitio que usted ocupa en su corazón jamás podrá ser ocupado por otra persona.

-Bueno -dijo Crystal, empezando a sentirse halagada a pesar de sí misma-, lo cierto es que no lo demuestra.

-Ya sabe usted porqué-le dijo Lily-. Está a la defensiva naturalmente.

-No lo serán.

-Después de todo, lo primero es disfrutar de la niñez.

-Yo te aseguro que Violeta y Sidney disfrutan de las suyas admirablemente. No debes pensar que no son dichosos sólo por ser más despiertos que sus mayores... algunos mayores.

Lily no pudo menos que advertir la nerviosidad de sus voces. Sonrió de satisfacción. Alegremente descendió el resto de la escalera, tarareando una canción.

-Buenos días, chicas -les dijo.

Las "chicas" la saludaron con algo de indiferencia. Carlota llevaba un vestido largo de tono violado, y tenía a su lado la radio portátil. Crystal estaba estirada y un poco decaída, como quien está por resfriarse.

-Confío que no se pelearán en una mañana tan encantadora-dijo Lily al sentarse frente a su pomelo, sonriéndoles con coquetería.

-Claro que no -dijo Crystal, a quien no le hizo gracia la ironía.

-Lo único que hacíamos era hablar de nuestros hijos -aclaró con voz arrastrada Carlota, mirando a Lily de reojo.

-¡Oh, los hijos! Son unos encantos, ¿verdad? Todos exactamente iguales al padre. Yo siento especial cariño por Violeta. Es muy excéntrica, ¿no es cierto?

-¿Qué quiere decir con eso de excéntrica?-preguntó desafiante Carlota.

Lily miró a Carlota con los ojos muy abiertos y una expresión de sinceridad en ellos.

-Con eso de excéntrica quiero decir que en cierto modo es una especie de genio. ¡Tan inteligente!

Carlota optó por declararse rendida y sonrió abstraída. -¿Han dormido bien? -preguntó Lily. -Espléndidamente -respondió Crystal, muy estirada.

Lily sabía que estaba mintiendo. Crystal había tenido que dormir con dos de sus hijos.

-Yo también -expresó Lily con entusiasmo-. Pero es que yo siempre duermo bien aquí. Es el aire. ¡Es tan hermoso volver a este sitio! Yo espero que ustedes dos vendrán a vernos a menudo. Y usted también, señora Granden...

-Yo me llamo a mí misma señorita Barnes -dijo Crystal-. He abandonado el apellido de casada.

Tiene miedo de traicionarse. Le parece que la ha perdido para siempre y teme demostrar su verdadero sentimiento.

-¡Oh! En medio de todo, quizás usted tenga razón.

-Sufriría mucho si supiera que le he contado estas cosas. Pero... en fin, yo quiero que usted sea buena con él.

-Sin embargo, sigo insistiendo en que tiene un carácter feroz.

-Eso quiere decir que debemos apenarnos por él, ¿no es verdad? -Y al emitir estas palabras, Lily fue toda dulzura y luz.

-¿Qué es lo que se propone usted? -preguntó Crystal intrigada a más no poder.

-No tengo ninguna intención oculta -respondió Lily con aire de profunda inocencia-. Pienso solamente si Pete no debería volverse a casar con usted.

La expresión que reflejó el rostro de Crystal no pudo ser más curiosa. No sólo había en ella anonadamiento. Había temor.

-Tiene un encanto enorme -murmuró Crystal. Y en ese momento fue definitivamente de miedo su expresión.

Lily debió hacer un esfuerzo para ocultar su regocijo. Crystal dejaría de ser una amenaza.

-Querida mía -díjole Carlota a Lily, algo más tarde, aquel mismo día quiero que hablemos un poco nosotras dos.

Carlota estaba delante de la estufa y sus ropas le daban la apariencia de una vestal.

-¿Sí? -murmuró Lily, abriendo mucho sus ojos.

Adoptando su tono de más franca inteligencia, Carlota habló.

-¿Podría mirar todo este asunto objetivamente y desde un punto de vista independiente?

-¿Qué asunto?

-¡Caramba!... Esto de volverse a casar con Pete. ¿Quiere analizarlo cuerda y psicológicamente? ¿Eliminar el amor?

-¿No le parece muy difícil eliminar el amor?

-¡Oh, no! Después de todo, el amor no es más que una fuerte idea de amor. Como dice La Rochefoucauld: "Muchos no se enamorarían si jamás hubiesen oído esa palabra". Yo he sido capaz de eliminarlo. Por eso Henry y yo nos entendemos tan admirablemente bien.

Palmeó a Lily acariciante y maternalmente, con una caricia de condescendencia. Lily se dominó v sonrió con dulzura.

-Se me ocurre-dijo-que es más fácil eliminar el amor con Henry que con Pete.

Carlota optó por pasar por alto la observación.

-¿Le parece que ese casamiento estará bien para los niños? Ante todo tenemos que pensar en los niños, ¿no le parece?

-Por supuesto -dijo Lily.

-Yo no estoy muy conforme en que tengan madrastra. Mire a Crystal Barnes. ¿Sabe lo que hizo a mis hijos mientras estuvo casada con Pete?

-¿Qué hizo?

-Los despojó de su individualidad. Dejó huellas...

-¿Y antes cómo eran?

-Antes eran soberbias criaturas. No tenían ninguna inhibición.

-Bueno, pero ahora tampoco tienen muchas -insinuó Lily. Carlota le dirigió una mirada enérgica.

-Me temo que como madre usted sería anticuada. Mis hijos necesitan la guía de alguien que sea moderna y librepensadora, como yo.

Fue Lily ahora quien miró a Carlota.

-Se me ocurre una sola persona que podría ser esa clase de guía -dijo con mucha prudencia.

-¡Tiene razón! -comentó Carlota suspirando-. A veces pienso que yo debería casarme con Pete nuevamente, para que los niños estuvieran siempre conmigo. Con toda sensatez y cordura, eso es lo que deberíamos hacer. Y yo no vacilaría un instante... si Pete estuviera conforme.

-Bueno, usted ya sabe -dijo Lily-, aun cuando me apena mucho confesárselo, que a mi juicio ése es el anhelo secreto de Pete. ¡Oh! Se moriría si supiera que yo le cuento esto, pero

me ha confiado que, en su condición de madre de Violeta, Sidney y Bruce, el sitio que usted ocupa en su corazón no podría ocuparlo ninguna otra persona.

-¿Dijo eso? -preguntó Carlota, sin estar segura todavía de si debía alegrarse. Luego echó hacia atrás los hombros, agregando-: Pero no debemos permitir que el sentimiento intervenga en esto.

-No, no debemos-convino Lily-. Y yo quiero decirle, señora Watrous, que pienso verdaderamente que los niños deben ser considerados en primerísimo lugar. Por mi parte, no tendría inconveniente en desistir y cederle el puesto.

Lily confió en que su aspecto fuera valiente y afirmó la barbilla. Carlota arqueó las cejas, sorprendida. Había estado segura de que Lily le presentaría batalla. Un minuto o dos quedó indecisa. "¡Ajá! -pensó Lily-, la he corrido con mi desplante."

-Es usted muy comprensiva, querida-dijo Carlota-. Pero, por supuesto, eso es de todo punto imposible. Me olvidaba de Henry.

-Yo estoy segura de que Henry se sacrificaría también, sabiendo que es por el bien de los niños.

-Ni siquiera se lo preguntaría -dijo Carlota con cierta brusquedad.

-Yo podría preguntárselo -manifestó Lily pensativa, contemplando a Carlota fijamente-. Y me creo capaz de hacerle ver nuestro punto de vista. Advirtió que el rostro de Carlota reflejó primero disgusto y luego, gradualmente, fue el miedo lo que se pintó en él...

Aquella noche, para la cena, Lily se puso su vestido más seductor. Canturreaba en voz baja. Tenía la esperanza de haberles infundido un miedo atroz a Carlota y Crystal. Carlota quería retener a su Henry, pero no estaba demasiado segura de él. Y Crystal ansiaba a Pete, pero no estaba demasiado segura de sí misma

Esa noche lo remacharía, pensaba Lily. Si Pete se comportaba en la forma en que debería comportarse, de acuerdo con lo que ella conocía de la naturaleza humana, todo saldría a pedir de boca. Y las chicas se inquietarían de veras.

En apariencia, las cosas fueron, durante la cena, mucho más agradables que la noche anterior. Las tres señoras Granden hablaron de fruslerías. Crystal se ofreció para enseñarle a Lily un cierto punto especial de tejido y Carlota le explicó su famosa receta del "chili" con carne.

-Esto parece una bolsa femenina para el intercambio de ideas -expresó Ester en voz alta, cosa que a Pete le pareció una observación antipática. Pero luego de cenar las cosas tomaron un giro definido. Pete había hecho exactamente lo que Lily esperaba. A fin de incomodarla, volcó sus atenciones y encantos en dirección a Carlota y Crystal; y cuando Pete quería ser encantador, le sobraba habilidad para hacer salir un pollo de su cascarón. Lily estaba henchida de satisfacción al ver que Crystal se esforzaba por liberarse de aquella dominación masculina y hablaba en voz alta de las ventajas que tiene el ser soltera.

Carlota pasaba las suyas también. Miró a Lily fijamente, con aquellos ojos redondos e intelectuales, mientras Lily hacía toda la comedia destinada a Henry. Lo acompañó en sus solos de flauta, lo cual era más de lo que ella podía hacer, y le imploró que le hablase de la antigua música griega, sentándose a sus pies para escucharlo embelesada mientras él hablaba. Naturalmente, se dedicó a ella; Lily no sólo era mejor escucha que Carlota, sino más hermosa.

Y luego, a las diez de la noche, cuando Carlota le ordenó, o poco menos, que la acompañase al estudio a escuchar la Hora Egipcia del profesor Mortwick, Henry manifestó que esa vez podría pasar sin el profesor Mortwick.

Carlota se sintió sinceramente ofendida.

A la mañana siguiente Lily pudo advertir que era mucho lo que estaba ocurriendo. Ester le trajo el desayuno en una bandeja y le informó que el doctor había vuelto y que la epidemia de sarampión parecía dominada; que Pete había ido al pueblo y que Carlota y Crystal habían

recibido sendos telegramas reclamando sus presencias en otros lugares. Estaban preparando los equipajes para irse.

-¿Qué hace Pete en el pueblo?

-No lo adivino -dijo Ester-. Jamás va, como no sea por asuntos de importancia.

Durante un momento Lily tuvo miedo. ¿Se le habría ocurrido a Pete quitarse de encima todas las mujeres de un solo golpe y marcharse a Nueva York? ¿Habría llevado demasiado a fondo la comedia?

Estaba de pie junto a la ventana, petrificada ante esta idea, cuando de pronto vio a Pete que llegaba en el auto. Se armó en seguida un gran revuelo, mientras Crystal, Carlota y Henry eran despachados con rumbo a la estación. Los niños que no estaban confinados en cama corrían de un lado a otro con bultos y los confinados gritaban desde las ventanas. Lily decidió que lo mejor era mantenerse alejada.

Pero justo en el momento en que partían, con Clarence al volante, Lily abrió la ventana y preguntó a voz en cuello:

-Oiga, señora Watrous, ¿cómo me dijo que era, dos o tres tazas de cebollas picadas junto con la carne?

-Dos, querida -le contestó Carlota-. Adiós. Cuando bajó, Pete estaba arrellanado en el sofá. -¿Bueno? -le dijo.

-Bueno -repitió Pete. Lily hubiera llorado de gozo en el momento en que él le sonrió.

-¿Amigo o enemigo? -preguntó ella.

-Amigo, por supuesto. Acabo de ahuyentar al enemigo.

-¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir? -preguntó Lily.

-Fui al pueblo y les leí por teléfono dos telegramas fraguados. Fue obra mía. Lo hice yo. ¡Yo solo!

-¡Querido! -exclamó Lily, acariciándole la mejilla-. Eres admirable. Esa inspiración es digna de Violeta.

-No, menten al demonio -dijo Violeta, penetrando con pasos firmes y vestida de tal modo que parecía un conejo de tamaño extraordinario con dos grandes orejas.

-No escuches, Violeta -le dijo Pete.

-¿Cómo enterarse de las cosas si no se escucha? -preguntó Violeta-. He escuchado un montón de conversaciones estos dos últimos días. Lily, fuiste muy hábil con las ex esposas de papá.

-Gracias, querida -repuso Lily.

-Estaba pensando -siguió Violeta, arrancándose los zuecos -que yo las traje aquí, Lily les calentó los cascos y tú, papá, te libraste de ellas. Un equipo perfecto.

-Bueno -dijo Pete suspirando-, ahora ya te has divertido, Violeta. Recuerda tan sólo que somos como arcilla en tus manos. Y déjanos en paz.

-No los molestaré-prometió Violeta, agregando-: mucho...

Lily se estiró, con una lujuriante sensación de libertad.

-¡Solos, por fin! -exclamó.

-Completamente solos, salvo siete niños y una epidemia de sarampión -dijo Pete, sonriéndole con la misma cara de un niño que pide perdón. Lily le pellizcó cariñosamente la nariz.

-Bueno, siempre es mejor eso que estar solos con siete niños, una epidemia de sarampión, dos ex mujeres y un marido de una ex mujer. Por lo menos, equivale a dar un paso adelante.

Pete asintió, y los dos se apretaron sonrientes.

-Oigan -dijo Violeta, que estaba muy atareada con sus discos y el fonógrafo-, ¿por qué no se van a jugar a otro sitio? Mamá me trajo la Misa en Mi Mayor, de Bach, y quiero oírla.

CAPÍTULO II
UNA BODA TRANQUILA

A veces pienso que la carga que llevo es demasiado pesada para una niña de mi edad.
Violeta Meadows Granden

Los demás de la clase hacían obedientes sus ejercicios de álgebra; pero no así Violeta. Violeta estaba redactando en su pupitre un aviso con el máximo cuidado. Se retorcía una trenza meditativamente y los anteojos de carey se le habían resbalado por la nariz. Después de mucha borratina estudió el resultado:

Una agradable y joven pareja que está por casarse tendrá que prescindir de la luna de miel a menos que encuentren, en un sitio romántico, lugar bastante acomodado. ¿Qué puede ofrecer usted?

La satisfizo. Lo pasó en limpio.

Después de la clase la señorita Pringle, su maestra de matemáticas, la llamó a su pupitre.

-Violeta -le dijo ásperamente-, tú no estabas haciendo los ejercicios de álgebra.

-Me preocupaban otras cosas -le contestó Violeta.

-¿Sí? Debe de ser por eso que tu nota fue tan baja el mes pasado.

-Mi padre está por casarse.

En apariencia, no había relación posible entre los puntos bajos de Violeta en álgebra y la boda inminente de su padre. Así lo entendió la señorita Pringle, quien manifestó esa opinión en voz alta y sin circunloquios.

-Señorita Pringle -dijo Violeta con aquella quejosa paciencia de los doce años, que era tan suya-, ¿conoce usted a mi padre?

-No.

-¿Y a la mujer con quien se casa, Lily Forrest?

-No.

-¿Y sabía usted que ya estuvieron casados antes y que Lily fue la primera de las tres esposas de mi padre?

-No, no lo sabía -contestó la señorita Pringle, un tanto asombrada.

-Entonces usted no puede entender que los dos carecen del sentido de la responsabilidad y que para mí son todo un problema. Evidentemente, mucho más importante que todos los problemas de álgebra. Por eso le ruego que no exprese una opinión. Cuando tenga a mi padre en su cuarto matrimonio, le prometo que mis notas volverán al mismo nivel elevado de costumbre.

Dicho eso, se alejó del lado de la señorita Pringle. Sus tacones recios golpeaban el piso con fuerza y las trenzas se le balanceaban.

Violeta estaba de vuelta en el departamento de Nueva York en el cual vivía con su padre, la tía Ester y de uno a cinco hermanos y hermanas, según fuese la época del año. De

momento estaban sólo Violeta, Sidney y Bruce, lo cual ya era algo, toda vez que la decisión de Pete de volverse a casar con Lily estaba dando lugar a mucha tensión. No quiere eso decir que Pete o Lily estuvieran nerviosos. Seguían haciendo con alegría sus proyectos de vida ideal sobre la base de nada por mes. Tampoco quiere decir que la tía Ester estuviese nerviosa. Tenía el mismo natural optimismo de Pete y cierta idea peculiar, allá en lo recóndito de su mente, de que todos los casamientos se realizan en el cielo, lo cual, en vista de las tres desastrosas experiencias de Pete, era un concepto demasiado audaz. Pero Violeta estaba muy nerviosa. Todo lo veía negro.

-La experiencia no le ha servido de nada a papá -anunció a Sidney aquella misma tarde, mientras ambos estaban sentados en el living-room.

-Bueno -dijo Sidney con un suspiro-; no podemos vivir nosotros las vidas de nuestros padres. Debemos dejar que aprendan solos.

-Pero alguien ha de tener sentido práctico -objetó Violeta, tirándose de cara en el sofá-. ¿Con qué van a vivir?

-Eso le pregunté yo a papá.

-¿Y qué te contestó?

-Se rió y me dijo que no me calentara la cabecita.

-Ah, muy bien... Si nosotros no nos preocupamos ¿quién va a preocuparse?

-Agregó que nunca se había muerto de hambre.

-Alguna vez hay que empezar-dijo Violeta en tono siniestro-. No todo será amor. A esa edad, por lo menos. Están envejeciendo. Ya casi tienen treinta y cinco años uno y otro.

Bruce dio un salto, colocándose de frente a Violeta en un rincón.

-¡Mira! -dijo-. Soy un tigre, el tigre más feroz que ha existido.

-¿Por qué no te pones serio alguna vez? -preguntó Violeta con evidentes señales de fastidio.

-Soy un tigre muy feroz -dijo Bruce echándose a recorrer el cuarto en cuatro patas. La imaginación de Bruce, excesivamente fértil, era todo un tormento para Violeta y Sidney, más dados a la intelectualidad pura.

-¡Anda a paseo! -exclamó Sidney con malos modos-. Queremos estar tranquilos.

-Hoy he puesto un aviso pidiendo sitio para la luna de miel -anunció violeta, suspirando.

-¿Por qué lo has hecho?

-Porque es forzoso que tengan su luna de miel. Una vez oí cómo la tía Ester decía que sin luna de miel ningún matrimonio es matrimonio.

-La tía Ester es muy sentimental -murmuró Sidney.

-Ya lo sé -asintió Violeta-. Pero me parece que la idea no es desatinada. Yo creo que a mí me gustaría ir de luna de miel.

-¡Pamplinas! -exclamó Sidney.

-De todos modos, no se hace nada malo con probar. Me he pasado la semana entera sin merienda para pagar el aviso en el Times. De modo que tendrás que darme la mitad.

En aquel instante llegaron Pete y Lily muy alegres. Aparecieron de pronto en la puerta del living-room.

-¡Hola, hola! -dijo Pete.

-Hemos escuchado un concierto maravilloso -expresó Lily.

-¿Y de dónde sacan ustedes dinero para tirarlo en un concierto? -inquirió Violeta.

-Te hemos tomado el pelo -dijo Pote-. Fue un concierto gratuito organizado por el municipio, para los pobres.

-¿Cómo no se les ha ocurrido salir, haciendo una tarde tan hermosa? -interrogó Lily.

-Estamos pensando -dijo Violeta.

-¿Pensando en qué?

-En ustedes dos, ya que quieren saberlo.

-¡Que satisfacción! -exclamó Lily.

Violeta se levantó y adoptó un continente severo. ¿Podría hablar con ustedes en serio un rato?

Pote y Lily se miraron.

-Sí..., claro...

-Pues bien, me desagrada meterme en sus asuntos, pero...

Lily se puso muy seria de pronto. La experiencia le había demostrado que cuando Violeta empezaba de aquel modo era de temer cualquier cosa.

-¿Qué es lo que te traes entre manos? -preguntó Pote.

-Mi única finalidad es ayudarlos -dijo Violeta.

-¡Oh! -refunfuñó Pote-. ¿Esas tenemos?

-Tienen que ser prácticos siquiera dos minutos.

-Perfectamente -dijo Lily, arrellanándose en un sillón-, ¿por qué no?

-Ustedes dos van a volver a casarse con un enorme optimismo...

-Lo cual admitimos que es muy digno de elogio -intervino Sidney-. Pero a ninguno de los dos se les ha ocurrido preguntarse con qué van a vivir.

-¿A qué te refieres? -preguntó Pete.

-Al dinero-repuso Violeta con toda claridad-. En tus buenos tiempos lo veíamos. Esos papeles verdosos, ¿te acuerdas?

-Oye -dijo Pote, enrojeciendo-, óyeme, señorita Sabelotodo, estás hablando como si yo fuera un pobrete.

-Y lo eres... -Jovenzuela...

-¿Me permites que destaque los hechos? -inquirió Violeta, deteniéndolo con firmeza.

-Te concedemos cinco minutos -manifestó Lily.

-En ese caso, necesito beber algo-agregó Pote, acercándose al gabinete de los licores.

-El padre de Florabel Atkinson tiene úlceras -sentenció Violeta, mirándolo con energía.

-¿Qué enredo es ése? -preguntó Pote.

-He dicho únicamente que Florabel Atki...

-¿Y quién es Florabel Atkinson?

-La tesorera de nuestro club escolar de francés.

-¿Y ésas son las cosas de que ustedes hablan? No hay duda que es una excelente escuela.

-Una escuela progresiva -explicó Violeta.

-¡Oh!

-Pero volviendo al asunto -agregó Violeta, cruzándose de piernas al estilo indio y abordando resueltamente el tema-. Uno: todo el dinero que tú tienes, papá, está dedicado a pensiones a las ex esposas, educación de los niños y pagos de seguros. Dos: no estás ganando nada, en virtud de que te encuentras en un estado de fusión.

-¿Qué? -preguntó Lily, riendo.

-Pasa por un período de transformación -aclaró cortésmente Violeta, debido al hecho de que se eleva estéticamente, o sea que abandona un negocio burgués, pero lucrativo, del lavadero de ropas, con el fin de volver a su antiguo amor, el pincel y la paleta. Tres: todo lo que has ganado hasta ahora con tus pinturas, papá, ha sido un premio de setenta y cinco dólares, y aun en ese caso los jueces, después, llegaron a sospechar que fue un error del escribiente.

Pote se dejó caer en un sillón, empuñando el vaso.

-Tú me tienes confianza, jovenzuela, ¿verdad?

-Sí; más aún, estoy segura de que un día serás considerado un pintor famoso. Pero también apuesto a que morirás pobre.

-¿Qué has andado leyendo? -inquirió Pote.

-Y cuatro-continuó Violeta sin amilanarse-: que has persuadido a Lily para que deje sus lecciones de música, de modo que tendrá que depender completamente de ti. Ahora repito: ¿de qué van a vivir?

Lily la miró un poco desconcertada. Era inicuo escuchar esa charla de Violeta, y sin embargo no había duda que tenía algo de razón. Contempló a Pote, que fruncía el ceño malhumorado.

-Ni siquiera tienen dinero bastante para la luna de miel -dijo categóricamente Violeta, levantándose y sacudiendo la cabeza.

-¿A quién le interesa la luna de miel? -preguntó Lily alegremente. Todas las mujeres aspiran a un viaje de luna de miel-expresó Violeta con un tono ampuloso y definitivo.

-El nuestro ya tuvo lugar-manifestó Pete.

-Eso fue en la otra boda -insistió Violeta.

-Por supuesto-intercedió en ese momento Sidney-, nosotros los niños vamos a realizar una colecta para juntarles algo y creo que la tía Ester puede reducir los gastos de la casa. Pero eso no les puede durar mucho tiempo.

-¡Por amor de Dios! -manifestó Lily temiendo que la conversación estuviera yendo demasiado lejos-. ¿Se les ha ocurrido por un momento que nosotros queramos vivir a costa de ustedes?

-No seas reaccionaria -le dijo Sidney.

-Además, es posible que podamos extraerles algo a muestras madres - agregó Violeta.

Esto tuvo la virtud de indignar realmente a Lily.

-Puedes estar bien segura-exclamó iracunda-de que no vamos a vivir a costillas de las ex esposas de Pete. ¡Muy segura!

-Y entonces, ¿cómo piensan vivir? -preguntó Violeta-. Ese es precisamente el punto a que yo quería llegar.

-Por de pronto -respondió Lily después de cavilar detenidamente-, tenemos aún la platería del matrimonio anterior. Está en depósito. Violeta movió la cabeza con tristeza. Lily miró a Pete.

-¿O será que no la tenemos? -preguntó al cabo.

-No -le respondió Pete, meneando entristecido su cabeza-, no seguimos teniendo aquello.

-Pignoratus -dijo Violeta lacónicamente.

Llamó el teléfono y Pete contestó. Todos los presentes lo escucharon con atención. Era costumbre de los Granden escuchar siempre que alguien telefoneaba.

-¡Oh, ¿Qué tal, Johnnie?... Sí, sí, pero va a ser una cosa estrictamente privada. Una ceremonia sencillísima y nada más. Dos testigos únicamente... Sí... No, no puedo decirte dónde ni cuándo... No, no, te conozco de sobra... -En ese momento, la risa de Pete fue algo forzada, mientras seguía: Supongo que tú entiendes lo delicado que es casarse de nuevo con la primera esposa después de... bueno, después de todo lo que ha pasado después. Algunos podrían creer que es una broma... ¿Entiendes? Por eso he decidido que sea completamente secreto... Si... Oh, claro, te avisaremos cuando haya pasado. Seguro. Y nos alegraremos de verte también... No lo dudes... Gracias.

-Johnnie Sparr -díjole Pete a Lily a guisa de explicación, luego que hubo colgado el receptor-. Un muchacho encantador, pero muy bromista. Antes de darle detalles de nuestra boda preferiría hacer ejercicios en la cuerda floja. Trabaja en diarios y anda con los que publican chismecitos. Muy peligroso.

-A todo esto -fue Violeta quien habló en este momento-, ¿cuándo piensan casarse?

-No lo hemos decidido aún. En cualquier momento. Tenemos la licencia.

-Nos has deprimido tanto -dijo Lily- que no tendría nada de extraño que no nos casáramos.

La mirada de Violeta fue casi tierna por un momento.

-Todos tenemos que hacer frente a las cosas -dijo con suavidad-. Vamos, Sidney.

Violeta y Sidney salieron del cuarto.

-Confío que saldrán un poco para aprovechar este aire de primavera - les dijo Lily.

-No somos de los de aire libre -contestó Violeta-. No vamos afuera. Vamos a mi cuarto, a terminar una partidita de ajedrez.

Y se marcharon. Bruce estaba rondando por el cuarto.

-Papito -dijo.

-¿Qué?

-Soy un tigre feroz.

-Muy bien.

Pete se acercó a la ventana y permaneció junto a ella, mirando al exterior. Lily apoyó la cabeza en la mano en actitud meditativa. Suspiró con fuerza.

-Lo cierto es que esos niños saben algo más de la cuenta -dijo tristemente

-Lo que yo quisiera averiguar-dijo Pete-es el motivo por el cual una persona indiferente como yo puede engendrar esos hijos tan condenadamente admirables. ¡Hijos tan especiales! ¿Por qué no habrán salido tontos y sucios?

Lily se le acercó y apretó su cabeza contra el cuello de Pete.

-Yo nunca he pretendido ser más que un pintor que se muere de hambre -dijo Pete.

-Claro que no has pretendido, querido -manifestó Lily queriéndolo calmar-. Y yo estoy de acuerdo en morirme de hambre contigo. Violeta no tiene derecho a causarnos estos trastornos.

A la tarde siguiente, Violeta y Sidney demoraron más que de costumbre en volver de la escuela. Violeta traía consigo un fajo grande de correspondencia.

Pete y Lily se hallaban cómodamente sentados en el sofá, en medio de un aura idílica y felicitándose de haberse encontrado otra vez. No se acordaban de que Violeta existiera. Cuando la vieron, suspiraron.

-Ha llegado el Superhombre -murmuró Lily.

Violeta contempló el vaso de bebida que su padre tenía delante.

-El papá de Florabel Atkinson... -empezó.

-¡No quiero volver a escuchar ese nombre! -gritó Pete,

Violeta dejó su fajo de correspondencia en el sillón y tiró en él sus libros, sombrero y saco.

-¿Qué llevas ahí? -le preguntó Lily

-Me parece que les he encontrado un sitio para la luna de miel-replicó Violeta, empezando a clasificar las cartas.

-¿Viene así por correo la luna de miel? -inquirió Lily.

-Sí.

-¡Luna de miel! -exclamó Sidney con gesto despreciativo- ¡Tonterías! Violeta estaba muy seria. Clasificó las cartas en el suelo, disponiéndolas en varios montones.

-Por supuesto, la mayoría de las contestaciones son propaganda de hoteles y cosas parecidas. Era de esperarse. Hay algunos ofrecimientos que son demasiado caros, como el castillo de Connecticut, la plantación de Carolina del Norte y el vagón ferroviario privado del señor Egbert S. Derriberry, que él mismo asegura que es una carga económica. Pero, por el proceso de eliminación, se encuentran tres posibilidades verdaderas. Y creo que ustedes dos deben decir la última palabra. ¿Qué opinas, Sidney?

-Claro. Los que se entierran son ellos.

-Ahora bien -prosiguió Violeta, sentándose sobre sus propios talones y abriendo tres cartas-, ¿les gustaría pasar la luna de miel en el salón de Pasteles y Helados de la señora Hattie Glutz, en las afueras de Pittsburgh, o en el Campamento de Comunidad del Lago

Wawaslogum, Nueva Jersey, o en la casa que la señorita Frederica Fairland tiene en Taxco, México. ¿y que, abro comillas, es una adorable casita de adobe, cierro comillas?

-¿A qué viene todo eso? -preguntó, paciente, Pete.

Violeta explicó la cuestión del aviso.

-Estas son las respuestas que encontré en el "buzón" del Times. ¿No es maravilloso?

Pete y Lily estaban ligeramente anonadados. Miraron las tres cartas de las "posibilidades".

-Como ven-siguió Violeta-, estas tres lunas de miel son gratuitas. ¿No es un encanto? Vienen de gente que es partidaria verdadera de la luna de miel y tiene buen corazón.

-Al parecer, la puntada no deja de tener nudo -manifestó Lily.

-¡Hum! -murmuró Pete, leyendo-. Si vamos al establecimiento de pasteles y helados de la señora Glutz, nos da casa y comida gratis durante dos semanas, pero tenemos que ayudar en el negocio, a cambio de lo cual nos tratará como a sus queridos hijos, que murieron.

-Si vamos al campamento del Lago Wawaslogum -explicó Lily-, se nos dará la Cabina Memorial de Horacio Zimberger, pero tenemos que comer el rancho del campamento.

-No suena bien -comentó Pete.

-Y en la adorable casa de adobe de la señorita Fairland tenemos que mantener en buen estado la casa y de buen humor a los dos criados mexicanos. En estas condiciones, podemos disponer de la casa gratis indefinidamente. ¡Bueno, bueno!

-Yo creo que esa carta es realmente encantadora -opinó Violeta, mirando por encima del hombro de Lily-. ¿Ven? La señorita Fairland dice: "Yo misma estuve por ir allí a pasar una luna de miel cierta vez, pero eso fue hace muchos años. Y nada desearía tanto como saber que una pareja ocupa la casa para ese objeto". Puede suponerse que ha tenido una vida trágica, ¿verdad?

Pete no escuchaba. Miraba delante de sí abstraído.

-¡Dios mío! -exclamó de pronto, con una emoción que le salía por los ojos-. ¡Las cosas que podría pintar en México!

-Yo siempre he tenido deseos de ir a México-dijo Lily, reteniendo con fuerza entre las suyas una mano de Pete.

-¿De modo que se deciden por la adorable casa de adobe de la señorita Fairland? -preguntó Violeta.

Pete miró a Lily a los ojos.

-Querida, ¿no te parece que sería maravilloso?

-Sí, yo creo-dijo Violeta, muy meditativa-que en México se presentan ventajas que no pueden encontrarse en el Lago Wawaslogum o en Pittsburgh, y ni siquiera en los alrededores de Pittsburgh.

Pete y Lily seguían mirándose sonrientes, y conteniendo el aliento, por miedo de confiar demasiado.

-Sería como visitar el cielo -exclamó Lily extáticamente.

-Y casi igual de lejos -comentó Sidney con frialdad. Pete y Lily dejaron de sonreír.

-Hay un cierto problema de transporte. México se encuentra a 2.856 millas de Nueva York. Y Taxco está un poco más allá. El gasto será...

-¡Oh! -exclamó Pete apesadumbrado.

Luego, de pronto, se reanimó. México poseía demasiada atracción para él. Asió con fuerza las manos de Lily, y le dijo con entusiasmo infantil:

-¡Querida, me encantaría!

-Entonces, está arreglado. Le escribiremos en el acto.

Pete, después de decir estas palabras, se lanzó a recorrer el cuarto a grandes pasos, sonriendo dichoso

-¿Y cómo piensan pagar el viaje? -preguntó Sidney.

De pronto, Pete asumió el aire de amo de su propio destino. -Escuchen -dijo-; si realmente me lo propongo, puedo conseguir el dinero en préstamo. Todavía los bancos me otorgarían crédito.

-El tipo soñador -comentó Sidney.

-El tipo soñador... ¡un cuerno! -replicó Pete gritando-. Conseguiré el dinero mañana, y habremos salido en menos que se dice... Florabel Atkinson.

Después de esto, tomó el vaso y lo llevó a sus labios, con un valiente movimiento ondulatorio.

Violeta tomó las palabras de su padre con el escepticismo habitual. Y aquella misma noche redactó en silencio otro aviso:

Pareja sale en auto a México Cite y tomaría tres pasajeros compartiendo gastos.

-Tendremos que romper tu alcancía, Sidney -dijo Violeta entusiasmada-. Pero por lo menos este aviso no costará mucho.

-¿Por qué tienes siempre que recurrir a mis ahorros? -preguntó Sidney.

-Porque los míos -respondió Violeta con afectación- están en fondos para Navidad en el Chase National Bank.

A ese nuevo aviso Violeta recibió cinco respuestas. Investigó las referencias y seleccionó tres buenas perspectivas.

-Pareces olvidar-le advirtió Sidney-que papá no tiene auto. Lo vendió el año pasado, en un momento crucial

-Ya lo sé, tonto.

-¿Y entonces...?

-Quiere decir que tendremos que comprarle un auto.

-No me hagas reír. ¿Con qué?

Violeta tomó de pronto el aspecto de un ave de rapiña.

-Florabel Atkinson es una de mis mejores amigas -dijo pensando mucho las palabras-. Es posible que sea algo estúpida, y más que un poco burguesa; pero es una de mis mejores amigas.

-¿Qué tiene que ver eso con nada?

-Cómo Florabel es tesorera de nuestro club de francés...

Cuando Florabel y Violeta se encontraron en el lavatorio de niñas, minutos antes de que empezara la clase a la mañana siguiente, se celebró toda una conferencia.

-Tranquilízate un momento, Florabel-dijo Violeta-. Nunca te he visto tan nerviosa. Y tengo que decirte una cosa seria.

-Es cierto que jamás he estado tan nerviosa-balbuceó Florabel, que era un poco gordita y por naturaleza tenía una respiración dificultosa-. Te aseguro, Violeta, que así es.

-Serénate, Florabel, serénate. Si casi te veo convertida en un manojo de nervios...

-Es que tampoco he sido nunca tan dichosa. Pero lo malo, Violeta, es que yo misma no sé si puedo contártelo.

-Ni yo te lo pregunto, ¿no es así, Florabel?... Pero ahora escucha, préstame mucha atención. No te gustaría, como tesorera de nuestro club de francés, aumentar ese fondo de sesenta y ocho dólares con sesenta centavos que tenemos en nuestra tesorería?

-¿Qué has querido decir, Violeta?

-¿No te gustaría?

-Claro que me gustaría. A todos nos encantaría tener más dinero en la tesorería. Sabes de sobra que en ese caso podríamos preparar mucho mejor nuestra comedia francesa, y hasta quizá lograr el efecto del fuego, con humo verdadero, en la escena del incendio. Tú...

-Entonces, escúchame, yo no creo poder aumentarlo tanto. Pero si me prestas esos sesenta y ocho dólares con sesenta centavos por tres días, te los devolveré con cinco por

ciento de interés. Quiere decir que el club tendrá los sesenta y ocho dólares con sesenta, más tres dólares con cuarenta y tres centavos, lo cual da setenta y dos dólares con tres centavos.

Florabel tironeaba nerviosa los botones del suéter.

-Bueno, Violeta, tendré que pedir permiso al club... Violeta decidió lanzar un último ataque a fondo.

-¿No eres la tesorera? -preguntó-. Creo que puedes tomar algunas decisiones por ti sola, ¿no es así? Y piensa en los felices que serán todos cuando vean cómo has aumentado el fondo común.

-Bien, pero...

-¡Por amor de Dios Florabel! ¿Eres persona o insecto?

-Soy una chica-dijo Florabel con sinceridad.

Violeta comprendió que Florabel sería así toda su vida. Cuando con una persona no se puede usar la razón, hay que apelar a la fuerza.

-Bueno, me das ese dinero, Florabel. Y todo saldrá bien.

-En fin, Violeta, si estás segura de que no hay nada malo. Después de todo, eres casi mi mejor amiga...

-Exactamente -dijo Violeta con sequedad.

-¿Y ahora no quieres que te cuente por qué estoy tan terriblemente nerviosa? -preguntó Florabel, moviéndose otra vez.

-¿No decías que era un secreto?

-En realidad, no debería contarlo, pero quiero que lo sepas. Como eres mi mejor amiga...

-Ve derecho al grano, Florabel -dijo Violeta, mirándose los dientes en el espejo.

-Pues bien, la señora Mason me ha dicho que el club desea que yo tome a mi cargo el papel principal de la comedia francesa. Haré de Juana de Arco. Violeta la miró fijamente, alarmada, y con algo de compasión.

-¡Oh! ¿De veras? -le dijo, y en sus ojos brilló la satisfacción de una nueva batalla.

Tomó a Sidney del brazo después de la clase, y juntos recorrieron cuatro casas de automóviles de segunda mano. Violeta llevaba los sesenta y ocho dólares con sesenta centavos bien envueltos y asegurados con un alfiler en el sitio donde confiaba tener pecho el día menos pensado.

A tres de los cuatro vendedores los hizo salir de sus casillas. Violeta era muy decidida y desconfiada, y Sidney no se consideraba ignorante en materia de mecánica, de modo que no resultaba fácil engañarlos. Su sistema consistía en destripar el coche antes de que el vendedor tuviera tiempo de ofrecérselo construido. Sidney levantaba el capot y examinaba las bujías, el ventilador y el radiador; se metía debajo, e informaba sobre el estado de los cojinetes y el eje, y luego ponía el motor en marcha y escuchaba con cuidado, mientras Violeta permanecía al lado del vendedor y formulaba observaciones ofensivas sobre el aspecto general del auto. Si el vendedor procuraba negarlo todo, decidían que había gato encerrado; si se concretaba a poner cara patética y de asombro, entonces su inclinación era creer en la honestidad del hombre.

Encontraron por último un auto que, aun no siendo exactamente lo que Violeta había soñado, por lo menos parecía barato por los sesenta y ocho dólares con sesenta centavos que tenía (estaba marcado en setenta y cinco).

-Es muy fuerte -informó Sidney-. En aquella época sabían fabricar motores.

-Escuche -le dijo Violeta al vendedor-, nosotros queremos que sea entregado a primera hora pasado mañana.

Pagaron la mitad, tomaron el recibo y corrieron a casa.

Era ya oscuro cuando llegaron al departamento, y la tía Ester, Pete y Lily, sentados juntos, denotaban estar alarmados.

-¿Por dónde diablos han andado? -preguntó Pete paternalmente.

-¿Has conseguido dinero? -inquirió Violeta, contraatacando.

-No.

Violeta y Sidney cambiaron miradas de inteligencia.

-Pero repito -gritó Pete -que quiero saber dónde has estado.

-Fuimos a comprar un auto.

El asombro fue general. Se imponía la inevitable pregunta:

-¿Con qué dinero?

-He hecho un pequeño trato comercial con Florabel Atkinson. El automóvil estará aquí a primera hora el sábado.

-Es un buen armatoste viejo -dijo Sidney-. Con él llegarán perfectamente a México.

Pese a todo, Pete y Lily se miraron esperanzados.

-Querido Pete -dijo suavemente Lily-, ¿tenemos el dinero necesario para llegar a México en automóvil?

Pete frunció el ceño, asustado.

Violeta tomó la batuta. Con un lápiz y un papel en la mano, se sentó.

-¿Cuánto es exactamente el dinero que tienen?

-Ciento cuarenta y siete dólares justos -dijo Pete.

-Muy bien. Vamos a hacer los cálculos. Hasta México hay cuatro mil quinientos noventa y seis kilómetros. El auto hace ochenta y cinco kilómetros con veinte litros. Quiere decir que en nafta se irán unos cincuenta y siete dólares. Agreguemos veinticinco dólares para aceite y otros gastos. Y cuatro dólares diarios para alojamiento y comida en el viaje. Serán cuarenta y ocho. En resumen, el viaje costará ciento treinta dólares. Deduciendo lo que van a pagar los pasajeros, la cosa no está mal. Les quedará un sobrante para gastos hasta Taxco. No será mucho. La comida es barata en México... Sí, yo creo que podrán arreglarse con la ayuda de los viajeros pagos.

-¿De los qué? -interrogó Pete.

-Llevarán con ustedes tres pasajeros que contribuyen a los gastos. Ya he tomado referencias y los he aceptado.

Violeta les explicó el método seguido para conseguir esa ayuda. Pete no tardó más que un minuto en entender. Pero entonces explotó:

-Esto es demasiado. Ya te has excedido mucho. Hasta un cierto punto, las cosas pueden aceptarse. Pero esto es ir muy lejos... Ahora... Eso es ir...

-Estás repitiéndote-le dijo Sidney.

-¿Aceptar tres desconocidos en un viaje de luna de miel? ¡Imposible!

-¿Y qué tiene, querido? -inquirió la tía Ester muy dulcemente.

-¡No lo hace nadie! ¡A nadie se le ocurriría!

-El que no tiene no puede elegir-sentenció Violeta-. De todos modos, no será más que una segunda luna de miel. Además, los tres desconocidos no serán desconocidos todo el viaje. Impresionan bien: señor Pugh, señorita Cluff y señorita Winkler. El señor Pugh es fumigador, y las señoritas Cluff y Winkler, maestra de escuela y bibliotecaria, respectivamente.

-Puede ser muy útil un fumigador en el viaje -expresó con alegría la tía Ester-. Una vez conocí yo al más simpático del mundo... Era...

-Todo eso es absurdo, reverendamente absurdo -repetía Pete, mientras recorría el cuarto de un extremo a otro.

Lily se le acercó, lo tomó de las solapas y lo miró fijamente a la cara.

-Oye, querido, ¿en qué puede molestarnos ese detalle? Con tal de que lleguemos a Taxco... Consideremos el asunto como una aventura maravillosa.

Pete todavía gruñó un poco, pero era un volcán que se apaga. Lily se acercó a Violeta y la besó. Violeta se apartó.

-Por favor, demostraciones no -le dijo con seriedad. Lily la contempló resignada.

-Pero, Violeta -dijo-, corazoncito, ¿por qué te tomas toda esa molestia por nosotros, si no te gustamos?

-Sí, me gustan mucho-dijo Violeta-, pero detesto el sentimentalismo. Y haz el favor de no llamarme "corazoncito".

Pete agitaba en la mano dos pedazos de papel.

-Ahora entiendo qué son estos cheques -dijo a Violeta.

-¡Gracias a Dios que han llegado! -exclamó Violeta, arrebatándoselos. ¡Menudo enredo si no venían! Como puedes ver, pedí a cada pasajero que enviara veinticinco dólares en prueba cíe su buena fe.

De pronto Violeta se alarmó.

-¿Y no llegó otro más?

-Sí -dijo Pete, tragando saliva.

-¿Dónde está?

-Hice una compra.

Violeta abrió mucho la boca, pero no pudo hablar.

-Compré un par de sandalias mexicanas y una camisa mexicana.

-¡Cómo! -exclamó Sidney, intrigado-. ¿No se te ocurrió esperar a comprar eso en México, donde te habría salido más barato?

Violeta enrojeció.

-¿Debo entender que has gastado el dinero de la señorita Cluff sin saber siquiera cuál era el motivo del pago?

-Un cheque es un cheque-dijo Pete-. Estaba a mi orden. Se me ocurrió que pudiera ser alguna chica a quien en otro tiempo yo le hubiese prestado dinero. De todos modos, mi situación no es para mirarle los dientes a un caballo regalado.

La respiración de Violeta era afanosa, y lágrimas de indignación asomaban a sus ojos.

-Bueno, lo más fácil es que vaya a parar a la cárcel. Eso es lo que veo, simplemente.

-Pero, ¿qué pasa, querida? -preguntó la tía Ester muy solícita.

-Todo por tener un padre a quien nada le importa -prosiguió Violeta

con las piernas separadas y lanzando furibundas miradas dirigidas al mundo en general-. ¡Cómo me gustaría saber algunas palabrotas fuertes, algunas blasfemias terribles!

-¿Qué es lo que has hecho, Violeta? -le preguntó Pete.

Las lágrimas resbalaban silenciosamente por las mejillas de la niña. Eran verdaderas lágrimas de exasperación.

-A veces-dijo-pienso que la carga que llevo es demasiado pesada para una niña de mi edad.

Después de lo cual se fue corriendo a su cuarto y cerró con llave. Pete se acercó a la puerta y llamó, pero no obtuvo respuesta.

-Vamos, Violeta -decía-, deja que te ayudemos. Explícanos lo que te pasa. Te has portado admirablemente, pero lo que sea podemos resolverlo juntos.

Tras de insistir un rato, Pete volvió al living-room. Violeta, mientras tanto, estaba echada en su cama. Su intención fue utilizar el dinero de las tres señas para devolverlo a la caja del club francés. ¿Qué podía hacer ahora? Se vio expulsada del club junto con Florabel Atkinson; de la escuela quizá. Se vio compartiendo con Florabel la celda de una prisión. Se anticipó a la certeza de que Florabel la acosaría a preguntas. Pediría que le dieran una celda donde pudiera estar sola. En la prisión todo el mundo la llamaría "el lobo solitario".

No quiso cenar, anunciando a través de la puerta cerrada que la cena era incompatible con su estado emocional. Un poco después, oyó que Pete salía para acompañar a Lily a su hotel. Y al poco rato, la tía Ester le contó a gritos que se llevaba a Sidney a una primera sección de cine.

-Yo no les importo un comino -balbuceó Violeta lloriqueando-. Ni un comino...

Cuando llamó el teléfono, se levantó y contestó la llamada. Era Johnnie Sparr.

-¡Oh, hola, Johnnie! No, no está en casa.

-¿Y en qué cosas has andado metida, cuatro ojos? -preguntó Johnnie con alegría.

-Ahora estoy en asuntos de publicidad. Publicidad y bancos. Johnnie rió.

-Bueno, le diré a Pete que has llamado -dijo Violeta

-Escucha -la interrumpió Johnnie-, ¿no sabrás tú por coincidencia cuándo va a tener lugar el acontecimiento'?

-Tal vez.

-¿No te gustaría pasar el santo y seña, verdad? Mira, lo que ocurre es esto. Yo me he propuesto hacer que tu padre se divierta. Después de todo, somos viejos amigos. Quiero que pase un buen momento.

-¿Qué valdría para ti conocer sitio, día y hora de la ceremonia? -preguntó Violeta, cuyo cacumen comercial empezaba a funcionar otra vez con todos sus cilindros.

-¿Qué precio te asignas?

-Cien dólares.

-¡Oh! No creo que la información lo justifique.

-La información será buenísima. Una cosa muy rara. Hasta podrías escribir un cuento... y quizá lo tomaran muchos periódicos al mismo tiempo.

-Sí.

-Bueno, trato hecho. Dame esa información secreta. Te pagaré los cien del ala. Pero es demasiado dinero para una niña como tú.

-Yo soy casi adolescente -dijo Violeta indignada

-¿Me lo cuentas ahora?

-Te lo diré ahora mismo. Se casan el sábado a las diez de la mañana en la casa del viejo juez Batson, calle Diez del Oeste

-Júralo.

-Por lo que más quiero. Y espero que mañana esté el cheque en mi poder.

Violeta colgó muy contenta. El gobernador del Estado acababa de mandarle el indulto. Las enormes puertas metabólicas de la prisión se abrían de par en par. Podía salir a la plena luz del sol, a la vida... Mejor dicho, a la cocina, pues estaba muerta de hambre.

Pete y Lily habían proyectado ir andando el sábado de mañana a la casa del juez Batson, que distaba apenas tres cuadras, casarse rápida y tranquilamente, volver al departamento y prepararse para emprender el viaje apenas hubieran llegado las señoritas Cluff y Winkler y el señor Pugh. Sin embargo, no fue esto lo que sucedió, en virtud de que Violeta había tenido buen cuidado de retrasar dos horas los relojes la noche anterior. Y antes de que Pete y Lily hubieran concluido el desayuno, llegaron los tres pasajeros y dieron motivo a una confusión enorme. Se descubrió la diferencia de horas, y no quedé otro remedio que salir corriendo y detenerse en casa del juez Batson durante la marcha.

-No les preocupa, ¿verdad? -preguntó Pete al señor Pugh y las señoritas Cluff y Winkler. Los tres respondieron que no.

El señor Pugh era un hombre pequeño, de cabeza extraordinariamente menuda y mirada soñadora en sus ojos claros. Contó que toda su vida había sido fumigador. Pero se había apoderado de él un ansia incontenible de recorrer mundo. La señorita Cluff y la señorita Winkler eran amigas desde la época del gobierno de Taft, y siempre habían salido juntas de vacaciones. La señorita Cluff todavía vestía blusa sastre con cuello y puños, y la señorita Winkler musitó, muy a lo bibliotecaria y a través de dos dientes bastante grandecitos, que se sabía la historia completa de los aztecas hacia adelante y hacia atrás.

-¡No puede haber nada más útil! -exclamó Pete.

El coche estaba junto al cordón, ofreciéndose a la admiración de un grupo de chiquillos y dos hombres que habían pasado por casualidad. Toda una belleza. Nada menos que una limousine. Construida en aquel año memorable de 1915, se mantenía muy alta y erecta y parecía singularmente arisca. Sus grandes faros de bronce semejaban salivaderas ladeadas. La parte trasera estaba pintada en imitación mimbre. Sus pequeñas ruedas eran recatadas y elegantes; su parabrisas ligeramente inclinado era definitivo y poco llamativo.

Para Lily y Pete, mirarlo y amarlo fue una misma cosa. Nadie podía dudar de su abolengo.

-¿Será seguro? -preguntó la señorita Winkler.

-¡Seguro! -exclamó Pete, riendo de todo corazón-. Mi abuela lo condujo ella misma hasta el día en que murió, y ni una sola vez la tiró al suelo.

Los tres pasajeros rieron cortésmente y treparon ansiosos al asiento trasero que estaba muy alto. Pete aseguró el equipaje con correas y trepó al asiento delantero, situándose al lado de Lily.

Rechinaron un poco los engranajes, y el vehículo partió.

La tía Ester y los niños volvieron corriendo la esquina, con el fin de encontrarse con ellos en la casa del juez.

No sería la boda como Pete y Lily habían decidido. En el acto lo vieron. Al aproximarse la limousine a la puerta del juez, comprendieron que habían caído en una celada. La calle silenciosa no estaba desierta como de costumbre. Frente a la casa del juez había dos automóviles de policía, uno de periodistas, un organillero, un carrito de helados y un hombre que vendía castañas. Había un Santa Claus, completo, con su barba y todo, sudando a más no poder bajo el sol primaveral. Cuando llegaron, el organillo tocó "Aquí viene la novia", el carrito del heladero hizo sonar su campanilla y otro tanto hizo Santa Claus. Entonces empezaron las sirenas policiales. La confusión fue emocionante. Se tomaron películas cinematográficas y un grupo de reporteros, encabezados por Johnnie Sparr, rodeó el auto y ayudó a los novios a bajar. Johnnie dio la bienvenida al señor Pugh y a las señoritas Cluff y Winkler, que no salían de su asombro.

-Sin duda alguna son el cortejo -dijo el hombre en voz alta. Comoquiera que sea, entraron. Delante de la puerta había dos hombres sándwich, con letreros colgados, que pasaban y repasaban. La familia y los anonadados Pugh, Cluff y Winkler se vieron sin saber cómo en presencia del juez. Este se encontraba junto a la ventana, mirando la calle con indignación.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó.

-Son unos... unos pocos amigos -dijo Pete. -¿Y puedo preguntar qué sentido tienen esos letreros?

El juez señaló a los hombres-sandwich. Lily y Pete miraron hacia afuera. Uno de los letreros decía: "El primero será el último". Otro: "La tercera no es la vencida, sino la cuarta".

-Aquí la señora-dijo Pete, refiriéndose a Lily-es mi cuarta esposa. Y además fue la primera.

El juez se dedicó en el acto a la ceremonia. Su voz sonaba fría y desaprobatoria.

Concluyó muy prolijo y, de camino hacia afuera. Lily le murmuró al oído a Pete.

-Está furioso con nosotros. No conseguiríamos que nos casara otra vez. El último en salir fue el señor Pugh, quien se ladeó el sombrero, y con mano nerviosa entregó al juez una tarjeta de su Compañía Fumigadora Pugh.

Las sirenas, bocinas y campanillas sonaron con estrépito. Johnnie se acercó corriendo, palmeó a Pete en la espalda y besó a Lily.

-Esto no te lo perdonaré en mi vida -gritó Pete.

-Ha sido estupendo -le contestó Johnnie en igual forma-. Tendría que repetirse alguna vez.

-De seguro que Violeta tiene la culpa.

Johnnie garabateó rápidamente en su block de notas. -La hija del novio tuvo la culpa de la boda -dijo riendo.

Sin resuello, Pete, Lily y los tres pasajeros subieron al coche. Violeta se les aproximó corriendo.

-Bon voyage -les dijo.

-Supongo, jovenzuela, que ahora estamos a mano -le gritó a su vez Pete, poniendo en marcha el motor.

-Te escribiremos desde México -díjole Lily. -Si llegan -agregó Violeta.

El coche tironeó hacia adelante, y salió en marcha seguido por una escolta de policía. Todos saludaban con pañuelos y exclamaciones de alegría, mientras que Pugh, Cluff y Winkler permanecían con aire muy aristocrático en su asiento trasero. Detrás del auto había globos, zapatos, campanillas y un letrero que decía: RECIÉN VUELTOS A CASAR.

Violeta vio con tristeza cómo se alejaban.

-Les he jugado una mala pasada-dijo afligida.

-¿Por qué querida? -preguntó la tía Ester, mientras se secaba sus lágrimas nupciales.

-Tuve que hacerlo. Sí, tía, en serio. Tenía una deuda de setenta y dos dólares con tres centavos. Y Johnnie me pagó cien dólares.

-¿Dónde está lo demás? -preguntó Sidney.

-Lo demás es mi ganancia por todo lo que he hecho.

-¿Y qué piensas hacer con esa ganancia. querida? -le preguntó la tía Ester, al tiempo que ya emprendían el regreso.

-El club francés quiere que Florabel Atkinson haga el papel de Juana de Arco, pero necesitan efecto de fuego y verdadero humo. Eso de que el humo sea verdadero las enloquece. Bueno, yo les daré el dinero para el fuego y el humo verdadero, si me dejan a mí hacer de Juana de Arco. ¿Entiendes?

-¿Y la pobre Florabel Atkinson?

-¡Si es casi mi mejor amiga! Estoy segura de que entenderá.

CAPÍTULO III
VIOLETA APLICA LA LEY

Soy un caso de atavismo. En algún momento en mi familia debió de existir alguien terriblemente despierto.
Violeta Meadows Granden

Las leyes eran una gran pasión de Violeta. Imaginaba que los abogados, jueces, policías y oficiales de justicia debían de tener inteligencias hermosas y ordenadas, más o menos como la suya.

Le pareció una pena no poder mantener más contacto con ellos, en vez de verse rodeada constantemente por seres mentalmente inferiores. Es, pues, natural, que al encontrarse de buenas a primeras en presencia de un estafador, vivo y real, se sintiera encantadísima. Se le ofrecía la oportunidad de entablar a los representantes de la ley una lucha de ingenio contra ingenio.

El asunto empezó dos días después de haber partido su padre en su cuarta luna de miel. Violeta estaba leyendo un diario, solemne y sistemáticamente. Lo tenía extendido en el suelo del living-room y se hallaba arrodillada delante, apoyada en los codos. Al dar vuelta una página se incorporó, sentándose sobre los talones, y tiró las trenzas hacia atrás. Leyó las noticias políticas y extranjeras, los fallecimientos, los editoriales, las páginas de teatro y cine y los avisos de ropas de hombre, que tanto la fascinaban. Los de ropa de mujer le parecían sencillamente idiotas. Tras de los anteojos de carey, sus ojos reflejaron una concentración intensa. Cuando tenía ante la vista algo que no lograba entender, cosa que le ocurría

muy raras veces, decidía primero si valía o no la pena esforzarse por interpretarlo, y en caso afirmativo, retenía el tema en su memoria, para buscarlo en la enciclopedia o hacer preguntas en la escuela. Solía preguntarle a la tía Ester también, pero no tardó en descubrir que ésta se ponía nerviosa cuando la pregunta era de las que ella no podía contestar. Violeta, por lo tanto, dejó de atormentarla. Después de todo, sentía verdadero cariño por la tía Ester.

La tía estaba sentada en el sofá y por encima del tejido observaba a Violeta con ese asombro especial que Violeta despertaba muy a menudo, aun en los que estaban acostumbrados a verla.

-Querida Violeta -preguntó- ¿Cómo puedes pasar tanto tiempo con el diario?

-En la escuela -explicó- nos enseñan a leer los diarios detenidamente.

-Por lo visto, les enseñan también a olerlos.

-No seas tonta. Lo hago porque me gusta el olor de la tinta.

En ese momento puso la nariz sobre un editorial y aspiró con vigor.

-Quizá con el tiempo yo sea impresora.

-Muy bien -dijo Sidney, que estaba sentado en una silla, entregado a silenciosas meditaciones-, porque yo pienso ser editor. Tú podrás ser mi impresora.

-O tú podrás ser mi editor -lo corrigió Violeta, dejando claramente establecido el principio de autoridad.

-Yo nunca leí un diario -empezó la tía Ester, enfrascada en sus recuerdos-hasta que no tuve... i Oh, Dios mío!, creo que fue a los dieciocho años.

-¿Y debemos sorprendernos de eso? -preguntó Violeta, mirando de frente la cara dulce y vaga de su tía.

-No... Pero se me ocurre que las épocas han cambiado.

-¡Hoofenguy ser Feuchwanger! -dijo Violeta, denotando cierto aburrimiento. Esas misteriosas palabras eran una especie de señal privada entre Sidney y Violeta; significaban que la tía Ester acababa de encontrar otro estribillo.

Entonces fue cuando vio aquella noticia respecto de Heinrich Palcolt, el cajero que había cometido un desfalco en el Hotel Middlebridge. Desapareció, llevando consigo la suma de veinticinco mil dólares. Violeta leyó su descripción con detenimiento. Era hombre de unos cinco pies, cinco pulgadas, cabello negro, mentón afilado y ojos de color azul muy claro.

Violeta retorció pensativa una de sus trenzas. ¿Dónde había visto recientemente un par de ojos muy claros? De pronto se irguió. ¡El señor Pugh tenía esa clase de ojos! ¡Y en aquel instante era uno de los pasajeros que su padre conducía a México en el auto!

Violeta rasgó el recorte del diario y, encaminándose rápidamente al placard de la sala, tomó el sombrero y el abrigo, así como unos guantes verdes que la tía Ester calificaba de inconvenientes.

-Violeta, es casi la hora de la cena -dijo la tía Ester- ¿Adónde vas?

-A una comisaría.

-¿Para qué?

-Para una cosa que tengo que hacer. Estoy persiguiendo aun delincuente.

-Vamos, Violeta, deja a la policía en paz -le gritó la tía; pero ya era demasiado tarde. Violeta había salido.

Sidney, que seguía pensativo en su silla, la miró salir y dijo:

-Es errática.

Violeta escrutó el interior de la comisaría con atento interés.

-Considerando que es hombre -le dijo al sargento-, noto que tiene usted excelentes habilidades de ama de casa. Hay mucha limpieza y aseo.

-Bien, ¿pero puedo preguntarle a qué debemos el honor de su presencia? -interrogó el sargento McDerb con una sonrisa complicada.

-Tengo informes sobre un delincuente -dijo Violeta con determinación.

-¡Oh! Tiene informes, ¿eh? -le dijo el sargento, sin dejar de sonreír.

-No veo que la cosa sea divertida.

Esto indignó al sargento. Se echó hacia atrás y lanzó un bufido.

-¿Puedo hablar con alguien que tenga autoridad? -preguntó la niña.

-Yo tengo autoridad en este momento-le contestó el sargento McDerb.

-Su actitud corresponde a la de un subordinado -expresó Violeta con visibles muestras de desconfianza.

Dos policías que estaban en un rincón se echaron a reír tontamente. El sargento se puso serio.

-¿Cómo se llama usted, señorita? -preguntó secamente.

-Violeta Meadows Granden.

-¿Dónde vive?

-En la calle Doce del Oeste.

-¿Qué edad tiene? -insistió el representante del orden.

-¿Interesa esa pregunta?

-¿Qué edad tiene? -insistió el representante del orden.

-¿Quién manda aquí? -preguntó Violeta, ya exasperada.

-Jovencita, le recomiendo más respeto a la ley.

Violeta se dirigió a uno de los policías.

-¿Quiere decirme quién es el amo de este establecimiento?

-Fresca la niña, ¿verdad? -inquirió el sargento, que la había seguido con la mirada, y cuyos ojos echaban chispas.

Violeta alargó el recorte del diario, que le arrebató de la mano el sargento McDerb.

-Yo sé dónde está el hombre a quien buscan por haber robado veinticinco mil dólares.

El sargento leyó el artículo, y luego miró a Violeta con desconfianza, pero ella sostuvo su mirada sin pestañear.

-Bueno, muy bien, suelte lo que sepa. ¿Dónde está?

-No estoy dispuesta a hablar más que con personas de verdadera autoridad.

-El comisario, por supuesto -dijo sarcásticamente el sargento.

-Habrá detectives que trabajan en este asunto. Con uno de ellos me gustaría hablar.

-Ah, ah... Sólo así hablaría, ¿eh?

-Sólo así.

Violeta se quitó el abrigo y se sentó dispuesta a esperar.

-¿No dará la casualidad de que alguno de ustedes tenga un tablero y piezas de ajedrez? -preguntó.

Con el tiempo la perseverancia logró su premio. Mandaron buscar al detective Mayleff; todos los policías habían perdido jugando contra ella a las damas (en vez de ajedrez), y el sargento McDerb llegó a telefonearle a la tía Ester para informarle que no debían preocuparse por ella.

Al llegar el detective Mayleff. Violeta vio que era un hombre de mediana edad y cara ancha y muy carnosa.

-Bueno, bueno, bueno... -dijo, bajando la mirada para contemplar inquisitivamente a Violeta y sonriéndose con aire paternal. Se advertía en el acto que era uno de esos hombres que se jactan de entender a los niños. Casi en seguida se lo dijo así a Violeta, y difícilmente había algo que a Violeta indignase más. Se puso rígida.

El detective Mayleff se sentó frente a ella y le habló en ese tono peculiarmente dulzón que muchos reservan para niños y ancianas.

-Bueno, note pongas nerviosa. A mí me encantan las niñitas. Tengo dos hijas.

-¿No podemos ir directamente al asunto, por favor?-preguntó Violeta, mirándolo con mal disimulado temor de verse defraudada.

-Pero es que no quiero que te sientas nerviosa.

-¿Quién está nerviosa?

-Hay personas... incluso a veces los mayores... que suelen tenerles miedo a los detectives...

-¡Qué tontería! Yo ni siquiera tengo miedo de los oficiales de justicia.

-¿Qué puede entender de oficiales de justicia una niña como tú?

-Mi padre ha contribuido mucho al mantenimiento del gremio. Pero, por favor, vamos al asunto.

El detective Mayleff enseñó un retrato a Violeta. Violeta lo miró. Era, sin ninguna duda, el mismo hombre a quien ella conocía con el nombre de señor Pugh. En la foto llevaba bigote, pero, a pesar de todo, no había forma de confundirse.

-¿Conoces el paradero de este hombre?

-Sí.

-¿Dónde está?

Violeta cerró mucho los ojillos, mirando al detective Mayleff, y tiró hacia atrás una de sus trenzas.

-Ante todo, necesito saber algo.

-¿Qué quieres saber?

-¿Hay alguna recompensa?

-¿Recompensa? -y el detective Mayleff, diciendo esto, arqueó las cejas.

-Sí. ¿Se ha ofrecido recompensa por los datos que conduzcan a la detención de este hombre? Como esos avisos que ponen siempre en las oficinas de correo.

-Bueno... lo cierto es que sí, hay.

-¿Cuánto?

-Quinientos dólares. Violeta se enfureció.

-No es bastante -dijo..

-¿Qué? -interrogó el detective, frunciendo el ceño.

-Que a mí no me parece suficiente esa suma -anunció Violeta con mucha claridad-. Pero si este hombre ha robado veinticinco mil dólares... Es un delincuente de importancia. ¿Y todo lo que yo voy a sacar son quinientos miserables dólares?

-¡Un momento! -exclamó el detective, levantando la mano-. Noto que corres demasiado. ¿Quién dijo que la recompensa sería tuya?

-¡Oh! Si yo le digo lo que sé, supongo que será mío con todo derecho, porque entonces podrá usted aprehender a ese Pugh... o Palcolt, o como se llame. Pero yo no pienso decirle una palabra, porque no me parece que la recompensa sea suficiente.

El detective Mayleff se acercó más a Violeta.

-Escucha, criatura; estás desobedeciendo a la ley. No se le permite a nadie regatear con la policía, ¿sabes?

-¿Por qué no?

-O nos dices lo que sabes, o...

-¿Me amenaza? -le preguntó Violeta, indignada.

-Te aviso, simplemente. Sí, criatura, sí.

-Y, por favor, no me tutee, ni me llame criatura. Por si no se ha dado cuenta, estoy casi en la pubertad.

El detective Mayleff estuvo por atragantarse.

-Usted es la... la chica más aborrecible que yo conozco. No se parece a mis dos hijas.

-No crea que me sorprende. Y ahora, volvamos a lo nuestro. Me temo que de este modo no vamos a llegar a ningún lugar.

-Mire -dijo el detective, empezando a sentirse ya muy atontado-, en idioma liso y llano, debe decirnos todo lo que sabe de ese tal Palcolt alias Pugh. Si oculta informaciones, se convierte en cómplice y, como tal, se hace pasible de detención.

-¿Absolutamente en serio? -preguntó Violeta, mirando al detective directamente a los ojos.

-Absolutamente.

-¿Lo jura?

El detective Mayleff estuvo ya por dudar si realmente le agradaban las niñas tanto como dijo antes.

-Mire, señorita Violeta Granden, déjese de tonterías y dígame lo que me tiene que decir.

-¿Y me darán los quinientos dólares?

-Si su información conduce a la detención de Palcolt, la recompensa será suya, sí.

-Entonces, está bien. Le diré dónde se encuentra Palcolt.

-¿Dónde?

-En el viaje de luna de miel de mi padre.

-¿Qué es eso?

-En... el... viaje... de... luna... de miel... de... mi padre... -repitió Violeta, recalcando bien las palabras.

-No entiendo-objetó el detective, cuya confusión estaba convirtiéndose en mareo.

Violeta se hallaba impaciente.

-¿Hará falta que le cuente todos los detalles? -preguntó, dando muestras de fastidio-. ¿No se puede conformar con detalles decisivos?

-Basta con que lo que diga tenga sentido.

-Pues bien, mi padre acaba de casarse de nuevo con su primera mujer. Mientras tanto ha tenido otras dos esposas. Una fue mi madre, y la otra la madre de Evelyn, Arturo y Susie.

-¿Y quiénes son Evelyn, Arturo y Susie?

-Mis hermanastros y hermanastras, por supuesto -respondió rápidamente Violeta.

-Bueno, siga.

-Y Pete y Lily... en fin, Pete y Lily andaban escasos de dinero, por lo cual en su viaje de luna de miel tomaron tres pasajeros. Este hombre es uno de ellos. Se hace pasar por un tal señor Pugh, fumigador.

-Esa historia parece muy rara.

-Es que Pete y Lily son gente rara también.

-¿Y adónde fueron en su luna de miel?

-Salieron para México en un auto.

-¿Pero dónde están ahora?

-En camino.

El detective Mayleff se puso serio.

-¿Quiere decir entonces que, en medio de todo, usted no sabe dónde se encuentra Palcolt?

-Salieron hace dos días, de modo que lo más fácil es que se hallen a unas seiscientas millas de distancia. El coche es viejo. Un Rolls-Royce 1915.

-Bueno, supongo que esos datos siempre son más que nada -expresó Mayleff, tomando algunos apuntes.

-Es posible que mañana de noche pueda darle indicaciones más precisas. Presumo que voy a recibir una tarjeta. Pete y Lily son del tipo de gente que manda tarjetas postales.

El policía escribió un número en un papel y se lo entregó a Violeta.

-Si tiene noticias -le dijo-, llámeme en seguida a ese número.

-¿Son útiles mis informes?-preguntó Violeta.

-Creo que sí.

-¿Y me darán la recompensa'?

-Cuando atrapemos al hombre, y si lo atrapamos.

-A la Policía Montada de las fronteras nunca se les escapan los delincuentes-dijo Violeta, denotando un cierto atisbo de condescendencia al ponerse el abrigo.

-Lleva esta criatura a su casa-dijo el detective Mayleff, levantando la voz desesperadamente.

Violeta se colocó los guantes verdes con un gesto de gran señora y dirigiendo al detective Mayleff una última mirada.

-¿Es usted un buen detective? -le preguntó.

-Y, bueno... -le respondió el sabueso policial, un poco arrebolado-, he sido objeto de varias felicitaciones

-¿Tanto como Sherlock Holmes, por ejemplo?-preguntó Violeta, y en el acto se contestó ella misma-. Aunque, no... yo supongo que no. Oh, bien....

La sacaron de allí sin contemplaciones en ese mismo instante. El detective Mayleff se horrorizó de sí mismo. Era la primera vez en su vida que sentía ganas de darle un puntapié a

una niña, a una inocente y dulce criatura. Dos agentes de recorrida la llevaron a su casa en un auto policial.

-Francamente -les dijo, cuando la pusieron en la puerta-me parece que sus anticuadas costumbres son tan faltas de interés como el agua de una zanja. Se repiten siempre. Pero, de todos modos, gracias por el paseíto.

Pete y Lily Granden, en compañía de sus tres pasajeros, avanzaban lentamente por un mal camino de greda. La vetusta limousine se balanceaba pomposamente.

-¿Estamos aún en Nueva Jersey?-preguntó Lily, que se hallaba sentada en el pescante, junto a Pete.

-Sí. Todavía no hemos cruzado el Delaware -dijo Pete.

-No pensé que esa hazaña la hizo únicamente Jorge Washington.

-Tengo entendido que ahora es del dominio público. No es posible que el ferrocarril de Newcastle sea propiedad exclusiva de Jorge Washington.

-Pero nosotros no estamos manteniendo buena velocidad, ¿verdad, querido?

-¿Te parece? -preguntó Pete, completamente intranquilo.

-En fin, digo yo... noventa y siete millas en dos días.

-¿Y qué prisa tenemos, encanto? -inquirió Pete, sonriendo entre dientes-. Es un viaje de luna de miel, ¿no es así?

Lily le echó un brazo al cuello.

-A este paso tardaremos dos meses en llegar a México. Y el dinero de que disponemos es contado. Además, hemos contraído ciertas obligaciones para con nuestros invitados pagos.

Pete gruñó y lanzó una ojeada al espejito, para formarse un cuadro rápido de las actividades que se desarrollaban en el asiento trasero. El señor Pugh estaba mordiéndose las uñas en un rincón. La señorita Winkler estudiaba ávidamente el paisaje de Nueva Jersey en el otro; y, en medio, la abultada señorita Cluff se esforzaba por mantenerse despierta después de una comida pesada.

En ese momento, la señorita Winkler tomó el tubo auditivo.

-Nueva Jersey del Sur -dijo en el oído de Pete- es famosa por su producción de arcilla refractaria, tierra de batán y margas.

La señorita Winkler, con su leve ceceo, venía impartiendo esta clase de informaciones desde que iniciaron el viaje.

-¿Qué estamos haciendo en este espantoso camino? -preguntó Lily, al tiempo que se acomodaba después de un salto singularmente insultante.

-El señor Pugh nos lo indicó. Dice que es un atajo.

-¿Un atajo rumbo a dónde?

-No me acordé de preguntarle -dijo Pete-. Supongo que llevará al ferrocarril de Newcastle. Sabe que allí es donde vamos.

-Esta es la tercera vez que nos hace tomar caminos desconocidos-dijo Lily blandamente-. ¿No te parece un poco raro? Se diría que quiere alejarse de los caminos principales... No será un delincuente o cosa por el estilo, ¿verdad?

La risa de Pete fue tolerante.

-Mira, querida, no me atormentes con tu imaginación. Si el pequeño señor Pugh es delincuente, yo soy la Venus de Milo. Me parece que puedo distinguir a un delincuente apenas lo veo.

-Sí, pero nosotros lo hemos tomado sin mirarle más que la cara. ¡Sabe Dios lo que podrían ser los tres!

El salto que dio el auto en ese momento fue atroz. El coche se metió en un fangal, hizo un ruido espantoso de metales que chocaban entre sí y paró en seco. Pete puso el motor en marcha y accionó la palanca de cambios. Otro ruido metálico, pero el vehículo no se movió ni una pulgada.

Con torvo gesto, Pete desconectó el motor. Lily lo miraba intrigada. Los tres del asiento trasero estaban visiblemente alarmados. La señorita Winkler habló con mucha finura por el tubo.

-¿No pasa nada, verdad? -preguntó.

-No, nada -gritó Pete-. Tal vez no sea más que un eje partido.

Saltó del auto. Todos los demás saltaron también. El extremo posterior izquierdo del coche estaba muy metido en un poso bordeado de piedras. Lily se colocó en el asiento del conductor y trató de ponerlo en marcha, mientras los demás escuchaban atentamente el espantoso crujido que salía del interior.

-Es la primera vez que oigo un ruido así -dijo la señorita Cluff.

-Bueno, pues ése es el ruido que hace. Creo que aquí nos quedamos. El señor Pugh denotaba una nerviosidad que iba en aumento.

-No es posible que nos quedemos -dijo- De ninguna manera. ¿Cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí?

-Oh, tal vez un par de días -contestó Pete sin pensar lo que decía.

-¡Imposible! -exclamó el señor Pugh.

-No pierda los estribos -le aconsejó Pete-. La culpa es suya, por habernos sugerido este camino. Por aquí no pasa nadie.

-Yo necesito llegar a México -exclamó el señor Pugh.

-¿Y dónde estamos, a todo esto? -preguntó la señorita Cluff-. Lo que veo, por lo menos, parece ser la tierra de nadie.

Miraron en torno. Las planicies achatadas, de color parduzco, se extendían llenas de pozos por todos lados. Al borde del camino, más o menos a una milla de distancia, podían distinguir una casona falta de atractivo. Y nada más.

-¡Divino! ¡Precioso! -exclamó suspirando Lily.

-Bueno -dijo Pete-. Me largaré a pie hasta aquella morada, y veremos si consigo alguna ayuda. Los demás esperen aquí. Si tuvieran un mazo de cartas, podrían jugar al bridge un rato.

-Yo no puedo perder tiempo de este modo -gruñó el señor Pugh, moviendo los brazos-. Tengo que llegar a México.

-No faltan más que dos mil setecientas millas -dijo la señorita Winkler. Pete estaba ya andando. A los cien pasos más o menos llegó junto a un letrero.

-Este letrero -dijo gritando y dándose vuelta -dice que estamos entrando en Los Arbustos.

-¡Estupendo! -exclamó Lily-. La cosa no podría ser más interesante. Los Arbustos se componía de una docena de casas y un establecimiento que hacía las veces de garaje, tienda y correo, todo al mismo tiempo. Se descubrió luego que allí tendrían que quedarse dos o tres días.

A las pocas horas estaban instalados en el ala dedicada a veraneantes de una gran casa de campo, que era el único alojamiento de que pudieron disponer. No había pensionistas, ni calor; lo único que había era humedad. A una especie de patio grande, daban ocho pequeños dormitorios a cada lado. El eco era tan hermoso que Pete no pudo contener sus deseos de cantar la "Llamada de amor indio". Sentados en uno de sus pequeños cubículos, Lily y Pete podían oír a cada uno de los otros tres en sus cubículos respectivos aporreándose contra las paredes a causa de la indignación y el frío.

-Por supuesto, no dejarás de entender-dijo Lily- que para el momento en que hayamos hecho arreglar el coche y pagado por el privilegio de habitar esta beladera súper de lujo no nos quedará dinero bastante para llegar a México.

-Eso se me había ocurrido -manifestó Pete con visible pesadumbre.

-¿Y qué haremos, entonces?

-Querida, no tengo la más mínima idea.

Lily suspiró y se embozó con el cuello de su abrigo.

-Esta es la luna de miel que habíamos soñado, querido.

-Sí, en nuestras pesadillas -agregó Pete.

-Violeta no está aquí, pero si estuviera es seguro que ya habría dicho que es una pesadilla de primera clase.

Al día siguiente llovió. Los tres pasajeros acumulaban una presión enorme. Se quejaban en tono siniestro de haber sido engañados vilmente. Sin embargo, Pete y Lily seguían conservando un humor envidiable. Mandaron saludos a Violeta mediante tarjetas postales en las cuales había una fotografía de la pensión, con un fondo inmensamente imaginativo, en el cual habían pintado una puesta de sol.

"Nos divertimos mucho. Nos alegra que no estés aquí", le escribió Pete.

"Los Arbustos es divino", puso Lily en la suya.

Al día siguiente llovió también. Los tres pasajeros intentaron recuperar sus depósitos de veinticinco dólares por cabeza como paso previo para la anulación del viaje, cuando llegó el sheriff local. Estaba acompañado por dos hombres grandotes. Sin la más mínima pizca de sentido común, los detuvo a todos. Pete en el acto montó en cólera.

-¿Que demonios significa esto? -preguntó, imperativo.

-Supongo que lo sabe de sobra-dijo el sheriff-. No se puede viajar con un auto robado. Los brazos de la ley llegan más pronto o más tarde. Llévenlos, muchachos.

-Exijo una explicación -dijo Pete-. Este auto es mío.

-De Nueva York nos dicen que es un coche robado.

-¡Es ridículo! -exclamó Pete-. Le digo que es mío.

-¿Dónde está la factura? -preguntó el sheriff.

Pete miró a Lily. Lily arqueó las cejas.

-Presumo que el coche está a nombre de Violeta -dijo ella.

-¡Dios mío! -gritó Pete-. Eso es, sí. Ella lo compró.

-Dentro del mismo coche hemos encontrado este documento, en el garaje. Y está a nombre de Violeta Meadows Granden.

-Sí, está bien. Pero se trata de mi hija.

-No me importa quién es. Ella misma ha denunciado que el coche le fue robado por usted, y en lo que a nosotros concierne, el coche no es suyo. Tenemos que encerrarlos.

-¡Pero si Violeta no tiene más que doce años! -exclamó Pete.

-¡Eso sí que es bueno! -dijo el sheriff.

La señorita Cluff empezó a farfullar histéricamente.

-Domínate, Elfie -le dijo la señorita Winkler-, y tómalo como experiencia que se adquiere.

Pete hubiera podido librarse de la prisión, si uno de los ayudantes del sheriff no hubiera descubierto que el señor Pugh tenía un revólver escondido.

-¡Oh, oh! -dijo el sheriff-. Pistoleros, ¿eh? Llévenlos. A mí me parece que todos son delincuentes. Y de los más peligrosos.

-¿Lleva siempre consigo un revólver, señor Pugh? -preguntó Pete, enfurecido, cuando todos viajaban, apelotonados en el auto del sheriff, en dirección a la cárcel del pueblo.

-Es cosa que a usted no le incumbe -contestó malhumorado el señor Pugh.

Lily dirigió a Pete una mirada significativa:

-¿Estaba en lo cierto o... o... tenía razón?

Cuando Violeta recibió las postales de Los Arbustos, telefoneó al detective Mayleff.

-¿Ha ubicado ya a Palcolt? -preguntóle.

-No.

-Bien. Yo sé dónde se encuentra la expedición de la luna de miel.

-¿Dónde?

-No pienso decírselo. Pienso llevarlo a usted conmigo. He mirado en un mapa, y se encuentra a unas dos horas de distancia en auto. Pase a buscarme dentro de una hora, ¿quiere? Y traiga la recompensa.

-Usted obstruye el camino de la justicia -dijo el detective Mayleff-. Dígame sin vueltas dónde se halla Palcolt, para avisar a la policía de la vecindad.

-Esa parte ya está hecha -le replicó Violeta instantáneamente-. Y no me sorprendería mucho si al llegar encontramos al señor Palcolt puesto a buen recaudo en la prisión.

-No me diga -le dijo sarcásticamente Mayleff-, tal vez usted se propone que yo no siga ocupándome de este asunto.

-Al contrario -replicó Violeta con firmeza-. Creo que juntos los dos estamos trabajando admirablemente... Y, escuche, ¿traerá la recompensa?

-¿De qué está hablándome?-manifestó irritado el detective-. Todavía no tiene que cobrar nada.

-¿Y cuándo cobro?

-Cuando todo esté arreglado. Hay muchos detalles que cubrir.

-¿No me lo dan en seguida? -preguntó Violeta, alarmada-. ¿Apenas el hombre sea detenido?

-No, claro que no.

-Bueno, pero es que yo contaba con eso.

-¡Es una pena! Pero tendrá que conformarse.

Se veía que Mayleff no sentía lástima alguna. Colgó el auricular. Apoyada en los codos y pensando, con el ceño muy fruncido, Violeta se esforzaba por descubrir posibles medios de socorro económico. Hasta que por último decidió que lo más sencillo seria dirigirse a la tía abuela Jessie, aun cuando ésta no era de todo afecta a Violeta, en virtud de considerarla más inteligente que ella. Sí, la tía abuela Jessie podría adelantarle el dinero.

En menos de una hora llegó el detective Mayleff. La tía Ester abrió la puerta.

-Violeta me ha contado todo este asunto-dijo la mujer, nerviosa a más no poder-, pero no logro sacar nada en limpio. No correrá peligro Violeta, ¿verdad?

-Yo dudo que esa chica pueda correr peligro alguna vez. El peligro es para los otros.

-Lo sé -dijo suspirando la tía Ester-. Hemos tratado de educarla en forma que fuese una chica buena y normal, pero sin saber cómo se nos ha escapado por la tangente.

-Yo soy un caso de atavismo-dijo Violeta, apareciendo de pronto-. En algún momento, en mi familia, debió existir alguien terriblemente despierto.

Violeta llevaba gorro y abrigo y tenía en la mano un pequeño bolso de cierre relámpago.

-Oye, tía Ester -dijo, disponiéndose a partir-, no dejes que Bruce escupa en mi pecera de peces de color.

-No.

-Y, por favor, no te olvides de regar mis verduras.

-Cultiva verduras en el cuarto de baño -explicó la tía Ester.

-Bajo una lámpara de luz solar, ¿sabe? -dijo Violeta, modestamente. Es tan sólo un experimento... Vamos.

-Usted se está comportando muy mal -le dijo el detective, cuando emprendieron la marcha-. Tendría que decirme todo lo que sabe. No se puede jugar con la ley, ¿sabe, Violeta? Pero, en fin... ¿adónde vamos?

-Primero -dijo Violeta alegremente- a la casa de mi tía abuela Jessie, en la calle Sesenta y Ocho.

Poco faltó para que al detective le diera un ataque.

-¿Qué demonios tiene que ver su tía abuela en todo este asunto?

-Mire -le dijo Violeta con gran calma-. El camino lo marco yo, ¿no es así? Tengo mis razones.

-¿Qué razones?

-Razones, simplemente...

Violeta adoptó un aire de misterio. Nada le agradaba tanto como parecer misteriosa.

-Esto es una aventura loca -comentó el detective Mayleff con tono acerbo.

-No sea tonto -le dijo Violeta-. Yo estoy tan interesada como usted en la detención de ese individuo. Me hace mucha falta esa recompensa.

-¿Y puedo preguntarle quién es su tía abuela? -preguntó el detective, después de tomarse un tiempo para recobrar la calma.

-Es mi madrina y yo la detesto -explicó Violeta, con la franqueza que en ella era característica y tanto alarmaba a los demás-. Pero a veces logro sacarle dinero. Tengo mi técnica para esa clase de cosas, aunque hablar con ella es más o menos lo mismo que hablar con una estatua antigua. Hizo una fortuna con la venta de pimienta y rábano picante, y estas especies se le han metido en la sangre.

Cuando llegaron a la casa de visillos azules y enormes ventanas antiguas en que vivía la tía Jessie, Violeta dejó al detective Mayleff en el auto, asegurándole que no tardaría más de dos minutos.

La tía abuela de Violeta estaba en su saloncito del piso alto leyendo el National Geographic. Era una mujer alta y huesuda, de cejas muy pobladas. Llevaba un vestido de tafetán violeta con un cuello largo, estirado mediante ballenas. En el regazo tenía una bolsita de papel madera.

-Bueno, bueno, bueno -dijo mirando a Violeta de arriba abajo-. Hace mucho tiempo que no discutimos de nada. Siéntate Violeta.

-He venido -dijo Violeta, arremetiendo directamente- a pedirte un favor. Supongo, desde luego, que para algo eres mi madrina.

-Dinero, naturalmente -comentó la tía abuela Jessie, tomando de la bolsa una almendra y mascándola con ruido.

Violeta explicó su propósito y lo hizo bastante bien. Describió cómo había individualizado a Heinrich Palcolt y qué segura estaba de la recompensa.

-Sólo que -siguió explicando-necesito algo de dinero ahora mismo. Y pensé que tú me prestarías doscientos cincuenta dólares. Te firmaré recibo y la promesa de pagarte en cuanto cobre ese premio.

La tía Jessie miró a Violeta desapasionadamente. Le ofreció una almendra.

-¿Aprendiste el poema que te indiqué? -le preguntó.

Violeta se irguió, musitando en voz muy baja una mala palabra que acababa de aprender. Debidamente anunciado con su título, y con toda clase de floreos, recitó el poemita. Cuando finalizó, hizo una reverencia. Pensó que con eso estaba ablandada su tía.

-Muy elogiable -comentó Jessie, moviendo hacia arriba y abajo su cabeza voluminosa.

Siguió luego un silencio.

-¿Y en cuanto al dinero? -inquirió Violeta.

-Sí, te lo prestaré-contestó la tía abuela-; pero con el diez por ciento de interés.

-¿Qué clase de madrina eres tú?

-La que merece una ahijada como tú -le respondió Jessie.

-¡El diez por ciento es un abuso!

-Quiero que aprendas el valor del dinero -dijo la anciana, levantándose y encaminándose a su escritorio, con lo cual esparcía restos de almendra por todas partes al andar-. Ante todo, por supuesto, necesito hablar con ese detective. Dices que está en el auto. Quiero verificar la verdad de lo que me has dicho.

-¿No me crees? -preguntó Violeta en el colmo de su indignación.

-No -contestó Jessie.

Entró el detective y explicó que si Pugh resultaba ser el hombre que ellos buscaban, Violeta obtendría la recompensa.

La tía Jessie extendió un cheque por doscientos cincuenta dólares y exigió de Violeta una especie de pagaré por doscientos setenta y cinco. Luego entregó el cheque al detective Mayleff.

-Este caballero será custodio-dijo en tono autoritario a Violeta-hasta que haya aprehendido a Palcolt. Sólo entonces te lo dará.

Violeta se sintió ofendida.

-¡Oh! Podrías confiar en que si el hombre no resultara ser Palcolt, yo rompería tu cheque en pedazos.

Jessie palmeó a Violeta en la mejilla. ¿O era una bofetada intencional?

-Violeta-le dijo-, tú serías tan incapaz de romper un cheque extendido a tu orden como... como yo... Adiós, y buena suerte.

Y con un ceremonioso movimiento de mano, los despidió.

-¿Dónde vamos ahora? -preguntó el detective, una vez que de nuevo estuvieron en el auto.

-Derecho a Candem -dijo Violeta, que todavía se sentía rabiosa.

- ¿A dónde nos dirigimos? Tiene que decírmelo en el acto.

No hubo respuesta.

-Si tú hicieras algo por mí -dijo el detective, hablando casi igual que los niños- yo haría algo por ti.

-No sea embaucador -dijo Violeta-. ¿Qué es lo que haría?

-La llevaría a ver una representación infantil de Peter Pan la semana que viene. Mis hijas van. ¿Qué tal le parece?

-Gracias. Pero vi Peter Pan una vez y me aburrí a más no poder.

El detective Mayleff logró con esfuerzo mantenerse en un tono amistoso.

-Sin embargo, quisiera que conocieses a mis dos chicas. Tengo una de once años y la otra de trece.

-Yo estoy demasiado adelantada para casi todos los niños de mi edad -manifestó Violeta muy seria-. Terminarían odiándome.

El detective, a fuer de honesto, no pudo negarlo.

-De todos modos -continuó Violeta, que miraba a través de la ventanilla con mucha atención-, yo soy una especie de lobo solitario. No tengo muchas amigas.

Diciendo esto, Violeta lanzó un suspiro y se entretuvo en deshacerse una trenza.

El detective Mayleff optó por darse por vencido. Siguieron avanzando en silencio.

Cuando el detective y Violeta llegaron ala cárcel de Los Arbustos, Pete y el señor Pugh estaban en una misma celda. Y en la otra se encontraban encerradas Lily, la señorita Cluff y la señorita Winkler.

-Hace once años que no tenemos la cárcel tan llena-explicó el sheriff. Violeta se había quedado afuera, en el corredor, muy ocupada en la operación de llevarse a la boca un nuevo pedazo de goma.

-¡Violeta! -exclamó Pete.

-¡Hola, papá! -dijo la niña.

-¿A qué viene eso de que he robado el auto?

-Un momento, papá... Detective Mayleff, ése es su hombre.

Señaló al señor Pugh, que se estaba mordiendo las uñas en un rincón.

-Sí, es él -dijo Mayleff, quien se volvió hacia Pugh y prosiguió-: Heinrich Palcolt, alias Pugh, está detenido por el desfalco de veinticinco mil dólares cometido en contra del Hotel Middlebridge.

El sheriff, apartando a Violeta de un empujón, miró consternado.

-¿Qué es lo que ha sucedido aquí? -exclamó.

-Usted se calla-le dijo Violeta rápidamente, y dirigiéndose al detective Mayleff le preguntó-: ¿Quiere decir entonces que me he ganado la recompensa?

-Supongo que sí.

-Déme el cheque de mi tía abuela Jessie.

Mayleff alargó el cheque, que Violeta le arrebató rápidamente.

-Violeta -dijo Pete muy serio-, ¿quieres explicar que yo no he robado tu auto?

-Claro que no, papá. Pero ¿no entiendes que era la única manera de tener seguro al señor Pugh y conseguir la recompensa ofrecida? Por lo menos, es la única manera que a mí se me ocurrió. Claro, sólo tengo doce años...

Agitó el cheque de la madrina ante el rostro de Pete.

-Mira... ahora tenemos bastante "platucha" para llegar hasta México - y se puso a saltar alegremente en un solo pie.

-¿Qué es eso de "tenemos"? -preguntó Pete, alarmado. Violeta lo miró fijamente a los ojos.

-Lo que acabas de oír. Nosotros tenemos... He traído mi equipaje. Tardó un rato Violeta en explicar las cosas al sheriff, el cual, viendo la cárcel tan llena, sintió pena de vaciarla de pronto.

Menos tiempo tardaron Pete y Lily en entender que Violeta seguía viaje con ellos; pues, después de todo, ella era la única que tenía dinero y las señoritas Cluff y Winkler se habían negado rotundamente a proseguir el viaje emprendido.

-De todas maneras -dijo Violeta, cuando reiniciaron la marcha en el armatoste reparado-, me parece que mi obligación es acompañarlos, por si hay que sacarlos de algún enredo.

Los argumentos que pudieron ofrecer Pete y Lily fueron muy débiles.

-¿Y la escuela? -preguntó Pete.

-Los viajes ensanchan más el entendimiento -opinó Violeta.

-Bueno, pero mira, encanto -dijo Lily como implorando piedad por algo-, éste es nuestro viaje de luna de miel.

-Está muy bien -replicó Violeta-. A mí me encantan las lunas de miel.

CAPÍTULO IV
MANERA DE CONSERVAR EL DECORO

Me alegro de haber conocido a los hombres
antes de la pubertad.
Violeta Meadows Granden

Había tres narices apretadas contra los vidrios de la ventana. La más grande, la que tenía un aire de mayor importancia, era la de Pete. La mediana, una naricita muy mona, era la de Lily. Y la más pequeña, como correspondía a sus doce años, la de Violeta. Las tres eran bonitas, y en especial excelentes para oler asuntos ajenos. Y en asuntos ajenos estaban por entremeterse en aquel preciso momento, mientras que tres pares de ojos observaban con atención a la aturdida pareja que acababa de llegar en auto por la calle que veían debajo.

-Lo nuestro no es un defecto-manifestó Lily-, sino simple curiosidad. -Curiosidad que no puede ser más natural -convino Pete con toda justicia.

-Somos terriblemente, terriblemente curiosos -añadió Violeta. Las tres narices se apretaron más contra el vidrio.

-Son recién casados, por supuesto-anunció Pete, siguiendo los movimientos de la pareja al descender del automóvil-. A ella le sale el arroz por el cuello. Y es una hermosura, ¿verdad?

Lily apartó su nariz de la ventana, lo bastante y necesario para dirigir a Pete una mirada cariñosa, pero enérgica. Después de todo, no hacía más que diez días que estaban vueltos a casar.

-Yo no me metería con el arroz ajeno, querido -le dijo dulcemente. Pote consideró indigno reaccionar por tan poca cosa.

Las tres narices siguieron aplastadas contra el vidrio. Un día singularmente feo y lluvioso, en una casa de turistas especialmente fea, de un pueblo especialmente feo, no hay mucho que hacer, salvo agradecer al cielo que se presente de pronto un motivo de curiosidad. Pote, Lily y Violeta hacía dos días que estaban parados en Etrusca, donde cierta misteriosa enfermedad de su antiguo Rolls-Royce desconcertaba a los genios de la mecánica local.

-Por supuesto, tú sabes-dijo Lily-que tengo el temor de no ver nunca más a nuestro querido Rolls. Me parece que lo han mandado al museo del Instituto Smithsoniano.

El aburrimiento los enloquecía. La maciza casa de turistas en que estaban parando llevaba el nombre de Avestruz Etrusco, y sus pisos, escaleras, persianas y hasta la misma dueña chirriaban.

-Yo te aseguro que la señorita Avestruz Etrusca, o como se llame, chirría -insistió Pote.

-Es la humedad -dijo Lily.

-En este caso, son las termitas -dijo Pote-. Los cimientos se deshacen. Lo veo desde aquí.

Además de la señora chirriante había una especie de mujer gorda y vieja llamada señorita Weathering, la cual llegó allí de camino a Corpus Christi ocho años antes y nunca prosiguió la ruta. Igual que una niebla pesada aterrizó en el sitio y no se movió más.

Tal era la clase de cosas que ocurrían en Avestruz Etrusco. Y otras cosas que podían verse eran arena sobrecalentada, cuartos de baño fríos y sábanas húmedas. Era un sitio alegre. Algo así como el cielo a un dólar por cabeza.

Se comprende que los indicios de vida joven debieran interesar tanto a Pote, Lily y Violeta.

Bajo la lluvia la joven pareja avanzó por la calle y penetró en la casa. Se les advertía emoción, pero no podía decirse que fuesen muy dichosos.

-El novio -opinó Pote- parece un boy-scout en trance de rendir la prueba consistente en cazar de noche con antorchas.

-El es simpático -dijo Lily.

-Sí, pero ella es una belleza -insistió Pote-. Me gustaría hacerle un retrato.

-Dudo que el derechohabiente consintiese. Tiene cara de hombre celoso.

-Lo que quieres decir, mi vida, es que tú eres celosa.

-Bueno, razón de más para conocer el paño. ¿Te acuerdas de aquella chica de Aiken? ¿Y de la telefonista de Pelham? ¿Y de Frieda, la filatélica? ¿Y de Hermione, la abogada?

-De todas he tomado apuntes al carbón-dijo Pote, con toda la inocencia del mundo.

-Sí, claro, sí-manifestó Lily. Y lo miró fijamente.

En aquel momento, de la puerta de calle salió nuevamente el joven novio.

Siguiéronle muy atentamente con la mirada. El joven se metió en el auto, lo dio vuelta y lo estacionó en la acera de enfrente. Luego sacó una valija y se introdujo por la puerta de calle de una casa de turistas competidora situada delante mismo. Se llamaba El Pato Etrusco, cosa que a la dueña del Avestruz Etrusco le parecía un caso flagrante de ignominioso plagio. Al instante se abrió la puerta y el hombre penetró.

-No están casados -dijo Pote, casi con alegría-, ella se queda aquí y él enfrente.

-Puedes muy bien equivocarte -le señaló Lily-. Son precisamente integrantes de una joven pareja que viajan juntos y que conservan admirablemente el decoro.

-¿Qué es eso y cómo se deletrea?-preguntó Violeta, que jamás pasaba por alto una ocasión de acrecentar sus conocimientos.

-Pregúntaselo a tu papá. -Pregúntaselo a Lily -dijo Pote.

-Escucha -expresó Lily resueltamente-. Yo no soy más que madrastra de la niña, y no tengo obligación alguna de explicarle qué es el decoro.

-Con eso demuestras que no lo sabes.

-Lo he conservado mi vida entera.

-¿Y qué aspecto tiene? -inquirió Violeta.

-Es cosa que no puede verse, tonta.

-¿Pero cómo se conserva?

-Se conserva... porque si no se conserva, falta algo.

-Entonces a mí me falta algo -opinó Violeta-, porque en mi vida he conservado la más mínima cantidad de decoro.

Violeta se quitó los anteojos y los limpió en su misma ropa. Se abrió la puerta de calle de la casa de enfrente.

-Ahí está nuestro joven de nuevo -anunció Lily.

Las tres narices se apretaron con fuerza contra el vidrio.

-Tipo atlético -siguió comentando Lily-. A mí me encantan los hombres que saben llevar una camiseta de colores y con iniciales.

-Viene a esta casa.

Librodot

-Miremos, sugirió Violeta y fue a la puerta del cuarto abriéndola con estrépito-. Sube -murmuró con voz ronca.

Lily y Pete se unieron a Violeta y los tres pispearon. Fijándose mejor, el joven resultó ser verdaderamente simpático y tener una barbilla que denotaba determinación. Se detuvo en la puerta del cuarto contiguo y sacudió el agua del sombrero. Luego llamó.

-¡Querida! ¡Capullo! Soy yo.

-Se llama Capullo -comentó Violeta, que al parecer no estaba conforme con ese nombre

-¿Y qué tiene de malo? -preguntó Pete en voz baja-. Le cae perfectamente.

Lily refunfuñó.

El joven desapareció en el cuarto contiguo.

En aquel momento, la señorita Avestruz Etrusco dio comienzo en el piano a una detestable ejecución de "La luciérnaga".

-¡Qué bien haría en no seguir! -dijo Pete, cerrando la puerta-. Se ve que desciende de una familia que no tenía oído.

-¿Note has enterado aún de que el padre no tocaba más instrumento que la campana? -preguntó Lily.

-Ese chiste tiene barba -comentó Violeta, que no era muy amiga de ninguna clase de chistes.

-Bueno -interrumpió Pete-; ¿qué hacemos con Capullo?

-¿Qué es lo que quieres decir realmente? -preguntó Lily, un poco amoscada.

-Se me ocurre que tal vez sea interesante conocerla..., es decir, conocerlos a los dos. ¿Acaso no nos estamos muriendo por saber lo que pasa? ¿Son casados? ¿No son casados? ¿Por qué no?

-Personalmente -expresó Lily con toda seriedad-, yo tengo la impresión de que cuanto más pronto esté arreglado nuestro auto, tanto mejor. No me agrada verte metido en averiguaciones femeninas aquí por el sur.

Pete apoyó la cabeza en el hombro de ella y le habló, remedando el dejo de los habitantes de esa comarca.

-Aquí no hay más que jazmín y madreselva, señora. Y esto me enloquece.

-En consecuencia, lo más atinado será que yo remonte montañas, hasta donde la vegetación no alcance.

-¿No pueden hablar con sensatez ustedes dos? -preguntó Violeta. La cena de aquella noche fue comida en el ambiente un poco mohoso de la pensión Avestruz Etrusco, con el elegante acompañamiento que le hacía miss Weathering al tomar la sopa y mientras se desarrollaba un pugilato de conversación entre Pete, Violeta y Lily, por un lado, contra Capullo y el de las antorchas para la caza, por el otro. Estos últimos estaban sentados en la mesa vecina.

-¿No será mejor que nos presentemos? -dijo Pete muy animoso-. Somos la familia Granden, Lily, Violeta y Pete. Vimos cuando llegaban ustedes esta tarde. Y su esposa se parece mucho a una chica que conocimos en Buffalo. Pensé si...

-No es mi esposa -dijo el joven, denotando turbación y con fuerte acento meridional.

-¡Oh, qué lástima! -manifestó compasivamente Pete.

-Pero debe serlo muy pronto -añadió el joven, muy enhiesto-. Si me permite, les presentaré a miss Smith, mi novia... y yo soy Ben Hemming.

-Encantado -sonrió Pete.

-¿Qué muchacha de Buffalo era ésa? -preguntó Violeta, tirándole la manga a Pete.

Pete la miró como queriéndola comer.

-¿No recuerdas, querida? -dijo Lily con dulzura-. Aquella chica tan sencillita que fue a visitar a la prima Ruth.

-¡Oh! -exclamó Violeta-. ¿La del cabello teñido que tenía una verruga?

Pete carraspeó con fuerza.

-¿Van hacia el norte? -preguntó a Ben Hemming.

-Sí, sí -respondió Ben, tosiendo con nerviosidad-. En realidad... sí.

-Eso está muy bien -opinó Pete-. No hay razón para turbarse. Muchos van al norte. En realidad, no es tan atrasado aquello.

-Me han dado un empleo en Nueva York -expresó Ben.

-Nosotros vamos a México -manifestó Violeta, que a su propio juicio

ya guardaba silencio demasiado rato-. Estamos en viaje de luna de miel, la segunda que ellos realizan. Y yo me he colado porque me gustan las complicaciones.

-Muy bien dicho, querida -dijo Pete.

-Es encantador verlos juntos a todos-expresó Capullo, cuya voz estaba llena de tonalidades meridionales, con sabor a madreselva.

-¡Oh! -dijo Violeta-. Faltan cinco, porque tenemos tres madres. Los tres que estamos aquí ni siquiera formamos quórum.

Ben y Capullo quedaron un poco atontados. Las particularidades familiares de los Granden no eran como para ser entendidas de primera intención.

-Violeta -dijo Pete-, ¿por qué no te vas a jugar un rato?

-¿A jugar a qué? Soy demasiado crecidita para los juegos.

-Podrías leer un clásico o cualquier otra cosa.

-Voy a escribir un rato en mi diario.

Salió Violeta del cuarto y se quedó en el vestíbulo, escuchando.

-¿Piensa quedarse mucho, señorita..., eh..., señorita Smith? -inquirió Lily, algo recelosa.

Ben y Capullo cambiaron miradas misteriosas.

-Lo cierto es que no lo sabemos -dijo Ben.

-Yo espero que se queden. Lo espero de todo corazón.

Esto último lo dijo Pete, mirando al mismo tiempo la preciosa cara pálida de Capullo. De pronto, Lily se encontró a sí misma mirándola también. Luego se indignó. Era ridículo sentir celos de un marido que acaba de casarse con una por segunda vez. Es de presumir que ha sobrado tiempo y ocasión para conocerlo bien a fondo. Aunque tal vez por eso sentíase algo intranquila. "¡Cómo me gustaría que saliéramos de este pueblucho infame!", se dijo para sus adentros.

Fuera, en el vestíbulo, sonó el teléfono, que estaba en una mesa próxima al sitio en que se hallaba Violeta. La niña contestó. Los demás no oyeron. Era una comunicación de larga distancia para la señorita Patricia Bowles, que así se llamaba la señorita Avestruz Etrusco.

-Habla ella misma -dijo Violeta bajando la voz. Después de todo, Violeta había descubierto que la vida en aquel lugar era muy triste. Algo tenía que hacer para darle color.

Del otro lado de la línea llegó la voz rugiente de un hombre, que hablaba muy nervioso.

-¿Es el Avestruz Etrusco?

-Sí -le respondió Violeta.

-Habla el coronel Overstrand, de Overstrand, Lousiana. ¿Está ahí mi hija?

-No.

-Debe de estar. Me informaron que estaba.

-¿Qué cara tiene? -preguntó Violeta.

-Es una rubia muy bonita, de ojos oscuros, como la madre -y al decir esto, se notaba que el coronel estaba desesperado.

-Aquí había una rubia bonita que tenía ojos oscuros, pero, naturalmente, a la madre nunca la vi.

-Esa debió ser Capullo.

-Bueno, si lo es, está viajando con el nombre de Smith. Pero ya no se encuentra aquí -continuó Violeta, mintiendo con mucha satisfacción-. Se ha ido a Memphis.

-¿Y está con ella ese badulaque?

-Con ella iba un joven muy serio.

-¡Dios mío! -gritó el coronel-. Escuche, señorita Bowles, ¿daban la impresión de estar casados?

-Se los notaba nerviosos -dijo Violeta.

-Entonces, voy a tomar el avión para Memphis ahora mismo-manifestó el iracundo caballero, y colgó.

Violeta hizo lo propio y subió al piso alto, con intención de pensar detenidamente. Había logrado meter las narices en la vida de los desconocidos mucho más hondo que Pete y Lily. Eso la halagó...

Ben Hemming y Capullo Overstrand formaban una pareja verdaderamente simpática, a pesar de su visible nerviosidad. Ben tenía la cabeza reposada y sentido común. Lo único malo era que de sentido del humor andaba escasísimo, o quizá falto del todo. Y Capullo no había tenido tiempo de aprender que un marido no necesita para nada ser humorístico o divertido; más aún, es mejor que no lo sea. Por consiguiente, a ratos se irritaba contra él.

Claro que Capullo lo amaba apasionadamente. Y eso la hacía aparecer hermosísima. Su precioso cabello amarillo era como un halo de luz en torno de su cabeza, y cuando la boquita delicada y roja le dirigía sonrisas a Ben, era cosa de quedar sin aliento. Es decir, de quedarse sin aliento el que fuera hombre. Siendo mujer, y en especial una mujer casada, lo más fácil era que se quedara sin tranquilidad.

Pote se sintió halagadísimo cuando Ben Hemming acudió a pedirle consejo aquella noche.

-Me sabe mal incomodarlo, señor, pero creo que usted puede darme un buen consejo. Después de todo, su luna de miel es ya la segunda...

-La cuarta -corrigió Pote.

-Ya ve-dijo Ben, aclarándose la garganta nerviosamente-; ocurre que Capullo... es decir, la señorita Smith... y yo nos hemos escapado. Su padre era enemigo de nuestro matrimonio y muchas veces se opuso. Finalmente, decidimos tomar el toro por los cuernos y casarnos. Entiende, ¿verdad?

-Perfectamente.

-Capullo... es decir, la señorita Smith... ama muchísimo al padre, pero a mí me ama más. ¿Entiende?

-Perfectamente

-Y por eso vamos a Nueva York, donde yo tengo empleo. Pero hasta llegar a Nueva York van a pasar varios días, y lo que yo pregunto es: ¿convendría que nos quedásemos aquí y aquí nos casáramos, o será mejor ir a Nueva York y casarnos allí? Si nos quedamos, corremos siempre el peligro de que el padre de Capullo... de la señorita Smith, pueda encontrarnos. Y no hay duda que eso quiero evitarlo. Por otra parte, es un poco... en fin un poco embarazoso viajar sin estar casados. Lo cual, además, parece un poco irrespetuoso, si usted me interpreta.

-Bueno -dijo Pote-, a mi juicio lo mejor sería que quedaran aquí el tiempo necesario para casarse y después se marcharan.

-¿Le parece? -preguntó Ben-. Pero supóngase que el padre de Capullo venga y nos encuentre.

-¡Cuernos! -exclamó prontamente Pote-. Los padres no van detrás de sus hijas en los días actuales.

-En el sur sí, señor -objetó con firmeza Ben-. Y Capullo es la niña mimada del padre.

-Tu consejo no fue totalmente falto de interés, ¿verdad, querido? -preguntó Lily a Pote más tarde, cuando se enteró de la conversación mantenida-. Si se quedan, tú podrás tomar el apunte de la encantadora Capullo.

-Bueno -dijo Pote, levantando los brazos-, algo tenemos que hacer en este aburrido pueblo.

-¿Por qué no me dibujas a mí?

-Querida, a ti te amo demasiado. Un médico nunca opera a su propia familia.

Lily le revolvió el cabello.

-¡Oh, oh! -exclamó, riendo-. Leo tus pensamientos como en un libro abierto.

Y aunque estaba bromeando, sintió en su interior aquellas sutiles mordeduras de los celos. Recordó un artículo leído no sabía dónde: "¿Debe una esposa de pintor sentir celos de las modelos de su marido?" La seriedad del artículo la divirtió a veces. Ahora la incomodaba el recuerdo. "Yo no estoy celosa", se dijo, "No, no y no".

A la mañana siguiente, Pote estaba dibujando a Capullo. La chica se encantó cuando él se lo propuso.

-Nunca he conocido a un artista verdadero, honesto y real -le dijo con los ojos muy abiertos-. Y me encantaría que usted me dibujase. Me halagaría mucho.

Esto fue durante el desayuno. Ben Hemming carraspeó un poco.

-Yo creo, tesoro, que lo mejor sería dar un paseo esta mañana.

-Está lloviendo, encantito mío -le dijo Capullo, abriendo una boca enorme al sonreír.

-Bueno -insistió Ben, obstinado-. Yo pensé que tu deseo sería estar conmigo.

-Pero, amorcito... -y al decir esto le enderezó la corbata-, yo me muero por verme retratada, y ya que el señor Granden es tan amable...

De modo que Pote y Capullo se posesionaron de la sala del Avestruz Etrusco. Y Pote hizo posar a Capullo y le empezó a tomar un bosquejo, aunque la luz era mala. Decía chistes viejos que a Capullo le parecían preciosos. Se rieron mucho y por toda la casa resonaba la risita clara y aflautada.

Ben se volvió al Pato Etrusco y se quedó en su cuarto.

Lily, Violeta y la señorita Weathering se quedaron en el comedor, jugando al rummy. No era divertido. Lily no hacía otra cosa que dar golpecitos con el pie, y Violeta mascaba su goma y, por supuesto, ganaba los partidos.

-Una vez me dibujó un artista -dijo la señorita Weathering con tristeza-. En un jardín de rosas. Yo y mi hermana Gracia, que se murió. Claro, entonces no había muerto

La intranquilidad no dejaba jugar a Lily. Y la lluvia que golpeaba contra los cristales le alteraba más los nervios. Se levantó y fue a la sala. Pete manifestaba en voz alta su admiración por el hermoso trazado de la garganta de Capullo.

-¡Los artistas se fijan tanto! -dijo Capullo a Lily-. Debe de ser hermoso tener un pintor por marido.

-Dan su buena parte de trabajo-manifestó Lily, sonriendo dulcemente. Y luego, mirando a Pete, añadió-: Voy hasta el garaje a ver por qué no está arreglado el auto.

-¿A qué viene tanto apuro? -inquirió Pete, dirigiéndole una risita tonta y sosteniendo en alto el lápiz.

Lily se puso el impermeable y los zapatos de goma y salió al porche exterior. La lluvia caía a torrentes. La señorita Avestruz Etrusco llegó por la acera, cargada con un montón de artículos de almacén.

-Llueve -dijo candorosamente.

Luego Lily vio a Ben Hemming sentado y con cara de mucho aburrimiento en el porche de la pensión competidora. La mujer cruzó y le dijo:

-¿No podría llevarme en su auto hasta el garaje?

-Con mucho placer -contestó Ben.

Con el hombre del garaje, Lily fue enérgica.

Si nuestro automóvil no está arreglado mañana, entablaré pleito contra usted por enajenación del cariño.

De vuelta en el auto de Ben, le sonrió con tristeza y se trazó un plan. Después de todo, también ella tenía derecho a buscarse su diversión en aquel sitio.

-¿Por qué no me lleva un rato a dar una vuelta, señor Hemming? Tengo que hablarle de un asunto muy serio. Se trata de mi marido.

Aquella tarde hubo gresca de enamorados entre Capullo y Ben, y Violeta se divirtió mucho. Había descubierto que, ocultándose en el cuarto de baño, podía escuchar todo cuanto ocurría en el dormitorio de Capullo.

-Escucha -anunció Ben a Capullo-; nos vamos de aquí ahora mismo. Así que prepara tu equipaje.

-¿Qué quieres decir, encanto? -preguntó ella-. Yo creí que aquí nos casaríamos.

-Bueno, pues no nos casamos. No quiero que te quedes en este lugar ni un día más, estando ese señor Granden.

-¿Te refieres a Pete? -preguntó Capullo, abriendo aún más sus ojos.

-¿Ya lo llamas Pete?

-¿No comprendes que me lo pidió él mismo?

-Bien, pues no vas a tener que ver nada más con ese individuo.

-¡Qué cosas dices, Ben! No te pongas tan arrogante. ¿Crees que sigues estando en el consejo de la universidad?

-Esto es grave.

-¿Qué cosa es grave?

-El señor Granden tiene una fama horrible de mujeriego.

-¿Y? -le preguntó Capullo, mirándolo detenidamente.

-No se le puede tener confianza-insistió Ben-. Por nada del mundo te dejaría sola con él.

-Es la primera vez que oigo tantas tonterías. Es el hombre más simpático, encantador y divertido que he conocido.

-¿Ves? Eso es lo mismo que dijo su mujer. Dijo que todas las mujeres se enamoran de él. Y es verdad. Tú estás enamorándote.

Ben se cruzó de brazos, para denotar más indignación.

-¿Debo entender que la esposa te habló de él a espaldas suyas? -inquirió Capullo muy furiosa.

-Ha tenido la delicadeza de ponerme sobre aviso.

-Yo creí que una esposa jamás podría decir semejantes cosas-le espetó Capullo-. Y, además, no es cierto. Lo que pasa es que ella tiene celos. Tú no sabes absolutamente nada de mujeres, querido.

El tono de condescendencia que había en la voz de Capullo enfureció más a Ben.

-¡De las mujeres conozco mucho más de lo que tú supones!

-Cualquiera que las entienda siquiera un poco, se daría cuenta de que todo lo que te ha contado esa señora es motivado por sus celos.

-Tú lo dices porque eres una chiquilla y no entiendes de gratitud. La señora Granden ha tenido un gesto simpático al contarme todo eso, porque ella no quiere ver que nuestro matrimonio se estrelle, y menos antes de empezar... tan sólo porque tú eres una coqueta.

-¡Ben, yo no coqueteo!

-Sí que coqueteas.

-Y si es así, ¿qué tiene? Tú no has hecho más que mantenerte solemne y muy lleno de sentido común desde que vinimos... que no me queda otro remedio que hacer alguna cosa.

-¿Qué tiene de malo la circunspección y el sentido común?

-Será muy bueno, pero no en viaje de novios.

-Esto no es un viaje de novios... todavía -le dijo Ben, deseoso de que entendiese las cosas como eran.

Capullo echóse a llorar.

-¡Y a lo mejor no lo será nunca! No veo por qué tienes que portarte de ese modo, tan sólo porque un señor agradable tiene el deseo de hacerme un dibujito. Y ahora vete y déjame tranquila. Me estás pareciendo un viejo pedante y detestable y nada me importa si no vuelvo a verte nunca en mi vida... Esta tarde posaré para Pete, y coquetearé con él todo lo que se me ocurra. Así que ya lo sabes.

Ben se encaminó a la puerta con todo el peso de su dignidad ultrajada. -Cuando recuperes la razón -le dijo fríamente, dejando abierta la puerta, para que el mutis fuese más impresionante-, me encontrarás en el Pato. Capullo dio un fuerte portazo al cerrar. Luego se echó en la cama y lloró. Después se levantó lentamente y a través de la ventana vio cómo Ben cruzaba la calle, dando saltitos para no pisar los pozos. ¡Era tan atlético Ben! Esto la hizo llorar más.

Violeta salió del cuarto de baño y se metió en su dormitorio con la cabeza hecha un volcán de actividad. ¡De manera que Lily había estado enredando las cosas! Le había jugado una mala pasada a Pete. Violeta se rió al recordar lo dicho por Lily a Ben. Luego se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y procuró decidir a cuál de los dos bandos se inclinaría, al de Pete o al de Lily. Lo malo era que adoraba a los dos, de ahí la dificultad para resolverse. Lily se comportaba con ella tan encantadoramente..., había llegado a darle perfume verdadero, muy caro, de personas mayores. Por otro lado, Pete era el padre, y la sangre tiene más consistencia que el perfume. No tendría otro camino que decidirse a favor de Pete. Por otro lado, había concebido un proyecto de ayudar a Capullo, en el cual iba involucrada la ayuda a Pete.

Poniéndose en pie de un salto, se echó atrás las trenzas y se dirigió al cuarto de Capullo, llamando con los nudillos.

Del Diario de Violeta:

Me contestó Capullo que podía entrar, de modo que me metí con toda rapidez, antes de que pudiera cambiar de opinión, Pues sé que las mujeres cambian mucho, y en especial las del sur. Le conté sin rodeos que sabía cuál era el motivo de su llanto, que lloraba porque amaba a Ben Hemming muchísimo y porque él acababa de sostener con ella una discusión ridícula. Y Capullo dijo que sí, que eso creía que era. Entonces yo le dije que por suerte tenía algo que decirle que tal vez la hiciese llorar más. Y ella dijo qué era.

Entonces le pregunté:

-¿Conoce a un hombre que se llama coronel Overstrand?

Capullo se incorporó como si la hubiesen pinchado y confesó que era su padre.

-Pues bien -agregué-; está siguiéndole los pasos, y muy enojado. Yo le metí en la cabeza que ustedes se encuentran en Memphis; pero cuando descubra que no están allí, vendrá como una tromba.

Capullo me miró con los ojos muy abiertos.

-¡Oh, preciosa! -me dijo-. Yo tenía miedo de que eso pasara. ¿Y qué debemos hacer? No tengo más remedio que casarme con Ben. Lo amo muchísimo. Pero no puedo seguir huyéndole a mi padre.

Pude advertir que estaba muy preocupada, aunque su pronunciación estilo sur no permitía notarlo del todo. Yo le manifesté que la ayudaría a casarse con Ben, porque a mí me vuelven loca las parejas jóvenes de gente casada. Y es cierto. Yo creo que el casamiento de niñas que se practica en la India es una de las cosas más inteligentes que se han inventado en el mundo, y me gustaría mucho ver si podrían transplantarse. Le expliqué mi plan. Capullo

dijo que le parecía extraordinario Y que el coronel no tenía más remedio que tragar el anzuelo, y que cómo se me había ocurrido siendo una chica. Le contesté que era muy sencillo, y que cuando una quería que un hombre le hiciese hacer algo, lo mejor era hacerle creer que no deseaba hacerlo. Capullo me dijo que deberíamos contárselo a Ben en seguida, pero yo le advertí que lo mejor era no decirle nada. Hablar no es bueno. Lo único que hacen los otros es querer detenerla a una. Le contaríamos solamente a Pete. Con él no era posible el secreto para que el plan resultase.

Yo luego me metí en el cuarto de Pete.

Escucha, Diario mío: ¿sabes que es divino entremeterse de este modo en los asuntos de Capullo? Da experiencia, y yo la necesito mucho porque pienso ser escritora. Sólo que últimamente estuve pensando que a lo mejor no sería escritora; doctora en mineralogía, tal vez.

Pete estaba tendido a los pies de la cama, resolviendo un acertijo de palabras cruzadas, cuando penetró su hija. Levantó la mirada y al advertir su expresión decidida no pudo menos que suspirar.

Violeta se aproximó mucho y se apoyó en la cama.

-Oye -le dijo-, tengo una idea.

-¡Cuándo no! -exclamó él.

-Quiero ayudar a Capullo y tú estás metido en ello.

-¿Por qué estoy metido yo?

-Porque tienes toda esa energía ciega.

-¡Linda cosa para que la diga una hija!

-¿Estás dispuesto a colaborar?

-Creo que no -dijo Pete, volviendo a dedicarse al acertijo.

-¿Dónde están tus glándulas secretoras de bondad humana?

-¿Qué palabra de cuatro letras se les dice a los niños molestos?

-¿Me secundarás en sacar a Capullo de apuros?

-¡Violeta, déjate de incomodar! Cualquier criatura normal estaría cortando muñequitos de papel o cosa parecida.

-Papá, no persistas en desacreditar siempre mis inimitables cualidades.

-¿De dónde te vienen esas ansias recientes de ayudar a todo el mundo? Violeta apoyó un codo en el pecho de Pete, acercando su rostro solemne, más solemne aún a causa de los anteojos.

-Mira una cosa. Si me ayudas a socorrer a Capullo, Lily se pondrá más celosa.

Y entonces le contó lo que Lily había dicho a Ben. Los dos se contemplaron de hito en hito; luego sonrieron a un mismo tiempo.

-¡A mí me encanta darle celos a Lily! -murmuró Pete.

-A mí también -dijo Violeta-. ¡Es tan rara cuando se pone celosa! Volvieron a reír.

-Pues bien-dijo Violeta, con mucha seriedad-; esto es lo que debemos hacer en bien de Capullo...

El plan de Violeta dio un resultado espléndido. Capullo y Pete bajaron a la sala y siguieron elaborando detalles, todo ello hablando en voz baja y riéndose, y al parecer disfrutando en grande. Al cabo de un rato, Ben volvió del Pato Etrusco con un humor de diez mil demonios. Y cuando vio a Capullo y Pete juntos, su mal humor se acrecentó considerablemente.

-Sólo quiero que te enteres-dijo a Capullo en un tono muy de hombre ofendido- que tengo todas las cosas embaladas y estoy listo para partir. Cuando tú estés en condiciones, saldremos.

-¡Oh, encanto! Yo quiero decirte algo. Me parece que no deseo irme de aquí por unos días. Pete se muere por seguirme teniendo de modelo; y quiere que no me vaya, para poder posar... ¿No es así, Pete?

Dedicó a Pete su más seductora sonrisa. Pete la devolvió con creces.

-Así es, Capullo.

Ben se ponía rojo a más no poder.

-No harás eso-dijo, y luego, dirigiéndose a Pete, agregó-: ¿Cómo se atreve a sugerirle a mi esposa semejante cosa?

-Yo no soy tu esposa... aún -dijo Capullo-. Además, tengo edad suficiente para obrar por mi cuenta y saber lo que quiero.

-¿Y cuándo nos vamos a casar? ¡Contéstame eso!

-Cuando Pete haya concluido -contestó Capullo muy dulcemente-, y siempre que mientras tanto no haya cambiado de idea.

Ben dirigió a Pete una mirada colérica.

-¡Debería darle unos azotes! -gritó exasperado

Luego giró sobre sus talones y se marchó, dando un terrible golpe con la puerta al salir. Se levantó el cuello del impermeable y cruzó la calle con paso firme, hablando consigo mismo. La lluvia caía con fuerza.

Capullo corrió a la ventana y lo siguió con la vista.

-¡Pobre muchacho! -exclamó sonriendo-. ¡Pero esto le hace tanta falta...

Después de un rato, Lily volvió de otro viajecito al garaje, y Ben le salió al encuentro.

-¿Todavía están aquí? -preguntó Lily.

-Tenía usted razón en lo de su esposo. Es un demonio. ¡Un Svengali! Ya la ha dominado por completo. No quiere irse. El piensa quedarse aquí, y ella se queda con él.

-¿Y a mí que me parta un rayo? -preguntó Lily, casi hablando consigo misma y de un humor de perros.

-¡Oh, señora Granden! Vea qué puede hacer con ellos. Yo estoy frenético. Si llego a enloquecerme un poco más, no sería raro que terminase matando a alguien.

-No lo hará, si es que yo tengo antes una ocasión para hacer lo mismo -dijo Lily. Y con un aire muy siniestro penetró en la casa.

Al llegar a la puerta se quedó inmóvil, y el impermeable y los zapatos de goma le daban un aspecto aún más extraño.

-¿Qué tal van los asuntos? -preguntó fríamente.

-Estupendamente bien -contestó Pete muy alegre-. Capullo es una modelo extraordinaria. Estoy pensando quedarme aquí unos cuantos días y hacer algunos dibujos más. Supongo, querida, que no te opondrás, ¿verdad?

Capullo, radiante de alegría, contempló a Lily.

-¡A mí me encanta esto tanto! Dice Pete que yo tengo algo que jamás ha encontrado en otras modelos.

Lily comprendió que estaba poniéndose lívida.

-¡Pedazo de idiota! -exclamó, en el colmo de su indignación-. ¿No se le ocurre pensar que no es posible creer una sola palabra de lo que dice?

-Lily, en serio -expresó Pete, solemne y con los ojos muy abiertos-, quiero realmente quedarme aquí un poco. En Capullo encuentro algo que es una inspiración.

Lily giró sobre sus talones y subió rápidamente. A cada paso que daba por la escalera su enojo aumentaba. Se preguntaba por qué en este mundo la gente práctica tenía que sufrir siempre por causa de los que carecen de sentido práctico. Y cuando llegó a su dormitorio, estaba tan furiosa que en el acto se puso a preparar el equipaje.

Capullo y Pete se tapaban la cara con las manos para ocultar la risa.

-¡Pobrecita! -murmuró Pete-. Pero esto le hará mucho bien.

Violeta salió del comedor, donde estuvo escuchando, y dio saltos de alegría por el cuarto.

-¡Esto es una verdadera satisfacción! -exclamaba en medio de sus saltitos en un solo pie.

Ese fue el momento en que el coronel Overstrand, en un taxi, llegó a toda velocidad del aeropuerto. Era un hombre corpulento, de carrillos enormes y gran bigote blanco. Al primero que encontró fue a Ben, caminando bajo la lluvia.

-¡Secuestrador! -exclamó al verlo, blandiendo un puño delante de su cara-. ¿Creías que me ibas a despistar, verdad? ¿Tú me mandaste a hacer el ridículo en Memphis, no es así? ¿Dónde está mi hija?

-Ahí dentro -dijo Ben-. ¿Cómo nos encontró?

-Les seguí los pasos mediante los vales del crédito de nafta. Escucha, pedazo de botarate, aunque sea la última cosa que haga en mi vida, yo conseguiré que no te cases nunca con Capullo. Yo la protegeré, así...

-Yo no quiero casarme con su hija -gritó Ben.

El puño del coronel quedó inmóvil en el aire.

-¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué estás diciendo?

-He dicho que no me caso con su hija.

-¡Pedazo de alcachofa...!

-Porque ella no quiere casarse conmigo.

-¡Ah! Por fin ha recobrado el sentido -dijo el coronel.

-No, al contrario. Se ha enamorado de un pintor que anda por aquí, y quiere quedarse con él.

El coronel estuvo por caerse al suelo.

-¡No! -exclamó iracundo-. ¡Mi hija! ¿Mi pequeño capullo de magnolia? ¡Eso es mentira!

Ben condujo al coronel. Chorreando agua, penetraron los dos.

Del Diario de Violeta:

Bueno, cuando llegó el coronel a la puerta de la sala, el hombre parecía igual de enojado que un Santa Claus. Capullo se le echó en los brazos, exclamando: "¡Papá! ¡Papá!" Y Ben miró indignado a Pete, enseñándole sus puños cerrados. Mi mayor esperanza fue que se trenzaran en una pelea. Las Peleas me gustan. El coronel respiró muy fuerte y dijo: "Capullo, hija mía, ¿qué quiere decir todo esto?" Y Capullo le contestó: "Papá, este señor es Pete Granden, que está haciéndome un dibujo maravilloso. Y voy a quedarme con él". El coronel estaba atontado. Dijo que según sus últimas noticias, su hija se había fugado para casarse con Ben. Capullo le explicó, con aquella voz de jarabe, que había cambiado de idea. Bueno; el padre no sabía qué pensar. Parecía desinflado de pronto, había llegado allí decidido a impedir que su hija se casara con Ben, y se encontraba con que tonta que impedirle una barbaridad mayor. Ben se puso a gritar. Señalando a Pete, decía: "¡Puedo asegurarle que la tiene dominada!". Y el coronel tomó a Capullo de los hombros. "¿Significa algo para ti este hombre?", le preguntó. Y Capullo le contestó: "Yo creo que es posible que tal vez signifique". El coronel Overstrand estaba ya como para que lo atasen. "¡Además, es casado!", exclamó de pronto Ben.

El coronel se dedicó a convencer a Capullo, amenazándola, implorándole y ofreciéndole el oro y el moro. Por último, le ordenó a Capullo que se casara con Ben, diciendo que por lo menos eso era lo más decente y natural, y que Ben, después de todo, había sido miembro del consejo de estudiantes en la Universidad. Yo no podía más de la risa, porque eso era

precisamente lo que adiviné que haría el tonto del viejo. Precisamente para eso había tendido todas mis redes. Pues bien. Capullo dijo que bajo ninguna circunstancia consentiría en casarse con Ben. El coronel Overstrand se enardecía más cada vez y seguía implorándole y diciéndole que no entendía qué mosca le había picado y manifestando que en toda la familia nadie se había comportado jamás de ese modo, salvo la tía Flora, que se escapé con un actor en gira. Hubo un momento en que se le saltaron las lágrimas y dijo que, si Capullo no se casaba con Ben, consideraba que su vida quedaba definitivamente estropeada. Detrás de todos los otros, ella me guiñaba los ojos. El coronel se puso muy sentimental, y decía a cada momento: "¡Mi pequeño capullo de magnolia, mi nenita adorada!" Ben a le decía "Tesoro" y "Encanto". Todo esto me parecía nauseabundo. No me gusta la gente sentimental.

En ese momento bajó Lily, con su valija a cuestas. Y Pete dijo: ¿Adónde vas, mi amorcito de ojos verdosos?" Lily contestó que se volvía a Nueva York. En tren. Sola. Luego, con la velocidad del relámpago, Pete la tomó en sus brazos y la llevó escaleras arriba. A Lily se le cayó la valija. Yo la recogí y seguí detrás de ellos.

Pues bien: cuando llegué al dormitorio de Pete, lo encontré con Lily en su regazo explicándole todo el asunto y Lily lloraba y se reía y decía que había sido una estúpida al tener todos aquellos celos y que no entendía qué le había ocurrido. Pete dijo: "Lo que te ha ocurrido es que me amas mucho". Y la besó con un beso muy bien aplicado. Y yo me pregunté qué harían entonces. Pete me dijo que no tenía por qué seguir plantada como un árbol, y que me fuera a leer un clásico. Y yo obedecí.

Escucha, Diario: creo que con esto se demuestra que yo sé mucho de la mentalidad masculina, porque de lo contrario no hubiese podido prestar tanta ayuda a Capullo. Y me alegro de haber conocido a los hombres antes de la pubertad, porque para entonces andaré medio trastornada y confundida.

Acabo de preguntarle a Pete cómo se escribe el nombre del padre de Capullo, y dice que es tal como yo lo escribo. Pero sé que los dos estamos equivocados.

Librodot

CAPÍTULO V
ADORABLE ADOBE

Ha llegado el momento en que deje de ser "vista pero no oída".
De todos modos, la idea es estúpida...
retrasa mi desarrollo.
Violeta Meadows Granden

Claro que debieron prestar más atención a las dotes adivinatorias de Violeta. Violeta tenía una facultad extraordinaria para anticipar con rapidez la inminencia del peligro. Pero lo malo es que Violeta siempre tenía presentimientos. En vez de los constipados y rasguños que son comunes en los niños de doce años, Violeta tenía presentimientos e ideas. Tanto es así que Pete y Lily se acostumbraron a reírse y no hacerle caso.

Esta última idea se le ocurrió tres días después que salieron de la ciudad de México, emprendiendo el camino montañoso que conduce a Taxco.

-Tengo una sensación muy extraña -anunció Violeta, muy tiesa en el asiento trasero y esforzándose por adoptar un aire psíquico.

-¿Una cosa más o menos peculiar? -inquirió Pete.

-Sí, bastante -confirmó Violeta.

-¡Bah! Eso lo siento yo desde que cruzamos la frontera. Deben de ser todas esas enchiladas que hemos comido.

-Y la altitud-sentenció Lily.

-Además, yo te dije anoche, señorita -expresó Pete, dirigiéndose a Violeta-, que no comieras aquel rábano. Son malas las verduras sin cocer.

-No es el rábano. Es el presentimiento.

-Tómalo como quieras; pero yo opino que de ahora en adelante no nos queda otra cosa que navegación segura y calma. Lo que tenía que suceder ya ha sucedido. Dentro de cuatro o cinco horas nos encontraremos en Taxco, donde nos aguarda la casita de adorable adobe de la señorita Fairland, con sus hermosas flores, su sol a todas horas y su carencia absoluta de preocupaciones. Allí podré pintar, Lily podrá oler las flores, y tú... tú...

-Yo estudiaré la vida y las costumbres del pueblo -dijo Violeta.

-¿Eso es lo que te propones hacer? -le preguntó Pete, intrigado.

-¿Y para qué supones que he venido?

Pete, que estaba conduciendo el automóvil, miró a su hija en el espejo. En la solitaria grandeza de su asiento trasero se encontraba arrellanada Violeta, mascando cuatro pedazos de fuerte goma mexicana y contemplando la campiña con curiosidad intelectual. Al mirar en el espejo su barbilla de líneas firmes, y sus anteojos de carey, asaltaba a Pete el temor de que, con el tiempo, fuera una de esas estudiantes secundarias que hasta son becadas y todo. Sí, no había duda que Violeta terminaría por hacer estudios sobre la vida y las costumbres del pueblo.

-Todavía tengo esa sensación extraña -insistió Violeta. Pete le dirigió una sonrisa burlona mediante el espejo.

-Eres una monada, querida; tanto que hasta se te pueden perdonar los presentimientos.

-Vamos, papá, ponte serio -le dijo Violeta, a quien las zalamerías sentaban muy mal-. Deberías tener en cuenta la intuición femenina.

-Deja tranquila a tu intuición femenina -le gritó Pete-, y mira estas hermosas montañas y esa gente pintoresca.

Si los mexicanos que andaban por el lado del camino parecían pintorescos a los Granden, los Granden no parecían menos pintorescos a los mexicanos. Pete conducía su anticuado Rolls-Royce con displicente abandono, a veces sacando una pierna del vehículo Y otras veces cantando. Violeta habló nuevamente de sus presentimientos.

-No digan que no quise avisarles.

-¿Cuándo no diremos que tú quisiste avisarnos? -interrogó Pete.

-Cuando suceda lo que está por suceder. No puede fallar. Cada vez que experimento esta clase de sensaciones, algo pasa.

En aquel momento Pete desvió el coche del camino y estuvo en un tris que no chocara con tres burros y cinco indios.

-Por lo visto, casi sucede -dijo Lily, que miraba sin resuello el traicionero camino.

-Burro -dijo Pete en castellano, es decir, empleando de una vez todo el castellano que conocía. Le encantaba el sonido de la palabra. Era una palabra hermosa y un animal no menos hermoso. "Burro", repitió, arrastrando las letras con gran ternura.

-Sí, burro-dijo Lily, que no participaba de su entusiasmo-. Pero lo que debes cuidar más que el burro es la vida de tu esposa y la de tu hija. Mira bien dónde vas.

-Claro -dijo Violeta- que si nos metemos en un enredo en Taxco, yo haré todo lo posible para que salgamos. Como siempre.

Pete estaba ya harto de esa conversación.

-Escúchame, señorita Sabihonda -le dijo bruscamente-. Yo no deseo meterme en enredos ni salir de ellos. Quiero que esto quede entendido de una vez por todas. Y que en nada te metas, ¿estamos?

-¿Me meto en algo, acaso? -preguntó Violeta, ofendida

-No finjas tanta inocencia -expresó Pete-. Meterte en cosas ajenas es tu deporte predilecto y bien que lo sabes. Pero desde ahora en adelante, yo voy a imponerme Y tú serás como los demás niños, que se ven, pero no se oyen.

-¡Eso es una imposición! -exclamó Violeta con amargura.

-Que se ven pero no se oyen-repitió Pete con firmeza-. ¿Lo recordarás bien?

-Perfectamente -dijo Violeta, desafiante-. ¿Por qué no? Siempre será una novedad.

De pronto, Lily, que por lo común era una mujer encantadoramente despreocupada, empezó a sentir una cierta aprensiva intuición.

-Lo cierto es que no sabemos una palabra de cómo es Taxco, ¿verdad? -dijo, frunciendo un poco el ceño.

-Será igual que el cielo -dijo Pete.

-¿Y cómo lo sabemos?

-¿Acaso la señorita Fairland nos habría ofrecido su casa si así no fuera? ¿Podemos suponerla tan perversa como para enviar a unos recién casados a un sitio que no sea el cielo más celestial que cabe en lo posible?

Lily insistió.

-A lo mejor pensó que siempre le convendría más que la casa estuviera ocupada por nosotros, y no por hormigas, cucarachas, termitas o cualquier otra clase de habitantes que suelen morar en las casas deshabitadas de México.

-Yo estoy seguro de que la señorita Fairland es una buena mujer, y pasaré muchos años bendiciendo su memoria, por habernos cedido gratis su casita.

-No cuentes los pollos hasta que hayan nacido. Apuesto cualquier cosa a que la casa se cae a pedazos.

-Todas las casas de Taxco son divinas -dijo Pete, cantando.

-Tú eres el rey del optimismo -le previno Lily.

-¿No te acuerdas cómo le gustaba Taxco a Joe Houghton?

-A mí no se me ocurriría aceptar en nada las opiniones de Joe Houghton. Lleva trajes de sirsaca y el que viste ropas de sirsaca no puede tener buen gusto en ninguna cosa.

-¿Por qué no?

-Porque esos trajes son muy espantosos.

-¡Eh, ustedes! -gritó Violeta-. Están en México. ¿Por qué no miran el panorama?

Miraron. Y el panorama los atrajo. Por delante se erguían las montañas, imponentes y desdibujadas en la distancia. Y debajo, muy debajo, a la izquierda, un valle chato y ancho en el cual se encontraba la ciudad. Entre ellos y la ciudad, campos ondulados de maguey, que asumían diseños distintos y en los cuales las plantas crecían en líneas de trazado geométrico perfecto. El aire era claro y agradable. De cuando en cuando, pequeñas chozas en las colinas. Y burros andando por los campos.

Horas más tarde franquearon una montaña y por primera vez divisaron Taxco. Allí, al lado de las montañas, se hallaba encaramado el pueblo más pintoresco y delicioso que es posible imaginar. En el centro se divisaba el grupo oscuro de laureles que denotaba la plaza. Cerca, las hermosas torres de la catedral. Era un lugar de ensueño.

Pete detuvo el coche a un lado del camino, y todos bajaron para contemplar mejor el pueblo del otro lado del valle. Los techos de tejas de colores delicados reverberaban al sol de la tarde. Más allá, las montañas oscuras se cubrían de sombra.

Los tres permanecieron embelesados, sin dejar de mirar. Por la curva apareció un indio con tres burros.

-¡Burro! -exclamó Pete extáticamente.

El indio se acercó con lentitud, mirándolos solemnemente con sus ojos oscuros.

-Pregúntale si es Taxco -sugirió Pete a Violeta-. Vale más estar seguros.

-Habíamos quedado en que me verían sin oírme -dijo Violeta rápidamente.

-No vengas con sutilezas. Violeta se acercó al mexicano.

-¿Son cómodos esos pantalones? -le preguntó.

-¿Cómo no'? Son cómodos -contestó el hombre, después de mirarla un poco extrañado y haciendo más sonora su agradable voz...

Violeta siguió apelando a su académico conocimiento del idioma español, y continuó la conversación.

-Bueno -dijo Pete, que se impacientaba-. ¿Qué has sacado en limpio?

-Le pregunté si los pantalones son cómodos.

-¡Cielo santo!

-¿No ves lo frescos que son, y no adviertes que están confeccionados según principios que difieren fundamentalmente de los pantalones de nuestro país? Ellos los llaman calzones, y yo creo, papá, que tendrías que conseguirte un par.

-Parecen pijamas -dijo Lily con mucha seriedad.

-Después de todo, cuando en la antigua Roma...

-¿Es Taxco o no? -inquirió Pete.

Violeta formuló la pregunta al mexicano, el cual dijo que era. Luego prosiguió su camino, diciendo por lo bajo una cosa en la cual entraba la palabra "loco".

-Me temo que esa palabra vamos a escucharla mucho -dijo Violeta, preocupada. Y les explicó el significado.

Volvieron al auto y prosiguieron la marcha. Una vez en Taxco advirtieron que las calles eran estrechas y estaban pavimentadas con guijarros. Todas las calles tenían mucha cuesta. El

viejo automóvil avanzaba con dificultad, describiendo curvas entre los edificios torcidos y esquivando gente y animales. Después de haber rozado contra las esquinas dedos casas, Violeta saltó del vehículo y siguió a pie delante de él, indicándole a Pete la forma en que debía conducirlo.

Les habían indicado que buscaran a una tal señorita Zoe Bevan, que era la reina local en cuanto a conocimiento de propiedades; ella los guiaría hasta la casa de Fairland. Pronto llegaron a la plazuela, que era un pequeño colmenar de actividad bajo las plantas de laurel. Se detuvieron a uno de los lados y no tardaron en verse rodeados por un grupo de chicos mexicanos, curiosos pero corteses.

-¿Dónde está la señorita Zoe Bevan?-preguntó Violeta en castellano.

-Lo más fácil es que la encuentre en el Bar de Chico -dijo uno de los más pequeños en perfecto inglés.

-Haga el favor de hablar español -le dijo Violeta rápidamente.

-¿Para qué? -preguntó el niño.

Se encaminaron al otro lado de la plaza, donde se hallaba el Bar de Chico, serpenteando para ello en medio de los burros, la gente y los perros. No todos eran mexicanos. Se notaba una cantidad de norteamericanos pedantes, que trataban de aparentar despreocupación con sus ropas chillonas y una o dos viejas norteamericanas vestidas en voile blanco y andando de un lado a otro con abanicos de palma en las manos.

Descubrieron que Chico también hablaba inglés.

-¡Ah! -les dijo, secándose las manos en el delantal rosado-; la mejor manera de encontrar a la señorita Zoe Bevan es sentarse aquí y tomar algo. Siempre da una vuelta, para ver quién ha venido al pueblo.

Se sentaron en un balcón alto que daba a la plaza. Y después de un rato llegó Zoe Bevan. Chico los presentó muy ceremoniosamente, todo lo ceremoniosamente que era posible, si tenemos en cuenta que ignoraba los nombres.

-Lily, Violeta y Pete Granden -dijo Pete, ayudándolo.

-¡Oh, mis encantos! -exclamó Zoe Bevan, como si se tratara de amigos perdidos hacía tiempo-. ¿Cómo están? ¿Les gusta este sitio? Tráeles algo, Chico.

Se sentó pesadamente en una silla y les sonrió. Vestía pantalones largos y un suéter de color verde brillante y llevaba un montón de cuentas de madera que hacían ruido siempre. Por debajo de un gorrito color malva apuntaba el cabello, que ya lucía unas cuantas canas. El secreto escondido en el corazón de la señorita Bevan era que, a pesar de ocuparse de bienes raíces, en el fondo se sentía artista. Poreso se había marchado de Pittsburgh. Extrajo una larga boquilla y encendió un cigarrillo.

-Taxco les encantará. A todos les encanta. Es divino. ¿Verdad que es divino, Chico?-añadió a último momento, mientras Chico le ponía delante su vaso.

-Los norteamericanos se vuelven locos por este pueblo -dijo Chico, abriendo mucho la boca para sonreír.

Zoe Bevan dejó escapar de pronto una risita equina.

-¿Verdad que Chico es maravilloso? -preguntó-. Tiene razón. A los norteamericanos los vuelve locos Taxco... Y, a todo esto, ¿qué clase de casa desean que yo les procure?

Diciendo esto, acarició suavemente la mano de Pete.

-Ya tenemos una casa-dijo Lily con sequedad. Tenía cierto miedo de que Zoe Bevan no le cayera en gracia del todo.

-La señorita Frederica Fairland nos ha dicho que podemos ocupar la suya -explicó Pete-. Y hemos venido a pedirle las llaves.

La boca de Zoe Bevan se abrió un poco, dejando escapar un hilito de humo. Luego estalló en estrepitosas carcajadas equinas.

Pete, Lily y Violeta se miraron. No dejaron de advertir algo raro y siniestro en el aire.

-¿Qué la divierte tanto, señorita Bevan? -preguntó Pete.

-¡Mis encantos! -exclamó Zoe Bevan casi atragantado-. ¡Esto es como para reventar de risa!

-¿A qué se refiere? -inquirió Violeta:

-Claro que la casita es divina, adorable; con una vista maravillosa, que hace brotar lágrimas de los ojos, una vista realmente simpática, como dicen aquí...

-¿Y dónde está el motivo de la risa? -insistió Pete.

-Pero, queridos míos... ¡la casa está ocupada! -aclaró la señorita Bevan, como si estuviera contando el chiste más gracioso del mundo. Los tres la miraron. La mujer aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo y los contempló muy sonriente. Pete sintió que poco le faltaba para cometer un asesinato. Lily confirmó que Zoe Bevan no podía resultarle simpática. Y Violeta ensayaba una mirada equivalente a decir "¿No les advertí?" El primero que pudo hablar fue Pete.

-¿Quiere decirnos que la casa de la señorita Fairland, la casa por la cual hemos recorrido casi tres mil millas, está ya habitada?

-Sí, así es, encantos míos; los Protter están en ella hace tiempo... Oye, Chico, ¿cuanto hace que están aquí los Protter?

-Dos meses -contestó Chico.

-¿Y eso lo sabía la señorita Fairland? -inquirió Lily.

-Supongo que sí.

-¿La alquiló usted a los Protter?

-Claro.

-Entonces la señorita Fairland ha estado recibiendo el alquiler. Tuvo que saberlo.

La señorita Bevan meneó la cabeza.

-Yo manejo aquí todos los asuntos de la señorita Fairland... y he pagado pintura y reparaciones. Los dos primeros meses de alquiler han sido invertidos en eso. Por ahora no le debo nada.

-¡Oh! -exclamó Pete, contemplando iracundo a Zoe Bevan-. Comprendo. La señorita Fairland no sabía una palabra.

-Bueno, yo creo que le escribí. A mí me parece que lo hice.

-Yo tengo la sospecha de que no lo hizo -dijo Pete.

-Bueno -intervino Violeta-, eso es lo que ocurre, amigos. Ahora es cuando tengo que recordarles que les quise avisar. Este es el momento en que deben acordarse que tuve un presentimiento.

-Este es el momento en que debemos arrepentirnos de haber salido de casa-dijo Lily.

-Quizá yo les encuentre otro sitio -expresó Zoe Bevan-. Aunque están un poco escasos.

Pete no sabía si explicar o no el exiguo saldo de sus fondos.

-Debe saber usted -se adelantó a expresar Violeta- que la señorita Fairland nos ofreció su casa completamente gratis.

-Sí, pero yo saco doscientos pesos de alquiler de la familia.

-Usted ha querido decir que sacaba doscientos pesos -la interrumpió Pete, decidido a ser enérgico-; porque los Protter van a tener que dejarla libre.

Tomó la carta de presentación de la señorita Fairland y la puso ante los ojos de Zoe Bevan. La señorita Bevan se llevó a la nariz los anteojos, que tuvo que desenredar del collar, y leyó la carta:

-Es una pena -dijo al concluir-; pero las cosas son como les he explicado.

-¿Y qué piensa que hagamos? -interrumpió Lily, con su tono más dominador.

La señorita Bevan se reclinó en el respaldo de la silla y pudo advertírsele una gran fatiga.

-Yo presumo que tendrán que quedarse en un hotel.

-No vamos a quedarnos en un hotel -exclamó Pete levantándose-. ¿No entiende, mujer de Dios, que hemos hecho todo el viaje desde Nueva York sólo para ocupar esa casa? Pues bien, fíjese en lo que le digo; esos Protter tendrán que haber salido de ella mañana por la noche, porque nosotros vamos a instalarnos allí.

Violeta aplaudió. No había duda que Pete, cuando quería ser enérgico, lo era.

El ruido de las cuentas de Zoe Bevan fue mayor.

-Pero escúchenme, encantos...

-¡Mañana, he dicho! -remató Pete.

-Sí. Mañana -repitió Zoe Bevan, encogiéndose de hombros.

Violeta y Lily se habían levantado también, como si obrasen de común acuerdo. Después de lo cual, los tres Granden dijeron adiós y salieron. Desde la plaza pudieron ver a Zoe Bevan, que seguía en el balcón y volcaba sus cuitas en el oído de Chico.

-¿Y ahora qué? -preguntó Violeta.

Pregunta dónde podemos encontrar un buen hotel -dijo Pete.

-Preguntaré dónde hay uno barato-expresó Violeta, siempre en el lado práctico.

-¿Dónde hay un hotel barato? -preguntó a un chico que encontraron por allí.

-El hotel Ponciana es barato -respondió el chico en un inglés un poco champurreado.

-¿Por qué no habla castellano? -le preguntó Violeta.

-Porque me ha dado mucho trabajo aprender inglés en el colegio -le contestó el chico- y tengo que practicarlo. Vengan. Yo los conduciré. Ascendieron por la calle de piedras. Los Granden lo hicieron en el auto, en pos del chico, que les marcaba el camino.

-Tengo una sensación muy rara -dijo Violeta.

-Muy bien, sigue con tu sensación -le espetó Pete indignado-. Puedes tener todas las sensaciones que se te ocurra. Como siempre, tú tienes razón. La mirada que le dirigió Violeta tenía algo de secretas intenciones de venganza.

-Es tan plácido México -exclamó Lily. Violeta no quiso dejar pasar la observación.

-En realidad lo es -dijo-. Los mexicanos se toman mucho más reposo que nosotros. Entienden mejor la vida simple. Se rodean de una atmósfera sencilla. No están tan preocupados ni tan nerviosos como nosotros. Son gente admirable.

-¿Y qué me cuentas de las instalaciones de cañerías interiores? -preguntóle Lily, ya fastidiada con tanto conocimiento.

-Tu observación es burguesa. Claro que si eres esclava de esas cosas, no se entiende para qué has venido a México.

-Es que me siento muy deprimida, y cuando me siento deprimida me da por las cañerías. Lo mismo que a ti, abominable gigante mental.

Violeta no se preocupaba nunca por contestar mezquinos ataques personales.

En sus cuartos del hotel celebraron consejo de guerra.

-¿Cuánto dinero nos queda, papá? -preguntó Violeta, sentada en la cama, con las piernas cruzadas.

-Doscientos sesenta y tres pesos con ocho centavos -dijo Pete.

-Lo cual es en dólares... -insinuó Lily, para quien la moneda mexicana resultaba muy confusa.

-Cincuenta y tres con cuatro centavos -explicó Violeta.

-Suena mejor en pesos -dijo Lily.

-Eso tiene que durarnos un tiempo largo -manifestó Violeta, pensativa-. Por supuesto, no podemos quedarnos mucho en este hotel.

-Nos quedaremos sólo una noche -dijo Pete con decisión-. Ya me oíste decir a aquella anciana de museo que quería la casa libre mañana. Mirando a Pete, Violeta movió la cabeza, apesadumbrada.

-Papá, tú no entiendes a la gente. Lo que pasa es que la señorita Bevan está acostumbrada a tomar las cosas por el lado más tranquilo y hacer en todo su soberana conveniencia. Así es el ritmo mexicano de la vida, sin prisa y sin preocupaciones. A ella se le ha contagiado. Me parece que no conseguirás que intervenga con rapidez.

-Dijo mañana.

-Sí, pero tras de cada mañana viene otra. Por lo menos, así ocurre en México.

-Le haré pagar todas las noches que pasemos demás en este hotel-dijo Pete con firmeza.

-Apuesto cualquier cosa a que no paga -dijo Violeta.

-Le telegrafiaré a la señorita Fairland.

-No se te ocurra malgastar dinero -intervino Lily. -La denunciaré a la policía.

-Diez contra uno -dijo Violeta- a que la policía, si la hay, está de su parte. No tiene prisa... y eso es todo.

-Entonces, ¿por qué no sugieres tú algo? -inquirió Pete-. Tú nos has metido en este enredo.

-Pensé que llegaríamos a eso -expresó Violeta, con su acre superioridad de doce años.

-Es la pura verdad-insistió Pete, dando pasos en un sentido y otro-. Tú nos metiste en esta luna de miel. Tú nos hiciste venir a México. Tú conseguiste que la señorita Fairland nos prometiera la casa. Todo es obra tuya.

-¿Pedí que me hicieran nacer? -preguntó Violeta.

-Tal vez. Tu madre jamás te negó ningún capricho.

-Domínate, papá -expresó Violeta.

-Escucha, calabaza fría -gritó Pete-. Si dices una sola palabra más, te propinaré una paliza de las que hacen época

Violeta levantó los anteojos sobre la nariz y adoptó un aire muy digno y ofendido.

-Me gustaría que hicieras la prueba -le dijo-. Sería interesantísimo que trataras de resucitar esa vieja costumbre medioeval.

-¡Oh, Dios mío! -dijo Pete mesándose los cabellos.

-Y nada de blasfemias, por favor. Estoy creciendo demasiado para escuchar esas cosas.

Lily había salido al balcón.

-Ven aquí, querido Pete -exclamó de pronto, dirigiéndose a su marido. Sabes que es inútil discutir con Violeta.

-Y es peligroso -contestó Violeta, ceñuda.

Pete salió también al balcón. Lily estaba acodada en la baranda, contemplando el valle que se extendía en lontananza. Por encima estaba la coloreada bóveda celeste, que parecía muy próxima. Pete se acercó a Lily.

-Mira, vida mía -dijo ella-; ¿no es el cielo todo esto?

-Sí, es el cielo -dijo Pete-, pero nadie nos ha reservado un asiento allí.

-¿Quieren saber lo que pienso? -preguntó Violeta desde dentro.

-¡No! -exclamaron Pete y Lily al unísono.

-Pienso que nosotros mismos tendríamos que ir a ver a los Protter. Extirpar el mal de raíz, como yo siempre digo.

Eso fue precisamente lo que hicieron la mañana siguiente. Aunque Pete tomó de mal modo el consejo de Violeta, lo que decía Violeta era siempre lo más cuerdo y no cabía otro remedio.

La casa de la señorita Fairland era un sueño. Nadie hubiera pensado en desistir. Verla y ver a los Protter dentro fue lo mismo que acrecentar la sensación de infortunio de los Granden. Por una calle ascendente se llegaba al portón, que se abría en un alto muro. Seguía un hermoso y magnífico jardín lleno de flores, ricas de color, y había un bellísimo poinciana real, de abundante follaje, que elevaba cara al sol sus capullos anaranjados. Con sólo subir un tramo de escalera se llegaba a la casa, que era una mansión grande, llena de recovecos y

sólidamente enclavada en la ladera. Estaba construida en torno de un patio, uno de cuyos lados era abierto, y desde él se veía directamente, por encima del jardín, por encima del muro y por encima de los techos del pueblo, el anchuroso valle violáceo y las montañas oscuras del otro lado. Nada podía parecerles más hermoso a los infortunados Granden.

¡Y pensar que allí estaban firmemente arraigados Harvey Protter y su familia! Protter era un hombre pequeño, de cabello fino, de color de arena y cuello blanco. Tenía una voz alta, que era emitida en chillidos sorpresivos.

-¡Grita tanto que no pueden escucharlo más que los perros! -comentó Pete rato después.

-Esa circunstancia debe reducir mucho el círculo de sus amistades sociales -dijo Lily.

La señora Protter era delgada, relamida y nerviosa. Tenía ojos negros, de mirada penetrante, y cabello inmaculado; casi siempre asía con fuerza un aparato rociador.

Era una pareja extraña la que estaba escondida allí en Taxco. Pero parecían no tener la más mínima intención de salir. Se extrañaron cuando Pete les contó las cosas. Zoe Bevan no les había hablado aún.

-Como ustedes ven -dijo Pete por cuarta vez-, la señorita Fairland, dueña de la casa, no sabe que ustedes la ocupan. Nos la ha dado a nosotros.

-Pero Zoe Bevan es su agente. Zoe Bevan nos la alquiló-gritó el señor Protter.

-Esto es una irregularidad -exclamó indignada la señora Protter-. No vamos a permitir que unos desconocidos nos echen de aquí.

-Bueno, Rosa-gritó el señor Protter con tono gentil.

Pete, Lily y Violeta cambiaron miradas. Luego se marcharon.

-¡Pensar que nuestra casa está ocupada por gente así! -gruñó Lily, cuando cruzaban el jardín.

-¿Verdad que es una casita muy mona? -preguntó Pete.

-¿Y qué hay con eso? -inquirió Lily. Era la pregunta inevitable de los Granden.

Salieron del portón y se lanzaron a la calle estrecha y en pendiente, en la cual se les aproximó un mexicano corpulento y de poblado mostacho, que daba muestras de estar muy nervioso.

-Mil perdones, señor -dijo-, pero ¿es usted el señor Pete Granden, enviado por la señorita Fairland, no?

-Sí -dijo Pete.

El mexicano le dedicó una ancha sonrisa y se sacudió literalmente de placer, sacudiendo la cabeza.

-Chucho Alvarado, ése es mi nombre, señor. Me siento muy dichoso. ¡Muy dichoso de haberlos conocido!

A esto siguió un torrente de palabras en español, llenas de inconfundibles pasajes líricos.

-¿Qué dice? -preguntó Pete a Violeta.

-Dice que eres su mejor amigo.

-¿Así, de repente? Pregúntale por qué.

-¿Por qué? -preguntó Violeta en español a Chucho Alvarado.

El señor Alvarado contestó extensamente, y Violeta tradujo. Había sido amigo de la señorita Fairland cuando estuvo allí, y estaba enterado de que Pete era también amigo de ella. Además, también él era pintor.

-Sí, sí -continuó Chucho, meneando la cabeza hacia abajo y arriba-. Yo soy artista y usted también. ¡Ah, mi amigo!

Abrazó a Pete cariñosamente. Y sólo aquello bastó para que el día pareciese caluroso.

-Bueno, bueno; esto es maravilloso -comentó Pete, desasiéndose del hombre-. Me encanta conocer a un amigo de la señorita Fairland. Aquí le presento a mi esposa... y a mi hija.

Librodot

-Tengo un inmenso placer -dijo Chucho Alvarado a cada una alternativamente-. ¡Y la pequeña habla el español tan admirablemente! Hágame el favor de preguntar a su padre si me podría prestar un poco de azul índigo. Violeta lo explicó, traduciendo.

-Entre pintores-dijo Pete, enarcando las cejas-, no hay razón para que no debamos prestarnos esos pequeños favores. Dile que apenas haya deshecho mi equipaje.

Esto dio motivo a otro abrazo.

-Pero agrégale que ahora estoy muy ocupado-prosiguió Pete-. Tengo que ir a ver a Zoe Bevan.

-¡Ah, yo también voy a casa de Chico! -explicó Chucho-. Iremos juntos, ¿no?

Juntos fueron, descendiendo la colina hasta que las piernas les temblaron.

-A mí siempre me falta azul índigo-explicó el señor Chucho Alvarado porque se lo come uno de mis perritos. El azul lo vuelve loco. Los demás colores, no. Sólo el azul índigo. Es mi perro favorito. Yo soy muy afecto a los perros. Tengo siete. Y cinco hijos. También a los hijos soy muy afecto. Pero somos muchos: cinco hijos, siete perros, mi mujer y el padre de mi mujer, y la casa es demasiado pequeña.

-Mi padre tiene seis hijos -dijo Violeta.

El señor Alvarado se detuvo y abrazó a Pete nuevamente.

-¡Mi amigo, mi amigo! Somos buenos pintores y buenos maridos, ¿no?

-No -dijo Pete.

Chucho dejó escapar unas carcajadas de gozo y continuaron el camino. Cuando llegaron a la casa de Chico, Pete preguntó por Zoe Benton.

-Debe llegar de un momento a otro -dijo Chico.

-El señor Pete Granden es una excelente persona -informó Chucho Alvarado, que se mostró muy expansivo con Chico-. Es un gran amigo. La señorita Fairland es amiga común. Todos somos grandes amigos. Va a prestarme un poco de azul índigo.

Los cuatro se sentaron a una mesa y en cosa de cinco minutos llegó Zoe Bevan, llevando en las manos un block de papel de dibujo.

-¡Oh, encantos! ¡Qué alegría verlos! -exclamó, muy entusiasmada como si hubiera estado buscándolos muchas horas.

Los Granden distaban de compartir su alegría.

-Hemos ido a ver nuestra casa -dijo Pete con decisión.

-¿Verdad que es divina? -interrogó suspirando Zoe Bevan, al tiempo que se hundía en un sillón traído por Chucho.

-¿Porqué no les dijo a los Protter que tenían que mudarse?-le preguntó Lily.

-Pienso hacerlo, queridos míos -expresó Zoe Bevan, riendo-. Pero tienen que darme tiempo.

-Nosotros les dijimos -explicóle Pete-; pero tropiezan con algunas dificultades, por no decir otra cosa.

-¡Oh, encantos míos! Esas cosas tienen que ser tratadas con delicadeza, gradualmente. Debo ser yo quien lo haga. Son asuntos que llevan tiempo.

-Yo le avisé que tenían que salir esta noche -insistió Pete, cuyo enojo iba en aumento otra vez.

-¿Pero no lo dijo en serio, verdad? -preguntó Zoe Bevan, sonriendo incrédula.

Claro que era en serio -intervino el grueso Chucho, decidiéndose de pronto a terciar en la lucha-. El señor Pete Granden habla en serio siempre. Es un gran amigo de la señorita Fairland y mío.

-Por favor, Chucho -le dijo Zoe Bevan-. No se meta en esto.

-Sí, yo no estoy para bromas -aclaró Pete-. ¿Qué clase de mujer comerciante es usted? Y ahora le diré otra cosa, en serio también. Si esta noche no han empezado a liar sus bártulos los Protter y mañana a mediodía no están ya mudándose, iré a la policía.

Zoe Bevan suspiró.

-Bueno, yo no sabía eso -dijo con un tono muy vago.

-La casa es nuestra. Y la queremos mañana. Pero no el mañana que se cambia de un día para otro.

-Mire -le dijo Zoe Bevan, sosteniendo en alto su block de apuntes-, éste es un dibujito de las torres que acabo de hacer. ¿No está bien? Violeta, Pete y Lily dieron las primeras muestras de agotamiento.

-Sigámosle la corriente-aconsejó Violeta-. Aquí, por lo visto, alguien está loco.

Chucho Alvarado miraba el dibujo de la señorita Bevan sin saber qué pensar.

-No es tan bueno como el que hizo Madelon de las mismas torres de la catedral -opinó finalmente.

-¡Querido mío! El de Madelon no puede compararse con éste-protestó, no sin modestia, la artista-. Se lo enseñaré a Juan Lostos, aprovechando que está aquí.

A estas palabras siguió una torrencial conversación en castellano, cuyas palabras parecían sobreponerse unas a otras. Ni siquiera advirtieron que los Granden habían salido.

-Ese Juan Costos que mencionó la señorita Bevan es un comerciante en cuadros -dijo Violeta en el momento en que cruzaban la plaza.

-¿Cómo lo sabes? -le preguntó Lily.

-Porque escucho todo lo que puedo. Es un comerciante de mucha importancia que ha venido de México para estar aquí unos días.

-¿De veras? -preguntó Pete.

-Sí. Y yo, en tu lugar, papá, le enseñaría algunos de tus trabajos. Siempre cabe una leve esperanza. Después de todo, nuestros cincuenta y tres dólares ya se han convertido en cuarenta y cinco. Hay que hacer algo.

-Yo no tengo más que dos paisajes de Vermont-dijo Pete, lanzando un suspiro-. Y no se me ocurre que puedan interesar mucho a los temperamentos mexicanos.

-Esa clase de panoramas puede ser lo que estos tamales necesitan -expresó Violeta-. Enséñaselos.

-¿Y el nuevo? -preguntó Lily-. Ese interior de Nueva Inglaterra.

-No está concluido -manifestó Pete.

Como las cosas estaban llegando a un punto en que lo primero que se piensa es sacar aceite de cualquier ladrillo, Pete, después de un poco de trabajo persuasivo, tomó sus paisajes, se los metió bajo el brazo y se fue en basca de Juan Costos, el comerciante en objetos de arte.

No tardó mucho en volver.

-No -dijo al entrar-. Su contestación definitiva es que no. No compra. E! señor Lostos sólo compra los cuadros que le procuran una sensación extraña al mirarlos. Y los míos no han sacado sensaciones de esa clase. Por lo tanto, no los quiere. ¡Que se vaya al infierno! ¡Y nosotros lo seguiremos poco después!

Violeta suspiró.

-Estoy pensando que también los pintores pasan hambre en este mundo.

Al día siguiente. Violeta y Pete (Lily estaba ya harta de todo) cruzaron la plaza a mediodía, y apenas Zoe Bevan los vio desde el balcón de Chico, los saludó alegremente con movimientos de manos. Daba gritos entusiastas y una gran sonrisa le abarcaba la cara de lado a lado. No había duda de que tendría buenas noticias; por lo menos, así lo pensó Pete. Se habría decidido a obrar.

-¿Saben una cosa, encantos míos?-dijo, con muestras de gran regocijo cuando se reunieron con ella en el balcón-. ¿No les advertí que algo pensaría si me daban tiempo?

-Bueno, ¿cuál es la respuesta? -interrogó Pete, que ya sentía un principio de alivio.

-He pensado en todo detenidamente -dijo Zoe-. Y ya he descubierto por qué no se mudan los Protter.

-¿Qué... qué es lo que está diciendo? -inquirió Pete, hablando a través de los dientes muy cerrados.

-No es posible exigirles que se vayan, por causa de Anita.

-¿Quién es Anita?

-La cocinera mexicana. Hace casi un año que la tienen, y cuando un empleado trabaja más de tres meses, es imposible despedirlo. Así es la ley en México. Por supuesto, siendo así que no pueden desprenderse de Anita, haríamos mal en pedirles que se vayan, ¿no les parece?

Zoe les sonreía con grandes muestras de amistad.

Pete estaba enfurecido, realmente enfurecido. Se irguió de pronto, y dejó caer la silla.

-A mi juicio, no puede haber nada más lógico en el mundo, ¿no lo creen así?

-¿Dónde está la comisaría de policía, el alcalde, o alguien que tenga autoridad? -preguntó Pete a Chico.

Chico señaló un edificio del otro lado de la plaza. Era el ayuntamiento.

-Vamos -dijo Pete a Violeta.

-¡Policías! -exclamó Violeta, frotándose las manos-. Esto se está poniendo bueno.

Había un cuarto que tenía aspecto muy oficinesco, con su escritorio, mapa y ventilador eléctrico, pero no se veía a nadie sentado en el escritorio. A la puerta misma, dos hombres jugaban al dominó, golpeando con mucha fuerza en la mesa de madera.

Violeta les habló en castellano, y uno de ellos resultó ser el oficial. Contestó que dentro de un momento los atendería. Terminó el partido y se dirigió a su escritorio. Violeta le explicó todo el asunto en castellano, agregando no pocos detalles salidos exclusivamente de su propia fantasía. El oficial la escuchó con atención, asintiendo con la cabeza a cada instante y formulándole a su vez varias preguntas. Quiso ver la carta de la señorita Fairland y se quedó mirándola un rato largo. Por último, le dijo que la situación era grave y que al día siguiente les podría informar si había algo que hacer.

-Mañana -les dijo.

Tres días más tarde, después de haber conocido las argumentaciones de los Protter, las autoridades llegaron a una conclusión que debía satisfacer a los dos bandos por igual. Los Granden y los Protter compartirían la casa.

Los Protter se trasladarían en el acto al ala que daba al este, y los Granden podrían instalarse en los cuatro cuartos del lado oeste. El baño y la cocina, situados en el centro, serían compartidos. El oficial, que se había puesto el uniforme completo para pronunciar su aplomada sentencia, se sintió inmensamente regocijado al darla a conocer. Ninguno de los demás estaba contento. Los Protter contemplaban a los Granden, y viceversa. Los Protter, subiendo la colina, se volvieron a casa de la señorita Fairland. Y Pete, Lily y Violeta regresaron a su hotel, para celebrar consejo.

-¡Eso es completamente imposible! -dijo Lily-. No puedo vivir bajo el mismo techo que esa gente.

-Por otra parte -insinuó Pete-, al hacer eso admitimos haber estado equivocados en parte, y nunca podremos disponer de toda la casa.

-¿Ven como sin mí no salen del apuro? -dijo Violeta, de pie en el escritorio y pasándose un poco de perfume de Lily por las trenzas.

-¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? -inquirió Pete.

-Este asunto ha sido mal encarado desde el principio.

-Ah... ¿De veras?

-Sí. Y yo los sacaré del enredo. No hará falta que me vean y me oigan al mismo tiempo de aquí en adelante. De todos modos, el asunto en sí es estúpido. Ustedes siguen colgados de la palmera y queda trabado mi desenvolvimiento.

-Bueno, bueno -dijo Pete, fastidiado a más no poder-. Haz lo que quieras. Yo no veo manera de vivir con esa gente.

-Eso no hace falta. Yo tengo una idea que lo resolverá todo.

-¿Qué idea?

-Me gusta más trabajar sola -anunció Violeta con altanería-. Les adelantaré algo. ¿No advirtieron que, al informarnos de su decisión, el oficial dijo: "La mitad de la casa debe quedar disponible para los amigos de la señorita Fairland"?

-Sí. Quiso decir nosotros.

-No es forzoso que seamos nosotros. Me sabe mal decirlo, pero se ve claramente que yo no heredé mi talento de ti.

-¡Oh, déjate de pamplinas! -exclamó Pete, echándose cansado en una de las camas-. Para cambiar un poco, puedes buscar otra persona a quien darle la lata. Ya estoy harto y cansado de todo. Y lo cierto es que estamos bien fastidiados.

Violeta se fue; pero no sin antes haber abierto la caja de pintura de Pete y extraído de ella un hermoso y reluciente tubo de azul índigo.

Fue terrible la ascensión a la casa de Chucho Alvarado. Violeta se preguntaba cómo era posible que Chucho la hiciese todos los días y estuviera tan gordo. Cuando llegó por último a lo alto de la colina, se sentó en la acera para recobrar el resuello. Un mexicanito se le acercó y preguntó:

-¿Quiere que le enseñe el pueblo, señorita?

-¿Qué es eso? ¿Una manera nueva de trabar amistad? -preguntó Violeta, mirándolo desaprensivamente y secándose el cuello con una de sus trenzas.

-¿Qué dice?

-Que aclares el aire -gritó Violeta-. ¿Cuál es la casa de Chucho Alvarado?

El chico la señaló, y Violeta se acercó a ella. Atravesó un patiecito de tierra, y se abrió camino entre unos cuantos pollos y un cerdo. Todo estaba sucio, pero el brillante color de las parras y otras plantas y la hermosa tonalidad azul del cielo le impartían un aspecto agradable. De pronto aparecieron siete perros negros, muy pelados, que se le tiraron encima a grandes saltos y estuvieron por derribarla. Violeta llamó a un hombre muy anciano que se hallaba sentado en el umbral y que no hizo otra cosa que seguirla mirando boquiabierto. De la casa salieron corriendo tres chicos descalzos y la miraron también. Los perros seguían esforzándose por tirarla. La niña empezó a sospechar que su aire de dignidad había sufrido algo.

-¡Chucho Alvarado! -llamó a voces.

Con mucho contoneo salió Chucho de la casa. Al verla se le acercó y espantó a los perros. Le dirigió una sonrisa enorme.

-¡Oh, la hermosa señorita! -dijo con toda su hispana elocuencia-. ¡Bienvenida la hija de mi gran amigo, el señor Granden!

-Mire -expresó Violeta-; le he traído azul índigo.

La alegría del señor Alvarado fue infinita. Varios minutos dedicó a elogiar la generosidad de los norteamericanos.

Violeta adoptó su aire más modesto, que no lo era del todo.

Luego Chucho Alvarado presentó a sus cinco hijos. Alfredo. Pepe, Carmen; Chuchito y Angel. Y presentó a la esposa y al padre de la esposa, que era el hombre que estaba sentado.

Hecho esto llevó a Violeta al interior y le enseñó algunos de sus cuadros, que eran endiabladamente modernos y desconcertantes, y dieron motivo a que la esposa de Chucho sonriera con timidez y dijese, moviendo la cabeza:

-¡Loco!

Esto no preocupó mayormente a Chucho.

-Yo soy un genio -le explicó a Violeta-, y lo bueno es que lo sé. Por eso me tiene sin cuidado lo que digan los demás.

-Sí, de ese modo se gana mucho tiempo -dijo Violeta, a quien lo que interesaba era ir al grano lo más pronto posible-. Pero mire, señor Chucho, usted me dijo el otro día que estaban muy apretados aquí. Debe de ser muy difícil trabajar en estas condiciones.

-¡Ah, sí! -dijo Chucho Alvarado, con un enérgico movimiento afirmativo de cabeza-. Ya lo ve. Tres cuartos. Demasiada familia y poca casa.

-Bueno, mi padre ha estado pensando si no podría hacerle a usted un favorcito.

-¡Ah! El señor Granden es mi mejor amigo, un amigo para toda la vida. La señorita Fairland es amiga de los dos. ¿Hacerme un favor? Claro que puede. Pero yo también tengo que hacerle un favor a él.

-Sucede que estamos por ocupar una parte de la casa de la señorita Fairland, pero no queremos mudarnos en seguida. Y mi padre ha pensado que podría mudarse allí y quedarse unos días. En aquella casa tendrá buen sitio para trabajar, y nadie lo incomodará.

Chucho Alvarado sonrió y se estremeció de gozo. Aquello era demasiada amabilidad. No podía aceptar. Pero Violeta siguió insistiendo. -Bien; ya que todos somos amigos de la señorita Fairland, lo haré. Para mí será una satisfacción inmensa. Me instalaré allí en esa parte de la casa yo solito. Yo y mis pinturas. Y mis perros.

Violeta creyó ver en su imaginación el rostro horrorizado de la señora Protter.

-¡Ah, sí! Los perros que no se le olviden.

-Puede ser que lleve también a la mayor, Carmen, para que me haga la comida y toque la guitarra.

-Usted entiende bien que es sólo por unos días -dijo Violeta con toda claridad.

-¡Es una amabilidad que no tiene precio! -exclamó Chucho, emocionado-. Tengo los ojos bañados en lágrimas.

-No preste atención alguna a lo que digan los Protter. Ellos no tienen nada que ver con nuestra mitad de la casa.

Descendió la colina con gran velocidad, y más de una vez estuvo apunto de caerse de bruces. Estaba convencida de que su plan no podía fallar.

-¡A ver si adivinan! -exclamó al llegar de vuelta al hotel y encontrar a Lily y Pete en el balcón.

-¿Qué? -preguntó Pete, receloso.

-No puedo decirlo a gritos, tontuelo -dijo la niña, desapareciendo en dirección al interior.

Un momento más tarde estaba en el balcón con ellos.

-¿A ver si adivinan quién se muda mañana, cuando esté libre la mitad que nos corresponde en casa de la señorita Fairland?

-Nosotros no seremos -dijo Lily con firmeza-. Yo no pienso moverme hasta que los Protter no hayan salido.

-No, no somos nosotros-anunció Violeta-. El señor Chucho Alvarado. Explicó lo hecho.

-¿Comprenden lo que va a suceder? La señora Protter no querrá vivir ni un solo minuto bajo un mismo techo con Alvarado y los siete perros. Tiene un terror pánico a los gérmenes. Con eso nos libraremos definitivamente de los Protter. Luego anunciamos la mudanza. Chucho Alvarado se vuelve a su casa y quedamos dueños absolutos de la situación. Es todo un plan estratégico, ¿verdad?

-¡Dios mío! Yo creo que has descubierto algo -exclamó Pete, que por primera vez abrigaba esperanzas en todos esos días.

-Violeta querida -díjole Lily sonriendo-, tengo que reconocer que eres un portento.

-Tengo una imaginación fértil, ¿verdad? -admitió Violeta.

Al día siguiente fue un infierno la casa de adorable adobe de la señorita Fairland. Los Protter se mudaron de mala gana a la mitad que les correspondía, y dejaron vacía la otra mitad. Ardientemente pidieron en sus oraciones que los Granden no se mudaran; y si lo

hacían, ya tenían preparado el terreno para que las cosas les resultaran todo lo desagradables que es posible imaginar.

Quedaron atónitos y horrorizados cuando vieron que la parte vacía era ocupada por un mexicano gordo, manido de caballete, lonas y pinturas, siete perros definitivamente faltos de atractivos y una muchacha que no hacía otra cosa que mirar. La señora Protter fue víctima de un ataque de histerismo muy del ochocientos noventa, en cuyo transcurso invocó a Dios, al embajador, al Presidente y a los marinos. Ninguno acudió.

El señor Protter, que no las tenía todas consigo, se irguió cuan alto era en el patio y le dijo a Chucho Alvarado que saliera de allí en el acto; pero su voz estridente y aflautada no fue para los oídos de Chucho ni siquiera lo mismo que un débil zumbido de insecto. El señor Protter sacó a relucir sus derechos y amenazó con dar parte a la policía. Chucho le sonrió, porque de pronto se encontró con que no entendía una sola palabra de inglés. A menudo esto era útil.

Los Protter fueron a la policía. El mismo oficial que ya hemos conocido escuchó a los Protter con un solo oído. Todo aquel asunto lo tenía ya más que aburrido. Era un tema carente de interés y a su respecto ya había dicho la última palabra.

Los Protter acudieron luego a Zoe Bevan, quien volvió al ayuntamiento e hizo sonar sus cuentas de madera en las narices del oficial. Pero no había nada que hacer. El hombre siguió sacudiendo los dominós contra la mesa.

Temblando a raíz de aquella sensación de fracaso, los Protter hicieron los bártulos y el mismísimo día siguiente huyeron, fuertemente custodiados por la empresa Wells-Fargo, en dirección a la ciudad de México.

Con aire triunfal ascendieron la colina Violeta, Pete y Lily, deseosos de ver el terreno conquistado. En medio del patiecito experimentaron una saludable sensación de alivio. Por fin tenían la casa. Como parte de la herencia, disponían de Anita, la cocinera mexicana. Todo salía a pedir de boca. Los días de indignación y desaliento estaban ya olvidados. Y no menos olvidados, los pesos del gasto inútil hecho en el hotel. Contemplando aquel esplendoroso espectáculo, todo lo demás quedó relegado al olvido. Pete echó un brazo en torno del cuello de Lily, quien apoyó su cabeza en el hombro del marido. Violeta se limpiaba los anteojos para contemplar mejor su obra.

-Muy bello -dijo en castellano-. Hermosísimo.

-¡Ah, sí! -manifestó Lily, haciendo uso de todo el español aprendido esos días-, muy bello, muy bello.

Deseoso de participar en la conversación, Pete no tuvo más remedio que decir "Burro", lo dijo como en éxtasis. La palabra tenía un sonido agradable, aunque careciese de sentido.

En aquel lugar, los tres se percataron a un tiempo de que la parte realmente plácida de su atormentada y aventurera luna de miel era la que entonces empezaba. Llegaron a sentir una gratitud inmensa por Chucho Alvarado. Le sonrieron dichosos y lo acogieron con mucha cortesía. Sabiendo o sin saber, les había prestado un señaladísimo servicio. Por supuesto, vivir allí con los siete perros en el patio y el jardín y con la pequeña Carmen que no saldría de la cocina, tenía su parte desagradable; pero lo aguantarían durante un día o dos, hasta que Chucho se fuera a su casa.

-No le digamos a Chucho que se vaya -sugirió Violeta-. El entiende perfectamente que tiene que irse en cuanto entremos nosotros; y si le decimos algo, podríamos ofenderlo. Es gente muy sensible.

-No diremos una palabra -asintió Lily-. Por nada del mundo quisiera ofenderlo. ¡Es tan buenito el hombre!

Y de este modo durante aquel primer día, mientras Lily y Pete deshacían los bultos y trataban de instalarse, Chucho siguió quedándose alegremente en una parte de la casa, cantando con toda la voz de sus pulmones y pintando. Y los perros removiendo la tierra del

jardín un poquito y corrían saltando por las puertas y ventanas. Carmen hacía sonar potes y teteras en la cocina y reñía con Anita. Pero Pete y Lily no hicieron otra cosa que sonreír y experimentar la sensación de que aquello era pintoresco, ya que al día siguiente los Alvarado no estarían más allí.

Violeta estaba especialmente tranquila. Se hallaba sentada en un rincón del patio, examinando un insecto exótico. Pero sólo una mitad de su mente se concentraba en aquella tarea. Dentro de su ser experimentaba de nuevo la misma curiosa sensación de otras veces. Una sensación decididamente peculiar. Y temía que fuera un presentimiento. Sólo que esta vez estaba resuelta a no decirlo.

Como de costumbre, su presentimiento estaba bien fundado. Ocurrió a la tarde siguiente. Pete y Lila habían ido de compras al mercado, y Violeta estaba tratando de describir a la descalza Carmen el edificio del Empire State. Carmen la escuchaba sentada en el suelo al estilo indio. Si Carmencita entendía, la cara no lo demostraba.

-¿Me entiendes? -preguntó Violeta.

Carmencita asintió con la cabeza, pero su expresión seguía igual.

-Eres más difícil de impresionar que yo -dijo Violeta.

Luego se alejó, porque acababa de advertir que alguien cruzaba el jardín y penetraba en el ala occidental de la casa. Era una pequeña caravana, compuesta por la esposa de Chucho Alvarado, el padre de la esposa y los otros cuatro hijos. Todos iban cargados y desfilaban como si para ellos fuese la cosa más natural del mundo. Carmencita permaneció indiferente: era claro que también a ella le parecía natural.

No fue lo mismo para Violeta. Siquiera una vez, quedó sin habla. Abrió la boca, y los anteojos se le cayeron resbalando hasta la punta de la nariz.

-¡Cáspita! -dijo.

Pudo advertir que se saludaban dentro de la casa y luego discutieron sobre el sitio en que poner las cosas. Todos volvieron a salir, le dirigieron a Violeta una sonrisa recatada y se dedicaron a descargar un pequeño carro destartalado, en el que al parecer habían transportado todos sus bienes terrenales. El padre de la mujer de Chucho se sentó en el umbral, y cualquiera hubiese dicho que estaba en su casa.

A Violeta se le resecaba la garganta. Entró rápidamente, decidida a interpelar a Chucho.

-No entiendo qué ocurre -le dijo.

-Que toda mi familia se muda aquí -le aclaró Chucho, sonriendo muy afable.

-Yo tenía entendido que usted quería trabajar a solas.

-Sí, pero creo que puedo trabajar también teniendo conmigo a toda mi familia. De todas maneras, ya estoy acostumbrado.

-Sin embargo... supongo que mi padre no esperaba que viniesen todos -dijo Violeta, sintiéndose súbitamente desesperada.

-Va a recibir una sorpresa, ¿verdad? -dijo Chucho, acompañando las palabras con una sonrisa cordial.

Violeta transpiraba. Sabía que tenía que pisar con cuidado.

-No pensó que... que usted... querría hacernos el honor de acompañarnos más tiempo, y en vista de eso ya teníamos decidido utilizar nosotros toda la casa.

-Es que yo no tengo inconveniente en quedarme -explicó Chucho,

cuyos deseos de complacer eran evidentes-. Si mi simpático amigo americano quiere que me quede, me quedo.

-Bueno, usted ve que... -empezó a decir Violeta, retorciéndose una trenza.

-Escuche, mi inteligente y pequeña amiga -dijo Chucho-, usted me hace un gran favor, yo estoy dispuesto a hacer a ustedes un favor grande. Pensé, si me perdona el decirlo, que tal vez el señor Pete Granden no tenga muchos pesos, y por eso se me ocurrió que si vivimos juntos, ya que los dos somos pintores, podemos vivir más barato.

Violeta no encontraba palabras.

Chucho hizo un hermoso y beatífico gesto, como diciendo que con lo dicho terminaba la cuestión.

-¿Qué le parece lo que he hecho a este cuadro? -preguntó.

Violeta se acercó más, para ver el caballete de Chucho. Si alguna vez se sorprendió en su vida, era ésa; en el caballete, estaba la tela que no había concluido Pete, sólo que ahora resultaba muy difícil de reconocerla. Antes había sido una mujer de Nueva Inglaterra, del norte de los Estados Unidos, sentada en la cocina de una casa de campo. La mujer y la cocina seguían allí; pero estaban rodeadas completamente de escenas distorsionadas y febriles de paisajes mexicanos, donde predominaba el azul índigo. Los paisajes salían por el ángulo superior derecho de la tela y seguían por el suelo, en el fondo, y por debajo de la vieja estufa realista seguían viéndose, como una pesadilla moderna, aquellas escenas daliescas.

El cuadro estaba convertido en una cosa tan desconcertante que no había forma de contemplarlo. Violeta tragó saliva varias veces. Los ojos se le salían de las órbitas. Por su imaginación pasó un anticipo espantoso de la cólera que habría de acometer a Pete en cuanto descubriese aquel vandalismo.

Chucho sonreía, y la boca le abarcaba de oreja a oreja.

-Yo también hago un favor al señor Pete Granden. Le arreglo el cuadro, para que no parezca tan antiguo.

-¡Demonio! -exclamó Violeta, y siguió con otro-: ¡Demonio!

-¿Verdad que le gustará? -preguntó Chucho.

-Yo le aseguro que le causará mucho efecto.

-Y, sin embargo, para mí es lo mismo que nada. Me ha encantado hacerlo. Somos excelentes amigos.

-Oiga -le dijo Violeta-; déjeme a mí el cuadro ahora y no le demos la sorpresa a mi padre todavía. Me parece... me parece que no debe verlo aún. Sin decir más. Violeta se llevó el cuadro a toda prisa al dormitorio de Pete.

Volvieron Pete y Lily, cargados de provisiones. Primero vieron a los chicos sentados en semicírculo y mirando con gran atención. Luego vieron al suegro de Chucho sentado con mucha tranquilidad en el umbral, como si en su vida no hubiese hecho otra cosa. Después vieron a la mujer de Chucho trabajando en la cocina. Luego a Violeta, que se esforzaba por aparentar una valentía que en una chica de doce años resultaba un poco descocada.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó Pete, dominándose con gran trabajo.

-Parece que ha habido una pequeña confusión -dijo Violeta.

-Violeta, si has hecho algo malo... -empezó Pete.

-Bueno, yo no sé cómo puede haber ocurrido, pero Chucho cree que queremos vivir en una especie de comunidad grande. Tiene la impresión de que lo hace por el bien nuestro, para que podamos economizar dinero. Así dice él.

Se notaba en el acto que Lily quería llorar.

Pete tardó un poco en contener sus arrebatos. Luego entró a ver a Chucho.

-¡Ah, mi simpático amigo! -exclamó el mexicano.

-Mi amigo -dijo Pete con toda serenidad-, me ha impresionado profundamente su ofrecimiento de ayudarnos en la cuestión de la casa, pero no puedo permitir que se sacrifique por nosotros.

-¡Mi encantador amigo! ¡Esto no es nada! -dijo Chucho, disponiéndose a abrazar a Pete.

Pete lo esquivó y prosiguió su perorata:

-Yo tengo que insistirle, señor Alvarado, porque usted y su familia deben volver a su casa. No puedo permitir otra cosa.

-Aquí viviremos todos muy dichosos. Ya lo verá. Nos encanta hacer esto.

-No, no -dijo Pete, que todavía lograba ser cortés-. Yo no lo permito. De pronto Chucho quedó inmóvil y se desvaneció su sonrisa.

-Es posible que usted no nos quiera aquí -dijo, haciendo pucheros y adoptando el aire de un enorme toro herido. La mirada triste de sus ojos castaños estaba clavada en Pete.

-No, no es eso. Claro que deseamos tenerlos con nosotros, pero...

-¡Entonces está perfectamente bien! -exclamó Chucho, que era todo alegría nuevamente-. Somos buenos amigos. Los artistas deben vivir juntos.

-Es que-siguió Pete, después de revolverse el magín desesperadamente yo no quiero echarlos, pero la semana que viene... más bien dicho, dentro de unos pocos días vienen unos amigos a visitarnos. Sí, unos amigos norteamericanos.

Chucho quedó muy pensativo. Al llegar este momento todos los chicos y la esposa se habían reunido alrededor de ellos y escuchaban solemnemente, sin expresión visible, salvo la de los dedos de sus pies descalzos, que de tanto en tanto se movían en el suelo.

-Bien -dijo Chucho con cierta aflicción-, cuando los amigos norteamericanos lleguen, nos iremos por un tiempo. Iremos a cualquier otro sitio. Ya encontraremos lugar.

-Pueden volverse a su casa, naturalmente -dijo Pete.

Chucho movió el índice de una mano, haciendo lo que entre los mexicanos es la señal de la palabra "no". Algunos de los chicos movieron los dedos también. Todos adoptaron un aspecto trágico.

-He vendido mi casa -dijo Chucho-. No podemos volver allí. Se la vendí a la señorita Zoe Bevan, que desde mucho tiempo atrás quería comprarla, con el fin de alquilársela a los norteamericanos.

Estaba quemada la última nave. Pete comprendió en el acto que no se quitaría a los Alvarado durante un largo tiempo. Salió a la calle precipitadamente, en busca de aire fresco. Lily se encerró en un cuarto y se desplomó en el suelo. Violeta procuró aparentar indiferencia.

-Yo voy a ver a la señorita Bevan-dijo Pete, sofocado de indignación. Tendrá que devolverles la casa a los Alvarado. Y en cuanto a ti -dijo a Violeta, regalándole una mirada taladrante-, ya te arreglaré las cuentas luego.

-Lo menos que estás pensando es que la culpa es mía.

-¡Por supuesto!

Violeta sintió pena de sí misma.

-Lo que yo veo es que he vivido demasiado -dijo suspirando-. Mi facultad de ser útil parecer haber cesado.

-También es cierto -convino Pete, cada vez más furioso. Y en el acto emprendió la marcha hacia la casa de Chico.

Sentada junto a una mesa, en compañía de compinches suyos, estaba la señorita Bevan.

-¡Mi encanto! -exclamó alborozada, al ver a Pete, que se le aproximaba a toda prisa-. Estoy dispuesta a perdonárselo todo. Absolutamente todo.

-Señorita Bevan -dijo Pete con firmeza-, usted debe hacer que los Alvarado recuperen su casa en el acto. Le devolverán el dinero. Pero es forzoso que recuperen la casa en seguida.

-Mi estimado amigo, eso es de todo punto imposible. Yo necesito más casas para alquilar. Cada vez vienen más norteamericanos.

Pete se fue más rabioso que antes y ascendió con esfuerzo la calle de piedras. Estaba muy cansado, realmente muy cansado. Ya no tenía esperanza alguna.

Cuando puso un pie en su casa, los siete perros se le echaron encima, con tal ímpetu como si fueran a despedazarlo. Dieron un brinco y lo empujaron fuertemente. Cuando pudo abrirse paso entre los canes, vio a los Alvarado agrupados en la puerta del ala occidental, y a la pequeña Carmen tocando la guitarra. La señora Alvarado le sonrió dulce y recatadamente.

Al penetrar en su propia parte de la casa, Pete advirtió en el acto que pasaba algo raro. Violeta y Lily estaban de pie junto a su caballete y con ellos un inmaculado hombrecito de

bastón. Era Juan Lostos, el comerciante mexicano que se ocupaba de objetos de arte. Movía las manos en dirección a la tela inconclusa de Pete. Pete notó en seguida que los ademanes eran de felicitación. Contempló el grupo anonadado.

-¡Ah, señor Granden! -dijo Lostos, levantando la miradas. Esto es magnífico. Esto me da una sensación... muy extraña.

Los ojos le brillaban de entusiasmo y se sacudía de placer.

Violeta y Lily no estaban menos atontadas que Pete. Miraban la tela con un horror que nada hubiera podido ocultar.

Pete se acercó, para poder ver él también lo que debió haber sido una escena interior de Nueva Inglaterra sin concluir.

-Ojo, papá-le advirtió Violeta.

-¿Qué ha pasado aquí? -rugió Pete-. Mataré a alguien. .

Violeta aplicó a Pete un fuerte puntapié, como indicación de que no hiciera más demostraciones fuera de lugar.

-Esto es realmente nuevo -decía Juan Lostos muy emocionado-. Completamente original. Puede ser que marque la iniciación de una nueva escuela. ¿Quién es capaz de predecirlo? Lo colgaré solito en un gran salón. Causará sensación. Como esto no he visto nada en mi vida. Esa mujer, sentada en la cocina norteamericana, está pensando en México. ¿Es eso, verdad? Sí, ya lo tengo. ¡Lo tengo! Este cuadro se titulará "La buena vecindad". El título es perfecto. La sensación será completa... Lo felicito, señor Granden. Vine con intenciones de decirle que hiciera trabajos más modernos, pero me encuentro con que ha hecho una cosa mucho más moderna de lo que yo he visto jamás.

Pete se debatía en medio de la más espantosa confusión.

-Sé que es bueno, porque me da esa sensación extraña, muy extraña, de que antes le hablé -insistió Juan Lostos.

Pete miró horrorizado la obra de locos que exhibía su tela.

-A mí también me da esa misma sensación -dijo finalmente. Por lo menos, notaba que algo le daba vueltas en el estómago.

El señor Lostos extendió un cheque a la orden de Pete y, envolviendo con amoroso cuidado la horrible tela, se la llevó.

Pete se desplomó en una silla, definitivamente atontado. Exactamente lo mismo le había pasado a Lily.

Violeta jugaba con el cheque.

-Bueno, papá -dijo por último-, otra vez ha sido obra mía... Te he vuelto a sacar las castañas del fuego, y con ellas te he fabricado un bolso de plata. Perdona que la metáfora me haya salido un poco retorcida.

-¡Hay que ver la desfachatez de la niña! -exclamó Pete.

-Si no hubiese hecho venir aquí a los Alvarado, Chucho no habría toqueteado tu cuadro, Lostos no lo habría comprado y tú no tendrías este suculento cheque. Creo que en realidad deberías pedirme perdón. Me dijiste cosas que ningún padre debe decir a un hijo, sea como sea ese hijo.

-¿Qué comedia estás representando ahora?

-Esto va en serio. Estoy ofendidísima, papá. No sería difícil que mi vida esté ya estropeada, que en adelante sea víctima de un complejo de inferioridad.

-¡Lástima grande que no sea verdad! -exclamó Pete.

-¡Dos mil pesos! -repetía Lily, pellizcándose, y pellizcando a Pete y cuanto se le ponía por delante.

-Llegué a sentirme tan dolorida -continuó Violeta- que durante un tiempo pensé varios modos de dar fin a todo esto. Había decidido tirarme de las torres de la catedral.

-¿Y quién te contuvo? -preguntóle Pete, bromeando.

-Estoy hablándote en serio, papá. Quiero que me pidas perdón. ¿No te intereso nada, nada? ¿No te atormenta el saber hasta dónde puede llegar la desesperación de una hija?

-Tú no eres una hija, eres un caso clínico-dijo Pete-. Sin embargo, para que te calles, te pido perdón. Eres un tesoro y un encanto y una preciosidad y no sabría vivir sin ti.

-No hace falta que te pongas tan cursi -le dijo Violeta.

Lily se sentó en las rodillas de Pete y apoyó su cabeza en el cuello de él. La extraña música de la guitarra de Carmencita llegaba como el eco lejano de una fiesta exótica a través de la ventana. Al instante, Pete comprendió que estaba alegre otra vez. Todo era cosa de locos, pero había logrado un dinero que necesitaba mucho, y se sentía dichoso.

Llegó Chucho a la puerta en aquel momento, inocente como un corderito, ignorante de la buena fortuna que había traído a los Granden. Pete le sonrió cariñosamente.

-Mi buen amigo -dijo Chucho-, si usted es tan amable, ¿podría prestarme un poco de amarillo ocre? Nunca tengo amarillo ocre, porque uno de los perritos se lo come. Ningún otro color, sólo el amarillo ocre.

-Yo tenía entendido que era el azul índigo -dijo Violeta.

-El que se come el azul índigo es un hermanito -explicó Chucho. Divertido y regocijado interiormente, Pete dirigió a Chucho una mirada impregnada de ternura.

-Mañana, señor -le dijo en castellano-. Mañana.

Había aprendido algo en México y estaba dispuesto a usar sus nuevos conocimientos. La frase, por lo demás, no podía resultar más socorrida. Y pronunciándola nuevamente, le guiñó un ojo a Violeta.

CAPÍTULO VI
NO MÁS MAÑANA

Soy hija de una madre intelectual y un padre indiferente.
Es posible que en esto radique todo.
Violeta Meadows Granden

Siquiera una vez, la culpa no fue realmente de Violeta. Como ella misma explicó después, se había tendido a descansar en el piso del patio, tostándose al sol de México y preocupándose de sus propios preciosos asuntos, cuando se le acercó Alfredo Alvarado, y esto dio lugar a que ocurriese lo demás.

Se sentó en cuclillas al lado de Violeta y contempló con mucha seriedad sus ojos tras los cristales de las gafas.

-Buenos días -le dijo, moviendo rápidamente los dedos de sus pies descalzos.

-Buenos días -le contestó Violeta.

-A mí me gustaría-espetó Alfredo- ser eficiente, como los norteamericanos.

Era un poco abrupto aquello. Violeta se incorporó y lo miró atentamente. Luego se apoyó en un brazo y devolvió la mirada ceremoniosa de Alfredo. Le gustaba Alfredo. Le gustaban los chicos mexicanos. Más aún, le gustaban los chicos. Inmediatamente después de la goma de mascar, el queso de bola, Picasso y las tricotas de cuello de tortuga, nada le agradaba tanto como los hombres y los chicos. "Son como sótanos fríos", había escrito una vez en la clase de composición, "mientras que los cerebros de las mujeres se parecen al desván de mi abuelita".

Por consiguiente, cuando Alfredo dijo que quería ser eficiente, no se rió. Lo recapacitó muy detenidamente.

-¿Es posible? -preguntó Alfredo con muestras de gran interés.

-En fin... sí; yo creo que es posible -le contestó Violeta, echándose las trenzas a la espalda-. Pero ¿para qué quieres cambiar de ese modo?

-Me gustan los americanos -dijo Alfredo-. Quiero ser como ellos. No hace mucho pregunté a una persona por qué yo no era igual y me dijo que los americanos son eficientes, eficientes en alto grado. ¿Por qué no me haces eficiente a mí?

Violeta tuvo la sensación de que aquello equivalía a un desafío. Nada podía ser más extraño que la eficiencia en el zoológico de los Alvarado.

-Yo no voy a vivir siempre en este pueblito infame -seguía diciendo Alfredo-. Recorreré países y haré cosas. Reuniré dinero, volaré en aviones, conduciré autos rápidos, daré vuelta las tortillas del mundo, como los americanos. Para eso tengo que ser muy eficiente, ¿verdad?

Violeta quedó mirando un rato la cara morena de Alfredo, que trasuntaba seriedad, y sus grandes ojos negros.

-Bueno, yo haré todo lo que pueda -le dijo.

-Okey -respondió Alfredo, sonriendo-; muchas gracias.

Violeta volvió sus anteojos al nacimiento de la nariz y puso cara de circunstancias.

-No será fácil, ¿sabes? Tendrás que someterte a un duro período de aprendizaje.

-Okey -le dijo Alfredo, con toda valentía.

Violeta extrajo un cartucho de papel de los bolsillos de su mameluco y le ofreció frutas abrillantadas. Se encaminaron al patio y se encaramaron al muro alto, mascando meditativamente.

Llegaba hasta ellos el bullicio matinal del pueblo. Vieron el ómnibus de México que venía por el camino a través de la montaña que tenían delante. Saludaron con mucha solemnidad a unos cuantos niños que pasaban por la calle empedrada. La mente de Violeta trabajaba con toda intensidad.

-Debes entender -díjole al niño- que en los Estados Unidos todas las cosas las hacemos en virtud de una razón. Aquí, en México, no. Por lo menos, no obráis en virtud de razones que tengan sentido común. ¿Me entiendes?

-No comprendo -dijo Alfredo, después de esforzarse por meter en su meollo aquella explicación.

Pasó una mujer descalza, que transportaba a un niño en la espalda y arreaba un burro por la calle angosta. Violeta y Alfredo la saludaron y vieron cómo descendía por la colina.

-¡Pobre María Galeras! ¡Qué vida terrible está pasando! -comentó Alfredo, señalando el sitio por el cual había desaparecido la mujer-. La dejó el marido.

-¿Y adónde fue? -preguntó Violeta.

-Se marchó a Acapulco, y nunca volvió.

-¿Por qué?

-Puede ser que le haya gustado Acapulco-dijo Alfredo, moviendo los hombros filosóficamente.

-Ahí tienes un ejemplo de lo que estaba diciéndote -le explicó Violeta, tomando de nuevo el hilo de la conversación-. No hay razón ninguna por la cual un hombre pueda abandonar a su mujer.

-¿No? -inquirió Alfredo con los ojos muy abiertos.

-No -continuó Violeta, golpeando la pared con los pies-. Es una de las cosas que carecen de sentido. En los Estados Unidos un hombre abandona a su esposa porque no la ama más, porque se enamora de otra, o porque no hacen nada más que reñir, o cosa por el estilo. ¿Entiendes?

-Esas razones son bastante curiosas -comentó Alfredo.

-Pero costaría trabajo suponer que un hombre abandone a su esposa en Nueva York porque le gusta Detroit. No es lógico.

-¿Qué quiere decir "lógico"?

-Lógico es lo que tú tendrás que ser. Lógico, práctico... y puntual. Especialmente puntual. Se acabó ese asunto del "mañana".

-¿No más "mañana"? -repitió Alfredo.

-Cuando le dices a alguien que lo verás mañana de mañana, tienes que verlo mañana de mañana y no la mañana del día siguiente.

-Pero "mañana" puede ser la otra mañana que sigue.

-Tienes que olvidarte de que existen más mañanas. Tienes que borrar en tu cerebro esa vieja psicología del mañana. No hay mañana en los Estados Unidos.

-¿Los americanos no tienen "mañana"? -preguntó Alfredo, sin querer dar crédito a sus oídos.

-No hay mañana-le dijo Violeta, muy seria.

-¿Y son dichosos?-interrogó Alfredo, rascándose la cabecita oscura. Violeta lo miró reflexivamente.

-Oye, Alfredo, tú me dijiste que querías ser eficiente, no me hablaste de ser dichoso. Yo no me he comprometido a que seas dichoso. Prometí hacer que fueses eficiente.

-Bueno -dijo Alfredo.

En aquel instante acertó a pasar por allí el señor Wristing, un norteamericano dueño de la fábrica de cerveza situada en las afueras de la ciudad, y lo hizo con aire muy formal y áspero. Emitía unos discretos eructitos.

-Cuando llegues a ser verdaderamente eficiente, serás como el señor Wristing-dijo Violeta-. La eficiencia puede a veces afectarlos nervios del estómago. ¿Aceptas?

-Sí -dijo Alfredo con mucha valentía.

Pete Granden estaba escribiéndole una carta a su hermana, que estaba en Nueva York. Hizo un alto, lo necesario para contemplar amoroso a su Lily y fruncir la nariz. Luego prosiguió:

...Y este sitio tiene exactamente esa clase de atmósfera despreocupada y despaciosa que me encanta. Estos mexicanos saben vivir, no se han apartado de los verdaderos principios de ese arte. Es divino esto de no tenerse que apresurar por nada, poder descansar y trabajar con indiferencia, sin que nadie lo critique. A nadie se le ocurriría hablar mal, ya que así es como se hace todo en este lugar: a la que te criaste. Tenemos una casa preciosa con una vista realmente magnífica. Y nos hemos acostumbrado a compartirla a medias con un pintor mexicano que está chiflado y se llama Chucho Alvarado, y los siete miembros de su holgazana familia. Lily está bien y se siente dichosa, parece no arrepentirse de haberse casado conmigo otra vez. Ella y Violeta se entienden admirablemente bien, sobre todo si se considera que Violeta es una hijastra fuera de lo común. Yo pinto todos los días, y me encanta hacerlo. ¿Por qué no habré abandonado el negocio de lavadero hace muchos años, dedicándome, en cambio, a los pinceles? Es que nosotros, los americanos, somos esclavos del dinero, ¿no te parece? Pero eso se acabó para mí. Aquí nadie se afana, y hay una despreocupación acerca del tiempo que hace mucho bien a mis nervios. "¿Por qué hacer hoy lo que puede dejarse para mañana?" ésta es su filosofía general, y no hay duda que propende a la felicidad. Puedo asegurarte...

Pete quedó con la pluma en alto y perdió el hilo de sus ideas en el momento en que Violeta entraba en su estudio, haciendo mucho ruido.

-Perdóname, papá -dijo-; pero ¿me permites que te use un poco la pintura encarnada?

-¿Para qué? -interrogó Pete.

-Quiero pintar unos letreros -dijo Violeta. Llevaba consigo un montón de pedazos de hojalata.

-Para letreros, eso parece muy pequeño -manifestó Pete.

-Sí, pero es que en realidad vienen a ser chapitas.

-¿Chapitas? ¿Y para qué demonios las quieres? Pienso pintar en ellas "Prometo ser eficiente".

Esto último lo dijo Violeta en español y dada la similitud de sonido entre la palabra eficiente y el vocablo inglés efficient temió que Pete entendiera, por lo cual procuró eliminarse de allí con rapidez. Sin embargo. Pete llegó a tiempo de hacer una nueva pregunta.

-¿Qué quiere decir eso?

-Eso quiere decir... -y Violeta le aclaró en inglés: I promise to be efficient, desapareciendo en el acto.

Pete tuvo un presentimiento instantáneo. ¿A que Violeta andaba metida en algo que podía trastornar toda la paz del lugar? Pero le pareció mejor quitarse la idea del cerebro. No había razón para desconfiar tanto de su propia hija. Por muchas cosas raras que fuese Violeta, no era una serpiente del Paraíso... ¿O lo era?

Violeta desconocía por completo la importancia de lo que pasaba en el pueblo. Sólo sabía que Alfredo se había lanzado a la cuestión de la eficiencia como un pato al agua. Era la novedad. Jamás le había dicho nadie que debiera ser puntual, que tenía que llevar cuenta del dinero, que las cosas debían hacerse con sentido práctico. Jamás le había dicho nadie el deleite que podía experimentar con todo eso. Y ahora, a las dos semanas de estar sometido al

tutelaje de Violeta, tenía un montoncito de centavos ahorrados, seguía siempre el camino más corto entre dos puntos y cumplía las citas y compromisos. Miraba con orgullo el reloj que Violeta le había prestado y decía a su vieja tía Elena:

-Te traeré los pollos mañana a las ocho y cuarenta y siete minutos y medio de la mañana.

Y exactamente a las ocho y cuarenta y siete minutos y medio llegaba a la casa de su tía Elena. Era emocionante. No había complicación que lo desalentase. Estaba convertido en "la puntualidad personificada", como solía decir a los otros chicos, "igual que los americanos". Era la envidia de muchos otros niños del pueblo, los cuales decidieron preguntarle a Violeta, muy temerosos, si no podría "hacerlos eficientes" a ellos también. Violeta dijo que sí.

-¿Pero cómo podemos ser nosotros " la puntualidad personificada", si no tenemos relojes? -le dijeron entristecidos.

-¿No hay un reloj de campanario que da las horas? -interrogó Violeta.

-Sí, pero son campanas de iglesia -dijeron.

-Claro, muchas campanas de iglesia.

-Sirven -sentenció Violeta, a quien se le ocurrió una idea.

Y así quedó formada una especie de club. Violeta les hizo chapitas a guisa de distintivo, y los chicos mexicanos iban de un lado a otro con sus cabezas llenas de frases maravillosas que Violeta les había enseñado y que ellos estaban completamente seguros de que un día u otro los haría ricos e importantes, como los norteamericanos.

-El tiempo y la marea no esperan a ningún hombre -decía en inglés chapurreado, aprendido de Violeta, uno de los chicos.

-El dinero y el tonto se separan pronto -espetó otro, decidido a no quedarse atrás.

Con los motivos más inverosímiles formulaban citas, tan sólo para demostrar que eran capaces de cumplirlas en tiempo preciso y así empezar a ser "eficientes en alto grados." Hasta que la epidemia se extendió a los mayores del pueblo; el primero de ellos, Chucho Alvarado.

Chucho había tomado un empleo en la fábrica de cerveza del señor Wristing. Estaba bastante furioso consigo mismo por haberlo tomado, como lo estaba por haberse casado y haber tenido cinco hijos.

-No es bueno para el artista toda esta paternidad -solía decir con tristeza.

Su deleite mayor era esperar el día en que lo despidiesen de la fábrica de cerveza, con lo cual se demostraría que no servía para el trabajo. Luego podría volver a sus cuadros. Por lo menos, eso era lo que pensaba hasta el momento en que se le metió en la cabeza ser eficiente.

Lo primero que llamó su atención fueron las chapitas. Vio que Alfredo llevaba una puesta y le encantó. Quiso tener una él también.

-Me quedará muy bien con mi camisa verde dominguera -le dijo a Violeta-. Me la pondré para ir a misa. Todos me admirarán, ¿no es cierto? -Bueno, escúcheme, Chucho -le advirtió Violeta-, eso puede usarlo únicamente si promete ser eficiente.

Alfredo tuvo que explicar mejor el asunto a su padre.

-Todos estamos aprendiendo a ser eficientes para ser como los americanos de los Estados Unidos, acumular dinero y conducir coches rápidos. Diciendo esto, saltaba alegremente en un solo pie.

Chucho arqueó sus cejas pobladas y se mostró complacido o con la idea.

-¿Por qué no? -dijo-. ¿Por qué no puedo ser yo también eficiente?

-¿Quiere en verdad, Chucho? -le preguntó Violeta.

-¡Ah, mi amiga! Nada deseo tanto. Pero ¿cómo se hace?

-Bueno, mire... -le dijo Violeta, bastante orgullosa de que sus lecciones se popularizaran tanto-, lo primero que tiene que olvidar es ese subterfugio del mañana...

La mañana en que Anita llegó a las siete, la casa entera se vio lanzada en un torbellino.

Al amanecer se produjo un gran ruido de cazuelas y sartenes con acompañamiento de canto llorón.

-¿Qué diablos sucede...?-preguntó Pete, incorporándose de un salto en la cama.

-Es Anita -dijo Lily, procurando pacificarlo.

-¡Dios mío! ¿Qué necesidad tiene de despertarnos a todos a esta hora? -Son las siete -advirtió Lily-. Su hora de llegada es ésta.

-Pero nunca ha venido tan temprano, y tú lo sabes. No viene hasta las ocho y media, que es lo decente. Dile que se vaya.

-Querido, no puedo decirle que se marche, siendo la hora a la que debe venir.

-No tiene para qué estar aquí aún -insistió Pete-. Nosotros le dijimos que viniese a las siete, para estar seguros de que llegaría a las ocho y media. Hasta ahora, a las ocho y media ha llegado y todo anduvo bien. No voy a permitir que de pronto empiece a trabajar a su hora.

Lily estaba ya completamente despierta y se había dedicado a pensar con calma.

-Tal vez sea lo mejor decirle que en adelante venga a las ocho y media.

-No, porque entonces llegaría a las diez, a menos...

Pete volvió a incorporarse y en su rostro se advertía una expresión extraña.

-¿A menos qué, vida mía? -preguntó Lily.

-¿Sabes-empezó a preguntarle Pete, frunciendo el entrecejo y hablando con mucha parsimonia- que desde hace un tiempo están pasando cosas muy raras? Ayer tenía que verme con Chucho a las cinco y media, para tomar una copa en casa de Chico. Yo entré a eso de las seis, pensando en lo temprano que iba, cuando me encontré con que Chucho ya estaba allí. ¿Y sabes qué me dijo? "¡Llega usted con media hora de atraso!" Imagínate, un mexicano diciendo tal cosa. Ahora, de pronto, Anita llega a su hora...

En aquel momento apareció Anita en el patio, metió la cabeza por la ventana con su encantadora despreocupación habitual y anunció que el desayuno estaba listo.

-¡El desayuno, amigos!

Sonrió, expandiendo al mismo tiempo el pecho, en el cual se veía una chapa con las palabras: Prometo ser eficiente.

-Bueno, Anita -dijo Lily, asomándose a la ventana-; parece que esta mañana has llegado a tu hora.

Pete y Lily no supieron de pronto si dar crédito a sus oídos al escuchar las palabras que en respuesta les dirigió Anita:

-El pájaro que madruga es el que se lleva el gusano.

Pete decidió que no había más remedio que hablar un rato con Violeta; pero cuando se hubo vestido, Violeta ya no estaba en la casa.

Estaban concluyendo su desayuno en el patio, cuando llegó Zoe Bevan jadeando por haber subido la colina y se echó en una silla entre Pete y Lily. Durante un momento permaneció sentada, respirando fuertemente y arreglándose sus ruidosas cuentas de madera y de plata. Tomó una pequeña tortilla y la mordisqueó.

-¡Queridos míos! -dijo en medio de su resuello fatigoso-, en este pueblo están ocurriendo las cosas más extrañas.

-¿Cuáles, por ejemplo? -interrogó Pete.

-A los naturales del lugar se les ha dado por llegar a tiempo a todos los lugares, ¡y eso es muy vulgar!

Pete y Lily se miraron alarmados. Zoe Bevan prosiguió, enardeciéndose más cada vez.

-En toda mi vida nunca me he levantado tan temprano. Pero esta mañana María, mi cocinera, llegó a la hora a que tenía que llegar, en vez de hacerlo dos horas más tarde. ¡Esto es inaudito! Siempre llegó con dos horas de retraso. Cualquier mexicano sensato hace lo mismo. ¿Y saben qué está haciendo ahora?

-¿Qué?

-Echa a perder al pueblo. Esta es una aldea mexicana dormida. Aquí todo es despreocupado, descansado y delicioso. ¿Qué pasará si se convierte en un sitio movido, progresista... y eficiente?

Pete parpadeó un poco al oír la última palabra.

-¿Y no se les ocurre pensar en las consecuencias que esto tendrá en mi negocio de bienes raíces? -inquirió Zoe, indignada-. Quedaré arruinada. ¿Cómo puedo alquilar casas a los norteamericanos en este pueblo holgazán y tranquilo, si el pueblo deja de ser tranquilo y holgazán? Los norteamericanos vienen aquí huyendo de la presión del tiempo y de la vida convencional. Si de pronto el pueblo de Taxco se pone a funcionar como un reloj, ya no vendrá nadie. No tendrá nada pintoresco. Yo les aseguro, mis encantos, que estoy trastornadísima.

Tomó otra tortilla y la untó con conserva de papaya.

-¿Y por qué acude a nosotros? -preguntó Lily inocentemente. Zoe le dirigió una mirada aviesa.

-Se me ocurrió que su Violeta podría tener algo que ver.

-¡Ja, ja! -dijo Pete, echándose a reír, pero fue una risa que no llegó a cristalizarse del todo. De sobra sabía que Violeta tenía que ver.

-Y me pareció prudente hacerles una primera advertencia -continuó Zoe-. Esto tiene que cesar.

-¿Cómo puede ocurrírsele que una criatura de doce años sea capaz de cambiar las costumbres de mexicanos creciditos? -preguntó Pete.

-A los mexicanos les intriga todo lo nuevo -dijo Zoe, levantándose-. Y todo lo que es norteamericano. Si creen que los norteamericanos se enriquecen llegando puntualmente, harán la prueba un tiempo. Y si me preguntan, les diré que eso es lo que alguien les ha estado contando... Adiós, nos veremos en la casa de Chucho.

Comiendo otra tortilla más, Zoe Bevan salió y descendió la cuesta de la calle. Pete quedó de pie, con la servilleta en la mano.

-Estoy aquí disfrutando por primera vez de verdadera paz y sosiego y habitando, por primera vez en muchos años, un paraíso verdadero... y hete ahí que de pronto Violeta lo echa todo a perder. Voy a tener que retorcerle el cuello

-Bueno, aquí tienes mi cuello -dijo Violeta, que en ese momento aparecía por la puerta-, retuércemelo

-¿Has oído lo que dice Zoe Beban? -preguntó Pete.

-Parte -respondió Violeta-. Y eso me enfurece y me hace bien al mismo tiempo. Ignora la pobre que yo soy casi la mejor amiga de México. Me encanta este país.

-¿Tienes algo que ver con la súbita chifladura de la puntualidad?

-Claro que sí, pedazo de tonto. Soy presidenta del Club No Más Mañana.

-¿Quéeee? -interrogó Pete, gritando.

-Todos quieren ser eficientes. Como los norteamericanos. En serio, lo quieren todos. Por eso yo les he organizado el Club No Más Mañana. Nuestro lema es "Prometo ser eficiente".

-¡Dios mío! -gruñó Pete.

-Por supuesto, la presidenta soy yo. Yo siempre soy presidenta de las agrupaciones a que pertenezco-dijo Violeta, muy seria, hamacándose en la silla.

-Escucha, señorita Diosa -dijo Pete, acercándose a ella-; vas a tener que desorganizar el Club No Más Mañana, y en menos que canta un gallo. Es mi última palabra.

-No podría, papá. Todos están encantados. Nunca habían llegado puntualmente a ningún sitio, y esto los vuelve locos. Te lo digo en serio. A los grandes igual que a los chicos. Tienen una nueva sensación de importancia.

-Me tiene sin cuidado que les guste o no, pero eso debe concluir. Estás echando a perder una manera de vivir que es deliciosa y rara.

Violeta se sintió ligeramente ofendida.

-¿Quieres decir, papá, que serías capaz de trabar las ruedas del progreso?

-Tú no eres las ruedas del progreso, querida -sentenció Lily.

Violeta cerró los labios en una forma que, a su juicio, indicaba que estaba dispuesta a luchar hasta la muerte.

En aquel momento llegó al patio Chucho Alvarado, muy sonriente y esforzándose por recobrar el aliento.

-¡Mis estimados amigos! -pudo al fin decirles-. No se imaginan qué gran honor me ha sido conferido y qué alegría inmensa siento hoy. Abrazó a Pete, apoyándose en él y soplándole encima.

-¿Por qué no está en la fábrica de cerveza? -le preguntó Pete-. Lo menos que debo pensar es que lo han echado.

-No, no. El señor Wristing me ha hecho un gran honor. Me manda por negocios importantes a México. Yo, Chucho Alvarado, elegido entre todos los demás para ir a México. Tengo que conseguir contratos de mucha importancia y volver hoy mismo. Voy en el ómnibus de las diez y regreso en el de las tres. Y eso es un gran honor. ¿Por qué me eligió a mí? Porque dijo: "Chucho Alvarado, en ti puedo confiar. Tú eres muy eficiente". ¿Y cómo lo supo? Porque yo estuve contándole a todos mis amigos de la fábrica de cerveza que aprendí a ser muy puntual, como los norteamericanos. Y a todos les di las chapas que Violeta hace. Y todos entraron en el Club No Más Mañana. Y esta semana, por primera vez en la historia, según dice el señor Wristing, todos llegaron a su hora. Es un milagro. Y el señor Wristing está contentísimo. Todos llegan puntuales, excepto, naturalmente, Juan Montez de Oca, que vino tarde después de la noche en que se emborrachó, por eso se entiende... eso no cuenta.

Chucho movió un dedo vigorosamente. Luego volvió a sonreír. -Hemos hecho ganar dinero al señor Wristing. Y dice que todo se debe a mi... ¿cómo lo llama?... a mi influencia. Y asegura que yo soy eficiente en alto grado y que me manda a México porque puede tenerme confianza. Aspiró una bocanada enorme de aire.

-Es la primera vez que tengo una emoción tan grande -agregó riendo.

-¿Has visto?-dijo Violeta, mirando al padre.

-Pero, Chucho -exclamó Pete-, ¿es posible que usted quiera ser eficiente?

-Siendo eficiente -dijo Chucho- haré mucho dinero, como los norteamericanos.

-A nosotros puede excluirnos -lo interrumpió Lily, mirando a Pete. -Aquí... Violeta me lo ha dicho. Y mire -continuó Chucho sacando mucho pecho-, ahora yo soy el hombre en quien se tiene confianza, porque soy la puntualidad personificada, ¡Es un gran honor!

Corrió hacia su parte de la casa, gritando gozosamente a su esposa y sus hijos, mientras que los siete perros le ladraban y corrían detrás.

-¡Los zapatos! ¡Los otros pantalones! ¡Agua para lavarme la cara! ¡Tengo que salir para México por negocios de importancia!

A última hora de la tarde, un alguacil, a quien Pete había puesto el mote

de Don Rápido, llegó corriendo del Ayuntamiento para presentar una queja. A fin de que la visita impresionara más, se había traído consigo aun soldado.

Pete y Lily estaban durmiendo la siesta cuando el hombre llegó, de modo que fue Violeta quien los recibió con mucha solemnidad. Los dos se sentaron en el patio, bajo el árbol de poinciana real, y ella siguió jugando displicentemente con un yo-yo.

Don Rápido, mal sentado en el borde de un taburete, señaló unos papeles impresionantes que tenía en su poder.

-¿Es usted la señorita Violeta Granden? -preguntó.

-Correcto -le dijo Violeta.

-Doce años, cuatro pies ocho pulgadas, ojos azules, anteojos, cabello color rata...

-¡Color ratón! -corrigió Violeta.

-Sí, color ratón.

-Pero eso no interesa. Conozco mis propias señas. ¿A qué viene todo esto?

La barbilla del alguacil sobresalió de la cara.

-Hemos recibido muchas quejas en contra de usted. Está desacreditando a este pueblo.

-¿Puede hacer de modo que lo entienda mejor?

-Usted trastorna la vida de la gente. Su influencia es perniciosa. ¿Por qué hace que Pepito Bustos taña las campanas de la capilla de Santa María? Eso es un gran estorbo. Y la gente va a misa cuando no hay misa. Si echamos a Pepe, otro tocará las campanas. Siempre, siempre... ¿Por qué? ¿Por qué?

-Sólo tocan las horas y las medias horas -advirtió Violeta, que mantenía su calma.

-¿Por qué? ¿Por qué?-seguía diciendo el alguacil, exagerando más sus ademanes.

-Para que la gente sepa la hora que es -contestó Violeta-. ¿No ve que nadie tiene reloj?

Don Rápido la miró asombrado.

-¿Qué necesidad tiene la gente de saber la hora? -preguntó.

-Para llegar a tiempo a los sitios -aclaró Violeta, con su impasible tranquilidad.

-¿Y qué falta le hace a nadie llegar a tiempo?

-Porque llegar a tiempo es lo más lógico -dijo Violeta-. Y las cosas resultan más fáciles.

Violeta se subió los pantalones del mameluco. Don Rápido estaba furibundo.

-A mí no me interesa que las cosas sean fáciles. Es un escándalo monstruoso esto de que todo el mundo corra de un lado a otro, con gran agitación, y se afane por llegar a tiempo a los lugares. Mi ayudante del Ayuntamiento llegó a su hora esta mañana. ¡Cómo quedo yo, que llego dos horas después! Yo también tengo que entrar a mi hora. Esto es demasiado.

-La pereza viaja tan despacio que la pobreza no tarda en alcanzarla -dijo sentenciosa Violeta-. Temprano a la cama y temprano a la calle hacen a un hombre sano, rico y cuerdo. ¿Me entiende?

Don Rápido y el soldado estaban atontados.

-¡Qué bien hablan los niños de los Estados Unidos! -exclamó el soldado.

-Y eso que yo no soy una criatura corriente -le dijo Violeta-. Yo soy un caso especial. Los biólogos, según creo, me considerarían un individuo anormal de mi especie. Soy hija de una madre intelectual y un padre indiferente. Es posible que en eso radique todo.

Extrajo del bolsillo lo que debió ser un pañuelo y que resultó ser un viejo corpiño de Lily. Sin preocuparse, Violeta lo utilizó para limpiarse los anteojos.

Pete y Lily salieron de la casa en ese momento.

-¿Qué ocurre? -preguntó Pete.

-Su hija está causando mucho estorbo en todo el pueblo -explicó el irreductible Don Rápido-. No es posible que las campanas sigan tañendo.

-Yo le aseguro que no sucederá más -dijo Pete con firme decisión.

-Su hija le dice a todo el mundo que hay que ser emprendedor-vociferó el hombre, elevando los brazos desesperado-. ¿Qué significa todo eso? Hay quienes ya no duermen la siesta, a causa de las cosas que les inculca esta niña.

-¿Qué les has dicho de las siestas? -preguntó Pete a Violeta, a la cual señalaba el dedo acusador del alguacil.

-Unos simples hechos concretos. Les expliqué que si dormían dos horas cada tarde, o sea, catorce por semana y setecientas setenta y ocho por año, acortaban la vida en cinco años. Nada más.

-¡Eso es un escándalo monstruoso! -bramó el alguacil.

-No se preocupe, señor -le dijo Pete-. Yo haré que todo eso concluya.

-Debe hacerlo, señor Granden. No se debe olvidar la política de buena vecindad.

Dicho esto, el hombre salió seguido de su soldado.

-Bueno, talento -dijo Pete a Violeta-, ya vas viendo el enredo que has hecho. En cuanto nos descuidemos, van a echarnos de aquí.

-La culpa es enteramente tuya, papá-exclamó Violeta-. Si me hubieras dejado hablar con él a solas, lo habría arreglado muy bien. Yo me basto y sobro para impulsar mi propia canoa.

-Pues dentro de muy poco -díjole Pete entre dientes- voy a ser yo excelente para impulsar una canoa ajena.

-No seas brusco -lo increpó Violeta, sin extremar la nota.

-¡Dios santo! -exclamó Pete, recorriendo el patio a grandes trancos-, ¿es posible que no tenga tranquilidad?

-¿Qué tranquilidad puedes pedir -le espetó Lily- teniendo una hija capaz de provocar un incidente internacional...?

-¿Eso soy yo? -inquirió Violeta, más encantada que nunca.

-¡Como para dudarlo! -exclamó Pete.

-Supongo que eso será bueno, y que puede servirme de ayuda en mi clase de instrucción cívica.

-Mira, ejemplar raro-dijo Pete a su hija, plantándose muy serio delante de ella-; tú has originado esta idiotez de la eficiencia, y tú tienes que concluir con ella... Pero pronto...

-Papá -replicó Violeta con esa paciencia que a veces tienen los chicos en su trato con los mayores-, ¿cómo puedo hacer tal cosa? La cosa se ha extendido demasiado. Yo la inicié, claro. Pero ahora le ha gustado a la gente. Mira a Chucho. Mira a Anita. Están disfrutando en grande.

Al instante reconoció Pete que estaba en lo cierto. Salvo un cataclismo, nada existía que pudiese detener aquel movimiento. En su imaginación se vio empaquetando sus cosas y abandonando aquel paraíso de ensueño, después de detenerse apenas lo necesario para cometer un pequeño infanticidio. Despidiendo llamaradas por los ojos, miró a Violeta, la cual seguía haciendo ejercicios de yo-yo.

Llegó corriendo un mexicanito con el sombrero en la mano, los ojos muy abiertos y entristecidos por una profunda emoción. Tenía que ver en el acto a la mujer de Chucho Alvarado. Era portador de noticias terribles. El ómnibus de las tres, que debía llegar de la ciudad de México, se había despeñado por un barranco. Todos los pasajeros estaban muertos. El ómnibus de las tres, el mismo en que viajaba Chucho.

Sin detenerse más que para tomar aliento, corrió a la parte que los Alvarado ocupaban en la casa.

Era una verdadera calamidad. Antes de que nadie pudiera reponerse de la sorpresa, por todas partes flotaban en el aire los vahos pesados de la tragedia. La mujer de Chucho lanzó un grito y lloró amargamente. Los niños lloraban. Vinieron vecinos a consolarlos y cuidarlos. Había lloriqueos y murmullo de voces por todas partes. Se rezaba mucho y se lamentaba más. Salieron a relucir los velos de crespón. El amado Chucho había muerto.

Sentada en su cuarto, Violeta se hacía una mala sangre espantosa. Nada parecido a esto había ocurrido jamás tan cerca de ella. Le gustaba Chucho. Lo echaría mucho de menos. ¡Y pensar que apenas unas horas antes estaba tan contento! ¡Tan contento, porque era un hombre de confianza! Violeta se retorció un poco, pues empezaba a caer en la cuenta de que todo podía muy bien ser en parte culpa suya. Si no hubiera hecho que Chucho se interesara en la eficiencia, nunca lo habrían enviado a México y esto no habría ocurrido. Se atraganto varias veces.

Finalmente, vino muy grave el señor Rápido, ascendiendo la cuesta desde el Ayuntamiento. Quería presentar su pésame ala señora de Alvarado. Dio palmaditas a los afligidos Alvaraditos. Luego buscó a Pete Granden para decirle algo.

-Esto es grave, muy grave. Ahora comprenderá usted la complicación que ha creado esa niña. Yo no quiero decir que la culpa sea de Violeta. Pero tampoco digo que no lo sea. Prefiero que decida la conciencia de ella misma. ¡Y ojalá pueda dormir de noche!

Se marchó, y Pete comprendió que estaba realmente vencido. Frente a una desgracia semejante, no había argumento posible.

Para el día siguiente estaba anunciada una misa por el alma del querido Chucho Alvarado. Pero no tuvo lugar, porque del ómnibus de la mañana, que venía de México, bajó Chucho Alvarado en persona, al parecer un poco soñoliento, pero loco de alegría. Saludó con la mano a todos cuantos vio y subió la cuesta, lanzando gritos de entusiasmo al acercarse a su casa.

-¡Mira, Juan Tehoila, estoy vivo! ¡Soy yo, Chucho Alvarado, vivito y coleando! ¡Mírame bien, Pepe Domares...!

Se reunió una muchedumbre en torno de Chucho. Oíanse murmullos de asombro y muchos se santiguaron.

Chucho siguió apretando el paso, llevando tras de sí a una multitud cada vez mayor. Se percibía un sordo y prolongado rumor de voces. Finalmente llegó a su casa y cruzó la puerta de calle, gritando:

-¡Miren todos! ¡Soy yo, Chucho Alvarado! ¡Estoy vivo!

Asustados y temblorosos, aparecieron los Alvarado en las puertas y ventanas de su sección. Luego salieron lentamente. Cuando se convencieron de que era realmente Chucho, la alegría les inundó de lágrimas los ojos. La mujer de Chucho bajó la cabeza, porque era ciertamente muy bueno que Chucho no se hubiera muerto. Los perros ladraban enajenados de gozo, y todos se abrazaron. Fue casi una fiesta.

Los Granden salieron y felicitaron a Chucho por estar vivo. Violeta advirtió que no llevaba la chapa con el rótulo: "Prometo ser eficiente". -Mis amigos -dijo Chucho de pronto, levantando mucho la voz, y la muchedumbre se apaciguó, mientras que la familia, perros inclusive, formaba un semicírculo a su alrededor-; ¿sabéis qué es lo que me ha salvado? ¿Queréis que os lo diga?

-¡Sí! ¡Sí! -gritaron todos. -El "mañana".

Pete miró a Violeta, y Violeta miró a Pete.

-Óiganme bien -continuó Chucho-, y les contaré todo. Llegué a México, y como era eficiente, fui en el acto a ver al abogado del señor Wristing y conseguí los contratos. Entonces, como me sobraba mucho tiempo hasta la salida del ómnibus de las tres, fui, naturalmente, a un bar que había por allí, a beber un trago de tequila.

-Sí, naturalmente -dijeron todos a coro.

-Tomé una copa, pero luego vi que todavía quedaba mucho tiempo para el ómnibus de las tres, y tomé otra. Y me pareció bien tomar dos o tres más. ¿Estaba bien?

-Sí, ¿por qué no? -contestaron todos, entre gestos colectivos de aprobación.

-Entonces pensé: ¿para qué irme en el ómnibus de las tres? ¿Por qué no tomar otro más tarde? Después de todo, hay muchos ómnibus. Está el de las cinco. ¿Por qué no ése? Es bueno, ¿verdad? Todo eso me dije yo. Y decidí tomar el de las cinco. Pero entonces, ¡alabado sea el Señor!, me encontré con mi amigo Manuel Alvarez. Y tuve que invitarlo. Naturalmente.

-¡Naturalmente! -exclamaron todos, por mera cortesía.

-Entonces Manuel Alvarez dijo que tenía que conocer a sus amigos. Y no pude ofender a Manuel Alvarez. Me dije: Bueno, hay un ómnibus a las ocho. De noche hace más fresco, y es mejor para viajar. Conocía los amigos de Manuel, y tomé unas lindas copas. Finalmente me dije: Mañana hay un ómnibus. Tomaré el de mañana. Y, mis amigos, eso es lo que hice. Y porque no fui el mismo eficiente en alto grado y la puntualidad personificada, y no tomé el ómnibus de las tres, estoy vivo y contento ahora, en vez de estar muerto. ¿Comprenden ustedes? "Mañana" me salvó.

La muchedumbre lo contemplaba con los ojos muy abiertos. Después de un rato, se oyó un ruido de latas que caían al suelo. Eran las chapas de distintivo, que todos tiraban. El Club No Más Mañana estaba disolviéndose.

-Salvados, cuando el agua nos llegaba al cuello-dijo Pete en voz baja a Violeta.

Violeta lanzó un suspiro profundo. En su cerebro abríase paso toda una nueva filosofía. Y tenía mucho en que pensar.

Apartando a la gente, apareció presuroso el señor Wristing.

-¡Chucho Alvarado! -dijo con voz imponente-; ¿dónde están mis importantes contratos?

Chucho los extrajo de un bolsillo y se los entregó.

-¡Queda usted despedido! -rugió el señor Wristing, tomando con indignación los papeles que Chucho le alargaba.

-Bueno -dijo Chucho con una sonrisa que le abarcaba toda la cara-. Quiere decir que puedo volver a mis pinturas. Eso es más deseable que hacer cerveza.

Todos se rieron y todos se abrazaron. Alguno se puso a cantar. Y Chucho se descalzó, porque le dolían los pies.

Llevando a Violeta hacia un rincón del patio, el pequeño Alfredo Alvarado le dijo:

-Lo siento mucho, pero no puedo seguir siendo eficiente y puntual en alto grado. Quiero ser yo. Quiero ser dichoso.

-Bueno -dijo Violeta filosóficamente, moviendo la mano con solemnidad-, tal vez no estés equivocado.

A la mañana siguiente, todo el mundo llegó tarde a todas partes. En la fábrica de cerveza, en el ayuntamiento, en todas las cocinas. Y el pueblo entero estaba alegre.

Cuando Pete y Lily se levantaron tranquilamente a las diez de la mañana, se sorprendieron al descubrir que Violeta seguía acostada. Ella, que solía levantarse al rayar el alba...

-¡Cómo! ¿No te has levantado todavía? -preguntó Pete.

-¿Saben? -dijo Violeta, mirando el techo-; creo que México me ha hecho bien. Me ha dado un cierto je ne sais quoi.

Pete y Lily prorrumpieron en sonoras carcajadas.

-No le veo la gracia -exclamó Violeta.

CAPÍTULO VII
MI HIJA TIENE UNA AMIGUITA

Los tontos se precipitan por tomar el toro por los cuernos.
No puede haber mejor manera de describirme.
Violeta Meadows Granden

Luego que regresaron de México, hubo una época en que a Violeta le dio por adivinar la buenaventura.

Empezó poco después de que su familia le regalara un Nuevo Testamento y cuatro pares de bombachas de abrigo y la mandara, con todos sus paquetes, a la Escuela Kilbridge para Niñas.

Ocupaba esta escuela un severo grupo de edificios seudogóticos. Tenía grandes puertas de hierro trabajado y vidrios gruesos, un vestíbulo de entrada bastante oscuro y demasiado alfombrado Y una "sala de visitas" a cada uno de los lados. Había plantas de goma y ejemplares de Atlantic Monthly en ambas salas, y en el vestíbulo un busto de Shakespeare.

El ambiente era femenino y agradablemente sombrío. Todo lo que se veía y todo cuanto se oía estaba encuadrado en la más perfecta corrección. La rutina de todos los días era perfecta y edificante. Las excursiones que se realizaban en el mundo exterior lo eran también. El Museo Metropolitano los martes impares, la Filarmónica los viernes pares y la Opera los sábados.

Era en realidad un poco brusco el trasplante, consistente en extraerla del museo en que vivía, tirando con fuerza de sus excéntricas raíces, y transportarla a esa nueva atmósfera de comportamiento impecable. No puede extrañarnos, por lo tanto, que al llegar a la escuela de la señorita Kilbridge lo hiciera decidida a reñir si hacía falta.

Al franquear por primera vez aquella puerta imponente, llevando en las manos una sombrerera del más inocente aspecto (en cuyo interior se encontraba Juan Sebastián, su tortuga), en sus ojos serenos, encuadrados por las gafas, y en sus trenzas retorcidas, había una calma determinación desafiante. Iba a ver qué pasaba. Si la señorita Kilbridge y sus asociadas la convertían en una mujercita de provecho, santa y buena. Si no... igual de ellas!

Sentados en la oficina, Pete y Violeta escuchaban las explicaciones de la directora acerca de lo feliz que la niña sería allí. Violeta mantenía un silencio desconcertante. En su fuero interno se decía: "Sí, ¿eh?"

La señorita Kilbridge era en realidad muy simpática. Hallábase sentada frente a su escritorio y su aspecto era inmaculado y cordial. Por debajo de su cabello cano, peinado con toda pulcritud, sus ojos y su sonrisa respondían a esa expresión automáticamente maternal que empleaba con las niñas de doce años.

-En un santiamén se habrá acostumbrado a nosotros -le dijo.

-Pero ¿se acostumbrarán ustedes a mí? -preguntó Violeta. La sonrisa de la señorita Kilbridge se ensanchó un poco.

-Antes de que logre darse cuenta, esta casa será para usted como otro hogar.

-Tengo ya demasiados hogares -advirtió Violeta. Pete se apresuró a intervenir.

-La vida de hogar de Violeta, señorita Kilbridge, como creo haberle explicado, ha sido algo inquieta.

-¡Ah, sí! -exclamó la señorita Kilbridge, dirigiendo a Pete una mirada crítica, pues aquello de las cuatro esposas no era cosa que aprobase del todo.

-Bueno, papá -dijo Violeta de pronto-. Me parece que lo mejor será que te vayas. Ya me has dejado aquí sana y salva. Cuanto más pronto me aclimate, mejor. ¿No es cierto?

-Bien -dijo Pete-. Dame un beso. Violeta lo besó filialmente.

-Pórtate bien -le dijo Pete, sonriendo cariñoso, y salió.

-Suénate a menudo -le aconsejó Violeta. Los dos se entendían.

La señorita Kilbridge logró que no se le descompusiera la sonrisa.

-Por los informes de tu escuela anterior, sé qué estudiante aventajada has sido. Para nosotros es un placer tenerte aquí. Estoy segura de que ejercerás mucha influencia sobre las otras chicas.

Violeta tuvo, durante un instante fugaz, una sensación extraña de enfermiza soledad. Es lo que ocurre a todas las chicas y todos los chicos la primera vez que entran de pupilos en una escuela. Hasta a Violeta le sucedía. Sintió una pena al pensar que ya no conocería más la dichosa locura del hogar paterno ni la del hogar materno. Y aquella insana emoción de ir y venir los niños de la casa de un padre divorciado a la de una madre divorciada. Y la gozosa satisfacción de hacerles la vida imposible a sus cinco hermanos y hermanas. Tal vez aquello había cesado para siempre.

Tragó saliva con fuerza, apretó los dientes y se caló los anteojos en las narices. Advirtió que Juan Sebastián, dentro de su encierro, apoyaba tímidamente un pie en la pared de la sombrerera. Percibíase un suave rasqueteo.

-Y ahora-dijo la señorita Kilbridge, posando una mano en el hombro de Violeta-, te pondremos en posesión de tu cuarto.

Violeta asintió con la cabeza. No sintió ánimos para formular ninguna observación cáustica, aunque lo hubiera deseado...

Subió en pos de la señorita Kilbridge dos tramos de escalera ancha y luego avanzó por un corredor. Instantes después, la señorita Kilbridge estaba golpeando con los nudillos en una puerta, abriéndola y diciendo a Lydia Hawthorne:

-Querida, aquí tienes a tu nueva compañera, Violeta Granden. Violeta y Lydia permanecieron absolutamente inmóviles un momento, y se miraron detenidamente. Lydia no pareció impresionarse con el rostro intelectual de Violeta, sus grandes anteojos y las trenzas rebeldes. Ni del agrado completo de Violeta fue Lydia, una adolescente esbelta que había realizado la hazaña bastante maravillosa de parecer sofisticada a pesar de la blusa. Tenía cara delgada y hermosa, con grandes y redondos ojos azules y un cabello rubio y lacio que le llegaba a los hombros en estilo "Alicia en el País de las Maravillas".

-¡Hola! -dijo Lydia.

-¡Hola! -dijo a su vez Violeta, depositando en el suelo la sombrerera de Juan Sebastián con mucha delicadeza.

-En seguida te subirán las valijas -expresó la señorita Kilbridge-. Y ahora, Lydia, explícale nuestro horario a Violeta, ¿quieres, querida? Estoy segura de que ustedes dos van a entenderse perfectamente.

Después que salió la señorita Kilbridge, Lydia se dirigió a su cuartito y se puso un par de zapatos de tacón muy alto

-Mira -dijo, haciendo con ellos una exhibición-, ¿verdad que son divinos? Me encantan los tacones altos. Aquí no los podemos usar, ¿sabes?, hasta no tener dieciséis años. Pero a mí me encantan. No podía esperar más... ¿Qué edad tienes, Violeta?

-Doce -contestó Violeta, quitándose el sombrero y el abrigo.

-Yo tengo trece y medio-explicó Lydia con un leve dejo de superioridad-. Parezco mayor, ¿no es cierto? Creo que podría pasar por quince o dieciséis si fuera necesario. Billy dice... Billy Warren es un chico muy amigo mío... Billy dice que podría asegurar que tengo dieciocho. Yo no sé, pero él tiene una hermana de dieciocho años, de modo que tal vez esté en lo cierto. Tendrías que verme con peinado alto. Me hace muy distinta... Y con un poco de rouge en los labios... Claro que si te sorprenden aquí, te matan... Tengo un tubito de clase especial. Es precioso ¿Quieres probarlo? Te daría un poco.

-No, gracias -replicó Violeta fríamente.

-Me puse un poco el sábado pasado, cuando me sacó a pasear el tío Waldo. Al tío Waldo le encantó. ¡Es tan simpático! ¿Sabes qué tomamos? Martinis, muy secos. ¡En serio! El tío Waldo me dijo que bebiera yo también. Yo adoro a mi tío Waldo, es algo así como la oveja descarriada de la familia... Trabaja de periodista... Hasta Billy tomó Martini una vez. Billy es estupendo. Te gustará mucho. Cuando crezca, será muy parecido al tío Waldo. Despreocupado. Lindas orejas chatas. Tipo Princeton. Claro que Billy ya es bastante crecido ahora. Tiene catorce años. No tiene falla ninguna. Queda divino con la ropa de polo.

Lydia interrumpió su charla para cantar con frágil voz de soprano: No quiero incendiar el mundo... Su mirada se perdía entre sueños al recordar a Billy.

Violeta escuchó todo pacientemente, realmente tolerante.

-Oye, Lydia -dijo con suspicacia-, ¿cuál es tu coeficiente de inteligencia?

Al cabo de unos días Violeta tuvo la sensación de que Lydia la trataba con frialdad. Al parecer, había tomado como un insulto el hecho de que

Violeta fuese una de las alumnas preferidas de la señorita Kilbridge. En su Diario, Violeta escribió: "Tengo que hacer algo para causar impresión al bajo coeficiente intelectual de esta charlatana (vulgo Lydia)."

Por fortuna, Violeta leyó en un periódico:

Sistema para echar las cartas. Sorprenda a sus amistades.

El librito, con todas las instrucciones completas, no costaba más que veinticinco centavos. Era evidente que Violeta no podía pasarlo por alto. Después de todo, ¿no podría ser una actividad accesoria la de echar las cartas? ¿Cuál de las chicas de la escuela se negaría a que le adivinasen el porvenir? Y tal vez fuera eso lo que le faltaba para congraciarse con Lydia.

Con gran alegría envió los veinticinco centavos en sellos postales, y a su debido tiempo recibió el librito. Tenía una tapa de papel violeta, en la cual figuraban una bruja y una bola de cristal; y parecía cosa seria. Violeta comenzó por darse unos baños extraordinariamente largos, a fin de estudiar el libro en la intimidad. A los pocos días ya se había compenetrado de los fundamentos. Todo lo de los jóvenes morenos, jóvenes oscuros y cartas inesperadas lo dominaba a las mil maravillas. Era estupendo. La cuestión era que diese resultado...

La señalara Hawthorne había venido de Long Island, a pasar unos días, e invitó al padre de Violeta y a la madrastra actual a que fuesen a visitarla. Después de todo, pensó, si sus hijas eran compañeras de cuarto, lo más cuerdo era conocerse. De modo, pues, que Pete y Lily Granden comieron con la señora Hawthorne en su hotel. La señora Hawthorne se arrellanó lánguidamente en su chaise longue y hablaba de Lydia, a quien llamaba Baby.

-Me aterra mandar a Baby a la escuela -decía, suspirando con tristeza-. Durante muchos años tuvo siempre maestros particulares, y temía que fuera de su casa el medio le resultara hostil. Supongo que ustedes experimentaron la misma sensación respecto de Violeta.

Pete y Lily se intercambiaron miradas rápidas.

-Este... sí, claro-dijo Pete-, aunque Violeta siempre se ha desenvuelto sola... más que desenvolverse. En fin... ¿qué tal le ha resultado Violeta a Lydia? ¿Le cuenta algo?

-En realidad no hace más que una semana que se conocen, pero yo creo

que congenien admirablemente. Baby me dijo que Violeta era "una buena pieza", si bien yo no sé lo que eso quiere decir. Confío que a Violeta le agrade Baby.

-No nos ha contado mucho. Violeta no es muy comunicativa más que cuando se propone serlo.

-¡Oh, eso es estupendo! -exclamó la madre de Lydia-. Da una impresión de seriedad y silencio. Esa es la clase de hijas que me gusta. Me encantaría que viniese. Le pediré a Baby que la traiga este fin de semana..., ¡oh!, ahora que recuerdo, no podrá ser este fin de semana porque el señor Hawthorne va a traer una de sus importantes vinculaciones comerciales. Pero tal vez la siguiente.

-Su amabilidad es excesiva -murmuró Pete, presa de un triste presentimiento. Miró a Lily. Nada les daba más miedo que dejar salir a Violeta los fines de semana.

-El mes que viene -seguía diciendo la señora Hawthorne- llevaré a Baby al sur por un tiempo. Necesita sol y descanso. Todo un año de clase corrida sería demasiado para ella. Aunque no se lo he dicho aún, porque se agitaría mucho.

Pete comprendió que tenía que hablar con Violeta en seguida, razón por la cual la llamó telefónicamente apenas salió de allí.

-Me has llamado en mitad de una clase de historia -dijo Violeta-, de modo que ojalá sea una cuestión de vida o muerte.

-Lo es -exclamó Pete. -Desembucha, entonces.

-¿Tratas a Lydia Hawthorne con cortesía?

-Oye... ¿a qué viene eso?

-Quiero que seas muy buena con Lydia. Acabamos de comer con la madre, y hemos descubierto que Lydia es una niña muy delicada. Violeta guardó silencio un instante. Luego dijo:

-Sí, ¿eh?

-Sí. Y otra cosa: la señora Hawthorne piensa invitarte un fin de semana. Procura portarte bien. No te metas en las cosas que no te incumben y no procures prestar ninguna ayuda. Acuérdate de lo que pasó aquella vez en la casa de los Atkinson.

-¿Qué pasó? -preguntó Violeta.

-No finjas que te has olvidado. Que casi le destruyes la casa.

-Eso fue solamente por culpa de la explosión -dijo Violeta, sin darle importancia al asunto.

-¿Y quién tuvo la culpa de la explosión?

-Bueno, pero es que yo quise hacer trementina con mis aparatos químicos, y si el señor Atkinson me hubiera dejado en paz...

-Eso es precisamente lo que quería decir-expresó Pete con un tono de desesperación en la voz-, que a nadie se le ocurre llevar aparatos de química cuando va a pasar un fin de semana.

-Muy bien, muy bien-dijo Violeta-. Pero las salidas de fin de semana serían más divertidas si todos lo hicieran... Oye, papá, estás perdiendo un tiempo precioso. Tengo que volver a clase.

-Bueno, recuerda -exclamó Pete- que tienes que ser buena con Lydia. Está delicada. La madre ha pensado sacarla de la escuela durante un mes para que se tome un descanso.

-¡Oh! -exclamó Violeta, que empezó a interesarse-. ¿A dónde piensa llevarla?

-Creo que al sur.

-¿Qué clase de tipo es el de la señora Hawthorne?

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Contéstame, por favor. Yo me portaré bien

-Es rubia, baja... Pero ¿qué es lo que te traes entre manos, Violeta?

-Nada, nada.

-Violeta, dime en seguida...

-Papá -le explicó con toda indiferencia-, por favor, no te agites. Todo está bien Yo me siento perfectamente. La escuela es muy bonita. Lydia es un encanto. Juan Sebastián está bien. De modo que... descansa... y olvídate de que me has conocido ¡Abur!

Y Violeta colgó, con la cabeza llena de adivinaciones del porvenir. ¡Amigos, qué suerte la suya!

Volvió corriendo a la clase de historia, con una precipitación que no tenía nada de señorial, pero es que se sentía transportada de alegría y, además, Enrique VIII acababa de tomar a su quinta esposa y no quería estar ausente en el asesinato.

Las inevitables cortinas verdes de cretona que tenían en su cuarto estaban corridas y Violeta y Lydia estudiaban. La radio tocaba un boogie-woogie muy despacio. Violeta prefería a Bach, pero esa noche le dejaba a

Lydia escuchar boogie-woogies. Lydia se inclinaba solemnemente sobre su gramática francesa, estudiando con cuidado los tres tonos de esmalte que se acababa de poner en las uñas. Violeta se hallaba sentada en su cama con las piernas cruzadas y con un mazo de cartas extendido alrededor. De cuando en cuando Lydia tarareaba unos compases de la música. Se recostó de pronto y miró el esmalte desde una distancia más larga. Mantuvo levantado y tieso el dedo mayor.

-Me parece que éste me gusta más -dijo.

-¿Yeso qué?-preguntó Violeta-. No podrás usarlo hasta que no tengas dieciséis años.

-Puedo irme preparando para el futuro, ¿no te parece?

-Yo no lo haría. ¿Quién te dice que en esa época no se usen uñas de platino?

-No seas odiosa.

-Muy bien. Pero es que yo veo el futuro.

-¡Que tonterías dices!

-Te aseguro que lo veo -insistió Violeta con su famosa obstinación. ¿Quieres que te adivine el porvenir?

-¿Con las cartas? -preguntó Lydia, que a pesar de sí misma empezaba a sentirse interesada.

-Sí.

-No hay nadie que pueda leer el futuro. Son todos cuentos. Violeta no dijo nada.

-¿Quién te enseñó a adivinar el porvenir? -preguntó Lydia, después de una breve pausa y bajo el acicate de la curiosidad.

-Una vieja niñera irlandesa que tuve -dijo Violeta, con la inocencia de un crío recién nacido. Y luego añadió-: Podría decirte cosas interesantísimas acerca de ti y Billy, por ejemplo.

Violeta sabía vender la mercadería. Lydia se arrebujó con las ropas de la cama de Violeta.

-Bueno, léeme el porvenir. Sólo que te advierto una cosa: conviene que sea bueno, porque de lo contrario me vas a ver enojada. No puedo soportar las cosas desagradables

-Oirás la verdad. Y te gustará-dijo Violeta secamente-. Ahora sostén estas cartas entre las palmas de tus manos y di en voz alta: Sueños, esperanzas y cuitas de amante, quiero mi futuro saber al instante.

Lydia lo dijo. Luego preguntó para qué era aquello.

-Es una especie de clave misteriosa -le respondió Violeta con gran dignidad-, de modo que no hagas preguntas.

Dio vuelta siete cartas. Las miró con una concentración terrible apoyando en una mano su barbilla.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó.

-¿Qué pasa?

-¡Oh, oh!

-Vamos, Violeta, dime lo que veas. Tiene que ser bueno. -Vas a recibir una carta -dijo Violeta.

-De Billy, por supuesto -expresó Lydia, sin darle importancia al asunto-. Me debe una. Pero es que Billy es el único que me escribe. Con eso no adivinas nada.

-Tendrás tres hijos -siguió Violeta con su imperturbable calma. Lydia emitió una risita nerviosa.

-¡Cuídate de un hombre moreno! -exclamó Violeta de pronto-. En tu vida se cruzará un hombre moreno. Y no trae buenas intenciones. Decididamente, no.

-Vamos, Violeta, te avisé que no me dieras malas noticias

-No puedo evitarlo, si te sale en las cartas -dijo Violeta, echándose las trenzas hacia atrás-. Es un hombre muy moreno; y puede acarrearos serios disgustos a ti y a tu familia. Puede destruir el hogar entero.

-¡Violeta, basta! -exclamó Lydia-. Vas a tener la culpa de que cometa un desmán. Te lo digo en serio.

Violeta dio vuelta otra carta.

-Muy pronto vas a realizar un viaje –prosiguió.

-¿Adónde?

-Veo algo así como un clima cálido -dijo Violeta, adoptando un empaque altamente profesional.

-¿Florida? -preguntó Lydia encantada.

-Irás con una mujer baja y rubia, de regular edad -prosiguió Violeta, mirando la reina de diamantes y preguntándose si se parecería mucho a la señora Hawthorne

-Bueno -dijo de pronto Lydia con la mayor indiferencia del mundo-, yo no creo una sola palabra; en especial, eso del hombre moreno tan malo. Pero clavó la mirada ante sí y empezó a morderse las uñas con nerviosidad.

A la mañana siguiente Lydia fue corriendo en busca de Violeta, antes de que comenzara la clase de francés. Estaba muy agitada.

-¡Oh, Dios mío! ¿Sabes qué ha sucedido. Violeta?

-¿Qué?

-Que era cierto. Lo que tú me adivinaste. Es absolutamente cierto. Acabo de recibir una carta de mamá y dice que quiere llevarme a Palm Beach el mes que viene. ¿Y sabes una cosa? Mamá es la mujer baja y rubia, porque es baja y es rubia. ¡Es ella, sí! ¡Qué cosa extraña! Sale absolutamente cierto, Violeta. Tú lo viste todo en las cartas.

-Claro que lo vi -dijo Violeta, con cierto aire de importancia. No cabía duda que Lydia estaba sometida a sus menores caprichos.

-¡Si mamá me llevara a Palm Beach este mes! -gruñó Lydia-, porque Billy estará allí durante sus vacaciones de invierno. ¡Sería excelente! ¡Oh, Dios mío, si las cosas salieran como deseo...!

El aspecto de enamorada doliente tardó en desaparecer unos dos minutos. Violeta la miraba con despreocupación. Los arrebatos amorosos de Lydia la aburrían.

Sonó la campana y corrieron a clase.

-Oye, Violeta -le dijo Lydia apresuradamente-; yo voy a casa este fin de semana. ¿Por qué no vienes tú también?

-¿Estoy invitada? -preguntó Violeta.

_Bueno, mamá quiere que vengas alguna vez. Y este fin de semana es igual de bueno que cualquier otro. Le encantará tenerte con nosotros. Y le damos una sorpresa. ¿Estamos?

-Bueno -dijo Violeta.

Lydia llamó a su tío Waldo para pedirle que las llevara a ella y a Violeta el sábado en su "divina" convertible, y el tío Waldo accedió.

En el momento de ascender al coche, Lydia presentó a Violeta.

-Encantado, señorita G -sonrió el tío Waldo, que era gordito y tenía nariz respingada.

-Llámeme Violeta -pidió la niña.

-Muy bien, Violeta.

-Y yo lo llamaré Waldo.

-¿Por qué no? -accedió el tío Waldo, riendo.

-Me dice Lydia que usted es la oveja descarriada de la familia -dijo Violeta buscando entablar conversación. Mi padre es igual.

-Quiere decir que tú y yo vamos a congeniar admirablemente.

-Violeta adivina la suerte -expresó Lydia, mientras dejaban atrás la fachada gótica de la escuela-. Me ha predicho cosas que resultaron ciertas.

-Una mística -comentó el tío Waldo, fingiendo temor-. ¿Sabes también hacer el truco de la cuerda, como los faquires?

-i Oh, por favor, Violeta! -exclamó Lydia de pronto-. ¡Se me acaba de ocurrir una cosa espantosa! Aquel hombre moreno que se me cruzaría en el camino y estropearía nuestro hogar. ¡Cielo! Yo me muero si llega a ser cierto. Se volvió hacia el tío Waldo.

-Parte de lo que me dijo Violeta era terriblemente trágico. Se trataba de tener cuidado con un hombre moreno que se interpondría en mi vida y lo echaría todo a perder.

-Gracias a Dios yo soy pelirrojo -dijo Waldo.

-¡Oh, tontuelo! -dijo Lydia sonriendo.

A Violeta le cayó en gracia el tío Waldo.

-Oiga, Waldo -le dijo-, ¿por qué no se queda un día o dos en casa de los Hawthorne?

-No me han invitado.

-Yo haré que mamá se lo pida -sugirió Lydia.

-No me quiere allí cuando está McWilliams -expresó Waldo.

-¿Quién es McWilliams?

-Un gran comerciante del Oeste. Tu papá está procurando sacarle un contrato que depende de él. Yo escribí demasiadas cosas sobre un cierto divorcio.

-No entiendo de qué está usted hablando.

-McWilliams era el tercero en discordia. Fue un asunto sensacional el año pasado. Pero es una cuestión demasiado grande para orejas pequeñas.

-Recuerdo -dijo Violeta, que era ávida lectora de los diarios- que le sopló la mujer a otro. ¿No era ése?

-Justo.

-¡Qué sabroso! -comentó Lydia.

-Me encantan los divorcios-expresó Violeta, como si estuviera soñando y sintiendo la nostalgia de su hogar.

-Pero no le cuentes a tu mamá que yo te he dicho esto -manifestóle a Lydia el tío Waldo- Se supone que eres demasiado chica.

-¡Qué ridiculez! -dijo Lydia, y puso en marcha la radio del coche, con lo cual el resto del viaje estuvo exclusivamente dedicado al boogie-woogie.

Algo sorprendida quedó la señora Hawthorne al llegar Lydia remolcando a Violeta. Durante un rato se preguntó alarmada qué diría el padre de Lydia. Existía el entendimiento de que la atención estaría enfocada sobre el señor McWilliams aquel fin de semana.

-Debemos preocuparnos de que lo pase bien -había dicho el señor Hawthorne-. Si puedo sacarle un contrato que ansío, será el negocio más importante de mi vida.

Después de pensarlo, decidió que podría arreglar las cosas en lo que al marido se refería, y hasta casi diríamos que le gustó la idea. La señora Hawthorne era una mujer que veía la vida como una serie de cuadros. Le agradó el cuadro de su marido agasajando a un amigo comercial; y le agradaba el cuadro de su hija trayendo a casa una compañera de clase; y

el cuadro de su propia casa manteniendo un ritmo suave a pesar de todo. Sí, no le preocupaba en lo más mínimo que estuviese allí la dulce amiguita de Baby, con todo su aspecto intelectual.

-Querida -dijo cordialmente a Violeta-, nos encanta tenerte con nosotros.

Violeta le dirigió una de sus más raras sonrisas y jugueteó pensativa con una trenza. Esto era una imitación de la timidez.

-Y ahora permíteme tomar tus cosas -prosiguió la señora alargando la mano hacia la sombrerera, que Violeta mantenía en equilibrio con mucho cuidado.

-¡Oh, no! Esto lo llevo siempre conmigo -dijo Violeta, quien al mismo tiempo oyó cómo dentro de la caja se movía un poco Juan Sebastián. La señora Hawthorne sonrió tolerante; sería tal vez el sombrero predilecto de la niña.

-¿Quieres llevar a Violeta arriba, querida? -preguntó a su hija-. Le daremos el cuarto que mira al norte.

Apenas unas horas después la señora Hawthorne estaba ya combinando en forma distinta sus cuadros mentales del fin de semana. Y tal vez no eran tan brillantes como había pensado al principio.

Bajaron Violeta y Lydia, se sentaron con la señora Hawthorne en la biblioteca y se pusieron a comer tortas y leche, que les había traído Cassandra, la cocinera negra.

La mirada de Violeta vagó por el cuarto y se detuvo en una mesita antigua con cajones.

-¿Qué talle parece la señorita Kilbridge?-preguntó la señora Hawthorne a Violeta.

-En un poco rancia -dijo Violeta

-¡Oh! Sin embargo a Lydia le parece excelente. ¿No es verdad, Baby? -A Baby quizá le guste -observó Violeta-; pero yo le aseguro que está algo pasada... ¡Uh! ¿Podría decirme dónde consiguió esa mesita?

La señora Hawthorne contempló su mueblecito con orgullo.

-Es uno de los objetos que más me precio de poseer. Me agradan inmensamente los muebles antiguos. Ese lo compré en un negocio de Nueva Inglaterra.

Violeta se acercó a la mesita y la contempló detenidamente. Luego se arrodilló y la miró por debajo.

-Es una reproducción -dijo de pronto-. Le apuesto diez contra uno.

-Oh, pero...

-Confío en que no me tome por entremetida, señora Hawthorne -dijo al punto Violeta, mirando dulcemente a su anfitriona.

En aquel momento volvieron de jugar al golf los señores T. P. McWilliams y Hawthorne. El señor Hawthorne era un hombre algo corpulento, de carrillos grandes y chatos, ojos faltos de expresión y porte ampuloso. Pero fue McWilliams quien llamó la atención de Violeta en el acto. Era un hombre de cerca de cincuenta años, de cara enérgica y ojos pequeños Y lo más curioso resultó ser el cutis, de un color muy oscuro, casi indio. Tenía cabello y bigotes negros, y su rostro era moreno subido.

Violeta no pudo menos que mirarlo y durante un instante contuvo el aliento. Luego observó a Lydia de reojo.

Lydia había llegado a la misma conclusión. Lo veía Violeta por la forma en que contemplaba al señor McWilliams con algo que bien podía ser horror. Las dos niñas cambiaron miradas entre sí.

-Esta es nuestra pequeña Lydia-decía la señora Hawthorne, presentando a su hija al señor McWilliams-, y ésta es su compañera de clase Violeta Granden

El señor McWilliams les dio sendos apretones de manos, unas manos que a Violeta no le agradaron.

Al mirar a su esposa, el señor Hawthorne arqueó las cejas.

-Violeta -dijo la señora Hawthorne-, el señor es el papá de Lydia.

-Encantado, jovencita -expresó el señor Hawthorne con cierta determinación, como para demostrar que no estaba dispuesto a aceptar chirigotas.

Violeta saludó a su vez, y luego volvió a contemplar al señor McWilliams. No había duda. Era un hombre moreno.

Lydia se acercó a Violeta y le apretó un brazo, presa de silenciosa angustia. La miró a los ojos, como diciendo: "¿Qué hacemos ahora?". Pocos minutos después las niñas se disculparon y corrieron al cuarto de Lydia, cerrando la puerta. Lydia se asió del brazo de Violeta.

-¡Dios mío, Violeta! ¿Te has fijado en el señor McWilliams? ¿Te acuerdas de las cartas...? "Cuidado con un hombre moreno". Debe de ser ese terrible señor McWilliams. ¿No te parece que tiene que ser él?

-Es muy probable -expresó Violeta, llevándose preocupada los anteojos a la base de la nariz.

-¡Oh, Violeta! -musitó Lydia, con los ojos muy abiertos por el espanto. ¿Qué hacemos? Esto es horrible. Tenemos que avisar a papá. Mi papá quiere hacer negocios con él, y podría serle fatal.

-De seguro que sí -manifestó Violeta, abriendo las piernas en actitud meditativa-. Lo más fácil es que tu padre sufra un serio quebranto y quede arruinado. Eso decían las cartas.

Muy pensativa, Violeta recorrió el cuarto dos o tres veces. -Hasta podría ser que le robara el cariño de tu madre.

-i Oh, no! -exclamó Lydia muy asustada-. ¡Cielo santo! -Por de pronto, ya conocemos su fama de mujeriego.

-Violeta, tenemos que hacer algo.

-Es evidente que algo debemos hacer. Y lo mejor será poner manos a la obra. Los tontos se precipitan por tomar al toro por los cuernos... No puede haber mejor manera de describirme, y perdona esta metáfora mixta.

La cena anduvo muy bien hasta llegar a la ensalada. Todo pasó con la mayor normalidad. La señora Hawthorne llegó a pensar que Lydia y Violeta eran sorprendentemente calladas, y se sintió agradecida de que así fuera, aun confiando en que a su hija no le ocurriese nada malo. Parecía que algo tenía. Por desgracia, en la mitad de la ensalada, Violeta advirtió una pausa inoportuna en la conversación. Miró al señor McWilliams, el cual parecía muy extranjero y muy apuesto con su jacquet.

Tengo entendido, señor McWilliams -dijo de pronto, en un tono que ella suponía muy digno-, que usted es una especie de Don Juan.

Todos guardaron silencio un instante.

-Bueno, yo... -balbuceó el señor McWilliams.

-Me refiero a ese asunto sensacional en que usted estuvo envuelto el año pasado -continuó Violeta.

La señora Hawthorne estuvo en un tris de romper sus cuentas de ámbar. Al señor Hawthorne le temblaron los carrillos.

-¡Caramba, Violeta! -murmuró la señora Hawthorne, en voz muy baja, mirando a su marido horrorizada.

-¡Si salió en todos los diarios de Nueva York! -dijo Violeta con la mayor inocencia-. ¿No es verdad, señor McWilliams?

El señor McWilliams creyó haberse convertido en piedra. Miró a Violeta como si quisiera comérsela.

-Violeta-dijo el señor Hawthorne, con una voz que parecía no querer salir de su garganta-, ese asunto no nos interesa.

-¿No les interesan los divorcios?-preguntó Violeta, asombrada-. Pero si son fascinantes... En mi familia tenemos divorcios desde hace muchos años. Y siempre leo los de

otros. A veces pienso que llegaría ser abogada especializada en estas cuestiones... ¿A que nunca fue tan famoso usted, señor McWilliams?

A McWilliams se le atragantó un pedazo de escarola.

-Jovencita -rugió el señor Hawthorne, crispando los puños por debajo de la mesa-; debo pedirle que no se meta en la conversación de los mayores.

-Pero ¿qué es lo que he hecho? -inquirió Violeta-. Yo sólo he preguntado...

-Por favor, querida -interrumpió la señora Hawthorne, tratando de mantener incólume su reputación de mujer dulce mientras que por debajo de la mesa encontró las piernas de Violeta y le asestó un puntapié que no tenía nada de sutil.

-¿Porqué me toca las piernas por debajo de la mesa, señora Hawthorne? -inquirió Violeta.

La señora Hawthorne notó que su sonrisa estaba costándole ya demasiado trabajo. Optó por desistir.

-Dejen que la niña hable -terminó diciendo el señor McWilliams, poseído de repentina dignidad-. A mí no me preocupa.

Sus miradas, dirigidas a Violeta, fueron canibalescas.

-No -dijo el señor Hawthorne-. No hay motivo para que meta la cuchara. De modo, jovencita, que sujétese la lengua. Después de todo, usted es una simple criatura.

-En mí no hay nada simple -aseguró Violeta, mirando fijamente al señor McWilliams.

-Dice bien la chica -expresó el señor McWilliams, y rió. Pero su risa sonó a hueca y triste.

-No deseamos retener más a las chicas -rugió el señor Hawthorne-. Lydia, puedes llevar arriba a tu amiga.

-Pero, papá, el postre...

-¡Haz lo que te he dicho! Violeta y Lydia se levantaron y salieron.

-En verdad -explicaba Violeta a su amiga Lydia, cuando cruzaban el vestíbulo-, nos tratan como a criaturas. ¡Eso es ridículo!

A la mañana siguiente, cuando descendía a la parte baja de la casa, el señor Hawthorne abrigaba la esperanza de que el día no resultara tan malo. La noche anterior, el señor McWilliams se había sido serenando gradualmente, y a la hora de acostarse, como había ganado once dólares al rummy y consumido bastante licor, estaba mucho más contento. Los Hawthorne se felicitaban de haber logrado que se olvidase de Violeta. La señora Hawthorne confiaba que durante el nuevo día le sería posible mantener a la extraordinaria criatura definitivamente alejada.

Entró en el comedor y aspiró con fuerza una bocanada de aire. No había indicio alguno del dominical desayuno. Y el señor Hawthorne no tardaría en bajar, seguido a poco por el señor McWilliams.

Penetró sin hacer ruido en la cocina. Allí estaba sentada la gorda y negra Cassandra a un extremo de la mesa de la cocina, escuchando con atención a Violeta, sentada enfrente. Violeta tenía cartas extendidas ante sí y le estaba leyendo el porvenir a Cassandra.

-¡Cassandra! -exclamó la señora Hawthorne-. ¿Dónde está el desayuno?

Cassandra se levantó lentamente, muy preocupada con su futuro.

-Ha dicho que me cuide de un hombre moreno. Pero todos los hombres que yo conozco son morenos. ¿Qué puedo hacer?

-¡Cassandra! -repitió la señora Hawthorne-. ¿Dónde está el desayuno?

-¡Oh, señora! -exclamó Cassandra levantándose de la silla-. ¿Quiere creer que me he olvidado de la hora? Esta maravillosa niña me tiene atontada con lo que me va a pasar. ¡Ah, pero no le hace, señora Hawthorne! Dice que voy a tener líos de familia. Presumo que ese miserable y haragán que fue mi primer marido va a venir para armarle un escándalo a mi Wallace...

-¿Y por dónde anda Wallace? -Está ahí debajo, en el sótano.

-¿Y por qué no ha puesto la mesa? -interrogó la señora con voz chillona.

-No se siente muy bien. Está muy deprimido. La señorita Violeta le leyó las cartas a él primero, y Wallace ha quedado preocupado.

-Lo que las cartas dicen está a la vista-sentenció Violeta trágicamente.

-Haz el favor de ir al otro cuarto -ordenó la señora Hawthorne Luego llamó a Wallace, que estaba sentado, con mucho apesadumbramiento, al pie de la escalera, y se dirigió al comedor. Allí encontró al señor Hawthorne, que venía hacia la cocina con el fin de averiguar qué pasaba, mientras que en el fondo divisó al señor McWilliams, decididamente hambriento.

-Se ha producido un pequeño retraso en el desayuno -explicó la señora Hawthorne, sonriendo muy dulcemente al señor McWilliams, quien devolvió la sonrisa todo lo bien que pudo-. El reloj al parecer, andaba mal.

-Señor McWilliams -dijo Violeta, acercándose al interpelado y hablándole con un tono muy cautivador-, ¿quiere que le lea las cartas?

La señora Hawthorne se apresuró a rescatarlo.

-¡No! -exclamó imperiosa, empujando a Violeta hacia la escalera, antes de que McWilliams pudiese hablar.

El desayuno reflejó definitivamente la depresión emocional de Cassandra. La tostada estaba empapada y el café tenía un gusto raro. Y Wallace, al servir la mesa, no hacía otra cosa que suspirar profundamente.

Violeta y Lydia comieron con gran apetito. Fueron las únicas. Luego les dijeron que fuesen a la iglesia.

Cuando volvieron, la señora Hawthorne les salió al encuentro con cara pálida y dedos nerviosos.

-Mamá -exclamó Lydia al verla-, ¿qué sucede?

-Que se van -dijo la señora, dirigiendo a Violeta miradas fulminantes.

-¿Quién se va?

-Wallace y Cassandra.

-No me extraña-opinó Violeta, después de pensar un instante-. Parece que lo que les salió en las cartas les infundió mucho miedo.

-Y además -continuó la señora-, Cassandra ha visto una tortuga. Al subir al piso alto, tropezó con una tortuga que andaba por el vestíbulo. Por poco se desmaya

-Debe de haber sido Juan Sebastián -explicó Violeta.

-Para Cassandra, ver una tortuga en la casa es el peor augurio que se puede imaginar. Quiere decir que la casa está hechizada. No se quiere quedar ni una noche más.

-¡Ojalá que Juan Sebastián no se haya perdido! -exclamó Violeta ansiosamente-. Por lo general, no sale de la sombrerera. ¿Entiende?

La señora Hawthorne ya no pudo dominarse.

-No, no entiendo -dijo-. No entiendo para qué has traído una tortuga, para qué has ofendido al señor McWilliams, para qué has venido a esta casa y para qué has nacido.

-Mamá -dijo Lydia, muy sorprendida-, Violeta es mi invitada.

-Y el señor McWilliams es el mío, Baby-dijo histéricamente la madre. Y desde que se desayunó se siente atacado de indigestión. Vamos a tener que llevarlo a cenar al club, donde se sabe de sobra que la comida es malísima. Tu padre está tan indignado que ni siquiera me habla.

Hubo una pausa ominosa

-Yo debí haber venido en otra ocasión -dijo Violeta suavemente. La señora Hawthorne se encontró incapaz de contestarle.

Llegó aquella tarde un momento en el cual los Hawthorne sacaron la conclusión de que ya no podían aguantar más. El señor Hawthorne llevó a McWilliams al yacht club para

enseñarle una balandra nueva de carrera. Y la señora Hawthorne llevó a Lydia de visita a casa de una parienta, al parecer ponzoñosa, que se llamaba Charmine. Hasta una tía ponzoñosa podía proporcionarles un descanso de Violeta, pensó la señora Hawthorne. A Violeta, por supuesto, le preguntaron si quería ir (aunque sin mayor entusiasmo, naturalmente), pero Violeta declinó, diciendo que para parientes ponzoñosos ya tenía suficiente con los suyos. De modo que quedó a solas con sus planes. Y sus planes, como de costumbre, formaban un mecanismo bastante complicado.

Estaba sola en la parte alta cuando oyó que el teléfono llamaba. Le pareció conveniente atender. Wallace, preocupado con los preparativos de su partida, estaba al parecer muy abstraído. Tomó la línea mediante la llave de paso y quiso contestar. Pero en ese momento ya Wallace estaba hablando.

-No, el señor McWilliams no está aquí -decía-. No sé cuándo volverá. No, no está...

Era una llamada de larga distancia, de Chicago, para el señor McWilliams, y tenía todos los visos de ser importante. Violeta oyó cómo la operadora de larga distancia explicaba a una persona, en el otro extremo de la línea, que el señor McWilliams no se encontraba. Y entonces su oído perspicaz alcanzó a percibir la conversación que el hombre de Chicago mantenía con otra persona que debía estar a su lado.

-¿Qué vamos a hacer? -decían-. Tenemos que dar con él antes de que se entere que Atterby no está más aquí.. Con esto las cosas cambian para él completamente.

Violeta no oyó más. Pero era bastante para poner en marcha su imaginación. Si Atterby no estaba más (fuera quien fuese ese señor) y con esto variaban las cosas para McWilliams, lo mejor sería decidirse a obrar. Es probable que la salida de Atterby tuviera mucha importancia para McWilliams.

Era claro que Violeta sería quien trasmitiera la información, demostrando con ello lo útil que podía ser.

Cuando volvieron los Hawthorne y su invitado, Violeta se les acercó en la biblioteca, adoptando un aire muy misterioso. La señora Hawthorne no podía dominar sus nervios, y el marido miraba a Violeta aprensivamente.

-Señor McWilliams -dijo Violeta-. Anoche dije aquellas cosas en la cena, porque quise llamar su atención.

-Lo ha conseguido -expresó McWilliams de mal talante.

-Yo tengo poderes ocultos.

"¿Qué diablos se trae entre manos esta arpía en miniatura?, pensó la señora Hawthorne.

"¡Por favor, Señor!", se decía el señor Hawthorne.

-Y he recibido un mensaje misterioso, destinado a usted. Palabras escuchadas de las alturas, Yo ni siquiera sé qué significan. ¿Conoce a alguien que se llame Atterby?

-Sí -dijo McWilliams, repentinamente interesado-. Es uno de los socios de mi firma.

Todos miraron a Violeta, la cual estaba en toda su gloria. Trató de adoptar un aire lo más psíquico posible.

-Pues bien -prosiguió-, el mensaje decía que Atterby no está más. Eso tan sólo.

-¿Que no está más? -repitió McWilliams, maravillado.

-Señor McWilliams, no permita que lo trastorne -expresó apresurado Hawthorne-. No le haga ningún caso.

-Pero, Dios mío... -decía McWilliams, sin salir de su asombro-, sería sencillamente maravilloso. Es mi peor enemigo.

El hombre miró a Violeta fijamente.

-¿Quiere usted decir que la frase "Atterby no está más" se le apareció de pronto en su cabeza?

-Exactamente -asintió Violeta.

-Voy a telefonear a Chicago -dijo rápidamente McWilliams-. Si es cierto, debo saberlo antes de hablar con nadie.

-Por favor, McWilliams -decía el señor Hawthorne-, no vaya a tomar en serio a esta niña. Después de todo...

Pero ya McWilliams estaba en contacto telefónico con un amigo de Chicago. Y descubría, créase o no, que Atterby no estaba ya en la firma. Al oír la noticia, su extrañeza sobrepasaba todos los límites conocidos.

Los Hawthorne permanecían aguardando en silencio que McWilliams colgara el receptor. Violeta estaba muy digna, sentada en su silla con aire indiferente. Colgó McWilliams y se lo advirtió positivamente transfigurado. Les sonrió muy expansivamente y luego su mirada se posó en Violeta. Se encaminó directamente a ella y le dio un beso enorme.

Violeta se sintió indignada. No era forma de tratar a una persona dotada de poderes ocultos. Aborrecía las demostraciones de sentimentalismo. Y ser besada por un extraño y, por añadidura, enemigo, resultaba casi intolerable.

-¡Es asombroso! -exclamaba McWilliams-. Esta niña tiene poderes psíquicos. Atterby no está más. Esto es una sacudida dentro de la sociedad. A mí me interesaba mucho saberlo antes de hablar a mi oficina. Es poco menos que increíble. Que esta niña lo haya sabido no puede ser sino un milagro.

Rodeó con un brazo el cuello de Violeta.

-¡Cómo me gustaría tener una hija así! -exclamó emocionado. Violeta se sentía desconcertada a más no poder. Lo cierto era que las cosas no habían salido como ella se figuraba.

Lydia le hacía señas desesperadas; y al fin se le acercó.

-Pero, Violeta -dijo en voz baja Lydia-, ahora mi padre va a hacer negocios con McWilliams, y nosotros teníamos que prevenirlo en contra.

-He estado pensando que en eso del hombre moreno de que hablaban las cartas debemos de haber estado equivocadas. Creo que era Wallace-le susurró Violeta al oído.

-¿De veras?

-Sí, y como se ha marchado, todo ha salido a pedir de boca.

Lydia miró a Violeta con admiración Nunca en su vida, pensó, tendría su mente la vivacidad que caracterizaba a Violeta.

Aquella tarde los esposos Hawthorne llevaron a las niñas y a Juan Sebastián al pueblo.

-He pasado un fin de semana delicioso, señora -dijo Violeta muy satisfecha, mientras descendía del auto a la puerta de la escuela-. ¡Fue tan buena usted al invitarme!

Lydia se acercó a la madre y le habló algo al oído.

-Procura hacer que te guste Violeta. ¡Es una chica tan simpática! Yo creo que pronto será mi amiga más íntima.

La sonrisa de la señora Hawthorne era algo siniestra. Violeta quizás hiciera milagros, pero los cobraba demasiado caros.

Cuatro días después, Lydia recibió una carta de la madre: He decidido cerrar la casa, ya que hemos perdido a la servidumbre. Y voy a llevarte a Florida la semana próxima. Tu padre y yo pensamos que será lo mejor. No estamos muy seguros de que nos guste la influencia que recibes en la escuela.

Lydia se sintió transportada de gozo. Se puso el calzado de tacones altos y bailó un rato.

-¡Estaré en Florida al mismo tiempo que Billy! ¿Verdad que es divino? Y todo es obra tuya, Violeta. Eres admirable... A lo mejor consigo que mamá te lleve conmigo a Florida.

Violeta adoptó un aire filosófico. No era ninguna tonta.

-¡Quizá...! -le dijo secamente.

CAPÍTULO VIII
WASHINGTON CARGA CON LAS CONSECUENCIAS

No me grites, mamá. ¿Quieres que toda mi vida recuerde que mi madre me ha gritado?
Violeta Meadows Granden

La señorita Kilbridge, directora de la escuela para niñas que llevaba su nombre, había llegado a pensar en no celebrar el concurso anual de composiciones, porque tenía miedo de que Violeta lo ganara. Y, por supuesto, Violeta lo ganó. Cuando fue anunciado en la pizarra de boletines de la escuela, Violeta vio que el premio era un viaje a Washington; y era precisamente la época de ir, porque allí estaba su madre, perdiendo el tiempo en hacer antesalas por las oficinas públicas a la rastra de, por lo menos, cinco proyectos separados de mejoramiento social. Violeta estaba segura de que podría serle de mucha ayuda. Y era claro y sencillo que la mejor manera de llegar, ya que la bolsa familiar no daba para trenes, consistía en ganar el concurso y su correspondiente viaje gratis.

Trabajó enérgicamente en su composición, cuyo tema era "Qué puede significar para una niña el Gobierno de los Estados Unidos, y viceversa". Pasó largas horas de intensa concentración, quemándose las cejas sobre el papel y retorciendo nerviosa sus trenzas. Estaba resuelta a que fuera la mejor composición que jamás pudiera escribir una niña de su edad. Evidenciaría sorprendente comprensión. Y con toda seguridad que en ningún momento abrigó dudas a este respecto. Nadie podía decir que se tuviese desconfianza.

El jurado elegido para juzgar acerca de los manuscritos quedó realmente turulato.

-¡Oh, Dios mío! -dijo la señorita Kilbridge decididamente fastidiada. La composición de Violeta Granden está muy por encima de todas, desde cualquier punto de vista que se la mire. Y, sin embargo, me aterra pensar lo que puede pasarle a Violeta en Washington.

-Diga más bien lo que puede pasarle a Washington -dijo la señorita Walsh, del departamento de sociología.

Las maestras se cambiaron miradas de inteligencia. Se diría que Violeta poseía la facultad de crear una clase especialísima de trastornos dondequiera que fuese.

-Tal vez podríamos cambiar el premio -sugirió alguien-. ¿Por qué no lo damos en efectivo?

La señorita Kilbridge suspiró.

-¿Creen por un solo momento que Violeta lo aceptaría? Quiere hacer el viaje a Washington y sería capaz de llevarnos a los tribunales. Nos acusaría de incumplimiento de promesa.

Se oyó la risita de una maestra a quien todavía era capaz de hacer gracia Violeta, sencillamente porque no la tenía en ninguna de sus clases.

-¿Y por qué no le damos el premio a cualquier otra? -inquirió con valentía la señorita Walsh

La miraron juntando mucho las cejas.

-No -dijo la señorita Kilbridge-. La composición de Violeta es la mejor y merece el premio. Washington no tiene más remedio que cargar con las consecuencias.

Cuando se anunció la ganadora del premio, Violeta se mantuvo serena.

-Me siento muy dichosa -dijo cortésmente a la señorita Kilbridge, que le dio la mano en la plataforma del salón de actos del colegio-, aunque no diría que haya sido una sorpresa.

Todavía sonrió la señorita Kilbridge, con aquella sonrisa suya tan peculiar y que reflejaba un ligero terror, precisamente el que en ella motivaban a menudo las palabras de Violeta.

Violeta fue al teléfono para trasmitir la noticia.

-He ganado un viaje a Washington -dijo a su tía Ester-, me voy el jueves que viene.

-¡Muy bonito! -dijo la tía Ester.

-Y otra cosa muy buena -continuó Violeta-; ya que mamá está allí y

puede cuidarme, la escuela está conforme en no asignarme acompañante. ¿Verdad que está bien?

-Puede ir Bruce contigo -dijo la tía Ester-. Si bien no tenemos que devolvérselo a tu madre hasta el sábado, creo que no se enojará porque le estafemos unos pocos días.

Violeta suspiró. Su hermano Bruce era un gran fastidio, ya que no tenía más que diez años. Pero se mantuvo filosófica. A los doce años había aprendido ya que no hay alegría sin dolor, especialmente cuando se tiene hermanos y hermanas

Para despedirlos en el tren el jueves siguiente, acudieron a la estación la tía Ester y la señorita Russell, de la escuela.

Violeta se hallaba realmente emocionada y la ansiedad impartía fulgor a sus ojos graves. Pero, exteriormente, conservaba su empaque un tanto desdeñoso.

-¿Por que se agitan tanto los que salen de viaje? -decía-. Todo es cuestión de meterse en el tren y partir.

Y eso es lo que hizo, prestándole apenas medio oído a las instrucciones finales de la tía Ester y a la extática descripción que le ofrecía la señorita Russell de las cosas que debía ver en Washington. Se acomodó en su sillón pullman, diciéndole al camarero que tuviera especial cuidado con la sombrerera en cuyo interior estaba Juan Sebastián. Se consideró mayor. Era la primera vez que viajaba sola en un tren. Se habría sentido mayor del todo, si Bruce no hubiese estado con ella. Bruce no hacía otra cosa que saltar en su asiento. Violeta se indignaba. Era un niño imposible, uno de esos niños a quienes los adultos cosen una etiqueta cuando los mandan por tren.

-¡Va a salir! -gritó el guarda.

Por fuera de las gruesas ventanas, la tía Ester y la señorita Russell hacían esas muecas de bon voyage, detestables aunque bien intencionadas, y movían las manos de un modo que Violeta consideró increíblemente falto de dignidad. No se me ocurre, pensó, para qué tienen que lanzarse a esos extremos. Ella movió una vez la mano y con eso bastó. A Bruce le faltó poco para desencolarse con sus despedidas mientras el tren salía de la estación, deslizándose suavemente junto al andén.

Violeta corrió su asiento hacia el otro lado y se hizo la ilusión de que no estaba con Bruce. Se sentía singularmente molesta porque acababa de ver a un niño crecido, de unos catorce años de edad, que estaba en otro extremo del vagón y contemplaba a Bruce y Violeta con un aire de superioridad que nuestra heroína no tenía la menor intención de soportar. Desvió la mirada en un gesto que le parecía resueltamente sofisticado y luego, con indiferencia y un soberbio fingimiento de cansancio del mundo, abrió el ejemplar de Ciudad y Campo que se había traído para darle al viaje un cierto cachet.

Bruce, en cuyo carácter estaba el ser una monada de niño educadito, trabó conversación casi en el acto con varias personas. Y llegó a avanzar por el corredor y hablarle al niño de catorce años. El chico se mantuvo un poco alejado, porque, después de todo, tenía que sentar

con fuerza el obvio principio de que entre los niños de catorce y los de diez años hay poco en común. Violeta, mirando de reojo por fuera del marco de sus gafas, pudo advertir que su aire de superioridad respecto de Bruce era en realidad muy correcto. Mejor no lo hubiera hecho ella.

Bruce hablaba también con las personas que se sentaban cerca del chico de catorce años. Aquello parecía una familia. Violeta los estudió detenidamente. Dedujo que serían madre, padre, y sus dos hijos, una niña de unos dieciséis años y un niño. Como grupo, no ofrecían ningún motivo especial de atracción. La madre y el padre eran personas pequeñas y regordetas que se mantenían muy derechos en sus sillones pullman y tenían un aspecto vago e inquieto. La madre se sonaba constantemente las narices con servilletas de papel extraídas de un pequeño botiquín antiguo. El padre no hacía más que seguir sentado.

Sin duda Bruce dijo algo de ella, porque todos a un tiempo volvieron las caras y la miraron. Bruce le hizo seña de que se les uniese. Violeta fingió no ver. Cerró los ojos tranquilamente, como si los hubiera tenido cerrados todo el tiempo. Pero Bruce vino corriendo a buscarla.

-Ven a conversar con la familia Wagner-le dijo muy emocionado por haber hecho esa nueva amistad-. También van a Washington.

-¡Poramorde Dios! -le dijo indignada-. Tú sabes que yo soy antisocial.

-Nunca han estado en Washington, y allá en Minnesota, Gregory tienen un coatí vivo -dijo Bruce, al tiempo que sacaba a Violeta de su asiento a tirones. Apesadumbrada, Violeta puso a un lado su ejemplar de Ciudad y Campo. Se había olido que los Wagner no apreciarían el detalle.

-Encantada, querida-dijo la señora Wagner, después que Violeta llegó y estuvo de pie frente a ella-. Viajan solos, ¿verdad? ¡Qué lindo!, ¿no es cierto?

Violeta comprendió en el acto que jamás habría comunión espiritual

entre ella y la señora Wagner. Detestaba a la gente que hace preguntas y no espera la respuesta. En realidad, la señora Wagner nunca esperaba nada. Su conversación era seguida, deliberada e implacable. Era una mujer limpia, redonda y nasal. Llevaba un sombrerito chato que se posaba como un pájaro sobre su cabeza. Tenía manos pequeñas de querube, singularmente acogedoras. Acerca de su aspecto, Violeta pensó que era el de las mujeres que en un momento u otro han tejido una colcha ganadora de premio.

El señor Wagner era también redondo y regordete. Sólo que no hablaba. Su cabeza calva tenía el aspecto de un diente de león después que le han soplado la pelusa. Sus ojos eran pequeños y saltones. En cierto modo tenía el aspecto de un pajarito bien cebado que cambia la pluma.

-Nuestro apellido es Wagner, querida -decíale la señora Wagner al tiempo que metía las manos en su botiquín para buscar una nueva servilleta de papel-. Somos de Minneapolis. Mi esposo se dedica allí a la venta de alimentos para perros.

-¿Alimentos para perros? -inquirió Violeta enarcando las cejas.

-¿No has oído hablar del Alimento para Perros Hot-Diggety y el Alimento para Gatos Kitty-Korner? Son de mi marido.

La señora Wagner bajó la cabeza sobre el cuello, con orgullo.

-Mi hijo se llama Gregory, y mi hija Cornelia.

Gregory saludó sonriente y la nuez le bailó con tanta violencia que tuvo que reajustarse el lazo de la corbata. Tenía una frente con protuberancias, de ésas que sugieren la idea de haber tenido cuernos.

Cornelia ya estaba sonriendo, de modo que lo que hizo fue mirar a Violeta; sonreía siempre. Su grueso cabello castaño le caía mucho a un lado de la cara, estropeando un tanto la hermosa simetría de sus facciones. Violeta tuvo la sensación peculiar de que procuraba imitar a alguna actriz de cine.

-Hola -dijo.

Violeta la analizó en el acto. Voz encantadora y muy baja, y un coeficiente intelectual que hacía juego con la voz. Así era Cornelia. -En realidad hemos venido por causa de Cornelia. Por supuesto, mi marido tuvo que venir a Nueva York por asuntos de negocios, pero no hacía falta que viniéramos todos. Sin embargo, decidimos que Cornelia viese Washington. Cornelia está en cursos adelantados de la escuela secundaria. Y cuando ya se cursan esos estudios avanzados, con la instrucción cívica y todas esas cosas, ... se oye hablar mucho de nuestra capital. Lo que quiero

decir es que para Cornelia será muy bonito verla. Está emocionadísima, ¿verdad, Nell? La llamamos Nell, Nell o Hermana.

Nell o Hermana se movió como si apenas se diese por enterada a medias. Le gustaba que hablaran de ella, pero siempre terminaba rascándose.

-Nerviosidad -dijo la señora Wagner-. Nell, no te rasques.

-Me pica.

-No te pica.

-Creo que yo debo saber si me pica o no.

-No son más que nervios -comentó la señora Wagner.

Una conversación muy estimulante, pensó Violeta, compungida. Si fuera la hora de comer, podría abandonar a los Wagner y caminar con elegancia al comedor, llevando consigo su ejemplar de Ciudad y Campo.

-Pero yo no debería venir nunca al Este -dijo la señora Wagner, extrayendo una nueva servilleta-. La nariz. La humedad. Cuando vuelva a mi casa tendré la nariz igual que una zanahoria. Y yo creo que toda esta nerviosidad de buscar sitio en que vivir me hace peor. ¿Sabes lo que nos ha ocurrido? Creíamos que teníamos lugar reservado en uno de los mejores hoteles de Washington, y de pronto resulta que no hay tal cosa. Ha pasado algo raro. Se ha colado alguno. No sé cómo. Y dicen que no es cuestión de buscar mucho ni de ofrecer más dinero. Al parecer, Washington está atiborrado de gente. Bueno, yo no sé qué voy a hacer, ¡es que no lo sé realmente! ¿Qué dices tú?

Fue entonces cuando habló el señor Wagner. Más bien dicho, habló el oráculo.

-Algo haremos.

Escuchadas esas cuerdas palabras, la señora Wagner pareció sentirse muy tranquilizada.

-Bueno, supongo que encontraremos algún sitio. Pero me gustaría saber dónde. Me gustaría saber que tendré un lugar en que descansar la cabeza y... y todo eso. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

-Y lo peor es que los hoteles son terriblemente caros -dijo Violeta, en cuyo cacumen empezaba a germinar una idea.

-Presumo que sí -suspiró la señora Wagner, aposentando otra vez la cabeza en el cuello, como las aves-. Aunque eso no importa mucho. Después de todo, estamos de vacaciones. Y lo hacemos por la educación de los niños. Que gastemos dinero, no importa. Sea como sea...

Pensativa, Violeta se retorció las trenzas. No le preocupaban mayormente los Wagner, pero no era aborrecible la idea de hacer dinero a costa de ellos. ¡Qué bonito sería volver a Nueva York después de ese viaje, con dinero ganado fuera! ¡Qué gran satisfacción!

Una señora de edad, cuyo labio superior parecía el hocico de un caballo, se inclinó en dirección a la señora Wagner. Había escuchado toda la conversación.

-No he podido menos de oír-dijo- Y quiero decirle que tiene razón de sobra para estar preocupada. Washington está muy congestionado. Dudo que llegue a encontrar lugar.

Los Wagner la miraron fijamente; y la señora de edad volvió a sentarse en su sitio, encantada de haber puesto las cosas en su punto.

-¿Has visto? -preguntó la señora Wagner a su esposo ominosamente. Vino un camarero y sonó la primera llamada a la comida. Violeta se excusó y Bruce se dirigió al comedor.

Violeta se olvidó de llevarse su ejemplar de Ciudad y Campo, de tan enfrascada como estaba con su nueva idea. Mirando fijamente al mozo, ladeaba la garrafa del agua y pensaba si podría llevar a cabo lo que estaba ocurriéndosele.

Bruce concluyó la sopa y decidió ser maquinista del tren.

-¡Chuck-a-chuck, chuck-a-chuck, chuck-a-chuck, ssss!...

-¡Basta! -lo increpó Violeta con mucha dignidad-. Estoy pensando. Al concluir el almuerzo, había resuelto decididamente que el plan sería puesto en práctica. Temía que la madre no estuviera conforme, por lo cual determinó no decirle nada, sino partir de la base de que estaría tan ocupada que no se daría cuenta. Y, después de todo, se dijo, aquello sería hacer una buena acción, porque ayudaría muchísimo a los Wagner. Nada era tan grato a Violeta como hacer una buena acción, sobre todo si en ella iba involucrado un triunfo financiero.

Al volver a su vagón, Bruce dijo que tenía que ir al reservado de niños.

-Bueno -expresó Violeta, pensando que de ese modo tendría oportunidad de hablar con los Wagner a solas.

-Señora Wagner-dijo, al detenerse junto al grupo familiar-. Creo que sé dónde puedo encontrarles cuarto en Washington.

-¿Lo sabes? ¿En serio? -inquirió anhelante la señora.

-Y, además, cuartos preciosos. Es el mismo sitio en que yo voy a parar.

-¿Has oído esto? -preguntó sonriendo a su esposo la señora Wagner.

-Es un departamento privado y yo creo que la dueña tiene otros dos
dormitorios y baño. Son muy especiales y los alquila por quince dólares diarios.

-¿Con comidas? -preguntó la señora Wagner.

-¡Oh, no! Sin comidas -explicó presurosa Violeta. Era forzoso trazar una línea demarcatoria-. Pero los cuartos son divinos. Mire, ésta es la dirección.

Escribió en un pedazo de papel las señas de su madre y se lo entregó a la señora Wagner.

-Si quiere los cuartos, lo mejor sería que pasase lo más pronto posible después de llegar -dijo.

-La solución parece estupenda -expresó la señora, sonriéndole-. Muchas gracias, querida. Te quedamos muy agradecidos.

-Es un placer serles útil -manifestó Violeta. Y al volver a su asiento, no pudo resistir la tentación de patinar alegremente por el piso, un trecho muy corto, a pesar de toda su pasión por la dignidad.

En su departamento de Washington, la señora Carlota Watrous hablaba con Hermoso Amor, su doncella de color.

-Oye, H. A. -dijo con firmeza-, mañana me llegan invitados de mucha importancia, de modo que procura tener en inmaculado estado los dos cuartos que dan al extremo de la sala. Yo ni siquiera tengo tiempo de echarles un vistazo, de modo que me veo precisada a depender de ti. No me fallarás, ¿verdad?

-No, señora -dijo Hermoso Amor, sin mayor entusiasmo.

-Es infortunado que mis hijos lleguen al mismo tiempo, pero nos arreglaremos lo mejor que podamos. Pon a Bruce en el cuartito de vestir y a Violeta, con un catre, en la biblioteca. ¿Estamos de acuerdo?

-Sí, señora -contestó Hermoso Amor, pero sin mayor énfasis. Carlota miró el reloj y salió corriendo. Apenas tendría tiempo de recibir a los niños en la estación y salir presurosa a su reunión de junta. Carlota iba siempre corriendo de una cita a otra. En especial, durante aquellos días, en que trabajaba de sol a sol buscándole apoyo al proyecto de ley industrial que presentaría Deniston. Con sólo ver a Carlota se notaba que desarrollaba mucha actividad en política. Una vez se dijo de ella que sus órganos internos se dividían en tres partes: ejecutiva, legislativa y judicial.

En la estación, Carlota miraba en el andén a los pasajeros llegados en el tren, una cuarta parte de su mente preocupada con los niños y las otras

tres cuartas partes con asuntos de gobierno. Luego vio que Violeta venía hacia ella llevando a Bruce de una mano y la sombrerera en la otra. Abrazó con cariño a los chicos, un poco abstraída.

Violeta levantó la mirada y distinguió a los Wagner arrastrados por el oleaje.

-Hasta luego, querida -dijo la señora Wagner, saludándola con una servilleta de papel.

-¿Quiénes son? -interrogó Carlota.

-Gente -contestó Violeta con expresión vaga.

-Tenemos que apresurarnos-dijo Carlota, que en realidad no escuchaba la respuesta de Violeta-. Tengo una reunión de junta a las tres... Bueno, bueno ¿cómo estás, querida? ¿Has crecido algo más? ¿Leíste aquel libro de Platón que te dije?

Resultaba curioso que Carlota hubiera podido tener hijos. No podía considerarlos más que como personas mayores. Jamás se le ocurría hablar a un niño en lenguaje adecuado. No podía extrañar que Violeta fuese la criatura precoz que era. Carlota la había amamantado con los clásicos.

Se apretujaron en un taxi, sosteniendo Violeta con cuidado la morada de Juan Sebastián.

-Presumo que estás ocupadísima, ¿verdad, mamá?-preguntó Violeta, esperanzada.

-Hija mía, estoy atareada a más no poder. Nos da un trabajo enorme el proyecto Deniston de ley industrial. Como presidenta de la Asociación de los Derechos de la Mujer y los clubes feministas de América, gran parte del peso recae sobre mí.

-¿Por qué es tan difícil hacer aprobar una ley cualquiera? -preguntó Violeta-. Yo creí que para eso estaba el Congreso, para aprobar leyes.

-Hay en el Senado un cierto grupo que se opone obstinadamente -expresó Carlota con desasosiego.

-¿Y tú no puedes convencerlos? -preguntó Violeta, como si hacer tal cosa fuera lo más sencillo del mundo.

-Son muy cerrados de mollera manifestó Carlota, apesadumbrada, mientras el antiguo destello de luchadora asomaba a sus ojos-. Pero Norman Elving llega mañana. Es tan sólo comerciante, pero ejerce un gran ascendiente sobre varios senadores. Yo creo que si apoya el proyecto, tal vez quede aprobado. Confío mucho en el señor Elving.

-Mira, mamá -dijo de pronto Bruce, adoptando un aspecto siniestro y

moviendo mucho los brazos-. Soy senador, uno de los senadores más terribles.

Carlota se miró el reloj, que llevaba colgado en el pecho.

-Temo que voy a llegar tarde dijo-. Miren, hijos, voy a dejarlos en la puerta de la casa, para seguir sin detenerme. Hermoso Amor estará allí. Y es posible que esté Henry Watrous.

Siempre citaba a este último por su nombre completo delante de los niños, como si ellos, desde que lo vieran la última vez, se hubieran olvidado de quién era. Y, en vista de su insignificancia, esto no era del todo desacertado.

-¿Estarás ausente el día entero? -preguntó con toda intención Violeta.

-Llegaré un momento a las seis y media, a fin de vestirme para el banquete del Club Pan-Americano. Siento mucho que hoy podré verlos muy poquito.

-¡Oh, está bien! -le dijo Violeta rápidamente. Y no había duda que lo estaba. Sería mucho más fácil dar ubicación a los Wagner en el departamento sin que la madre se enterara. De Hermoso Amor y Henry Watrous ya se encargaría ella. Hermoso Amor le tenía miedo. La última vez que viera a Violeta, ésta le había dirigido una maldición por delatarla con motivo de haber cometido una pequeña travesura. Violeta miró indignada a Hermoso Amor y le dijo con estudiado canturreo:

-Gallia est omnis divisa in partis tres.

-¿Y eso qué quiere decir? -preguntó nerviosa Hermoso Amor.

-Quiere decir que ojalá se te multipliquen indefinidamente los cálculos biliares -contestó Violeta-. Es la peor maldición que se conoce en toda la historia de la magia negra.

En cuanto a Henry Watrous, éste se pasaba la mayor parte del día en la Biblioteca del Congreso. Y aunque viese allí a los Wagner, era tan distraído que no se daría cuenta de nada. Sonreiría confundido y pensaría que eran invitados de Carlota.

Le preocupaba la madre. Era necesario mantenerla ajena al asunto. O, más bien, mantener a los Wagner ajenos a la casa. Violeta creía que era posible. Se acordaba de los quince dólares diarios que se metería en el bolsillo, y le parecía fácil. Alegremente, se puso a silbar un aria de Bach, para cuerdas, en Sí.

-Supongo que deberías ver las cosas de Washington que son dignas de

verse -decía Carlota con el entrecejo fruncido-. Pero vaya uno a saber cuándo tendremos tiempo de llevarte.

-Me gustaría ver una sesión del Senado -dijo Violeta, muy interesada. Me gustaría escupir en la galería de visitantes y hacer lo mismo con un par de senadores.

-¡Querida Violeta! -protestó rápidamente Carlota.

-Bueno, por lo menos tirarles la goma de mascar. Hay uno o dos viejitos que no me gustan.

-En el Senado no se permite la entrada a los niños-mintió resueltamente Carlota. ¡Cualquier día iba a arrostrar la responsabilidad de que Violeta se pusiese a molestar a los senadores!

-¿Desde cuándo? -preguntó Violeta, sin creerlo; pero Carlota no le contestó.

Violeta miró de frente, pensativa y cejijunta.

-Voy a tener que trabajar a favor del sufragio de los niños en este país -dijo al cabo de un instante-. A eso tendré que dedicarme.

Carlota dejó a Violeta y a Bruce a la puerta de los departamentos y se marchó sin perder tiempo a su reunión de junta.

Para Hermoso Amor no fue ninguna alegría ver a los niños. La cara se le retorció, nerviosa.

-¿De modo que ya están de vuelta? -preguntó gruñendo.

-Oye, H. A. -dijo Violeta, comprendiendo que no había tiempo que perder-; tengo que hablar contigo algunas palabras. ¿Estamos?

-No me vaya a maldecir de nuevo, señorita Violeta. Yo no he hecho nada. Y la última vez que me maldijo con aquella, de los cálculos biliares, me sentí muy mal un mes y medio.

Violeta adoptó un aire omnipotente.

-No tengas miedo, Bello Amor -le dijo, estropeándole el nombre a propósito-. Mientras no delates mis secretos, no ejerceré mis artes maléficos.

-¿Tiene secretos? -inquirió con tristeza Hermoso Amor. Debí adivinarlo.

-Claro. Yo siempre tengo secretos. Pero escúchame. Esta tarde van a venir unos viejos amigos de mamá, muy viejos amigos; pero no queremos que mamá se entere, ¿sabes?; deseamos darle una sorpresa. Así que los instalaremos en los dos cuartos de huéspedes que hay al extremo de la sala y a mamá no le diremos ni una palabra. ¿Resulta claro?

Hermoso Amor la miró agriada. -Ya lo sabe -dijo.

-¿Cómo? ¡No es posible! -manifestó Violeta, sorprendida.

-Sí, lo sabe. Me dijo esta mañana que venía gente.

-¡Ah! Debe de ser otra gente que vendrá la semana siguiente -dijo Violeta, descartando sin más análisis la tesis de Hermoso Amor-. Estos que yo digo se llaman Wagner. Pero quedamos en que a mamá, ni una palabra, ¿eh? ¿Lo entiendes bien?

-Claro que lo entiendo -respondió Hermoso Amor, sacudiendo indignada el trapo de limpiar los muebles-; pero no creo que a su mamá le gusten las sorpresas.

Violeta se acomodó los anteojos con altanería.

-Me parece que debo conocer a mi madre mejor que tú.

-Sí, pero ya son muchas las sorpresas que le ha dado.

-¿Cuándo?

-Cuando nació, por ejemplo. Violeta la miró entristecida.

-H. A. -le dijo-, ¿no me quieres?

-La aguanto -contestó Hermoso Amor, suspirando-. Cuesta mucho trabajo quererla exactamente. Pero la aguanto.

Una hora después, cuando Violeta abrió a los Wagner la puerta del departamento, sentíase como una combinación conjunta de buena samaritana, niña scout y Florencia Nightingale, todo en uno. Había olvidado el burdo aspecto financiero del asunto y concentraba su atención en el lado humanitario. Estaba ejecutando una acción caritativa, esas almas vagabundas tendrían un sitio en que poner a descansar sus fatigadas cabezas. La idea no podía ser más dulce y plácida. La subrayaría en su diario.

Al entrar los Wagner, se veía que estaban exasperados y atontados. Habían probado en muchos sitios sin éxito alguno. No encontraban habitaciones.

-Ahora, querida-expresó la señora-, no vayas a decimos que tampoco aquí están disponibles ya los cuartos.

-Están libres -le dijo Violeta-. He hablado con la patrona, la señora Watrous, y está conforme en dejarlos por el precio convenido. En este momento no está en casa.

Violeta tenía una mano en la espalda, con los dedos cruzados.

-¡Oh, qué gran consuelo! -exclamó la señora Wagner, apoyando su cabeza en el cuello, al estilo de las aves-. ¡No sabes cuánto me he preocupado! -agregó, dirigiéndose a su marido.

-Lindo sitio -comentó Cornelia, mirando en torno y sonriendo, como de costumbre.

-¿Hace mucho que conoces a esa señora Watrous? -preguntó la señora Wagner quitándose el sombrero.

-Es una especie de parienta mía... en cierto modo-contestó Violeta, sin darle mayor importancia al asunto.

Los Wagner fueron conducidos a los cuartos de huéspedes al extremo del departamento. Eran dos dormitorios separados del resto de la casa, con un cuarto de baño en medio, y Violeta sabía que su madre rara vez tenía tiempo de ir por allí. La señora Wagner y Cornelia tomaron uno, y el señor Wagner, con su hijo Gregory, el otro.

El primer enredo en perspectiva era la vuelta de Carlota a las seis y treinta. Violeta confiaba que los Wagner hubieran salido a comer para ese momento. Ya se arreglaría ella para que saliesen.

Les dijo que había un lugar estupendo para comer, a sólo cinco cuadras de distancia, pero que tendrían que llegar temprano si querían estar seguros de conseguir mesa. A las seis y veinte salieron los Wagner, y alas seis y treinta y cinco volvió Carlota. Violeta lanzó un suspiro de alivio.

Carlota se vistió rápidamente y volvió a salir para el banquete, deteniéndose lo necesario para decirle a Violeta con una sonrisa vagamente maternal:

-¿Te diviertes en Washington, querida? ¿Qué has hecho toda la tarde? -Estuve haciéndome la ilusión de que era el ama de casa -respondió la niña, devolviéndole la sonrisa con mucha dulzura.

-Debemos arreglar de modo que veas Washington -expresó Carlota. Para eso has venido. No puedes jugar a las amas de casa todo el tiempo.

-No era un juego realmente -le dijo Violeta, adoptando un aire impenetrable y misterioso.

Carlota se marchó, sin preocuparse por desentrañar el sentido de las palabras de su hija.

Volvieron los Wagner y anunciaron que se acostarían en seguida, con objeto de levantarse temprano al día siguiente y empezar a ver la ciudad. Otra buena noticia para Violeta, pues la madre se levantaría tarde.

-¿Dónde está la patrona? -preguntó la señora Wagner-. Parece raro no haberla visto.

-Está muy ocupada -manifestó Violeta-. Cuestiones de gobierno, ¿saben? Me pidió que la disculparan.

-Bueno, supongo que la veremos mañana de mañana, de modo que está bien.

"¡Como no pasen por encima de mi cadáver!", pensó Violeta.

El señor Wagner iba de un lado a otro, con aspecto un poco triste y aplicándose palmaditas al estómago.

-Tiene flato -explicó la señora Wagner en el mismo tono en que suele hablarse del tiempo.

-Si pudiera tomar un poco de agua caliente -dijo muy débilmente el señor Wagner.

Hermoso Amor se la trajo; luego los Wagner se metieron en sus cuartos. Violeta empezó a sentir el esfuerzo. Se sentía cansada. Se desvistió, hizo tres anagramas y se acostó en el catre de la biblioteca. Horas después se despertó y oyó que alguien andaba por la sala. Abrió la puerta de la biblioteca con recelo y vio al señor Wagner vestido con una salida de baño llena de dibujos que representaban bellotas. Se golpeaba el estómago y miraba a todas partes desconsolado. Sonrió esperanzado a Violeta cuando la vio.

-Sigue el flato -murmuró con voz ronca-. Estoy buscando la cocina para tratar de calentar un poco más de agua. Violeta miró nerviosa la puerta cerrada del dormitorio materno, y condujo al señor Wagner a la cocina.

Le dio agua caliente y se preocupó de que llegase sano y salvo a su habitación. Estaba volviendo a la biblioteca cuando la madre abrió su puerta.

-Me pareció que hablaba alguien -dijo Carlota lacónicamente.

-Era yo -manifestó Violeta.

-Oí voz de hombre -prosiguió Carlota.

-Debe de ser que mi voz cambia a veces -dijo Violeta, procurando hacer grave su tono.

-¿Y qué andas haciendo por aquí, Violeta? Acuéstate.

-Quería beber un poco de agua.

Carlota bostezó.

-Bueno, voy a tomarme una pastilla para dormir. Necesito dormir bien, porque mañana tengo un día terrible.

Tal como las cosas vinieron a resultar, decir aquello era no decir nada. El horror empezó por la tarde, cuando Carlota con todo el aire de dueña de casa que en ella era posible, trajo a los Elving al departamento como invitados. Carlota se deshacía en zalamerías. Había decidido conquistar a Norman Elving para la causa, o morir en la lucha por conseguirlo. Ningún esfuerzo era excesivo. Norman Elving y la esposa deberían estar allí más cómodos y mejor tratados que nunca en ningún lugar. Su hospitalidad impecable determinaría de parte del invitado el humor preciso para adoptar públicamente una actitud favorable a la ley Deniston.

La tribu Wagner, completa con sus cámaras Brownie, recuerdos y piernas cansadas, había vuelto al departamento después de un día de mucho ajetreo entre los muertos por la patria. Venían llenos de fechas históricas y datos que imponían respeto. Todos, salvo el padre, que sólo venía lleno de flato. El señor Wagner se retiró en el acto a su cuarto. Cornelia y Gregory se dejaron caer en sillas del living-room y bostezaron. La señora Wagner quedó en pie en mitad de la habitación, quitándose el sombrero y abriendo un poco la boca para que Violeta se diera cuenta de que habían visto cosas maravillosas.

-Todas esas cosas, querida, la hacen a una pensar -dijo-. Esos monumentos y cementerios. ¡Tanta historia! Allí, por el suelo. Cientos de años de historia. Es maravilloso, ¿verdad?

-Pero está todo muerto -dijo Violeta, adoptando una actitud crítica.

-El Monte Vemon casi me hace llorar, de tan histórico que es.

-Usted sabía, por supuesto... que Washington usaba dientes postizos - observó Violeta.

Gregory se quitó un zapato. -Este calzado hace doler. Cornelia soñaba recostada en su sillón.

-Me gustaría conocer a un marino dijo-. Me encantan los marinos. ¿Viste, mamá, aquel que estaba en el monumento de Abraham Lincoln?

-Aquí hay un clavo-expresó Wagner, explorando el zapato de Gregory con su mano regordeta-. Un clavo, en estos zapatos que cuestan diez dólares!

En aquel instante se abrió la puerta del departamento y apareció Carlota, trayendo consigo al matrimonio Elving. Su cautivante sonrisa se le quedó congelada en los labios. Miró atónita a los Wagner. Los Elving quedaron

de una pieza y los contemplaron también. Un chofer de taxi dejó en el suelo las cinco valijas de los visitantes, y se marchó.

Violeta miró a la madre y tragó saliva. Carlota no encontraba palabras. El señor Wagner, en mangas de camisa, penetró en la habitación, golpeándose sistemáticamente la barriga.

-Desde el entierro del tío Fenton no tengo un ataque de éstos -dijo, dirigiéndose a su esposa. Mas de pronto vio a Carlota y a los Elving y se quedó mirándolos.

-¡Oh! -lijo-, perdón. Ignoraba que teníamos compañía.

Al contemplarlos fijamente, Carlota advirtió que su rostro se le enrojecía. El señor Wagner giró sobre sus talones y se alejó cojeando torpemente, como un pato herido.

Carlota lanzó una ojeada rápida a las caras de los esposos Elving. Ambos eran altos, personas más bien majestuosas, que mantenían las cabezas muy erectas. Les agradaba sentirse importantes, más aún, se sentían importantes. Por eso necesitaban sostener las cabezas de aquel modo. El señor Elving tenía una mandíbula fuerte y de regular tamaño, y su esposa una boca muy fina y esa clase especial de cabello plateado que parece hecho para cubrir una bandeja de plata llena de verdura. De momento, los dos Elving denotaron desconcierto y sorpresa. Se olieron que algo estaba mal.

Carlota dirigió a Violeta su indignada mirada.

-Violeta, creo que no conozco a estas personas -dijo con terrible nerviosidad.

-Son los Wagner -dijo Violeta, retorciéndose rápidamente una trenza y un poco sin resuello.

La señora Wagner se adelantó. Tenía una mano metida dentro del zapato de Gregory.

-Usted debe de ser la señora Watrous -dijo, apoderándose con mucho entusiasmo de una mano de Carlota-. Me encanta conocerla por fin. Estamos contentísimos con los cuartos. Haberlos conseguido es para nosotros un motivo de inmensa alegría. Este es mi hijo Gregory, y aquí está nuestra hija Cornelia. Solemos llamarla Nell o Hermana.

Gregory sonrió con una de sus sonrisas bobaliconas, tomó el zapato y se acercó saltando a la silla, para ponérselo.

-Me... me temo que no entiendo esto -expresó Carlota.

-Es muy sencillo-explicó Violeta-; la familia Wagner no tenía dónde

parar. He alquilado los dos cuartos del extremo de la sala a razón de quince dólares por día.

-¿Los... los cuartos de huéspedes?-inquirió Carlota con voz resonante. -Es que los pobres Wagner -siguió explicando Violeta, con la firme esperanza de que la madre entendiera por fin lo humillante de aquella situación- no podían encontrar alojamiento en ningún lugar.

-¡Dios mío! -exclamó consternada Carlota.

El señor Elving y su esposa se miraron con las cejas arqueadas. Carlota hizo un esfuerzo por dominarse.

-Los esposos Elving son mis invitados en esta casa -dijo por último a Violeta.

Entonces comprendió Violeta la dificultad.

-¡Oh! -dijo.

La señora Wagner dedicó a los Elving una sonrisa francota.

-¿Se llaman Elving? -preguntó-. Yo conocí un tal Daniel Elving en Saint Paul. Un hombre muy rollizo, decididamente bizco. ¡Qué buena pieza! ¿No será pariente de ustedes?

-Creo que no -dijo con frialdad el señor Elving.

-No es un apellido muy común -siguió hablando la señora Wagner, y se dirigió a los Elving, sonriendo-: ¿Son ustedes turistas también?

-El matrimonio Elving está invitado por mí -aclaró Carlota rápidamente-. Y me temo que se ha producido una confusión terrible. Yo no quiero alquilar esas habitaciones. Lo siento, pero tendrán que dejarlas libres.

A la señora Wagner se le abrió mucho la boca.

-¿Cómo? Si ya nos hemos mudado. Estamos aquí desde ayer. No hay dónde ir. Ni con esfuerzo ni con dinero. Aparte de que nos sentimos cansadísimos, mi esposo tiene flato...

-Lo siento muchísimo -repitió Carlota con firmeza-. Pero en todo esto hay un error. Violeta, como de costumbre, se ha tomado demasiadas atribuciones.

Intervino la señora Elving con cierta acritud.

-Tal vez somos nosotros los causantes de la dificultad. Podríamos ir a un hotel...

-No, no, no... -dijo Carlota, empezando a sentirse desesperada-. Todo este asunto quedará arreglado, yo les aseguro. No se incomoden, por favor. Quítense las cosas. Tomarán algo, ¿verdad?

Violeta se había situado a la defensiva, abriendo las piernas. Fruncía el

entrecejo. ¿Por qué, pensaba con justa indignación, tenía su madre que complicar las cosas de ese modo?

Más tarde, cuando estuvieron solas Violeta y Carlota, Violeta trató de hacer de mártir.

-¿Cómo no se te ocurrió avisarme que los Elving vendrían de invitados tuyos? -preguntó-. Si me dijeras las cosas... Si tuvieras confianza en tus hijos...

Estaban desvistiéndose en la biblioteca. Después de mucho hablar, se arregló la cuestión del lugar para unos y otros en la forma que sigue: los Wagner se quedaban con sus dos cuartos. A los Elving se les daba el de los Watrous. Henry Watrous compartiría el de Bruce, y Violeta, con la madre, tratarían de dormir en el catre puesto en la biblioteca. Todos se acostaron con una desagradable sensación de incomodidad, tanto física como mental.

-Esto será motivo de un serio castigo -dijo Carlota con decisión.

-Tenía entendido que tú no creías en los castigos -expresó Violeta.

-Teóricamente, no-replicó Carlota-; pero he descubierto que, al fin de cuentas, soy humana. Y por ahora me declaro partidaria de menos teoría y más acción.

-¡Oh, mamá! -exclamó Violeta con un gesto altanero-, no seas tan fin de siécle.

Esta pequeña cita de francés mal empleada indignó a Carlota. -¿Sabes lo que has hecho? Me has estropeado la perspectiva de lograr que la ley Deniston sea aprobada. El señor Elving es un comerciante de mucha importancia, y tú lo has puesto en ridículo. Ya no querrá escucharme más. Me tomará por tonta. Las consecuencias repercutirán en la nación entera. ¡Y tú, criatura increíble, eres la causante de todo!

Violeta comprendió que tenía que conservarse tan serena como la heroína de una novela inglesa.

-No me grites, mamá -dijo-. ¿Quieres que toda mi vida recuerde que mi madre me ha gritado?

-Todavía no es todo lo que tengo que gritarte.

-Pero se le acerca mucho. No pretenderás que tus gritos sean oídos en Nueva York.

-La culpa es de tu padre. Te ha permitido hacer lo que se te antojara, sin que nadie te controlara.

-Tú le echas la culpa a él, y él te echa la culpa a ti -dijo Violeta entre suspiros-. Yo, personalmente, creo que la culpa es de la sociedad.

-Ve a limpiarte los dientes -ordenó Carlota en tono autoritario, al tiempo que se soltaba el largo cabello.

-¿En el cuarto de baño de los Elving o en el de los Wagner? -preguntó Violeta

-¡Oh, Dios mío! -dijo Carlota-. Entonces, no te limpies los dientes.

-¡Esta noche no, Josefina! -exclamó Violeta, a quien agradaba esa frase, aunque jamás supo qué quería decir.

-Me gustaría encerrarte en un reformatorio -manifestó Carlota con amargura.

Violeta seguía sin inmutarse.

-Yo creo que podría soportar el reformatorio, mamá. Te lo digo en serio.

Tiró la goma y se metió en la cama improvisada, acostándose con los brazos bajo la cabeza. Un ratito quedó pensativa y luego dijo: -Washington es divertido, ¿verdad, mamá? Me gusta Washington. -Tú no has visto nada de Washington-le dijo Carlota suspirando-. Has estado demasiado ocupada con tus maquinaciones. Pero mañana saldrás del departamento y pasarás casi todo el día fuera. Hermoso Amor, o Henry Watrous, o quien sea, tendrá que llevarte a ver la ciudad. Para eso has venido a Washington. No para hacer daño.

-Las estatuas y los monumentos me dejan un poco fría. Te lo aseguro, mamá. Pero me gustaría ver una sesión del Senado. Me agradan las legislaturas, los tribunales y los zoológicos. Cosas por ese estilo. El elemento humano, eso es lo que me gusta.

-Déjate de charla-le ordenó Carlota, de pronto cansadísima, sentándose en el borde del catre y tirando las chinelas de un puntapié.

Violeta miró preocupada las dimensiones abultadas de la madre y las dimensiones reducidas del catre.

-Córrete -dijo Carlota, apagando la luz.

Violeta se aplastó contra la pared. Carlota trepó a su lado y el catre se hundió. Violeta no tenía sitio ni para respirar.

-¿Recuerdas cómo solían prensar las flores en la época de la Reina Victoria? -preguntó Violeta débilmente.

-¿Con qué motivo se te ha ocurrido eso?

-Me pareció que el motivo sería evidente.

-Duérmete -dijo Carlota, volviéndole su espalda positiva y maciza.

-¡Ja, ja! -dijo Violeta, tratando de sacarlos brazos del cautiverio en que estaban, para que la sangre circulase un poco-. ¡Ja! ¡ja! -repitió. Acababa de acordarse que su madre dormía siempre como un leño. El sueño de los inocentes, mientras que ella... Suspiró y se puso a contar perros chihuahuas. Siempre había creído que era más fácil contar perros chihuahuas y no ovejas, ya que aquellos son más pequeños.

Habrían transcurrido diez minutos cuando alguien llamó a la puerta. Carlota se puso una bata y abrió la puerta que daba a la sala. Vestido con ropa de cama estaba allí el señor Elving y en su rostro se advertía una expresión peculiar.

-Lamento muchísimo incomodar -dijo con fría cortesía-, pero mi esposa y yo quisiéramos bañarnos y hemos pensado si no habría inconveniente en sacar la tortuga de nuestra bañera.

Carlota dirigió a Violeta una mirada iracunda y rápida.

Violeta salió con mucho garbo del cuarto y quitó a Juan Sebastián de la bañadera, poniéndola en la pileta de la cocina. Al regresar a la biblioteca Carlota andaba por la habitación con el cabello suelto y el rostro encarnado.

-Pareces lady Macbeth, mamá -lijo Violeta, siempre en clasicista.

Carlota se detuvo en seco delante de Violeta y la miró con ojos en que empezaban a brotar lágrimas de indignación. De pronto alargó una mano y le dio una bofetada.

Violeta, sorprendida y enojada, se llevó una mano a la mejilla afectada. -¡Mamá! -dijo con más extrañeza que dolor-. Me has pegado.

-Sí -dijo Carlota-, por último...

-¿Qué diría Bertrand Russell?

-Me tiene sin cuidado lo que pudiera decir. He tenido mi buen motivo para pegarte. Y no me sorprendería si lo hiciese otra vez.

Violeta, procurando mantener su dignidad, se encaminó al catre.

-Eres terriblemente sórdida, mamá dijo tan sólo.

Carlota meneó la cabeza, enfurecida.

-Estoy que ya no doy más -exclamó-. Y si me haces llorar, no te lo perdonaré jamás. Hace muchos años que no lloro.

Violeta se sentó muy primorosamente en el borde del catre, sin apartar la mano del carrillo.

-Tal vez sepas que esto dejará impresión indeleble en mi mente joven.

-¡Me gusta! -dijo Carlota.

-Y nunca volveré a mirarte como antes-siguió diciéndole Violeta, con un tono que tenía algo de ofendido.

-No se te ocurra pensar ni por un minuto que yo tampoco pueda ser para ti igual que antes. Esta vez, tu intromisión ha comprometido seriamente mi labor. Y no puedo pasarlo por alto... Pero ahora te acuestas y te callas.

Carlota apagó la luz y se introdujo en el crujiente catre, acomodándose al lado de Violeta. Ambas se daban las espaldas mutuamente. Todo fue silencio un rato. Pero Violeta sentía mayor indignación cada vez, y hubo un momento en que ya no pudo mantenerse callada.

-Quiero que sepas, mamá -le dijo dulcemente, sin moverse-, que te perdono.

Al día siguiente, en el desayuno, los Elving no se sentían más felices. Se los advertía muy aplastados, como si un destino perverso los hubiera condenado a pasar la noche en un manicomio. Sentados a la mesa, sus rostros eran impasibles, agriados. Carlota procuró animar el ambiente todo lo posible, y para ello habló mucho y trató de aparecer encantadora. Relataba sin cesar pequeñas anécdotas fascinantes sobre las interioridades de los círculos políticos de Washington, pero nada parecía divertir a los Elving. ¿Cómo no se me ocurrió pensar que serían gente sin humor?, preguntábase a sí misma. Llegó al extremo de obligar a Henry Watrous a mostrarse charlatán a la hora del desayuno, en vez de leer un libro, como era su costumbre.

-Pienso que lo mejor será que vayamos a visitar a una prima de mi esposa, que vive en Georgetown, y nos quedemos con ella a pasar la noche -dijo al cabo de un rato el señor Elving.

-Sería una excelente idea -comentó la señora Elving-. Es prima, y se muere por tenernos con ella.

¡Oh, Dios mío!, pensó Carlota frenéticamente, ¡quieren marcharse! Se irán y no podré conseguir el apoyo de Elving a la nueva ley.

-Tenía deseos de hablarle sobre el proyecto legislativo de Deniston -dijo Carlota, sin aliento-. No hay duda que su ayuda para la aprobación sería importantísima.

-Yo no estoy tan seguro -replicó fríamente el señor Elving.

-Esta misma tarde tengo una reunión con el senador Treemont y el senador McCorkle. Confío que usted acceda a acompañarnos. Me gustaría que conociesen sus puntos de vista.

La cara del señor Elving permaneció inexpresiva.

-Me temo que esta tarde no voy a poder. Tengo que atender asuntos comerciales.

Diciendo esto, el hombre miró directamente a Carlota.

-Además, creo que usted no debería contar con ningún apoyo de mi parte, señora Watrous. Tengo la sensación de que esa ley es apoyada por personas un tanto inconscientes.

Se refiere a mí, pensó Carlota.

Violeta, que estaba en silencio, comiendo dos huevos de cuatro minutos, miró a la madre con una molesta sonrisita de compasión.

Luego aparecieron en la puerta del comedor los esposos Wagner, trayendo a remolque a Gregory y Cornelia. Se los veía bañados literalmente en su brillante y sonrosada rubicundez. Hasta el propio papá Wagner parecía haber vencido en la batalla estomacal.

-Amigos, está empezando a llover fuerte -dijo la señora Wagner con cierta cortedad, como si el asunto del tiempo fuera un tópico arriesgado. Y se me ha ocurrido pensar si ustedes tendrían la amabilidad de permitirnos tomar un poquito de desayuno aquí. Ya sé que el desayuno no está incluido con los cuartos, pero esta lluvia es tan incómoda...

-¡Por supuesto que sí! -exclamó Carlota-. Encantada.

-Naturalmente, esto se lo pagaremos aparte -dijo el señor Wagner, al tiempo que penetraba su tropilla.

En el acto se produjo una gran confusión. Todos se levantaron, tratando de cambiarse de sitio y hacer lugar para los recién llegados. Hubo ruido de sillas que se arrastraban y vajilla que chocaba. El mantel fue arrancado limpio de la mesa y una taza de café se derramó en la ropa de la señora Elving. Era evidente que los Elving consideraban aquello como la última cuerda de la bandurria.

-Por supuesto-expresó la señora Elving, mientras se encaminaba a su dormitorio-, el vestido ha quedado arruinado.

A Carlota le faltó poco para desmayarse.

-¡Oh, Dios mío! -exclamaba-. Siento mucho lo ocurrido.

-Esto parece una gran familia ¿verdad? -opinó mimosa la señora Wagner. Metió un poco la cabeza en el cuello y dirigió miraditas coquetas al señor Elving.

Carlota no podía aguantar más. Sabía que todo estaba perdido, y presintió que habría de sufrir pronto un violento ataque de indigestión. Buscaría a la señora Elving para disculparse ante ella, y luego se dirigiría

a su oficina. Era clarísimo que allí no llegaría de ningún modo a ningún lugar. Se levantó de la mesa y salió, no sin antes dirigir a Violeta una mirada tan llena de maternal devoción como una poción de los Borgia.

Violeta siguió tranquilamente bebiendo la leche.

-¿A qué negocio se dedica, señor Elving?-preguntó de pronto el señor Wagner.

-Jarras de vidrio -replicó el señor Elving, malhumorado.

-Bueno, bueno... ¿Sabe que eso es interesantísimo? -expresó con parsimonia el señor Wagner-. Últimamente he pensado mucho en jarras y botellas. Yo me dedico a los alimentos para perros.

-¡Ah! -exclamó Elving, interesado por primera vez.

-Alimento de Perros Hot-Diggety y Alimento de Gatos Kitty-Korner -explicó el señor Wagner-. ¿No los ha oído nombrar?

-Claro -respondió el señor Elving, oliendo un negocio.

-La fábrica más grande que hay en todo el país dentro del ramo -prosiguió el señor Wagner-. Y ahora creo que voy a empezar a envasar el producto en recipientes de cristal, en vez de latas. ¿Me entiende?

Claro que lo entendía el señor Elving. Se aproximó amistosamente al señor Wagner y le ofreció un cigarro. Cualquiera diría que de pronto el señor Wagner era un viejo amigo.

-Pensábamos hacer un contrato con la Perfection Jar Company -siguió Wagner.

-Yo le aconsejaría que tomase en cuenta nuestros artículos, señor Wagner, podemos darle mejor servicio y un precio más conveniente.

-Bueno -dijo el Señor Wagner-. Yo estoy dispuesto a escuchar argumentos. ¿Puede usted convencerme?

Sobre tablas, sin perder un solo instante, el señor Elving empezó a convencerlo. El aire se llenó de datos y de cifras.

Violeta dejó a un lado el vaso de la leche y escuchó con atención. Sabía distinguir perfectamente el rumbo de una corriente. Yo estaba segura de que las cosas me saldrían bien, pensó. ¿Por qué mamá no me tiene mayor confianza?

Más tarde, aquella misma mañana, el señor Elving, todo sonrisas, penetró en la oficinita privada de Carlota Watrous.

Carlota lo saludó sorprendida. Había desistido ya de él.

-Bueno, señora Watrous -le dijo-. He venido a decirle que me gustaría

reunirme con usted y los senadores esta tarde. Creo que es mi obligación ante mi Estado y mi distrito apoyar la ley de Deniston... Perdone lo de esta mañana. Yo siempre, de mañana, estoy un poco malhumorado.

Moviendo el bastón, era la personificación de la buena salud. Carlota se concretó a mirarlo agradecida.

-¿Sabe qué ha hecho ese encantador señor Wagner? Carlota lo contempló más atontada aún.

-Acaba de darme uno de los pedidos más grandes que ha obtenido hasta el momento mi compañía industrial. Bueno, nos veremos esta tarde. Tengo que salir. Voy a salir un poco con mi nueva amiguita.

Entró Violeta para ver qué cara ponía su madre.

-La amiguita soy yo -le dijo, retorciéndose una trenza con mucha solemnidad.

El señor Elving la rodeó cariñosamente con un brazo.

-Dice que soy algo así como Napoleón, Gary Cooper y Abraham Lincoln todo en uno -expresó, con una risita traviesa.

-Y me quedo corta al decir eso, ¿verdad, mamá? -manifestó Violeta, dirigiendo a la madre una mirada picaresca.

-Bueno, Violeta, vamos -dijo el señor Elving-. Si quieres que lleguemos a esa sesión del Senado, apúrate.

Carlota denotó alarma. ¿Cómo no se le ocurrió pensar que Violeta se introduciría en el Senado más pronto o más tarde

-Oye, Violeta -dijo con actitud de aconsejarla.

-¿Qué, mamá? -preguntó Violeta dándose vuelta.

-Procura... procura portarte bien.

Por toda respuesta, Violeta le enseñó tres paquetes de goma de mascar, y salió del cuarto.

Carlota quedó sola, atormentada por una sucesión de vívidos cuadros mentales que le infundían miedo.

CAPÍTULO IX
ROMEO Y VIOLETA

Creo que he llevado una vida demasiado protegida.
Violeta Meadows Granden

Violeta y la tía Ester estaban sentadas en el silencio respetuoso del teatro, viendo cómo Laura Lamson representaba la escena final de Antonio y Cleopatra. Violeta estaba dominada por la emoción. Era la segunda vez que concurría a un teatro. Tenía el programa fuertemente apretado en la mano y lanzaba el aliento en el cuello de la mujer que se hallaba sentada delante. Su mirada no se apartaba del rostro de Laura Lamson; y se vio a sí misma interpretando también. Ella, Laura Lamson y Cleopatra morían las tres al mismo tiempo. La señorita Lamson movía sus grandes ojos llenos de fascinación y Violeta movía los suyos, tras de los vidrios de las gafas. La señorita Lamson imprimía a su boca sensitiva una sonrisa amarga, y Violeta hacía lo mismo. Cuando Violeta vio a la doncella que traía la serpiente, su corazón empezó a latir a tumbos. Estaba perfectamente al tanto de lo que significaba ser reina de Egipto y suicidarse con toda valentía en la forma más dramática posible. Retorció emocionada una trenza, consciente de que un instante después cesaría la vida en su hermoso cuerpo y se reuniría con su amado Antonio en los Campos Elíseos.

-No le soples más a esa mujer-susurró la tía Ester, tocándole un brazo. Violeta no le prestó atención.

Laura Lamson exclamaba con su voz gutural:

Dadme mi túnica, ponedme mi corona;
siento inmortales anhelos en mi ser; y el zumo
de las egipcias vides no mojará este labio...

Violeta notó que sus ojos nadaban en la emoción. Enderezó orgullosa su pequeña columna vertebral al tiempo que Laura Lamson erguíase con real dignidad y tomaba la serpiente en las manos.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la tía Ester en voz baja-. ¡Cómo aborrezco las serpientes!

-¡Chist...! -le murmuró Violeta, ofendida por la interrupción.

La serpiente realizaba su macabra tarea. Y Violeta, Cleopatra y Laura Lamson murieron, extendidas en el real diván.

Cuando concluyó la representación, las señoras concurrentes a la matinée aplaudieron cortésmente y Violeta se recostó en el respaldo de su asiento, muerta de cansancio. Pero aquello había sido glorioso. Cleopatra

era una mujer de corazón. ¡Ojalá en su escuela representaran Antonio y Cleopatra en vez de Romeo y Julieta! Al lado de Cleopatra, Julieta resultaba pálida.

Volvió en sí del todo y miró a la tía Ester. -Ahora vamos al escenario.

La tía Ester, que años atrás conociera superficialmente a la Lamson, habíale prometido que después de la función irían a verla un momento. Buscaron su camino entre telones y trastos y por encima de cables eléctricos, en la polvorienta penumbra del escenario.

-Una cosa, Violeta -previnole la tía-, quiero que seas educada con la señorita Lamson.

-Claro que sí. Seré educadísima. La considero una actriz extraordinaria... ¿Dijiste que se ha casado dos o tres veces?

-Sí, pero no le hables de su vida privada -gruñó la tía.

-¡Si eso es lo que más interesa de las actrices! -dijo Violeta.

Una criada negra las introdujo en el camarín de Laura Lamson, y la señorita Lamson, despojada del atavío real de Cleopatra, las recibió con un kimono negro algo gastado.

-¡Hola, Ester Granden! -exclamó-. Es una gran sorpresa verte aquí.

-Te presento a mi sobrina Violeta

-¿Cómo estás querida?-dijo Laura Lamson, dirigiéndole a Violeta una enternecedora sonrisa de sus labios rojos.

-En este momento estoy un poco nerviosa -contestó Violeta-. Su representación me ha emocionado muchísimo.

-¿Te gustó? -preguntóle la señorita Lamson.

-¡Oh, muchísimo! -exclamó Violeta-. Usted hace el papel de Cleopatra exactamente igual que como lo haría yo. Aunque yo, claro, no tengo la figura necesaria para eso... todavía.

La actriz arqueó las cejas.

-Violeta cree que le gustaría ser actriz -dijo apresuradamente la tía Ester.

-Y estoy por meterle la uña al asunto -aclaró Violeta-. En la Escuela Kilbridge para Niñas vamos a hacer la escena del balcón, de Romeo y Julieta. Es un concurso en que intervienen varias escuelas, para ver quién ofrece la representación más original de Shakespeare. Yo hago de Julieta.

-¡Qué interesante! -exclamó la señorita Lamson, mirando con cierta alarma la carita decidida de Violeta y sus grandes anteojos.

-Como usted puede ver-continuó Violeta con toda tranquilidad-, yo no tengo el tipo exacto para Julieta. Mi deseo era hacer Cleopatra, lady Macbeth u Ofelia, pero en la escuela no quieren ni oír hablar de eso. Son terriblemente anticuados. A las chicas, con sólo leerles Macbeth, les hago poner los pelos de punta. Tengo una disposición especial para las cosas de horror. -Luego miró detenidamente a la señorita Lamson-. Supongo-agregó-que una de las razones por las cuales usted es tan buena actriz es que ha vivido tanto.

La señorita Lamson rió.

-¿Quieres decir que he sufrido?-preguntó, exagerando un poco la idea. -Sí -replicó Violeta-. Los casamientos, los divorcios, y todas esas cosas. Ahí es donde me da miedo lo que yo tengo que hacer. Porque, después de todo, yo ni siquiera he sufrido mucho. Temo que voy a resultar hueca. Y tampoco estoy muy segura de haber amado. Para hacer Julieta, debería enamorarme siquiera una vez, ¿no le parece?

-¡Vaya una conversación! exclamó la tía Ester.

Laura Lamson dirigió a Ester una sonrisa intencionada.

-Y, bueno... A tu edad ya deberías haber sentido cierto afecto por un chico u otro.

Violeta hizo un esfuerzo solemne por recordar.

-No, creo que no. Claro, estuvo aquel Horacio Smith. Pero no supongo que me enamoré. Tal vez era sólo porque tenía un pony.

Rió Laura Lamson.

-Violeta -le dijo-, tengo la sensación de que tu representación de Julieta va a ser una cosa única.

Violeta no supo exactamente cómo tomar esas palabras.

Ese fin de semana pasábalo Violeta en el departamento de la calle Doce del Oeste. Era un fin de semana extraordinariamente tranquilo. En el departamento no se encontraban más que Pete, Lily y la tía Ester.

Después de la cena quedaron todos de sobremesa, embargados en sus respectivos problemas individuales. La tía Ester, con una enorme bolsa de costura al lado, rehacía, con una camisa para niño de diez años, una para niño de ocho. La tía Ester siempre alteraba ropas. Y a veces olvidaba para cuál de los seis chicos hacía la alteración. Pete había extendido por el cuarto una cantidad de telas y colores a la acuarela y los contemplaba sombrío, mientras aspiraba abstraído el humo de su pipa. Lily se hallaba sentada en su escritorio, redactando cartas. Violeta, acostada de cara contra el piso, hojeaba indiferente una revista de cuentos espeluznantes que había comprado en el ómnibus, en especial porque la tía Ester dijo que aquellos cuentos eran "porquerías". Esa palabra era un desafío para Violeta.

-Creo -dijo Violeta con tristeza- que he llevado una vida demasiado protegida.

A nadie le pareció que aquel tren de ideas era merecedor de estímulo. Cuando Violeta empezaba a pensar de ese modo, nadie sabía dónde era capaz de llegar.

-No me parece que he empezado a vivir aún. Lo que necesito es una gran experiencia emocional.

Siguieron sin prestarle atención.

-¡Miren estos cuadros! -exclamó Pete de pronto-. ¿Cómo demonios es posible que no se vendan? Son buenos. Tendrían que proporcionarme algún dinero. Yo sé que son buenos.

Tampoco esto lo contestó ninguno. No era la primera vez que oían a Pete decir esas cosas. La tía Ester le dirigió una especie de sonrisa vaga y enhebró la aguja. El reloj dio las ocho.

Lily levantó la cabeza de sus papeles.

-Pete, encantito mío -dijo-, Te sabría mal que Bea Voorhees, aquella amiga mía de Boston, viniera a pasar un par de días con nosotros la semana que viene?

-¿Habrá sitio? -preguntó Pete.

-Bueno... ¿Cuándo vuelven los niños?

-Pregúntale a Ester.

La tía Ester dejó a un lado la costura.

-Esperen que tome mis archivos -dijo, y extrajo del escritorio un tarjetero con índice y se puso a consultarlo.

-Bueno, no lo sé -contestó al cabo de un instante, con el entrecejo fruncido-. Arturo debe volver a casa de la madre dentro de diez días. Pero le estafamos unos días al mandarlo, de modo que podría ser que nos lo devolviera antes. Bruce está en casa de la abuela, pero ella tiene que salir para Wisconsin. Y cuando se marche, el nene vuelve aquí. ¡Oh, aquí veo una nota que tenía olvidada y que puse hace meses! Como favor especial, tenemos que traer a Evelyn la primera semana de abril, para que pueda estar en Nueva York cuando representen Parsifal. Y, además, está la inesperada complicación respecto de Susie...

Lily miraba aterrada.

-Estoy segura de que así es-dijo fríamente-. Pasemos por alto todo este asunto.

La tía Ester quiso tranquilizarla.

-Por supuesto, si los chicos no llegan la semana que viene...

-Llegarán -dijo Lily-. Siempre llegan. Este es el Hogar Modelo para Pilluelos Transitorios.

Después de decir estas palabras en dirección a Pete, volvió a sus cartas.

-Le diré a Bea Voorhees que lo mejor será que venga dentro de veinte años. Para entonces los niños habrán crecido mucho.

Violeta apoyaba la barbilla en el hueco de una mano.

-Oye, Lily -dijo-, si tú quisieras vivir tu vida plenamente, ¿qué es lo que harías para ello?

-Pregúntaselo a tu padre. El ha vivido una vida plena. Pete la miró con mal humor.

-¿Acaso ha hecho algo más que tener hijos? -preguntó Violeta, exasperada.

-Eso es lo que yo desearía saber -respondió Lily, con mucha mala intención.

-¿Se descargan otra vez sobre mí? -inquirió Pete, encendiendo la pipa.

-¿Qué harías tú tía Ester?

-¿De qué se trata?

-¿Si quisieras vivir una vida plena...?

-Mi vida está bastante plena, gracias. Violeta se indignaba.

-¿Has tenido alguna vez una gran experiencia emocional ?

-Violeta, me estás resultando caprichosa. ¿Has tomado el hierro todos los días?

-No me sigas tratando como criatura -gruñó Violeta.

-Tú eres una niña, ¿no lo crees?-interrogó la tía Ester, sin alterarse lo más mínimo.

-Técnicamente, quizá -dijo Violeta con mucha firmeza-. Pero la pubertad está al doblar la esquina, como quien dice. Esto se lo oí decir al doctor Melvin. Y, de todas maneras, soy madura de mente. Siempre lo he sido... y tú lo sabes.

-¡Qué conversaciones! -murmuró la tía Ester.

Violeta retomó a su revista y volvió las páginas de mala gana. Luego, de pronto, pareció encontrar algo que la interesó realmente. Cuando Pete, un rato después, la miró sonriendo entre dientes y le preguntó si era cierto

que quería vivir una vida plena, Violeta ni siguiera se molestó en levantar la mirada.

-No te preocupes -le dijo, doblando las piernas hacia arriba-, creo que ya he encontrado la manera.

No tardó mucho en ir a su dormitorio y allá, detrás de la puerta bien cerrada, se tiró en la cama y revisó las últimas páginas de la revista que estuviera leyendo. Había encontrado algo que la encantaba. Era la sección de corazones tristes, denominada "El Pozo de la Amistad". Debajo se veía un subtítulo: "Alguien necesita de usted como amigo". Seguía luego una serie de cartas de hombres y mujeres que pedían nuevas amistades. La idea era que, si alguien deseaba mantener correspondencia con alguno de los que mandaban aquellas cartas, contestaba al "Pozo de la Amistad", y su carta era reexpedida. Todo esto resultaba apasionante y fascinador. Además, acababa de encontrar una carta que le pareció bastante romántica y tenía intenciones de contestarla. Esa carta abría las puertas de lo inesperado y quizá de la gran experiencia emocional.

La leyó por tercera vez:

Apreciado Pozo de la Amistad:

Hola lectores de veinte a treinta años. Soy un chico de veintitrés y me

agradaría mucho cambiar correspondencia con alguno de los que estáis, chicos o chicas, dentro de las edades antedichas. Tengo cinco pies nueve pulgadas de estatura, cabello castaño

y ojos grises. Tengo propensión a la seriedad, según creo. De todos modos, siempre he alternado con personas mayores que yo. Eso no quiere decir que no sea capaz de divertirme, pues río igual que los demás cuando escucho un buen chiste. He estudiado cornetín, pero lo practico poco. Lo que no he perdido es mi afición a coleccionar sortijas de cigarros ¿Tenéis alguna? Trabajo en el escritorio de una compañía de envases de papel. Me gusta el cine, en especial James Cagney y Verónica Lake. He viajado un poco, y en cierta época llegué a vivir en Texas. Me agradan las chicas que bailan bien, aunque deben tener también algo en el tejado, pues me encantan las conversaciones serias tanto como el aspecto ligero de la vida.

¿Hay alguien que desee cambiar correspondencia conmigo?

-Jeepers.

Violeta advirtió que estaba emocionándose. Se encaminó a su escritorio tomó el mejor papel de carta que tenía, uno con un pez nadando en la parte superior, empuñó la estilográfica en una mano y le rogó al cielo que no se saliera la tinta, como solía ocurrir a veces. Luego se puso a escribir:

Apreciado Jeepers:

Sí, me agradaría cambiar correspondencia con usted. Creo que su carta es muy interesante, en especial porque yo también soy del tipo serio. Yo, Jeepers tengo decididamente algo en el piso superior. Y me encantó leer su carta, porque creo que hay demasiada estupidez en el mundo actual, y creo que, para dos personas que piensan cosas serias, es una suerte conocerse. Mi vida es bastante activa e interesante. Pero estos últimos tiempos me he dado a pensar que no es bastante plena. Me parece que tal vez le falte algo emocionalmente. He llegado a creer últimamente que quizá me estoy estancando. Necesito nuevos horizontes. Cleopatra dijo: "Siento inmortales anhelos en mi ser". Sólo que ella hablaba de morir y yo hablo de vivir, de modo que tal vez los míos son "anhelos mortales". ¿No le molesta que transcriba esas palabras de Cleopatra? Era una reina muy interesante. Me encanta que usted haya aprendido a tocar el cornetín, y creo que debería practicarlo. En las orquestas sinfónicas queda muy bien. ¿Le agrada Bach? Es el mejor compositor. Esa es mi opinión exacta. Si usted no lo cree así, tiene derecho a opinar en contra. No soy estrecha de miras en cosas de esa índole. ¿Le gusta el teatro? Soy actriz, y en estos momentos estoy preparándome para hacer el papel de Julieta en "Romeo y Julieta", de William Shakespeare. Tengo ojos azules y cabello castaño, y nadie me ha dicho jamás que me parezco a Verónica Lake. Pero se me ha ocurrido pensar que podría ser. Según como se mire. Con ciertas luces. be todos modos, creo que tenemos mucho en común ¿No le parece, Jeepers? Y espero que conteste pronto esta carta. Entonces yo le contestaré la suya. Y así sucesivamente. Sinceramente. - Amarylis.

P. S.: No tengo sortijas de cigarros. Pero procuraré conseguirle de ahora en adelante.

Cuando la volvió a leer, pensó que era una carta preciosa. Suspiró, la puso en un sobre y la dirigió al "Pozo de la Amistad". De mañana la franquearía y luego... ¡vaya uno a saber lo que podía ocurrir!

El lunes regresó ala escuela y le dejó instrucciones precisas ala tía Ester de que no dejara de enviarle su correspondencia.

-Estoy esperando una cosa muy importante -le dijo.

El lunes por la tarde tenía ensayo de Romeo y Julieta y sus progresos en esto no eran muy buenos. La señorita Russell, del departamento de inglés, era quien dirigía la obra. Sus conocimientos prácticos de teatro provenían de haber representado el Quinto pecado mortal en una función de gran conjunto dada en el Bryan Mawr. Se consideraba una especialista en interpretación dramática. Violeta no lo pensaba así. Tenía la impresión de saber muchísimo más que la señorita Russell. Por consiguiente, la señorita Russell no hacía otra cosa que acomodarse las horquillas en su lugar con expresión que denotaba fastidio. Cuando la señorita Russell se sentía molesta, se le saltaban las horquillas.

Violeta estaba hecha una crítica.

-¿Sabe una cosa, señorita Russell? -dijo-. Está sobreentendido que esta representación debe ser original. ¿Qué hay de original en la forma en que lo hacemos?

-No he pedido opiniones -dijo bruscamente la señorita Russell.

-A mí me parece que esta vieja escena del balcón es demasiado corta -siguió opinando Violeta-. ¿Porqué no hacer que Julieta diga algunas otras cosas?

-¡No se me ocurriría corregirle la plana a Shakespeare! -exclamó horrorizada la señorita Russell.

-A mí, sí -dijo Violeta.

La señorita Russell se volvió para hablar con otro miembro del elenco; y Violeta frunció el entrecejo disgustada, porque sus deseos serían hacer Cleopatra.

La señorita Russell golpeó con los dedos una silla:

-Vamos a probar esta escena otra vez. Y tú, Violeta, suéltate más. Haznos sentir ese dolor que sufre tu corazón.

Empezaron la escena.

-Creo que ayudaría algo -dijo Violeta- si me quitara los anteojos. -Naturalmente -dijo la señorita Russell.

Violeta dio con una actitud que le pareció triste. Se esforzó desesperadamente por hacer que las lágrimas fluyeran a sus ojos, y cuando comprobó que no lo lograba se afligió mucho.

-Es muy monótono -manifestó la señorita Russell-. Más desesperación de amor. Más tristeza.

-Oiga, Russell -dijo Violeta, llevándose las manos a las caderas en actitud desafiante-. Yo no sé sentir la desesperación del amor. Pero déme tiempo. No me apure. Quizá dentro de una semana pueda hacerlo con tanta perfección que usted no lo soporte.

A la señorita Russell le costó trabajo no salirse de sus casillas.

Dos días más tarde Violeta recibió una carta de Jeepers. Se encerró apresuradamente en el cuarto de baño y la leyó en privado.

Estimada Amarilys:

Sí, no hay duda que me deparó una gran alegría recibir su carta. Es estupenda y he llegado a la firme convicción de que me encantaría tenerla de amiga. Como usted dice, dos personas que tienen preocupaciones serias son afortunadas cuando se descubren mutuamente. Pero asusta un poco, ¿no es cierto? Como si fuera un sortilegio, el destino o algo así. Hasta ahora nunca he tratado a ninguna actriz. i Qué vida más interesante debe de ser la suya! Me llamó la atención su cita de Cleopatra que debe de ser un personaje histórico muy apasionante. Yo no sé mucho de ella. Pero me parece que debió ser "una buena pieza". Me pregunta si me gusta Bach. En fin, no lo conozco mayormente, aunque creo que es todo lo

Librodot

bueno que usted dice, porque Benny Goodman toca algunas cosas suyas. Igual que yo, Benny Goodman tiene sus momentos de más seriedad. No vaya a suponer que Verónica Lake sea mi doncella de los sueños. También me gustan otros tipos. De modo que no vaya a pensar que puede influirme el que usted se le parezca o no. Todos tenemos que parecer lo que somos. Eso es naturaleza humana. Bueno, podría seguir escribiendo mucho de la naturaleza humana, pero quiero que esta carta salga y, por otra parte, se me concluye la hoja. Le daré a continuación mi nombre y dirección y espero que usted me confíe el suyo.

Su sincero amigo, Ernesto Claphee, 790 Washart Street Jersey City, New York.

P. S.: No se preocupe por las sortijas de cigarros. En realidad, no es muy grande mi interés por ellas. Con ellas he hecho ya once ceniceros. Creo que no haré más. También colecciono cupones de tabaco. ¿Tiene alguno? Es maravilloso todo lo que puede conseguirse con ellos. Como el caso de mí tía Vera, que consiguió un quemador de incienso egipcio Tenía 1.833 cupones.

Esta carta transportó a Violeta al séptimo cielo. ¡Ahora ya sabía de quién tenía que enamorarse! De Ernesto Claphee. ¡Qué hermoso nombre! Hasta entonces no había conocido a nadie que se llamase Ernesto. Ni había estado jamás en Jersey City. Pero todo resultaba fascinador. Se veía de pronto manteniendo correspondencia secreta con un desconocido amigo de Jersey City. ¿Qué mayor aventura?

Decidió contestar en el acto. Antes de que empezara la clase siguiente le quedaban veinte minutos. Se sentó en el pupitre y retorció sus piernas en torno de las patas del banco.

Estimado Ernesto:

Ya que usted me ha dado directamente su nombre creo que está bien que lo llame "estimado Ernesto". Estoy pensando que vamos conociéndonos más cada vez. Y nadie podría decir en qué puede terminar esto. Por lo menos, yo así lo espero. ¿No sería curioso que usted resultara ser exactamente la persona que he estado buscando para ensanchar mi horizonte? ¿No sería curioso que usted fuera la persona que debe permitirme vivir una vida plena, y sufrir? Para una actriz esto es indispensable. Y por ese motivo me encanta trabar amistad con alguien que vive en otro Estado, como Nueva Jersey. Jersey City no está lejos de Nueva York, ¿verdad? Confío que no. No se inquiete por no conocer mucho a Bach. Yo le enseñaré bastante, y podrá tocar fugas en el cornetín. Lamento decir, estimado Ernesto, que no tengo cupones de tabaco. Pero trataré de conseguirle algunos. Ya ve cómo pienso en usted. Le ruego que no vea demasiado atrevimiento en esta carta. Soy una de esas mujeres que dicen lo que piensan. De todos modos, ¿para qué perder tiempo? Tempis fagit, como dicen.

Anhelando tener prontas noticias suyas quedo...

Vaciló con la pluma en alto. Era una cosa demasiado definitiva eso de firmar con su nombre. ¿Y si Ernesto repentinamente, en un momento de atormentada pasión, viendo que no podía soportar más la separación, se presentase un día en el departamento de su familia? Preguntaría por Violeta Granden y en el acto le dirían que estaba en la escuela. Luego se enteraría de que no tenía más que doce años. Esta idea hizo que su corazón se le cayese hasta los pies. Sería desesperante.

Quedó pensando qué hacer, cuando de pronto se le ocurrió que la tía Ester tenía que salir de viaje por un tiempo. Lo más seguro era utilizar su nombre. Luego, si Ernesto aparecía y preguntaba por la tía Ester, le dirían simplemente que no estaba allí. Esto parecía mejor.

Concluyó la carta:

Anhelando tener prontas noticias suyas, quedo -Ester Granden, 32 West l2th Street, New York City.

P. S.: Sírvase dirigir su correspondencia a nombre de Miss E. Violeta Granden. Aunque todo el mundo me llama Ester.

P. P. S.: Lo de Cleopatra se lo explicaré mejor otra vez.

En el ensayo de aquella tarde Violeta estuvo maravillosa. Y la señorita Russell debió admitir que de pronto impartía al papel un nuevo fervor.

-Casi estás poniendo demasiado entusiasmo -le dijo-. No te pases al lado opuesto.

-Lo que usted verá en mi representación de Julieta, señorita Russell - le contestó Violeta indignada-, es un vivo reflejo de la vida.

La señorita Russell se arrepintió sinceramente de no haber asignado a otra el papel de Julieta. Y hasta llegó a pensar que, después de todo, la personalidad en una niña era cosa que no debía desearse.

Lo que Violeta temió que pudiera suceder, sucedió el viernes. Pero la tía Ester no se había ido de viaje, con lo cual las cosas se complicaron mucho más.

La tía Ester contestó el llamado a la puerta de calle y se encontró con un joven que sonreía y era definitivamente grueso. Tenía mejillas muy redondas y un cabello infantil y rubio. Llevaba una caja negra y parecía tímido.

-¿La señorita Ester Granden? -preguntó. -Servidora.

-Soy Ernesto Claphee.

La pobre Ester nunca recordaba nombres. Pero no creía haber visto jamás a aquel joven gordito; aunque podría ser. Le pareció que debía ser conocido, ya que él la reconocía. ¡Qué mala memoria, Señor!

-Oh... sí -dijo Ester, sonriendo cortésmente y estrujándose el encéfalo.

-Me pareció oportuno pasar. Supongo que no tendrá inconveniente. Creí que lo mejor sería vernos.

-En fin... sí -dijo Ester, con un aire aún más vago-. ¿No quiere pasar? Ernesto pasó y se sentó tímidamente en el living-room, sin dejar de sonreír nerviosamente y sosteniendo con fuerza el sombrero. Ester se sentó y le sonrió.

-¿En qué puedo serle útil? -inquirió.

-Me pareció que deberíamos saludarnos siquiera un poco... en fin, conocernos más, ¿sabe? Después de todo, tenemos mucho en común... La tía Ester estaba completamente anonadada. Sus hermosos ojos negros se agrandaron y se llevó una mano a la barbilla, en actitud meditativa.

-¡Dios mío! -exclamó desesperada sonrojándose-. Tal vez sepa usted que tengo una memoria pésima. Y... no lo recuerdo. Sé que en algún sitio lo he visto, pero no sé dónde...

-No, usted no me ha visto nunca. Apenas si me he descrito a mí mismo en las cartas. ¿Se acuerda?

Ernesto estaba empezando a sentirse preocupado.

-Usted... usted me dijo que yo ensancharía su horizonte. ¿No recuerda? Me pareció estupendo que lo dijese.

Le sonrió dulcemente.

La cabeza de Ester daba vueltas. En algún lugar había algo que no funcionaba bien.

-A ver si nos entendemos de una vez dijo-. ¿Cuándo he hablado yo de horizontes?

-En su última carta -contestó Ernesto.

-Pero si yo jamás le he escrito a usted...

-Tengo las cartas aquí en mi bolsillo. Usted... me contesta a cargo del "Pozo de la Amistad". Usted es Ester Granden, ¿no es verdad?

Ernesto había extraído del bolsillo las cartas de Violeta y se las alargó a Ester, quien las tomó y se puso a leerlas. Apenas llegó a la mención de Bach empezó a ver la luz. Violeta hablaba siempre de Bach.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Ester-. Me temo, señor Claphee, que usted ha caído en las garras de mi sobrina.

-¿Su sobrina? -preguntó Ernesto, sin acertar a entender.

-Es una avispa de doce años de edad, y es evidente que ella le escribió esas cartas. Está... está anhelando eso que llama una gran experiencia emocional...

Ernesto enrojeció y se sintió incómodo.

-¡Doce años! -exclamó.

-Sí -asintió Ester, queriendo consolarlo-; por eso ha utilizado mi nombre.

-¿Quiere decir que todo esto es una especie de broma?

-Bueno, para Violeta tal vez no sea broma. Se considera muy mayorcita.

Ernesto quedó un rato cavilando. Luego murmuró:

-¡Cuernos!

-Lo siento muchísimo -dijo Ester, al advertir que Ernesto se sentía sinceramente deprimido.

Ernesto miró la caja negra que tenía a los pies.

-¡Y pensar que he traído el cometín y todo!

La tía Ester creyó por un momento que estaba por llorar. Le pareció que era un joven muy simpático y, sobre todo, muy educadito.

-¿Pensaba usted tocar algo?

-Ella quería hacerme conocer a Bach. Ester lo contempló afligida.

-Hay alguna música sobre el piano -le dijo.

-Y yo que hasta tuve que sacar del empeño el cornetín -se lamentó Ernesto, sin dejar de sentirse afligido.

-¡Qué vergüenza! -exclamó Ester, que ya estaba sintiéndose culpable de lo que le ocurría a Ernesto Claphee-. Bueno, ¿por qué no prueba a tocar algunas de las piezas de Violeta? A ella no le preocupará. Y tal vez con eso usted se sienta mejor.

Ernesto permaneció inmóvil unos pocos segundos más. Luego tomó repentinamente el cornetín, que había extraído de su estuche, y lo limpió un poco. Se encaminó al piano, donde pasó indolentemente algunas piezas de música.

-Las chicas no tienen derecho a hacer esas cosas -dijo enojado.

-Yo estoy completamente de acuerdo con usted -expresó la tía Ester. Pero toque algo.

Ernesto se llevó el cornetín a los labios y tocó. Tenía buenos pulmones. Así vino a ocurrir que cuando Pete y Lily regresaron a la casa, el aire del living-room estaba fuertemente impregnado de algo que con mucho esfuerzo hubiera parecido canto de aves: Era mucho más

estridente y hacía vibrar los muebles. Se detuvieron en la puerta, completamente consternados ante la vista de un joven rollizo que soplaba desaforadamente en un viejo cornetín.

Pete frunció las cejas indignado y se encaminó a la cocina, donde confiaba encontrar a Ester. Ester estaba trabajando y en su rostro se dibujaba una tenue sonrisa.

-¿Quién es ese gordo Gabriel que he visto en el living-room?-preguntó Pete.

-¿Quién, querido? -preguntó Ester, completamente atontada.

-Ese desconocido gordo que está metiendo esa bulla espantosa -y al decir esto Pete señaló la puerta delantera del departamento.

-¡Oh, ése! -exclamó Ester, acordándose de pronto-. Me había olvidado. Es un joven que toca el cornetín.

-Eso es evidente -replicó Pete-. O, por lo menos, se cree que lo toca. Pero ¿quién es?

-No puedo acordarme del nombre -respondió Ester, esforzándose por hacer memoria.

Pete tuvo que trabajar mucho para mantenerse paciente.

-No exijo mucho en esta casa, pero cuando vuelvo de la calle y me encuentro gente haciendo ese estruendo infernal en mi departamento, por lo menos me gusta tener una idea acerca de quién es.

-No es "gente" -le manifestó Ester-. Es un joven; un joven bastante simpático.

-Pero hace un estruendo terrible. No podrás negarlo.

En aquel momento sacudió la casa un crescendo ensordecedor de notas estridentes, de modo que Ester no pudo negarlo.

-Se siente muy triste, según creo -expresó Ester- y le dije que podía tocar las músicas de Violeta. A todo esto, Violeta ha estado escribiéndole cartas.

-¡Ah! -dijo Pete amargamente-. ¡Interviene la amenaza social! Claro que Violeta debía tener algo que ver en este asunto. ¿Qué cartas?

Ester hizo cuanto pudo por explicar.

En aquel instante entró Violeta por la puerta de calle, pues venía para pasar el fin de semana. Se detuvo, asombrada, en la puerta del living-room. La ensordeció el ruido que hacía Ernesto Claphee. Ni por imaginación le pasó la sospecha de que fuese su amigo epistolar, ya que no se le ocurrió pensar que su gran experiencia emocional fuese gordinflona. Atravesó el vestíbulo y penetró en la cocina.

-¿Quién es ese gordo que está asesinando a Bach? -preguntó.

Pete le dirigió una mirada incendiaria que distaba mucho de ser paternal.

-¡Violeta! -exclamó en voz alta-. Esto ya es el colmo y no puedo permitir cosas de esta clase Mi casa es mi casa. No es posible que tú la pongas en ridículo. No lo aguanto.

-No te sulfures -le dijo Violeta. Luego se volvió a la tía Ester y preguntó-: ¿Quién es?

-Es un joven que dice que tú le has escrito cartas.

Siquiera una vez en su vida Violeta quedó sin poder hablar de la emoción. Pete movió un dedo delante de su cara.

-Has firmado con el nombre de Ester y le has enviado esa correspondencia por correo. Eso es un delito. Es usurpación de personalidad. Violeta no lo oía. Estaba mirando a la tía Ester.

-¿De modo que ese gordo es Ernesto Claphee? -preguntó.

-En efecto.

-¡Dios mío! -exclamó Violeta, cerrando los ojos espantada. Pete decidió ser enérgico. Tiró a un lado el sombrero.

-¿Por qué has hecho esto? -preguntó.

-Estaba procurando enriquecer mi vida emocional -contestó Violeta con aire de suficiencia.

-¡Cielos! -exclamó indignado Pete.

-Para mejorar mi trabajo como actriz -siguió Violeta.

-Ah... ¿De modo que tu intervención en la función del colegio es lo que ha dado motivo a todo este disparate? Bueno, bueno, tendrás que conformarte con no hacer el papel.

-Vamos, Pete -dijo Ester, tratando de pacificar los ánimos.

-Esta vez voy a ser firme -expresó Pete-. Violeta tiene que aprender a portarse bien. Escucha, buscadora de emociones, no pienso permitir que trabajes en esa obra. ¿Me entiendes? Ese será tu castigo. Tal vez así aprendas.

Violeta miró a su padre con gesto muy airado y movió el sombrero en actitud defensiva.

-No pueden representar la obra sin mí. Hago de Julieta.

-Dejarás de hacerlo. Voy a llamar a la señorita Kilbridge ahora mismo. Violeta no creyó que lo haría pero lo hizo. Se encaminó con decisión al living-room y le pidió a Ernesto Claphee que se marchase y se llevara consigo el cornetín. Manifestó que estaba afligido por lo que había hecho su hija.

Ernesto parecía no tener mucha prisa. Las miradas que dirigió a Pete reflejaban su dolor.

-Dijo que era actriz -explicóle en voz baja-. ¡Diablos ¡Pensar que he sacado el clarinete del empeño!

-Es una pena -comentó Pete.

-La gente hace mal en traer a este mundo niñas como ésa-dijo Ernesto, optando por cargarle la culpa a Pete.

-Todos nos acordamos de Santa Bárbara cuando ya está tronando -musitó Pete.

Poco después se marchó Ernesto Claphee. Y Pete telefoneó ala señorita Kilbridge para decirle con decisión que no quería que Violeta hiciese el papel de Julieta. Tendrían que buscar a otra.

Violeta corrió a su dormitorio y cerró de un portazo. Las lágrimas asomaban a sus ojos y le desagradaba que los demás la viesen llorar. Se tiró en la cama y lloriqueó. Todo aquello era excesivo. Ya con sólo descubrir que Ernesto Claphee era tan gordo había recibido un golpe tremendo. Pero que le quitaran la parte de Julieta era mucho más. Comprendió que nunca se había sentido peor que en aquel instante. Los sollozos la sacudían Y de pronto se aquietó. Se le había ocurrido una idea fascinadora. Necesitaba sufrir. Y estaba sufriendo. Estaba sufriendo realmente. Estaba tan contenta con la idea que le hubiera costado trabajo seguir llorando. Se acercó presurosa al espejo, a fin de verse las lágrimas antes de que se le secaran del todo.

El lunes Violeta había empezado ya su campaña para reconquistar el papel de Julieta. Se requería dinero, por supuesto. ¿Por qué seria, pensaba entristecida, que siempre tenía que pagar las cosas que lograba?

En la escuela descubrió que el papel le había sido dado a una chica llamada Nancy Vickely, que era atleta y le tenía sin cuidado todo lo que fuese cuestión de teatro. Esto indignó más a Violeta. Llamó a Nancy a su cuarto.

-Oye, patas largas, a tino te interesa realmente hacer de Julieta, verdad? Nancy fue tomada desprevenida de momento.

-No -dijo, pero al instante notó la expresión de los ojos de Violeta y se sobrepuso a toda su astucia-. Sí -se corrigió.

-No, tú no quieres. No te preocupa lo más mínimo el teatro. Lo único que te interesa es el basketball. Yo, en cambio, estoy decidida a representar ese papel. Soy actriz nata. En mis venas no tengo sangre, sino pintura de maquillaje.

-¡Cuentos! -exclamó Nancy.

-Además -añadió Violeta confidencialmente-, tengo mis ideas sobre la forma de representar el papel en forma original. ¿Por qué no te haces la enferma un día o dos antes de la función? Así me dejarán hacerlo a mí. Y no tendrás que sufrir ese espantoso miedo al público.

Nancy adoptó un aire muy comercial.

-¿Y qué saco con eso? -interrogó, enderezándose las medias.

-¿Qué necesidad hay de que saques algo? -preguntó Violeta.

-Yo quisiera... dinero.

-¿Qué clase de amiga eres tú?

-Nunca dije que fuese amiga tuya. Mira, te prometo enfermarme un par de días antes de la función pero sólo en el caso de que me pagues diez dólares. Y tengo que tenerlos en mi poder antes de esa fecha.

-Supongo que tu padre ha de llamarse Shylock -dijo Violeta.

-Esas son las condiciones. Las tomas o las dejas.

Violeta permaneció pensativa un rato. Contó los días. Le quedaban doce para reunir los diez dólares. Por el momento, toda su fortuna estaba reducida a setenta y cinco centavos. El aprieto no podía ser mayor. Por supuesto, se fijaría bien en todos los teléfonos, monederos y máquinas expendedoras de caramelos que encontrase. Algo podría sacar de las plataformas en que quedan las monedas devueltas. Podría empeñar el relojito de oro que latía abuela Jessie le había regalado en Navidad (lo cual; de todos modos, fue una desilusión, porque ella había pedido una enciclopedia). Le vendería el sombrero mexicano a Lydia, su compañera de cuarto, que lo había mirado codiciosa. Tal vez por el sombrero sacaría un dólar cincuenta. Y le cedería a Bruce el derecho a usar su instrumental químico a cambio de un porcentaje de lo que le daban semanalmente. Pero con eso y todo no tendría bastante. Debería pensar en algo más.

Al día siguiente descubrió que el Dady Mirror estaba realizando un concurso de "Niños hermosos" y en el acto inscribió una fotografía suya, confiando que con ello podría ganar uno de los premios semanales de diez dólares. Cuando se lo contó a Nancy, sin embargo, ésta se negó a considerar cumplido el convenio. Manifestó ciertas dudas sobre la posibilidad de que Violeta ganara un concurso de belleza infantil, ni que siquiera llegase placé. Quería el dinero en la mano.

Violeta mantuvo su altanera dignidad, pero decidió hacer otras pruebas con el fin de reunir el dinero. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea relacionada con los cuadros del padre. El plan era muy simple. Durante el fin de semana siguiente se llevó consigo unos cuantos cuadros del padre y los alquiló como se alquilan los libros de una biblioteca circulante. Fue de puerta en puerta por toda la vecindad ofreciendo telas a veinticinco centavos por semana. El alquilador podía disfrutar de su pertenencia transitoria durante ese tiempo y luego la devolvería.

La idea divirtió a la gente, y las telas de Pete eran bastante buenas; de este modo Violeta pudo reunir cinco dólares con setenta y cinco centavos. Sumado a lo que se había procurado por los otros medios, era bastante para comprarle a Nancy el papel de Julieta.

Violeta se volvió rápidamente a la escuela, antes de que su padre descubriera lo que había ocurrido con sus obras maestras. Sea como sea, le pareció mejor no estar allí en el momento fatal.

Dos días antes de la representación de Romeo y Julieta, Nancy, según lo convenido, contrajo una enfermedad misteriosa. Naturalmente, la señorita Russell se puso furiosa, y todo lo que pudo hacer fue pedirle a Violeta que tomara el papel. Era la única que lo conocía.

Violeta dijo que le agradaría ayudar en la emergencia, aunque con ello debiera desobedecer las órdenes expresas de su padre cosa que a su juicio no debía hacer ninguna niña. La señorita Russell convino con ella y le prometió arreglar el asunto con su padre.

Por fin debutaría Violeta como actriz. Después de todas sus dificultades y tribulaciones, amaneció el gran día. Y estaba destinado a ser un día que nadie olvidaría y menos que todos la pobre señorita Russell. Tenía la esperanza de que nunca le tocaría en suerte nada que le atormentara los nervios tanto como aquella representación

Antes de que el programa empezara, las cosas se presentaban bastante rosadas. Las otras dos escuelas competidoras ofrecían escenas de El sueño de una noche de verano y Como gustéis, ninguna de las cuales consideró la señorita Russell que era tan buena, ni remotamente, como la escena del balcón. Sus alumnos, estaba muy segura, darían una impresión mucho más profesional.

Esta escena era la última del programa, y durante el intervalo que la precedió, la señorita Russell corría de un lado a otro, muy agitada, preocupándose de que todos los objetos de utilería y el balcón estuvieran colocados en sus sitios. Violeta subió la escalera y quedó esperando, detrás del balcón.

-Oye, Violeta-le dijo la señorita Russell con voz muy queda-, pon todo lo que salga de ti.

-Señorita Russell -le dijo Violeta muy confiada-, se va a sorprender cuando vea lo que hago.

-Buena suerte -concluyó la señorita Russell.

-¡Que Dios la proteja! -expresó Violeta, ajustándose el traje.

En aquel momento disminuyeron las luces del salón y se levantó el telón. Entre cajas, la señorita Russell, con una sonrisa indecisa en el rostro, estaba muy nerviosa junto al traspunte.

Romeo, un chico fortachón de unos catorce años, que tenía ojos grandes y castaños, un mechón de pelo en la frente, y dientes que le sobresalían mucho de la encía, penetró a grandes trancos en el jardín y su llegada motivó una leal ovación de parte de amigos y parientes. Arremetió en el acto con el parlamento inicial.

Luego Violeta salió al balcón como si estuviera soñando. Fuera, en el público, aplaudieron Pete, Ester y Lily. Violeta se apoyó románticamente en la barandilla y suspiró.

Romeo finalizó su parlamento:

¡Oh, qué no daría yo por ser un guante en esa mano, que esas mejillas
pudiese acariciar!

Era el pie de Violeta. Tenía que decir: "¡Ay de mí!", para que Romeo prosiguiese. Lo dijo, pero antes de que Romeo pudiera meter baza de nuevo, Violeta siguió por un camino inesperado. Algo que sorprendió muchísimo a Romeo, pues no lo había oído en ningún ensayo:

¡Oh, si yo ver pudiera
otro hombre como él!

Y continuó Violeta:

Su rostro como el cielo, y en él la luna
y el sol, que su curso siguieron y alumbraron
esa pequeña O, la tierra...

La señorita Russell creyó que el corazón no le latía ya. Se asió del hombro de la pequeña traspunte.

-¡Cielo santo! -exclamó-. ¿Qué está diciendo esa chica? ¿Se habrá enfermado de pronto?

La traspunte, completamente desconcertada, buscaba frenética en su libro. No había duda que aquello no era de Romeo y Julieta. En la escena Romeo no hacía otra cosa que mirar a Julieta boquiabierto, reflejada en el rostro una expresión de enfermizo horror.

Violeta proseguía con toda esplendidez:

¿Dónde sospechas tú que esté? ¿De pie? ¿Sentado? ¿Andando? ¿O cabalgando en su corcel? ¡Oh, dichoso corcel que transportas el peso de Romeo! ¡Dadme música! ¡La música es el alimento espiritual de quienes d el amor vivimos!

La señorita Russell aspiró una fuerte bocanada de aire.

-¡Eso es de Antonio y Cleopatra! -exclamó-. Son cosas que dice Cleopatra. En vez del nombre de Antonio, ha puesto el de Romeo. ¿Qué se le ha dado por hacer a esa niña?

La traspunte también estaba agitada.

-Pero entran perfectamente esas palabras -le dijo a la señorita Russell. Violeta finalizó y dijo nuevamente "¡Ay de mí!", marcándolo mucho, para que Romeo entendiera que ése era su pie.

Romeo arremetió nuevamente con su papel, tragando saliva desesperadamente.

Durante varios parlamentos más, la cosa siguió bien. Violeta no se salió del papel de la obra. La señorita Russell, presa de agónica inquietud, miraba al público a través de un agujerito. Todos prestaban mucha atención.

De pronto, la desesperada maestra oyó la voz de Violeta, que se metía en un nuevo jardín enmarañado.

No habré de permitir que el maritazgo de mentes
claras admita impedimento. El amor no es amor
si sufre alteraciones frente a una alteración...

Poco faltó a la señorita Russell para desmayarse.

-Eso es de los sonetos -dijo, poco menos que ahogándose-. ¿Por qué se mete ahora con los sonetos?

La traspunte no se preocupaba ya de seguir el libreto. Escuchaba a Violeta con los ojos muy abiertos.

-Pero oiga, señorita Russell. Eso que dice Violeta encaja perfectamente en la escena.

Violeta concluyó el soneto y volvió al parlamento natural de la obra, para que Romeo supiese dónde tenía que intervenir. A esta altura el pobre Romeo sudaba a más no poder. Pero

el público parecía interesadísimo y escuchaba con ávida atención. La mayoría de ellos, posiblemente, sabía que todo aquello era de Shakespeare y, por consiguiente, lo suponía parte de Romeo y Julieta. Y Violeta lo decía muy bien.

Pero cuando Romeo dijo:

Con sólo que me mires con dulzura
ningún daño me hará su enemistad.

Violeta siguió de ahí con:

Es condición de la clemencia el no forzarla,
del cielo cae cual la lluvia suave...

La señorita Russell se vio ya desmayada.

En el lado del público, Lily dijo por lo bajo a Pete:

-Es raro, pero yo hubiese jurado que esos renglones son de El mercader de Venecia.

-Si a mí me lo preguntan -expresó Pete-, yo diría que hay algo podrido en Dinamarca, y sospecho que lo peor de todo es Violeta.

Violeta finalizó el conocidísimo parlamento de Porcia y se volvió al papel de Julieta, dándole a Romeo su pie respectivo. Durante un instante, la escena continuó normalmente. Pero Romeo sentía que las piernas le temblaban. Violeta, en cambio, nunca había estado mejor. Sentíase triunfadora. No hay nada como improvisar Shakespeare con Shakespeare. Luego Romeo dijo:

¡Oh, me dejarás así de insatisfecho?

Violeta volvió a emprenderla tranquilamente con Cleopatra.

¿Fría de corazón dices que soy? Si yo lo fuese,
que en mi frío corazón genere el cielo granizo,
emponzoñe mi fuente y la primera piedra
en mi cuello caiga...

Antes de concluir del todo la escena, encontró manera de injertarle una parte de Ofelia, en Hamlet. La señorita Russell ya no daba más de sí. Y el chico que hacía de Romeo estaba abrumado bajo el peso de todo aquel enorme esfuerzo.

Bajó el telón en medio de una delirante ovación, franca y sincera.

-Esa debe de ser la versión original de la escena del balcón, sin cortes ni supresiones -dijo alguien.

La señorita Russell y la señorita Kilbridge corrieron al escenario y se plantaron delante de Violeta

-¡Criatura espantosa! -vociferó la señorita Russell; ¿porqué has hecho eso? Has echado a perder la función.

-Esa escena del balcón necesitaba un poco de salsa -comentó Violeta, transportada de gozo-. Además, mi papel era muy corto. Yo lo alargué un poco. Puedo decir con orgullo que he representado a un tiempo a Julieta, Cleopatra, Porcia y Ofelia.

-Lo que puedes decir es que has hecho sufrir a la escuela un bochorno horrible -exclamó la señorita Kilbridge con ceño amenazante.

-¡Tonterías! -dijo Violeta-. El público está encantado.

En aquel momento, uno de los grandes magnates de los ferrocarriles, que era miembro del jurado, salía por entre el telón, y saludaba al público

-Tengo el honor de anunciarles -dijo sonriente- que en opinión del jurado la representación más original de Shakespeare ha sido la que nos acaba de ofrecer la escuela para niñas de la señorita Kilbridge en su... en su... versión potpurrí de Romeo y Julieta.

Estruendosa ovación del público.

La señorita Kilbridge y la señorita Russell miraron atónitas a Violeta, quien les sonreía dulcemente, como queriendo decir que las perdonaba. Las dos maestras se contemplaron mutuamente.

-Al parecer, señorita Russell -dijo la señorita Kilbridge-, ya no interesa más quién haya escrito las obras de Shakespeare, si Shakespeare, Bacon o Violeta.

CAPÍTULO X
NO TE METAS EN EL CERCADO AJENO

Tal como yo lo entiendo, siempre que alguien trata de hacer algo original, lo más fácil es que lo metan preso.
Violeta Meadows Granden

-La genealogía -dijo Violeta, pronunciando con cuidado la palabra acabada de aprender- para mí debe ser pan comido.

-¿Por qué? -preguntó el hombrecito simpático que estaba sentado a su lado en el tren, arqueando las cejas y con una sonrisa tenue en los labios.

-Soy del tipo mental -contestó, al tiempo que se llevaba a la boca, con todo desenfado, un tercer trocito de goma de mascar.

El hombre no pudo menos de emitir una risita cortada. Violeta se echó las trenzas a la espalda, con un aire de suficiencia.

-Sé que sólo tengo doce años -díjole algo indignada-, y supongo que hasta cierto punto parezco una criatura. Pero mentalmente soy muy crecida. A veces asusto a la gente, en especial a mi familia. Quieren que sea ni más ni menos que como todas las chicas comentes. ¿Ha oído en su vida una cosa más estúpida? Pero yo les digo que no puede hacerse un bolso de seda con una oreja de cerdo. Y si en cierto modo soy un genio, bueno, soy un genio en cierto modo. Tendrán que aguantarse.

La miró el hombre con los ojitos entreabiertos.

Creo que es la primera vez que conozco, alguien que sea un genio en cierto modo -le dijo-. Esto es un placer inesperado. ¿Me permite presentarme? Soy el profesor Albert Devons.

-Pues bien, mire -prosiguió Violeta-. A mí me gustaría aprender algo de genealogía. Me encanta ahondar en las cosas. Y creo que ahondar en la historia de las familias debe ser interesantísimo. Especialmente ahora, porque voy en camino a una apestosa reunión de gran familia.

-¿Sola? -inquirió el profesor Devons.

-¡Oh, no! -respondió Violeta suspirando-. Allí delante están mi padre y una madrastra. ¿Ve a aquel hombre que da la impresión de que todo fuera demasiado para él? Es Pete Granden, mi padre. Y aquel sombrerito tan mono está puesto en la cabeza de Lily, mi madrastra. Y la carita bobalicona que usted ve atisbando por encima del asiento de cuando en cuando es la de mi hermanastra Susie.

-¡Precioso! -comentó el profesor.

-¿Qué cosa es preciosa? -preguntó Violeta. -Un precioso grupo familiar.

-Eso es apenas la muestra -expresó Violeta, a quien siempre incomodaba un poco explicar su familia a los extraños-. Hay otros cuatro chicos y dos madres más. Pero no deseo entrar en tantos detalles. Quiero saber algo de la genealogía. ¿Es usted un verdadero

especialista?... Presumo que ha de desenterrar muchos secretos y esqueletos de familia y cosas por el estilo, ¿no es eso?

-Sí, a veces.

-A mí me encantan los secretos-dijo Violeta-. Sobre todo los secretos ajenos... ¿Y qué puede usted contarme de la familia Granden?

-¿Los Granden de Massachusetts? -inquirió el profesor enarcando mucho las cejas.

-Los mismos. La mayoría de mis tíos abuelos viven todavía en West Haddam. Allí vamos ahora. Mi tío abuelo George cumple noventa años. Papá dice que es la más horrenda edad de que ha oído hablar en su vida. A papá le desagradan estas reuniones... ¿Quiere un poco de goma de mascar?

-No, gracias.

-Es de clase muy mala. Apenas si aumenta de volumen un poco.

-En realidad -dijo el profesor Devons-, yo también voy a West Haddam. He estado trabajando en la genealogía de la señora Talbot Vreeland.

-¡Es nuestra prima Priscilla! -exclamó Violeta.

-Sí, precisamente estaba por decirle que me he tropezado con el apellido Granden -manifestó el profesor, mirando los papeles que llevaba en la mano-; estuve revisando viejas cartas de la familia. Aunque no prestan mayor ayuda.

-Oh... ¿No podría ver una? Permítamelo -dijo Violeta. Pete llegó en ese momento por el pasillo.

-Vamos, intelecto -dijo a su hija-, es hora de ir al comedor para el almuerzo.

-En seguida voy -manifestó Violeta-. Estoy en mitad de una conversación fascinante.

-Violeta -dijo Pete-, confío en que no molestes a este caballero. Violeta lo contempló indignada.

-Este señor y yo tenemos mucho en común -expresó con resolución.

-Así es, realmente -dijo el profesor, cuyos ojos chispeaban.

-Usted es muy amable -añadió Pete-; pero no permita que lo tome por su cuenta.

Y al instante, dirigiéndose a Violeta, dijo:

-Te esperamos en el coche comedor dentro de cinco minutos.

-Pídanme langosta a la Newburg -le gritó Violeta.

-Comerás un plato de verdura y... ¡muy contenta! -replicó Pete, marchándose.

-Volviendo a la genealogía -dijo Violeta, dedicando al profesor una sonrisa dulce-, ¿por qué no me permite ver algunas de esas cartas antiguas de los Granden?

-Bueno, supongo que no habrá nada de malo en hacerlo -expresó el profesor Devons (¡todo porque no conocía mejor a Violeta!)-. Aquí tengo una curiosa nota vieja que carece de sentido, escrita por un tal Elisha Granden a su esposa en 1775. Un pequeño mensaje muy extraño...

Violeta tomó en sus manos el papelito frágil y descolorido y leyó con detenimiento la escritura semiborrosa y torpe.

Querida esposa:

Si está el escudo a diez yardas de la puerta
Y el rabo mira al norte, cuarenta contarás
En el mismo sentido que el arco disparó.
Y entonces, en la paz, irás con rumbo a Jack
Siete veces la suma de años que tenía.

El día en que no vio.
Dios te bendiga,
ELISHA

-¡Dios mío! -exclamó Violeta, revolviendo cavilosa la goma de mascar en su boca-, eso no tiene sentido ninguno.

-Me temo que no -asintió el profesor-. Es tan sólo una curiosidad. Elisha Granden era excéntrico. Esto lo escribió después que se marchó a luchar contra los británicos.

Violeta contempló detenidamente el versito.

-Sin embargo, ¿sabe una cosa? Todavía sería posible que significase algo. Puede estar en clave.

-No se ponga romántica, jovencita-dijo el profesor, riendo al volver a guardar la carta-. Los graves habitantes de Nueva Inglaterra no se dedicaban a cifrar mensajes.

-Y, con todo, puede ser -manifestó Violeta, sin dejar de cavilar- que exista alguna razón... Un tesoro enterrado, por ejemplo... Algo por el estilo. Seguía dándole vueltas en la cabeza la primera parte del versito.

Si está el escudo a diez yardas de la puerta
y el rabo rima al norte, cuarenta contarás...

¿Qué rabo? ¿Diez yardas de qué puerta? Suspiró, saliendo de sus sueños. -Bueno, me parece que tengo que ir a comer. Nos vemos luego, ¿no? Durante la comida, Violeta estuvo sentada con Pete, Lily y la hermanita de cuatro años, Susie. Susie, que tenía la servilleta atada en torno del cuello como si fuera un pañuelo, acababa de meter dos docenas de galletitas en la sopa. Pete y Lily le dijeron que era demasiado. Violeta prefirió hacer abstracción completa de tan irreflexivos procederes y contempló con mucha dignidad a los otros comensales. Cuando el camarero le puso delante un plato de verduras, suspiró tristemente.

-Pudieron perdonarme las chirivías -manifestó, revolviendo con el tenedor el contenido del plato.

-¿De qué estabas hablando con ese señor desconocido? -le preguntó Pete.

-De árboles familiares -respondió Violeta.

-¿Están de moda este año? -inquirió Pete.

-No intentes ser gracioso. Es un asunto interesantísimo. ¿Sabes en qué árbol familiar está trabajando ahora?

-¿En el de Gargantúa?

-En el de los Vreeland. Porque la prima Priscilla Vreeland se lo encomendó.

Cambiáronse miraditas entre Pete y Lily.

-No podía fallar -manifestó Pete.

-¿Por qué? -interrogó Violeta

-Come las chirivías -le dijo Lily.

-No procuren cambiar el tema. A mí me desagrada la prima Priscilla tanto como a ustedes, de modo que podemos hablar de ella a calzón quitado.

-¿Por qué no te gusta? -le preguntó Pete.

-Porque tiene pelusa en las barbillas, en las tres barbillas. ¿Y a ti por qué no te gusta?

-Porque es una trepadora -le dijo Pete-. Y una snob. Mediante el casamiento logró meterse en la familia de los Vreeland, que es la tribu más imposible del mundo. Por amor de Dios, Violeta, no se te ocurra siquiera mencionársela al tío abuelo George. Todos los Granden la desprecian. Hace años que no se hablan con ella ni con ninguno de los Vreeland a pesar de que viven al lado mismo.

-En este país hay libertad de palabra -dijo Violeta desafiante-. Y si quiero nombrara la prima Priscilla, puedo hacerlo. Pero lo más probable es que no la nombre. Voy a tener otra clase de preocupaciones.

-¿Qué otras preocupaciones?-interrogó Pete, que empezaba a notar en el aire un olor a siniestro.

-¡No son gran cosa! Tal vez una cuestión de tesoros enterrados. Más o menos, algo así.

Pete miró asustado a Lily.

-¿Qué necesidad teníamos de traer a Violeta? Violeta le dio la respuesta.

-Porque el tío abuelo George me invitó especialmente. Quiere conocer a la cuarta generación.

-Y la conocerá... ¡vaya si la conocerá! -gruñó Pete.

Cuando llegaron al pueblito denominado West Haddam, eran las últimas horas de la tarde y la pesada y amarillenta luz del sol caía "de soslayo" (como lo expresó Violeta) por entre los olmos.

-¡Oh! ¡Esto es tan hermoso! -dijo Lily entre suspiros, embalsamada en la paz del ambiente-. Vamos a pie a casa del tío abuelo George. No está lejos. Enviaron en un viejo taxi el equipaje y emprendieron la marcha por la calle silenciosa arbolada en sus dos lados. Violeta se deleitaba pasando los dedos por la parte superior de las cercas. Susie cantaba dulcemente para sí misma en un monótono aborigen. Todos estaban contentos. Pero Pete sentía en su corazón una especie de presentimiento inquietante. Pensaba que aquélla era la calma que precede a las tormentas, mientras miraba con duda las trenzas de Violeta, que le saltaban en la espalda.

Cuando llegaron al viejo caserón del tío abuelo George, una construcción maciza y cuadrada en medio de su enorme prado sombreado, desde la cual se divisaba el monte Jackson a la distancia, permanecieron un instante embargados con aquel panorama que parecía totalmente arrancado de otras épocas.

-¡Es una hermosa casa antigua! -dijo Lily con placidez.

-Presumo que si me lo propongo en serio-musitó Violeta encaminando sus pensamientos por el sendero práctico-, lograría que el tío George la dejase para mí.

-Otros veinte Granden tienen la misma idea -le dijo Pete.

-Pero ¿tendrán la misma técnica que yo?-preguntó Violeta, pensativa. Se abrió la puerta principal y apareció la tía abuela Paulina, esposa del tío abuelo Everett. Como no tenía más que setenta y seis años de edad, Paulina era considerada una mera chiquilla entre los demás miembros de su generación. Tenía una nieta, de carita parecida a la de un pájaro y ojos azules muy alegres cubiertos por cómodos anteojos torcidos.

-Es Pete, ¿verdad? -preguntó, mientras avanzaban por el sendero-. Y Lily... ¡Y la querida Violeta!

La querida Violeta plantó un ósculo resonante en la mejilla de la tía abuela Paulina, pues sabía que de ella se esperaba ese beso y prefirió terminar el asunto lo antes posible.

-¿Y quién es esa briboncilla? -preguntó la tía Paulina, sonriéndole a Susie.

-Es Susie, mi hija menor.

-¡Qué tesoro! -exclamó muy modosa la tía Paulina, y al instante, dirigiéndose a Lily, añadió-: ¡Es exactamente su misma cara, Lily!

Lily miró a Pete desesperada. Susie era hija de Pete y de la mujer que había precedido a Lily. Lily supuso que debería aclararse el punto. Pero

Pete movió la cabeza. De todas maneras las tías abuelas y los tíos abuelos no lo entenderían jamás.

Fueron conducidos al interior de la casa, a la sala, que tenía muchos estantes de teca llenos de chucherías, sofás y sillas con los respaldos cubiertos por fundas, grabados viejos y, en general, los tesoros acumulados por seis generaciones. En el cuarto se aspiraba una imprecisa modosidad seca y cierta fragilidad, de las cuales participaban también las cuatro personas que en él se hallaban. Eran los cuatro sobrevivientes de la más vieja generación de los Granden. El tío abuelo Everett estaba escribiendo su acostumbrada carta de queja al West Haddam Weekly Sentinel. Esa semana se quejaba de la sequía, como si el Weekly Sentinel, mediante algún recurso misterioso, pudiera comunicarse directamente con Dios. El tío abuelo Everett era muy grave, muy tieso y completamente desprovisto de sentido del humor. El tío abuelo Lucas hacía sonar un ronco y viejo órgano. Llevaba siempre un echarpe, en vez de corbata, cosa que era considerada algo así como la piedra del escándalo familiar. La tía abuela Jessie, venida especialmente de Nueva York y muy elegante con su taffeta sostenida con ballenas, sentábase muy derecha en un amplio sillón y comía las almendras que extraía de un envase de papel oscuro. En el sitio de honor, junto a la ventana, estaba el tío abuelo George, que cumpliría noventa años al día siguiente y prefería que ninguno lo pasara por alto. Los tíos abuelos Lucas y Everett, que sólo tenían ochenta y siete y ochenta y cinco años respectivamente, sentían un cierto cosquilleo molesto frente a toda esa gloria que se acumulaba sobre el hermano mayor. Antes de comer, cuando tenían los estómagos vacíos, se mostraban un poco malhumorados, pero ese malhumor de los hermanos tenía por único efecto que el tío abuelo George se sintiese más importante. Allí estaba sentado en su enorme silla, con el bastón a un lado, y con aquella poblada barba blanca que le caía en cascadas por el pecho. La satisfacción de todo aquello impartía un extraño brillo a sus pequeños y redondos ojos oscuros.

Los saludos insumieron un buen rato. Fue también necesario conversar algo acerca de los miembros ausentes de la familia, el tiempo y el viaje desde Nueva York. Y a Susie le permitieron tocar la barba del tío abuelo George.

-¡Cola de caballo! -exclamó Susie, que una vez había visto un caballo de cola blanca en un circo.

Entraron las dos hijas solteronas del tío abuelo George. Eran maestras en Springfield y sólo habían venido para la reunión. Llamábanse Miriam y Josefina, y los muchos años de servicio público habíanles impartido a las dos una marcada ranciedad. Saludaron a Pete y a Lily con cierta altanera condescendencia. Después de todo, parecía expresar el tono empleado, nuestro padre es el que cumple los noventa.

La tía abuela Paulina sonrió a Pete y Lily.

-Nuestros hijos, nietos y bisnietos -dijo- vienen a cobijarse hoy bajo este techo. Todos están aquí. ¿No es maravilloso? Mañana, en la cena, seremos veinticuatro. ¿No es admirable, George? ¡Veinticuatro en tu nonagésimo cumpleaños!

-¿Dónde están los demás? -inquirió el tío abuelo George un poco enojado-. Tengo más de veinticuatro parientes. ¿Dónde están los otros...? ¡Caramba! Un hombre no cumple noventa años todos los días.

-Vamos, George -dijo muy seria la tía abuela Jessie-, algunos miembros de la familia no han podido venir. Otros viven muy lejos. Y tienen que atender negocios y otras cosas.

-¡No han querido venir, y eso es todo! ¡Bien! ¡Que se vayan al cuerno! Sentenciado este deseo, dio vuelta la cara en dirección al fondo y contempló su arbusto predilecto de azalea silvestre.

-¡Cuidado! Hay ropa tendida -le previno el tío abuelo Everett. -Pues que sigan yéndose al cuerno -repitió el tío abuelo George después de haber fijado en Violeta la mirada de sus ojos redondos.

Le gustó que Violeta no pestañeara. Violeta le sonrió comprensiva y se retorció una trenza, cavilando al mismo tiempo. Se sentó a su lado y lo contempló fijamente.

-Tío abuelo George -le dijo-, yo quisiera hacerle algunas preguntas sobre nuestros antepasados comunes.

-Pregunta -le dijo el tío abuelo George, visiblemente encantado. Nada le agradaba más que hablar de sus antepasados.

-En primer lugar-inquirió Violeta, siguiendo su método sistemático ¿ya estaba realmente loco Elisha Granden en el año 1775?

El tío abuelo George exhaló un bufido.

-¡Por supuesto que no! -dijo con voz áspera-. No ha habido locos entre los Granden. Originales tan sólo. Elisha Granden era un hombre excelente, un gran soldado, y murió en la batalla de Bunker Hill.

-Yo vi una carta que escribió una vez -continuó Violeta insinuante-, y me pareció que era dislocada. Aunque pudo haber sido escrita en clave.

-Más que seguro. Era un gran pillo Elisha. Solía escribir cartas de amor en clave. Y eran muy difíciles de descifrar, según creo.

Diciendo estas palabras, el tío abuelo George se acariciaba la barba y sonreía.

-¡Chst...! ¡Chst! -le previno el tío abuelo Everett.

-Yo no creo que la que digo fuese una carta de amor-expresó Violeta, tan abstraída como antes.

-¿Y dónde has visto esa carta? -interrogó el tío abuelo George.

-La tiene el genealogista de la prima Priscilla.

El tío abuelo George golpeó el suelo con el bastón.

-¡No nombres a esa mujer! -exclamó iracundo-. Es intrigante, ordinaria y embaucadora.

-Vamos, papá -le dijo una de sus hijas.

-¡Pues lo es! Vive aquí al lado, y mi mayor esperanza es no volver a verla nunca. Vive en la casa más antigua del pueblo. La casa que construyó Elisha Granden y donde vivió siempre. Por derecho nos corresponde, pero..., ¡diablos!, esa mujer se apropió de ella...

-¡No lo incites, por favor! -murmuró alguien al oído de Violeta, la cual no le prestó atención alguna.

-¿Viene la prima Priscilla a la cena de cumpleaños? -preguntó.

-Por supuesto que no -respondió en el acto el anciano-. ¿Sabes lo que hizo? Se casó con un Vreeland, uno de los advenedizos Vreeland.

-¿Y qué tienen de malo los Vreeland? -siguió preguntando Violeta.

-¡Gente de paso! -rugió George, cuya respiración habíase tornado afanosa-. ¡Advenedizos de paso!

La tía abuela Paulina procuró explicar el asunto.

-George quiere decir que no son verdaderos pobladores antiguos. Nosotros no los consideramos hijos reales de West Haddam, porque, claro, llegaron sólo en 1882.

Violeta contemplaba con cierta concentración un grabado que se veía en la pared. Estaba rodeado por un pequeño marco y representaba dos leones y un brazo que empuñaba una flecha. Había una frase en latín. Era, según rezaba la leyenda misma, el escudo de armas de los Granden.

¡Um!, se dijo Violeta. Y luego... Bueno, ¿qué les parece?

Cuando subieron a sus cuartos, Violeta, Pete y Lily, Violeta se dirigió resueltamente al dormitorio de su padre, con intención de hablarle.

-¿Te gustaría ayudarme a buscar un tesoro escondido? -preguntó.

-¿De qué estás hablando? Tengo una sospecha.

-Las niñas no deben tener sospechas. Por lo menos, no deben tenerlas entre comidas.

-¿No es posible que tomes algo en serio? -inquirió Violeta, muy ofendida-. Tengo la sospecha de que el viejo Elisha Granden escondió algo cuando se fue a la guerra. Y estoy decidida a buscarlo.

-¿Te ha dado un poco por lo fantástico, verdad, jovencita?-le preguntó Pete, al tiempo que sacaba de un baúl su otro único traje.

-¿Qué sabes de la platería del rey Jorge de que siempre habla la tía abuela Jessie?

-Es una simple leyenda familiar. -Desapareció allá por el 1775, ¿no es eso? -Así dicen los rumores.

-Pues bien, eso fue cuando Elisha Granden marchó a la guerra. ¿Sabías?

-No, no sabía.

Violeta lo contempló disgustada.

-Papá... ¡eres tan cerrado!

-Oye, Violeta... Ve a buscar todos los tesoros que se te antoje. Pero a mí déjame tranquilo. Yo soy casero.

-Te arrepentirás -dijo Violeta, saliendo presurosa.

Y tal como sucedieron las cosas, se arrepintió. Por más de una razón. Cuando Violeta se acostó aquella noche, se dijo que al día siguiente necesitaría una pala y alguna persona de brazos fuertes que la ayudase.

Había en la reunión familiar un primo segundo de Violeta, de doce años de edad, cuyo sobrenombre era Comadreja. Nadie sabía por qué. Violeta estudió su físico robusto y lo eligió para compañero de correrías.

-Deja que te toque los músculos, Comadreja -le dijo a la mañana siguiente.

El muchacho, con mucho orgullo, hizo flexiones con los brazos, y Violeta llevó a cabo su investigación.

-Sirves perfectamente -le dijo-. ¿Te parece que podrías encontrar una pala en el galpón de las herramientas?

-¿De qué se trata? -preguntó Comadreja.

-Vamos a explorar terrenos -le contestó Violeta.

Violeta llevaba consigo un metro graduado, una brújula obtenida en el depósito de instrumentos del tío abuelo George y el escudo de armas de los Granden, y Comadreja una pala grande, de mango largo. Atravesaron un largo trecho de césped hasta la casa contigua, donde vivía la prima Priscilla Vreeland. El límite estaba marcado únicamente por un par de árboles y uno o dos arbustos, entre los cuales se veía la azalea silvestre que tanto cuidaba el tío abuelo George.

-Mira -dijo Violeta, deteniéndose junto a un arbusto de lilas-. Me parece que lo mejor será que por el momento dejemos aquí la pala y el metro.

Siguieron hasta la casa y en momento en que doblaban una de sus esquinas, vieron a la prima Priscilla que salía por la puerta de calle vestida para la iglesia. Se detuvo al advertir que Violeta se acercaba y se le movieron las tres barbillas.

-¡Oh, Violeta Granden! -exclamó.

-Me pareció natural venir a hacerle una visita -dijo la niña con mucha dulzura.

-Estamos por salir todos para la iglesia-dijo la prima Priscilla-, todos excepto la pequeña May, que tiene un catarro...

-Yo estoy parando en casa del tío abuelo George -continuó Violeta Vine para el cumpleaños, ¿sabe? Y dicen que usted no piensa ir.

-Me temo que no -dijo Priscilla, enderezándose mucho, todo lo que le permitía la grasa acumulada.

-A mí me encantan estos odios de familia -manifestó Violeta, sin perder el aplomo y la dulzura.

Salieron los demás Vreeland, saludando a Violeta fríamente.

-¿Puedo entrar a ver a la pequeña May? -inquirió Violeta.

-Claro que sí -le respondió la prima Priscilla, alejándose.

Violeta y Comadreja entraron en la casa y descubrieron a la pequeña May jugando con cuatro muñecas llamadas Rita, Chita, Flita y Patricio Enrique. May, hija de la prima Priscilla, tenía ocho años de edad y estaba acostumbrada a que siempre le aplicasen el calificativo de dulce criatura. Y era deliciosa. Tan deliciosa y tan dulce que las moscas se le pegaban y costaba trabajo quitárselas de encima. Llevaba su cabello de oro peinado en inmaculados rizos. Su primoroso vestidito blanco tenía bordaditos azules

-Dime, May -le dijo Violeta, después de haber soportado con paciencia la presentación de sus cuatro muñecas-, ¿hay alguien más en la casa?

-No, ¿por qué? -preguntó la niña-. Todos se han marchado a la iglesia y Laura, la criadita, tiene el día libre, porque vamos a cenar fuera de casa. Violeta se frotó las manos

-¡Perfecto! -díjole a Comadreja.

-¿Por qué? -inquirió la pequeña.

-Oye, Comadreja -habló Violeta, sin prestar atención a la pregunta de la niña-, ve a buscar el metro y la pala.

En el acto mismo puso manos a la obra. Salió a la puerta de calle y se quedó mirando. Era un hermoso portal de estilo colonial, y Violeta comprendió de sobra que el tío abuelo George estuviera enojado porque no fuera suya.

-Empezaremos desde aquí -dijo Violeta a su ayudante cuando éste volvió con las herramientas-, aunque es posible que el viejo Elisha partiera de la puerta lateral o de la que da a los fondos.

Por una ventana se asomó la pequeña May.

-Violeta, ¿qué estás por hacer? -preguntó asustada, con su vocecita de soprano.

-Son cosas demasiado profundas para ti -le dijo Violeta.

-¿Y a mí por qué no me lo cuentas? -interrogó Comadreja, observando cómo Violeta medía en ángulo recto desde la puerta.

-Creo haberte dicho que estamos buscando un tesoro escondido. El viejo Elisha Granden, un tataratatarabuelo o cosa por el estilo, escribió cierta curiosa carta, y yo creo que en esa carta vino a decir que en estos fondos enterró ciertos objetos valiosos cuando se marchó a la guerra.

-¡Estás chiflada! -exclamó Comadreja.

-Lo mismo dijeron de Colón -manifestó Violeta, señalando un punto del jardín que daba al frente-. Ahora bien, esto son diez yardas justas de la puerta. El mensaje dice así: "Si está el escudo a diez yardas de la puerta..."

-¿Qué escudo?

-Eso ya lo tengo adivinado. El escudo de armas de los Granden. Aquí lo tengo. ¿Ves? Hay dos leones y un brazo que empuña una flecha. El mensaje decía también: "y el rabo mira al norte". Esto quiere decir, sin duda, que uno de los rabos de estos leones debe señalar el norte. Claro que no podemos determinar de cuál de los leones ha de ser el rabo. Haremos la prueba de las dos maneras. Habrá que hacer más excavaciones, pero no puede evitarse.

-Violeta -grito lloriqueando la pequeña May-, ¿está enterada de eso mi mamá?

-Se enterará-le contestó secamente Violeta.

Colocó el dibujo del escudo de armas en el suelo, al lado de la brújula y orientó uno de los leones de forma que el rabo apuntase al norte. Comadreja empezaba a interesarse.

-¿Sabes que esto es bueno?

Violeta observó atentamente la dirección hacia la cual señalaba el escudo. Era hacia el extremo más alejado de la casa. Midió en línea recta, mientras canturreaba: "cuarenta contarás en el mismo sentido en que el arco disparó".

Pidió a Comadreja que le trajese un poco de hilo y se preocupó especialmente de que la línea siguiese la dirección de la flecha... "en el mismo sentido en que el arco disparó". Después de medir las cuarenta yardas, se encontraron más allá del césped, del lado más alejado de la casa.

-Ahora -prosiguió Violeta -hay que ir con rumbo a Jack, lo cual es evidente que significa el monte Jackson, "siete veces la suma de años que tenía el día en que no vio". Hubo una hermana del viejo Elisha Granden que quedó ciega a los siete años. Está en su diario, que me enseñó anoche el tío abuelo George. Quiere decir setenta y siete yardas. Adelante, Comadreja.

Las setenta y siete yardas en dirección al monte Jackson los llevaron de nuevo al centro justo del prado lateral.

-Bueno, aquí es -dijo Violeta triunfalmente-. Ahora, empecemos a cavar.

-¿Y qué dirán los Vreeland?-preguntó Comadreja, mirando preocupado el césped tan bien cuidado.

-Dirán mucho -respondió Violeta-. Pero yo asumiré la responsabilidad. He cargado ya con tantas culpas que las nuevas rebotan al tocarme. ¿Te parece que sea yo quien clave por primera vez la pala, para darle más solemnidad al asunto? Sí, yo lo haré. Igual que los mayores hacen siempre.

Clavó la pala en el lugar exacto y la empujó hacia dentro con un pie. Después de un poco de esfuerzo salió de nuevo la pala bien llenita de tierra húmeda, sobre la cual se veía un trozo del césped bien cuidado de los Vreeland, arrancado de cuajo.

-Ya está -le dijo Violeta a Comadreja-. Ahora sigue tú. Es posible que haya que cavar muy hondo.

Comadreja se dedicó a la operación, inflamado por el misterioso carácter de aquella tarea.

La pequeña May miraba desde otra ventana.

-Creo que a mamá no le gustará que caven en su prado -dijo-. Ni siquiera me dejan jugar.

-Tú y yo somos muy distintas -le replicó Violeta.

La excavación que hacía Comadreja estaba reuniendo un buen montoncito de tierra. Violeta se impacientaba.

-Mira -le dijo-. Yo voy a medir otro punto, colocando en dirección al norte el rabo del otro león. Si vemos que por aquí no aparece nada, lo dejamos sin perder más tiempo.

Comadreja hizo una seña de asentimiento con la cabeza y se secó el sudor de la frente. Jamás pensó que la búsqueda de tesoros ocultos fuese trabajo tan pesado.

Por el momento en que Comadreja había hecho ya una excavación de varios pies de profundidad, sin encontrar cosas más emocionantes que unos cuantos gusanos y un resorte enmohecido, Violeta tenía medido otro lugar posible y estaba en condiciones de iniciar la nueva tarea.

Comadreja se puso a cavar pacientemente el nuevo agujero, que estaba en mitad de un cantero de rosas. Antes de iniciar la labor fue necesario arrancar del suelo un reloj de sol.

La pequeña May seguía encaramada en la ventana.

-A mamá no le gustará que hagas eso -decía, teniendo en sus brazos a Rita, Chita, Flita y Patricio Enrique.

-Me fastidias, May -exclamó Violeta.

Nuestra heroína estaba sentada en el musgo, mascando goma, mientras Comadreja cavaba con gran ímpetu. Se vio claramente que en el cantero de rosas tampoco había nada.

-Mediremos ahora desde la puerta lateral -expresó Violeta. Midieron de nuevo y no tardaron en estar cavando en otro sitio, que tampoco ofreció mayores indicios del tesoro que los anteriores. Violeta empezó a ponerse solemnemente filosófica.

-Claro que yo podría estar equivocada.

-De todos modos -decía Comadreja-, ¿a mí qué me importa el tesoro escondido. ¿Y qué podemos sacar nosotros? La familia nos lo quitará. Pero Violeta ya tenía el rabo del otro león apuntando hacia el norte desde la puerta lateral, y se afanaba midiendo como loca. Esta vez el lugar a que llegaron se hallaba dentro de un viejo invernadero en ruinas.

-Tendremos que levantar el piso -manifestó Violeta.

Antes de que Comadreja pudiera rebelarse, oyeron que alguien los llamaba desde la casa del tío abuelo George. Era la hora de la comida.

-Espera que se lo diga a mamá -protestó la pequeña May viéndolos salir.

-Seguiremos después -manifestó Violeta a Comadreja, mientras recorrían el trecho que los separaba de la otra casa.

Cuando llegaron de vuelta a la casa del tío George, por todas partes se veían Granden y descendientes de los Granden. Estaba allí el hijo del tío abuelo Everett, de nombre George, con el aire de un perfecto senador (cosa que, por otra parte, era realmente). Aunque completamente calvo y de relativa edad, se lo conocía por el joven George. Con él estaban su esposa y sus tres hijos adolescentes, todos los cuales parecían tener adenoides bien desarrolladas. Y Violeta tuvo que perder un tiempo precioso en saludar a las hordas de primos segundos y primos terceros y primos más lejanos, la mayoría de los cuales ella hubiera deseado que estuvieran lejanos de veras.

Faltaba poco para la hora del gran almuerzo familiar. El foco de atención estaba en el comedor, mientras aguardaban que la tía abuela Paulina, o cualquier otro vástago predilecto, hiciera sonar la campana. El tío abuelo George estaba sentado en su sillón, como si fuera un trono, rebosante de elegancia con su traje más bonito y las cejas acabadas de recortar.

Pete se acercó a Violeta.

-Noto, jovencita -le dijo-, que en tu cara se dibuja una mirada peligrosa.

Violeta se retorció una trenza con gran inocencia.

-Me divierto -dijo dulcemente.

Pete arqueó las cejas con recelo. Cuando Violeta aseguraba que se divertía, era llegada la hora de estar alerta.

La mesa, recargada como para una gran comida de Navidad, había sido alargada al límite máximo y prolongada hasta la sala. Una vez que todos los parientes se sentaron, el espectáculo fue imponente; un espectáculo edificante o amedrentador, según cómo se lo mirase. En la cabecera, por supuesto, estaba el tío abuelo George, inspeccionando la mesa con satisfacción inmensa. Después de todo, reunir veinticuatro cabezas no era tan malo. Musitó su acostumbrada oración de gracias, gutural y casi incomprensible, y metió la punta de la servilleta por un ojal del chaleco, acomodándola cuidadosamente debajo de la barba.

Violeta estaba sentada a tres sillas del tío abuelo George, entre Pete y la prima Miriam, la hija más rancia del viejo George, la cual, por alguna razón inexplicable, olía a sen-sen.

Necesariamente, la conversación era muy fraccionada; El runrún de la charla y las voces de niños daban un carácter singular a la mesa.

-¿De modo que te has casado cuatro veces? -preguntábale el tío abuelo George a Pete-. ¡Muy bien, muchacho! Yo nunca pude creer que la monogamia fuese una gran cosa.

-¡Oh, papá! -exclamó la prima Miriam, cuyos lentes bailaban en la nariz grasosa.

-¡Ah, ja! -dijo el tío abuelo George, sonriéndole a su hija, a la cual le gustaba mucho escandalizar.

La prima Miriam no apartó la mirada de la sopa.

-¡No, señor! -prosiguió el anciano-. Entiendo a las mujeres demasiado bien como para apoyar semejante insensatez.

-¡Chst...! ¡Chst…! -dijo muy serio el tío abuelo Everett-. Recuerda que hay ropa tendida.

-Nadie puede negar que yo entiendo a las mujeres. ¿Hay alguien que sea capaz? -asintió el tío George.

Claro que ninguno lo negaba. Aunque todos recordaban que apenas seis años antes, cuando tenía ochenta y cuatro de edad, lo demandó su ama de llaves por incumplimiento de promesa. El tío abuelo George aseguraba, contra viento y marea, que era lo mejor que le había ocurrido en la vida. -¿Qué es monogamia? -preguntó Violeta con mucha claridad. -¡Chst! ¡Chst! -dijo el tío abuelo Everett, que ya sentía la amenaza de lo que el tío abuelo George denominaba "su indigestión moral". -Monogamia -le dijo resueltamente el tío abuelo George- es gastar toda la pólvora en un solo chimango.

Los hombres rieron.

-Es tener una sola mujer, tontos -dijo Violeta.

-¿Y por qué preguntabas, si ya lo sabías? -interrogó rugiendo el tío abuelo George.

-Para hablar de algo -dijo Violeta.

Los adultos se dispusieron a beber vino y en el acto mismo empezaron los brindis. La primera fue la tía abuela Jessie.

-¡A la salud de George, y que sus próximos noventa años sean tan dichosos como los primeros noventa!

-¡Por George, a quien todos queremos tanto! -exclamó la tía abuela Paulina, con los ojos húmedos de llanto.

-¡A la salud del tío abuelo George -dijo Pete-, que acaba de entrar en la mayoría de edad!

Esto le gustó al viejo George, y le guiñó un ojo a Pete. Estaba divirtiéndose en grande. Aquel cumpleaños parecía ser exquisito. Nada de rencillas, nada de malhumores...

Y en aquel instante penetró como una furia la prima Priscilla. Los Granden volvieron sus caras sorprendidos. Hacía años que no entraba en aquella casa. Tampoco diríamos que se alegraron. Y a juzgar por la cara que ponía Priscilla, no estaba ella muy contenta.

Repentinamente, la expresión de Violeta se tornó seria.

-Esa perversa criatura-dijo la recién llegada desde la puerta, señalando a Violeta- ha estado cavando a propósito en los fondos de mi casa, en el césped y en el cantero de rosas, arruinándolo todo. ¡Esto es un abuso! No estoy dispuesta a permitirlo. Tendrán que pagármelo todo... todo...

-Procura decir cosas que tengan sentido, Priscilla -le dijo Pete-. ¿Para qué tiene que estar cavando en tu casa Violeta?

-Eso es lo que yo desearía saber.

-Yo no lo creo -expresó el tío abuelo George-. ¿Y qué derecho tienes tú a entrar aquí de pronto e interrumpir mi fiesta de cumpleaños?

-¡Lo hizo ella, sí! -prosiguió Priscilla-. La pequeña May la vio.

-Claro que lo hice -intervino Violeta, tomando con toda tranquilidad un buen montoncito de puré de patatas en su tenedor-. Estoy trabajando en una investigación interesantísima.

-¿Han visto? -preguntó Priscilla con aire triunfal.

-Violeta -dijo Pete muy serio-, ¿es verdad que has hecho excavaciones en el terreno de los Vreeland?

-Sí. Ya te dije que pensaba buscar el tesoro escondido.

-¡Dios mío!

-Ese terreno está cuidado por nosotros desde hace muchos años -reanudó Priscilla sus lamentaciones- y ahora queda arruinado... ¡Arruinado!

-Sólo he cavado en dos o tres sitios -dijo Violeta un tanto indignada.

-Violeta, voy a tener que castigarte seriamente -manifestó Pete, con toda la dignidad de que fue capaz.

-Deberían encerrarla. ¡Es un horror! ¡Un monstruo!

Después de escuchar estas palabras de Priscilla, el tío abuelo George dio un fuerte golpe en la mesa.

-Bueno, Priscilla -dijo-; ¡basta ya! Vete. Entáblanos pleito. Haz lo que quieras, pero vete. Estás estropeándonos la comida.

-¡Perfectamente! -dijo Priscilla-. Son ustedes la gente más mal educada que conozco. Pero aguarden a que venga a enfrentarlos Talbot Vreeland. Está tan furioso que es capaz de hacer algo.

Tiró hacia atrás sus tres barbillas, con mucha solemnidad, y se marchó airada.

-Violeta, esto es vergonzoso -exclamó Pete, después que Priscilla salió-. Tienes que pedirle perdón al tío abuelo George por haberle estropeado la comida.

-¡Cuernos! -replicó el tío abuelo George-. No hace falta pedir ningún perdón. Disfruto viendo a Priscilla furiosa. Esto me ha hecho bien.

-¿Has visto?-preguntó Violeta-. El tío abuelo George me comprende. Y es capaz de tomar en serio mi proyecto. -Se volvió hacia el anciano-. Yo creo que puedo encontrar la platería del rey Jorge, que desapareció hace tantos años. Creo que Elisha Granden dejó un mensaje en código que indica el sitio.

-¿Crees realmente? Bueno, bueno, bueno... ¡Quién lo diría!

-Claro, yo supongo -dijo Violeta, lanzando un vistazo en torno de la mesa entera -que todos los demás me creerán tonta. Son cosas que requieren la mente de una niña.

El tío abuelo George la miró con el entrecejo fruncido..

-¿Y por eso presumes que yo lo creí? -preguntóle desafiante.

-Claro -contestó Violeta sin rodeos-. Después de todo, mi padre dice que usted está en la segunda infancia.

Hubo una pausa espantosa. Todos pensaron que el tío abuelo George montaría en cólera.

-Tienes razón, Violeta dijo, en cambio, riendo-; y es bueno estar en la segunda infancia. Después de comer quiero que me cuentes más detalladamente tu proyecto, y es posible que te ayude. ¡Lo que serán capaces de hacer dos mentes infantiles!

Más o menos una hora después de la comida se descubrió de pronto que faltaba el tío abuelo George. Las hijas pensaron que estaría durmiendo una siesta, pero no estaba. Hubo un poco de agitación, y algunos salieron corriendo al terreno. Tampoco estaba allí. En cambio, lo vieron en los fondos de los Vreeland, vigilando con Violeta una nueva excavación, que Comadreja efectuaba un poco de mala gana. Sentados uno junto a otro en un banco. Violeta y el tío abuelo George dirigían la tarea. Hacía rato que estaban en eso. Dos nuevos pozos cavados en los fondos de los Vreeland eran demostración de su persistencia. Parecía que el tío abuelo disfrutaba como nunca.

Alarmadas, corrieron hacia él las hijas Miriam y Josefina.

¡Papá! -gritó Miriam, mirando intranquila la casa de los Vreeland-. ¿Qué estás haciendo?

-Cavando -respondió satisfecho el anciano.

-No debes hacer eso -intervino Josefina-. ¿Qué dirán los Vreeland? -Han salido todos -respondió el tío abuelo George-. Y Violeta y yo estamos cavando en busca de un tesoro oculto.

Miró a sus hijas con expresión diabólica.

-¡Papá! -dijo Miriam-. Tienes que dejar eso ahora mismo. La gente creerá que estás... tocado.

-¿Y a mí qué me importa? -inquirió George-. Tengo noventa años. Creo que ya puedo hacer lo que me da la gana. Por ahora me divierte cavar... ¿Saben lo que andamos buscando Violeta y yo? La platería del rey Jorge, que falta desde hace ciento cincuenta años

Miriam y Josefina hicieron movimientos que denotaban su desesperación.

-Violeta es una chica muy despierta -continuó el anciano- y tiene una idea... una excelente idea. Este cumpleaños va a ser el más feliz de mi vida. Y voy a descubrir el tesoro perdido que el rey Jorge regaló a mi familia... Miriam se volvió hacia Violeta.

-Violeta Granden, tienes que dejar eso ahora mismo. Ninguna chica buena hace excavaciones en propiedades ajenas.

-¿Y qué tengo yo que ver con las chicas buenas? -preguntó Violeta, alejándose preocupada, con intenciones de realizar una nueva medición, esta vez desde la puerta trasera. El tío abuelo George pensaba que lo más fácil era que el mensaje en clave se refiriese a esa puerta.

Tanto le machacaron al padre Miriam y Josefina, que el anciano accedió a volver a su casa. Farfullando un poco y tironeándose la barba, fue conducido de vuelta a través de los dos terrenos, deteniéndose un instante a contemplar su favorito arbusto de azalea.

En medio de la agitación por llevar de nuevo a la casa al tío abuelo George, Miriam y Josefina se olvidaron momentáneamente de Violeta, la cual tuvo a su disposición tiempo en abundancia para iniciar otras exploraciones sin ser molestada. Le indicó a Comadreja otro sitio en que cavar y en él puso toda su esperanza. Era el último que podía indicar el mensaje. Las medidas la condujeron a un punto situado a mitad del camino entre ambas casas. Lo que más la turbó fue advertir que justamente en aquel sitio había un arbusto, una azalea silvestre.

Frunció el ceño y ahuecó los labios pensando en esta mala suerte. -No tendremos más remedio que arrancarlo -dijo decidida a su colaborador.

-¡Oh, Violeta! Yo ya estoy cansado

-En el reluciente léxico de la juventud, la palabra fracaso no existe... Mira, Comadreja, piensa en lo encantado que estará el tío abuelo George cuando encontremos el tesoro. Lo menos que puede suceder es que nos deje en su testamento un montón de dinero o algo por el estilo.

-A mí no me importa -opinó Comadreja.

-No te preocupa el futuro, eso es lo que tú tienes de malo.

Por supuesto, a la larga convenció a Comadreja y se hizo una primera excavación alrededor de las delicadas raíces de la azalea, sacándola luego de la tierra y trasplantándola a unos cuantos pies de distancia.

Se turnaron cavando, para hacer el pozo más ancho y más profundo. Pero no había señal alguna del tesoro. Violeta apretó los dientes con rabia y se acomodó los anteojos en su sitio.

-¿Será posible que haya medido mal? -preguntó.

Debajo de las cejas sudorosas, los ojos de Comadreja le dirigieron una mirada furibunda.

-¡Tenía tanta confianza en que éste fuera el sitio! -se lamentaba Violeta, muy descorazonada-. ¡Diablos!

-Oye, fíjate -le dijo Comadreja de pronto, señalándole el sitio por donde los Vreeland estaban llegando de vuelta a la casa-. Es mejor que huyamos.

Violeta siempre había opinado que huir era cosa en extremo indecorosa; pero por el momento no se le ocurrió nada mejor. Abandonaron la escena de sus excavaciones, aun cuando Violeta se negó a correr. Caminó muy erguida, mientras sus trenzas golpeaban desafiantes en la espalda.

Se refugiaron en el galpón de las herramientas, que les pareció lugar muy adecuado hasta que pasara el ataque de histerismo que sin duda sufrirían los Vreeland. Violeta estaba sentada en una carretilla, pensando cómo sería posible que no hubiese encontrado el tesoro escondido de Elisha Granden. Cuando se proponía algo, lo conseguía siempre. Y encontrarse con impedimentos en el camino era cosa que no acostumbraba a tolerar.

-Yo abandonaría la idea por completo -expresó Comadreja, para quien no estaba resultando muy divertida aquella reunión familiar.

-Yo no abandono nunca-expresó Violeta-. O salgo adelante o reviento. Vieron entonces la negra nube que formaban los indignados Vreeland, cruzando desde su casa a la del tío abuelo George. Eran dos o tres hombres y la prima Priscilla. Con ellos iban dos policías del pueblo que parecían estar un poco atemorizados.

-¡Cielos! -exclamó Comadreja, espiando por la ventanita del galpón. ¡Llevan policía!

-Un policía que bien poco respeto puede imponer -agregó Violeta, siempre deseosa de ejercer su facultad crítica.

-¿Nos meterán presos? -preguntó Comadreja.

-No deja de ser posible -respondió Violeta-. Tal como yo lo entiendo, siempre que alguien trata de hacer algo original, lo más fácil es que lo metan preso.

Comadreja se alarmó.

-De todas maneras, somos menores -prosiguió Violeta-. Eso es una ventaja.

-¿Porqué?

-Porque no pueden mandarnos a una cárcel corriente; debe ser por fuerza un reformatorio.

-¡Un reformatorio! -repitió suspirando Comadreja, que estaba completamente abatido.

Violeta puso un codo en el lado de la carretilla y apoyó la cabeza en una mano.

-Si alguna vez me mandan a un reformatorio, sabes cómo pienso pasar el tiempo...? Escribiendo mis memorias.

Esto no interesaba realmente a Comadreja. Pensaba que quizás el castigo de su padre sería peor que cualquier otra cosa. Tragó saliva y puso una cara muy seria.

-Ya tengo elegido el título y todo -continuó Violeta-. Bribonzuela de Penitenciaría. ¿Qué te parece?

Dentro de la casa, el presidente de la Sociedad Histórica y su esposa acababan de llegar con objeto de presentar sus respetos al tío abuelo George, a quien llamaban cariñosamente el Gran Anciano de West Haddam. Acababan de sentarse y la familia ronroneaba alrededor, cuando hicieron irrupción los Vreeland.

-Bueno, George Granden -dijo uno de los Vreeland con mucha prosopopeya-. Vas a tener que entendértelas con la autoridad. Hemos traído a Joe Massey.

-¡Hola, Joe! -saludó el tío abuelo George. -Hola, señor Granden -dijo el policía Joe.

-Dile, Joe, dile lo que has venido a decirle -lo azuzó la prima Priscilla con toda valentía.

-Bueno, parece que sus nietos... o no sé quién... han estado cavando pozos en los terrenos de los señores Vreeland.

-¿Qué nietos ni qué niños muertos? -se apresuró a decir el tío abuelo George-. He sido yo mismo.

El presidente de la Sociedad Histórica arqueó las cejas.

-No es verdad -protestó la prima Priscilla-. Lo que quieres es defender a esa endemoniada chiquilla, a Violeta.

-Estamos en sociedad-manifestó George-. Lo proyectamos juntos. En algún sitio de sus terrenos está enterrada la platería que regaló el rey Jorge. Estoy completamente seguro.

-¡Pamplinas! -exclamaron los Vreeland. Y también dijeron "Chifladuras y estupideces" y "Ridículo".

-No te dejes enredar -le dijo Priscilla a Joe, el policía.

-Bueno, señor Granden -dijo Joe al tío abuelo George-, parece que no tengo más remedio que dejarle una cédula. Eso es vandalismo, ¿sabe? Tendrá que comparecer ante el juez.

La familia de George se agitó algo y todos hablaron por lo bajo.

-No acepto cédulas. Hoy es mi cumpleaños... ¡noventa años! Los Vreeland se han asegurado el concurso de la autoridad, según veo.

El policía Joe sintió pena

-Podemos hacer un trato, Joe -expresó el tío abuelo George con una sonrisa siniestra, oculta a medias por su barba-. Si no encuentro la plata, voy a ese juzgado asqueroso de que me hablas. Si la encuentro, no voy. ¿Te parece bien?

-No buscarás más. Por lo menos, en nuestros terrenos, no -dijo entre rugidos uno de los Vreeland.

-Sí, seguiremos buscando -aseguró el tío abuelo George. Priscilla estuvo a punto de desvanecerse.

-Exijo protección. ¿Acaso la ley no nos defiende? Deberemos pedir vigilancia. ¡Que pongan un policía!

-Bueno, bueno -intervino el tío abuelo Everett-. George no habla en serio. Es una bravata.

-Hablo muy en serio -gritó George, dirigiéndose a los Vreeland-. Y ahora tendrán que perdonarme. Cumplo noventa años y aquí está la Sociedad Histórica decidida a ponerme en conserva. ¡Afuera!

Con ofendida dignidad, salieron los Vreeland.

Violeta, que se había escabullido en la sala y estaba escondida detrás de una cortina, hallábase encantada de lo que acababa de oír. Lo que luego siguió no le encantó ya tanto.

El tío abuelo George, halagado por la forma en que había resuelto el entredicho, se levantó para mirar por la ventana y ver la retirada del enemigo. Sonreía viendo las espaldas de los abochornados Vreeland, que se alejaban cruzando los dos terrenos. Mas entonces, de pronto, se le congeló la sonrisa en los labios, y con una expresión de horror clavó la mirada en un cierto lugar. Su predilecta azalea silvestre estaba fuera del sitio habitual, inclinada en un ángulo peligroso y secándose a vistas claras. El tío abuelo George dejó escapar un rugido estentóreo.

-¿Quién demonios ha hecho eso? -preguntó imperioso.

El presidente de la Sociedad Histórica cayó en la cuenta de que era hora de marcharse. Miriam y Josefina corrieron al lado de su padre.

-¿Quién ha arrancado del sitio mi azalea? -clamaba furioso el tío abuelo George, enrojeciendo rápidamente.

Violeta no lograba adivinar qué sucedía en realidad. Como no entendía nada de horticultura, para ella un arbusto no era más que un arbusto. Y tanto daba un sitio como otro.

-¡Voy a matar al culpable! -decía enardecido el anciano, temblando a más no poder-. ¡Voy a despedazarlo!

-Papá, por favor, cuidado con el corazón -le recomendaba amorosa Miriam.

Pero George se puso en camino hacia la sala, siguiendo hacia afuera. Tras él iba toda una corte de parientes.

De pronto el anciano vio a Violeta muy callada en la puerta de la sala y se detuvo.

-¿Has arrancado tú la azalea? -preguntó desafiante, presa de incontenible furor homicida.

-Bajo el imperio del deber, he sido yo -expresó Violeta.

-¡Fuera de mi vista! -rugió el tío abuelo George, y con toda la rapidez de que era capaz salió de la casa y se dirigió al terreno lateral. Los parientes acudieron a rodearlo, procurando aplacarlo y devolverle la tranquilidad.

-¡Está echado a perder! -exclamó el anciano, de pie delante del arbusto-. Va a morir. Traigan palas. Traigan agua.

-Volveremos a ponerlo en su sitio -sugirió Everett.

-No, no-dijo George-. Dejémoslo donde está, pero enterrémoslo más. ¡Agua! ¡Necesito mucha agua!

Se produjo una gran conmoción. El joven George, senador del Estado, amontonó tierra con sus manos al lado del arbolito.

-Bueno, George, no te agites tanto -decía la tía abuela Paulina-. Puede hacerte mucho mal.

-¡Tengo que matar a esa chiquilla! -rugía George-. ¡Tengo que pulverizarla! Me ha estropeado la azalea. Ha echado a perder mi fiesta. De nuevo en la casa, Violeta meditaba sobre la mutabilidad de la naturaleza humana y buscaba la manera de llegar en puntas de pie a la puerta trasera, para seguir de ahí al galpón de herramientas una vez más. Pero el padre la sorprendió.

La miró muy serio y decepcionado.

-Tengo algo que decirte, jovencita -le dijo con tono siniestro. -No me siento con muchos deseos de hablar -contestóle Violeta.

Lo cierto es que la reunión familiar empezó a desarrollarse con sordina. Ya no reaccionaban igual. El tío abuelo Everett perdió por completo el dominio de su indigestión. El tío abuelo Lucas tocó melodías fúnebres en el órgano. La tía abuela Paulina lloró de cuando en cuando. La tía abuela Jessie, proveniente de Nueva York, siguió comiendo almendras.

El tío abuelo George, después de anunciar que aquél era uno de los cumpleaños más terribles que había pasado en su vida, se dirigió a su cuarto para echar una siestecita.

Violeta se acostó también. No tuvo más remedio. Casi todos la consideraban el miembro más indeseable de la reunión familiar. A ella se debía todo. Ella había echado a perder la fiesta.

-Yo no hice nada -decíale Violeta a Pete-. Soy una mártir incomprendida.

-Está bien, eres mártir -le contestó Pete fríamente-, pero te quedarás en tu cuarto el resto del día. Y para estar seguros de que cumples la orden, te quitaremos la ropa. Con ropa interior no podrás ir muy lejos.

-Yo voy lejos de cualquier manera -replicó Violeta altaneramente-. No sé por qué me encierras como... como un malhechor.

-Deja de hablar y piensa, siquiera una vez.

Violeta meditó acerca de su sino. "Bribonzuela de Penitenciaría", musitó por lo bajo.

Salió Pete, cerrando la puerta al hacerlo. Violeta se echó en la cama y miró fijamente el cielo raso.

-Esto puede fácilmente estropearme el carácter-se decía-. Más aún, creo que dejaré que me lo estropee. Serán ellos quienes se arrepientan. Contó las treinta y dos sinuosidades de la moldura, primero de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda. Luego se puso a tensar nuevamente en el tesoro oculto. Cuanto más pensaba, más se convencía de que había

cometido un error en las últimas mediciones. Tendría que hacer la prueba otra vez, fuera como fuese.

Saltó de la cama y se dedicó a mirar por la ventana. Una brisa leve movía las hojas del olmo grande y producía un ruido como de papel sacudido. Parecía que en el terreno de los Vreeland había alguna actividad. Violeta contuvo el aliento. ¡Los Vreeland estaban haciendo excavaciones! No cabía duda alguna. Dos de ellos cavaban en un sitio muy próximo al límite de los dos terrenos; y allí cerca, con metros graduados en las manos, se encontraban la prima Priscilla y el profesor Devons.

Lo que había ocurrido era sencillamente que cuando el profesor Devons tuvo noticia de los trabajos realizados por Violeta y estudió con atención la carta, pensó en el acto que la chica podía tener razón. Y convenció a los Vreeland de que así era. Es por ello que todos salieron en el acto y se dedicaron a buscar por su propia cuenta.

Al instante, Violeta se sintió colérica. Se moriría si, después de todo el trabajo y la molestia que se había tomado, resultara que los Vreeland descubrían la plata enterrada. i Oh, tal cosa no debía suceder, no era posible! Un primo llamado Eugenio estaba haciendo equilibrio sobre una pared que hacía de cerco delante de la casa. Aun en ese momento de depresión mental, Violeta no pudo menos de advertir que ella lo haría mucho mejor. -¡Eugenio! -le gritó.

-¡Hola, Violeta! -dijo Eugenio, sintiendo el orgullo de que lo llamase el miembro más pecador de la familia-. ¿Qué tal están las cosas por ahí arriba?

-Me vuelve loca este encierro-le dijo Violeta-. Oye... ¿Por dónde anda el tío abuelo George?

-Sigue durmiendo. En aquel cuarto -y Eugenio señaló una ventana a la derecha de Violeta.

Violeta sacó el cuerpo para mirar. Debía de ser la habitación contigua. Miró pensativa el alero de la entrada, que corría desde bajo su ventana hasta la del cuarto ocupado por el anciano George. ¿Podía haber algo más simple?

Esperó hasta que se marchase Eugenio y luego saltó al techo y fue andando muy despacio hasta la ventana del tío abuelo George. El techo era de hojalata y, de cuando en cuando, mientras Violeta avanzaba por él, hacía pequeños ruiditos. Confió la niña en que nadie la oyese.

Estaba abierta la ventana del tío abuelo George, por lo cual no le dio trabajo introducirse en su habitación. Se acercó a su enorme cama de cabecera muy tallada. Allí, estaba acostado, o más bien sentado, porque debajo de la cabeza tenía cuatro almohadas.

Violeta quedó un instante mirándolo y luego le tironeó suavemente de la barba.

-¡Tío abuelo George! -dijo en voz muy baja.

Se despertó el hombre y dio un salto al ver que allí a su lado estaba la intelectual Violeta de pie, vestida con ropa interior.

-¿Qué demonios quieres? -le preguntó secamente.

-¿No podrías despertarte y hablar conmigo un momento?

-¿Que si puedo despertarme? ¡Me has despertado ya!, ¿no te parece? ¿Ignoras que a nadie le está permitido turbarme el sueño?

-Es un caso excepcional.

-Dondequiera que tú estés, siempre hay casos excepcionales. Vete ahora mismo. Tendrían que encerrarte.

El tío abuelo George volvió la cabeza y cerró los ojos. Era un desafío.

-Estoy encerrada -dijo Violeta- ahí en el cuarto contiguo. He venido por el techo de la entrada.

-¡Y pensar que con un poco de suerte, hubieras podido romperte una pierna! -exclamó el anciano, mirándola indignadísimo.

-¿No me quieres nada, tío abuelo George?

-¿Cómo podría quererte, diablos? Hoy cumplo noventa años y tú has aguado completamente la fiesta. Todos creen que soy un anciano venerable, adorado por todos, protegido por una familia amorosa. Y de pronto apareces tú, a causarme más trastornos del que me han causado todos los demás en mi vida entera. ¡Vamos, a contar los árboles por ahí!

Violeta no se fue a contar árboles por allí ni por ningún sitio. Adoptó una actitud firme.

-Tío abuelo George, tienes que oírme. ¡Los Vreeland se han puesto ellos mismos a excavar en busca del tesoro!

-Bueno, que lo hagan -manifestó George.

-Pero tú no querrás que ellos lo encuentren, ¿verdad? Sería terriblemente espantoso. Si nosotros lo encontrásemos, quedaría en nuestro poder. Tenemos que salir ahora mismo, y hacer algo.

El viejo se concretó a gruñir.

Violeta se dirigió nerviosamente a la ventana. Los Vreeland estaban agachados en torno de un gran pozo que acababan de cavar. Parecían muy nerviosos. Hablaban en voz más alta, pero Violeta no pudo entender lo que decían. De pronto, sin embargo, oyó que la prima Priscilla gritaba:

-¡May! ¡May! Ven aquí... Mira lo que hemos encontrado.

-¡Dios mío! -exclamó Violeta, frenética-. Lo han encontrado. Han dado con el tesoro. ¡Oh, qué espanto! Ahora ya es demasiado tarde.

El tío abuelo George saltó lentamente de la cama, y fue a la ventana para mirar hacia afuera.

-Parece que están muy agitados dijo-. Vamos, Violeta.

Los familiares, sentados un tanto despreocupados, se sorprendieron bastante de ver que bajaba el tío abuelo George ayudado por Violeta, a medio vestir.

-¿Dónde están las ropas de esta niña? -rugió el ancianos ¿Quieren que pesque un constipado?

La tía abuela Paulina se abalanzó rápidamente y envolvió a Violeta en una gran echarpe de Paisley.

-¿Ven lo que ha sucedido ahora? -exclamó Violeta-. ¡Los Vreeland han encontrado la platería del rey Jorge!

La niña y el tío abuelo salieron de la casa y se encaminaron directamente a la línea divisoria de las dos propiedades.

-Bueno, no me queda otro remedio que admitirlo-expresó Priscilla con mucha magnificencia-, pero Violeta tenía razón. Era en clave el mensaje de Elisha Granden. Y ésta es, al parecer, la platería del rey Jorge. Ahora debe de valer una fortuna.

El vello de sus barbillas se agitaba orgulloso.

Entonces, lanzando un grito, uno de los hombres rompió la tapa carcomida del cofre y se ofrecieron a la vista masas de metal ennegrecido. Tomó una pieza y la rascó. Por debajo de las capas de suciedad apareció la plata. La forma era fácil de adivinar. Se trataba de un jarrón enorme. No cabía duda. ¡La platería del rey Jorge! ¡Después de tantos años!

Los Granden miraban boquiabiertos. Violeta hizo un esfuerzo para ocultar sus lágrimas de desesperación. El tío abuelo George apretaba los labios fuertemente. Ninguno de los Granden pudo pronunciar una sola palabra. Aquello era la más espantosa derrota. Una vez, siquiera, Violeta había triunfado.

Después, no queriendo contemplar más la fortuna perdida, el tío abuelo George dio vuelta la cara y se puso a mirar la azalea que estaba marchitándose. Se fijó atentamente unos segundos, sin hacer el menor ruido. Luego, a través de su barba, extendióse una diabólica sonrisa.

Uno de los Vreeland había empezado a extraer dos de las viejas piezas de plata.

-¡Un momento -exclamó el tío abuelo George-. Nosotros nos encargaremos de esas cosas.

-¡Ni pensarlo! -le replicó la prima Priscilla-. La plata es nuestra. La hallamos nosotros, y está en nuestra propiedad.

-Es ahí -dijo el tío abuelo George modulando las palabras muy suavemente, todo dulzura- donde están equivocados. El hallazgo ha sido hecho en mi propiedad.

-Ese arbolito marca el límite. Y estamos a tres largos pies de él -indicó la prima Priscilla, señalando el arbusto de azalea.

-Sí, ese arbolito marcaba el límite -la corrigió George, señalando con una mano-; pero ahora ya no lo marca. Violeta lo cambió de sitio, trasplantándolo varios pies hacia mi terreno. Con sólo dirigir la mirada un instante hacia el sitio en que está el mojón de concreto, se ve que es mi propiedad.

De pronto, su tono habíase tornado iracundo. Los Vreeland miraron, y vieron que tenía razón. En su alegría, no habían advertido que el arbusto ya no estaba en el lugar de costumbre.

-No pueden negar -siguió el tío abuelo George con una voz magníficamente arrastrada- que el cofre está por lo menos cinco pies dentro de mi terreno. Por consiguiente, la platería del rey Jorge es mía... y de Violeta. Más aún, ustedes han cometido una violación que castigan las leyes y mañana de mañana los haré detener a todos.

No cabía discusión alguna. Los Vreeland, con el rabo entre las piernas, se retiraron a su terreno La suerte había cambiado por completo. Los Granden aplaudieron y lanzaron vivas.

-Es el mejor cumpleaños que he tenido en mi vida -exclamaba alborozado el tío abuelo George.

-Violeta-le dijo Miriam muy contenta-, ¿cómo adivinaste que aquello estaba en clave? ¡Eres portentosa!

Violeta, muy principesca en su echarpe de tejido de Palsey, hizo que a su rostro asomara una expresión soñadora, mientras meditaba en la precocidad de sus facultades intelectuales.

-Sí, soy portentosa -dijo, como si ella misma se respetase-. Soy una chica portentosa, aunque deba decirlo yo misma.

Fin